

A close-up portrait of an elderly man with a full, grey beard and hair. He is wearing a dark blue jacket and a light-colored scarf. His hands are clasped in front of him. The background is a plain, light-colored wall.

---

TIEMPO DE MEMORIA

**Leopoldo Pomés**

# NO ERA PECADO

Experiencias de una mirada

---

TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Entremeses

La oscuridad, la luz y la carne

Soldados italianos

El frío de un tiro en la espalda

El rey del Poblenu

Dios lo ve

La elegancia de una bata sencilla atada a la cintura

Invocando el espíritu de mi madre

¡Qué cara!

«Propósito de enmienda»

Criadas

Medias negras y yogures

Mary Martin y el demonio

La aguja de la tía

Un helado por Semana Santa

Claveles rojos, zapatos de aguja  
La copa de la casa  
El amor que llegó en ascensor  
Mes de mayo, mes de las flores, mes de María  
La azotea  
Huir de la luz  
Modest Urgell, una historia de amor  
Una foto entre viñedos  
Una «excursión» al cementerio  
Avenida de la Luz

#### Notas calurosas

Mi primer verano en Lloret de Mar (1947)  
Una aceituna indigesta  
Los Baños Ventura  
Las francesas  
La Puñalada  
El tío Alberto

#### Dau al Set

Modest Cuixart  
Antoni Tàpies  
Joan Ponç  
Atmósfera Joan Brossa: la magia tangible  
Lluís Maria Riera  
Josep Cercós

#### Primer plato

##### El cine

Soñar con los ojos abiertos  
El espectador  
¿Quién no se ha enamorado en el cine?  
Berlanga

##### La fotografía

La fotografía determinante: Potax

Galerías Layetanas, 1955. Eduardo Cirlot  
Ramón Dimas  
Una fotografía irreplicable en los Encants  
Karin. Una carta trascendente  
Leopoldo Rodés y cómo creció Studio Pomés  
Margit Kocsis: una aparición  
Rodaje en Venecia (y primer cólico nefrítico)  
Más de Margit  
Nico  
*Matador*

Comer es una fiesta. Experiencias gastronómicas

La vocación, las vocaciones  
Alain Chapel  
El señor Paco. El 7 Portes  
Aperitivos memorables  
Primer cóctel  
El verano  
El tío Juan y la tía Paca  
Dolor y placer  
Tendencias e influencias gastronómicas  
Alfonso Milá  
Influencias decisivas  
Creaciones culinarias ilustradas  
Las personas y los escenarios

Segundo plato

Freixenet

Agentes y artistas  
Pareja imposible  
Los artistas  
Alejandro Sanz  
Gabino Diego. Demi Moore  
La señora Caballé

Estrella Morente  
Pierce Brosnan  
Pilar López de Ayala  
Gene Kelly  
Gwyneth Paltrow  
Los clientes

#### Barcelona, protagonista

Trabajos estimulantes con Víctor Sagi  
Ceremonia del Campeonato Mundial de Fútbol 1982 en Barcelona  
La candidatura de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992  
El papel fundamental de Leopoldo Rodés

#### Postres

##### Las mujeres

La culturista  
Escultura blanca y la poesía  
*Vidre de nit* o poemas de ausencia  
Tery y «la operación zanahoria»  
Viaje a Italia. Lydia  
Isabel Cordero  
«Primera Comunión» en la Fundació Miró  
Maquillaje incompleto  
Jill Carter  
Patatas fritas (1970)  
Paralelismo Chaplin-Pomés

##### Los irrepetibles

Doctor José María Jaén. Una mirada que vive  
Suri  
Federico Correa  
Oscar Tusquets  
Xavier Valls  
Tres encuentros con Alberto Closas  
María Bofill

Johan Cruyff  
Alexandre Cirici Pellicer  
El *living* de Balmes

Más amigos

Una isla en la sociedad barcelonesa  
Cincuenta años después

Café, copa y *petits fours*...

Momentos surrealistas

Bar A Lo Loco

Picasso. Conocer a un famoso

Entrecots de kilo

Cólicos hepáticos y Aston Martin

Hedonismo

Currículum profesional de Leopoldo Pomés

Láminas

Notas

Créditos

# Sinopsis

A lo largo de su esplendorosa carrera, el fotógrafo Leopoldo Pomés, flamante Premio Nacional de Fotografía, ha conocido a decenas de personalidades del mundo entero y ha vivido con ellos anécdotas sustanciosas que ahora explica con buena memoria y mucha gracia. En estas páginas vividas, Pomés desvela con una sonrisa irónica y con sinceridad y desenvoltura sus vivencias en la Barcelona de los años sesenta hasta los noventa. Más allá de este elenco anecdótico, Pomés se adentra en las vivencias más trascendentes de su infancia y adolescencia. Describe con una luminosidad sorprendente el descubrimiento del sexo y habla de las mujeres de su vida.

LEOPOLDO POMÉS  
NO ERA PECADO  
Experiencias de una mirada

Traducción del catalán de Lúdia Penelo

TUSQUETS  
EDITORES

Con agradecimiento a todas las personas  
que pasean por estas páginas, y también  
a todas las que no salen, pero están

# Entremeses

# La oscuridad, la luz y la carne

## Soldados italianos

Hacia el final de la Guerra Civil, los soldados italianos entraron en Vilassar de Mar ejerciendo el papel de «libertadores» y, además, tenían un aspecto que podía parecer muy simpático. El primer recuerdo de esta supuesta virtud que les habían otorgado los vecinos, más por el cansancio y el dolor de tres años de guerra que porque fuera cierto, fue un delicioso pastelito de crema que repartían en la puerta del cine del pueblo. Me acompañó la abuela y éste es el único recuerdo que conservo de ella. Estuvo muy bien. Al día siguiente, aquellos soldados se instalaron cerca de casa con una olla inmensa llena de rancho y se pusieron a repartir macarrones para la gente del pueblo. Acudí con una cazuelita que me dio la abuela y, con poco más de siete años, viví mi primer fracaso. Cuando fue mi turno, con cara triste le dije al soldado que me había llenado media cazuelita:

—Por favor, ¿me puede poner más, que tengo a mi padre enfermo?

No me hizo ningún caso y, con gesto autoritario, me despachó.

Gracias a este fracaso, al día siguiente hice la primera actuación de mi vida. Cambiando de táctica, muté la expresión de niño triste por una de glotón divertido, y poniendo los ojos casi en blanco, le dije al soldado:

—Llénemelo al máximo, por favor, ¡son tan buenos!

Y aquí triunfé porque el buen italiano, divertido, me llenó toda la cazuelita de macarrones.

No sé si esta anécdota ha sido decisiva en mi vida gastronómica pero me parece que sí lo ha sido en mi vertiente de publicista. El caso es que desde siempre he tenido una manera de vivir todo lo relacionado con la comida bastante especial, incluso diría que mi manera es bastante contagiosa. Recuerdo a un tío de mi madre que una vez, en Semana Santa, después de comer juntos, me dijo:

—Si un día te quedas sin trabajo, recuerda que yo pagaría por comer en tu mesa.

Lo dijo después de haberme visto disfrutar con la comida.

En el colegio, donde me quedaba a media pensión, para el almuerzo daban a menudo *corned beef*, una carne en conserva que parece que venía de América del Sur. Compartía mesa con tres compañeros. A ninguno de ellos les gustaba ese plato, pero a mí sí, y mucho, y lo exteriorizaba sinceramente. Ponía tan buena cara que cuando me volvía a tocar me servían una ración triple.

## El frío de un tiro en la espalda

El segundo verano de la guerra, los tíos ricos de mi madre, Juan y Mercedes, convencieron a mis padres para que fuéramos a vivir a Vilassar de Mar. Nos alquilaron una casa junto a la suya, con el argumento de que allí estaríamos tranquilos, sin bombardeos, y que la familia estaba para ayudar. El abuelo ya no vivía y mi tía Rosita, que siempre fue muy ella, prefirió quedarse en Barcelona.

De aquella larga estancia conservo recuerdos muy diferentes: sol y playas, el jardín de los tíos, forrado de cantos rodados, y las tertulias con mis padres, tan risueños. Empezaba a pasármelo bien con el mundo de las personas mayores. Pero un día se produjo un cambio dramático: llegó un automóvil gris con tres policías de paisano, detuvieron a mi padre y se lo llevaron. Mi madre cayó enferma. Siempre había estado delicada del hígado, y recuerdo que acostumbraba seguir un régimen muy severo, sin fritos, ni pasteles, ni huevos... Nada de grasa.

Tras la detención de mi padre, mi madre empeoró y no se movió de la cama. De mi padre solo teníamos noticias muy de vez en cuando, noticias que nos llegaban indefectiblemente a través de la tía, que era, desde siempre, la más decidida y valiente de la familia. Una vez por semana le visitaba en las diferentes prisiones donde lo iban confinando, y tenía que hacer largas caminatas por una Barcelona donde llovían bombas cada vez más a menudo.

Recién terminada la guerra, mi padre fue liberado y vino a Vilassar con un sorprendente buen humor, que nunca sabremos si lo forzaba para nosotros. Nos contaba las experiencias que había vivido, sin dramatizar, nos daba detalles de peripecias y vivencias, y en todo lo que explicaba se percibía, como un hilo invisible, una voluntad firme de no dejarse torcer, ni en la peor de las circunstancias. Su actitud me impresionó, especialmente cuando recordaba cómo cada día se hacía la cama con un diario que extendía en el suelo como sábana. Por la mañana doblaba el periódico y por la noche lo volvía a tender en el suelo. Yo alucinaba. El motivo de su encarcelamiento no

quedó nunca muy claro, pero fue, probablemente, porque su nombre aparecía en unos papeles de un comerciante de la Lonja que era colaboracionista, o que debía de estar en el entramado de lo que entonces se llamaba la Quinta Columna. La liberación de mi padre se produjo en la calle San Elías, donde había una de las checas más famosas. Liberaban a los presos por grupos y la cosa fue muy lenta. Cuando le tocó el turno a mi padre, sentía un frío en la espalda como si nos tuvieran que disparar un tiro.

## El rey del Poblenu

Mi padre, Leopoldo Pomés Pascual, era proveedor de azafranes y materias primas para la alimentación. Tenía muchos clientes y algunos eran muy conocidos, como la Nestlé. Empezó de ayudante de un tío suyo que tenía un negocio de cereales, pero en lugar de establecerse en una fábrica, se puso de agente comercial y buscaba materia prima para los clientes; tenía tan buen gusto que se fiaban de él y le decían: «Tú mismo».

Había nacido en el barrio barcelonés del Poblenu. No es que fuera guapo, pero era muy atractivo y muy simpático, y nunca de manera impostada. También era muy detallista, muy atento y apaciguador: si dos amigos discutían, procuraba, dando la razón a quien la tuviera, no hacer tan fuerte la culpa del otro. Siempre era así, por eso era tan apreciado como amigo. Quizás por esta actitud, cuando había alguna fiesta en el Poblenu, muchas chicas, cuando se las invitaba decían «Si Poldo no viene, no voy». O así me lo contó Marquet, el barbero que venía a casa, mientras me cortaba el pelo:

—¡Uy, tu padre! Tu padre era el rey del Poblenu. El día antes de casarse, aún se hacían apuestas de si subiría al altar o no.

Mi padre se cultivó a sí mismo. Su padre, nacido en Reus, trabajaba en una fábrica de vidrio como soplete, que es un trabajo duro pero bien pagado. Vivían en el Poblenu. Mi abuelo se quedó viudo y solo con dos hijos pequeños. Sin saber qué hacer con dos criaturas, envió a mi padre a un internado de curas, cerca de Reus. Y de Paquita, la hermana de mi padre, se ocupó una tía que vivía en Sevilla y no solo se crio allí, sino que se quedó siempre en aquella ciudad. Mi padre fue un estudiante modélico que sacaba matrículas de honor. A los doce o trece años, cuando volvió a casa para las vacaciones de verano, le planteó a mi abuelo que los padres del colegio le habían propuesto ingresar en el seminario porque querían que fuera cura. Y mi abuelo, muy listo, no le puso ningún inconveniente, solo le dijo:

—Me parece muy bien, si así lo quieres. Pero de momento, pasa las

vacaciones aquí en el Poblenou, y ya volveremos a hablar.

Del tema no se habló nunca más. El Poblenou de principios del siglo xx era un barrio obrero con gente muy modesta, pero abierta y participativa, y mi padre se acomodó; con matrícula de honor, claro.

## Dios lo ve

Hasta hace bien poco, no he me dado cuenta de que la primera lección que me inculcó mi padre es la búsqueda, la satisfacción por las cosas bien hechas. Para explicarlo me sirve perfectamente el comentario de Oscar Tusquets que aparece en su magnífico libro *Dios lo ve*, sobre las esculturas del Partenón. Estas esculturas, a pesar de estar pegadas en la pared, por detrás no son planas y están perfectamente acabadas porque el hombre no ve su trasero, pero Dios lo ve todo. Y mi padre con su conducta me transmitió este mensaje de una manera casi silenciosa. Era como un homenaje tácito al trabajo bien hecho. Mi padre le daba una importancia tremenda al trabajo en sí mismo: todo ha de ser de verdad y bien hecho.

En casa tenía una máquina de escribir Underwood. Yo jugaba a hacer cosas con ella. Elegía letras sin ton ni son, y escribía frases sin sentido... Un día, mi padre llega y me ve allí y me dice:

—Está bien si eso es lo que quieres hacer, pero mira... —Y cogió un sobre, lo colocó en la máquina y prosiguió—: Un sobre está pensado para enviar y recibir una carta o una información; por tanto, es necesario que cada espacio esté puesto al servicio de facilitar esta comunicación; o sea que cuanto más ordenada y pensada, mejor irán las cosas para facilitar la transmisión de lo que quieres decir al otro. Fíjate en el sobre, que tiene esta forma apaisada: lo primero que tienes que ver aquí, más a la izquierda, es la dirección...

Lo entendí perfectamente: era aquello de Dios lo ve. Me lo demostró un montón de veces más. En casa, por ejemplo, había un piano. Y no había manera de que mi padre lo tocara. Le decías, casi suplicándole: «Va, toca el piano». Y él: «No, no, porque no lo hago bastante bien». Se aplicaba a sí mismo aquel rigor que transmitía serenamente a los demás, al igual que a mí no me dejaba cantar porque decía que desafinaba. Pero tanto le di la lata con lo de tocar el piano que un día accedió y tocó. Apenas fueron unos minutos, pero me emocioné. Lo hizo tan bien, con tanto sentimiento, con silencios y

subidas...

Mi padre era bastante melómano. Cada domingo por la mañana íbamos al Palau de la Música, donde hacían unos conciertos populares que costaban tres pesetas. Las entradas se las guardaba el primer oboe de la banda municipal, que era amigo suyo. «Las trompas no son extraordinarias..., es importante que los metales no ofendan a las cuerdas...», comentaba. Era muy sibarita, en esto, como en el fondo lo era con la comida, con el vestir... Vamos, lo era con todo. Y también cuando escuchaba música en casa. Tenía una colección de medio millar de discos (grabaciones que no podían ser de cualquier tipo porque debían ser siempre las mejores, generalmente de la Deutsche Grammophon), y cuando las ponía tenía la costumbre de dirigir los compases con la mano. Con los años, le regalé una batuta. Le hizo mucha ilusión y la usó bastante sentado en el salón, rigurosamente concentrado. En mi padre había un afán de perfección que quizás he heredado, solo quizás.

## La elegancia de una bata sencilla atada a la cintura

También le gustaban el flamenco y los toros. Iba del Poblenou al centro de Barcelona a pie para ahorrarse dos reales y poder comprar la entrada... Yo había llegado a ir con él. No le gustaban los toreros suicidas sino los que se sabían hacer amigos del toro. Uno de sus favoritos se llamaba Domingo Ortega, un torero muy intuitivo de dotes extraordinarias. También vimos torear a Manolete. Era impresionante porque parecía que el toro lo iba a pillar cada vez. Mi padre lo entendía, pero decía:

—Algún día el toro lo cogerá, porque no tenía que haber hecho esto, debía haber conducido asá...

Manolete era muy delgado, parecía la figura de un cuadro de El Greco, y desprendía un aura misteriosa.

Este punto austero que transmitía Manolete le gustaba a mi padre. Este gusto se podía ver incluso en los marcos de los cuadros de casa, un piso en el que no había ningún mueble que no fuera necesario; la única pieza buena que teníamos era un bargueño, en el pasillo. También se notaba en determinados comentarios que hacía sobre la forma de vestir. Le gustaba lo sencillo, no podía soportar la falsa elegancia, el acicalarse, presumir de según qué cosas; ni llevar oro de manera ostentosa. Odiaba los zapatos topolino, por ejemplo, como todos los adornos superfluos, porque, en el fondo, no soportaba la falsedad, el lujo banal o los espectáculos con oropel y la gente mal vestida, que distinguía claramente del ir sencillo.

Creo que yo rondaba los catorce años cuando mi padre me dijo una frase que me impresionó y que pienso que la he hecho un poco mía intentando aplicarla a todos los aspectos de la vida:

—La elegancia es una chica con una sencilla bata atada a la cintura.

Mi padre también distinguía entre el aspecto de los actores ingleses y el de los estadounidenses. De los primeros decía que iban siempre muy marcados de cuerpo y que los otros iban más «suelos», elogiando presencias como las de Cary Grant, William Holden o Gregory Peck, gente, decía él, con

«una elegancia nada exagerada, muy natural». Él ya iba algo así. Se compraba la ropa en Can Pellicer, una de las grandes sastrerías del paseo de Gracia, que representaba esa elegancia natural. Yo también compré allí durante muchos años. Viendo ahora fotografías de la obra del modisto Giorgio Armani me confirman la razón y el criterio tan anticipado que tenía mi padre de que, en realidad, Armani hace hoy lo que él hace años ya decía que era la elegancia. El lujo es un pliegue bien hecho. Y encontrar, hoy, un buen sastre, un buen cerrajero o un taxista que sea simpático y lleve el coche impecable, ¡no es fácil! Si por azar encuentras un buen taxista he observado que suelen tener un Toyota, que permite una conducción nada brusca y silenciosa. Dicen que estos coches pueden hacer quinientos mil kilómetros sin entrar en el taller... El comportamiento humano es, en el fondo, tan sencillo... O quizás no tanto.

Mi padre era un observador finísimo y salir a pasear con él siempre resultaba estimulante. Sobre todo recuerdo el día que me hizo notar los gestos extraños que hacen muchas personas cuando caminan solas por la calle. La misma observación me resultó extraña y me quedé un punto perplejo con esta revelación; pero, al cabo de un rato de observar, ¡empecé a detectar gestos bien raros en la gente! Todavía hoy, a veces, practico este pasatiempo del que quizás he hecho una filosofía de vida, esto de mirar, mirar y mirar.

Lo de la elegancia de la bata me ratifica la trascendente influencia de mi padre en mi vida. Al hilo de esta sencilla anécdota me siguen apareciendo un grupo de detalles sobre sus gustos, preferencias y comentarios, así como las pequeñas observaciones de las cosas cotidianas que me confirman la enorme suerte que tuve de poder asimilarlos. Si hay algún precedente de hilo artístico en mi vida es mi padre. No creo que pensara que me daba lecciones. Quiero creer que le gustaba compartir lo que sabía con su mejor amigo, que era yo.

## Invocando el espíritu de mi madre

Mi padre era un hombre de izquierdas, con mucho criterio, poco tolerante con el desorden, amante de las cosas bien hechas, del no abusar de nadie, buen trabajador, hombre de pocos discursos políticos y de mentalidad mucho más abierta que la media de la época. Quizás estaría próximo a la Izquierda Republicana de antes de la guerra. Mi madre iba a una especie de agrupación no sindicalista de chicas y era bastante más izquierdista que él. Creo que se conocieron en un despacho donde mi madre hacía de secretaria y mi padre iba por trabajo. Mi madre, Julia Campello Torrents, era un poco tímida porque era un poco alta y cuando entraba en los lugares todo el mundo la miraba y eso le provocaba cierta tirantez. Leía con asiduidad y quizás por eso era una gran narradora. O al revés. El hecho es que, comiendo o cenando, explicando las cosas tenía una gracia tremenda, muy natural. La lástima es que siempre estuvo muy delicada de salud y sufría unos cólicos hepáticos que yo, con los años, heredé.

Mis padres hacían una pareja muy bonita, pero ella tuvo un final muy duro. Mi madre murió con solo cuarenta y ocho años, de un fibroma en la matriz que se le extendió. Por casa desfilaron un montón de médicos, incluso un cura que practicaba la medicina alternativa. Mi padre no escatimó ni un céntimo en médicos. También vino uno que entonces era el más famoso de Barcelona y que se llamaba Agustín Pedro Pons, e hizo un dictamen definitivo. Durante el proceso, mi madre sufrió una embolia que no la mató pero que nos la dejó totalmente fuera de este mundo. Aquella situación era tan desagradable y triste que, en la última intervención que le hicieron, yo deseaba que se muriera, incluso rezaba para que fuera así. Temía que la situación acabara volviendo loco a mi padre... Mientras estuvo muy enferma, yo la paseaba en coche cada día, la llevaba a dar un paseo por el parque más cercano, y así la distraía. A veces, mi padre la llevaba al teatro si sabía que en la obra había payasos y cosas así, porque cuando salía el payaso de las bofetadas a veces conseguíamos que volviera, por unos brevísimos instantes,

a este mundo y, milagrosamente, riera un poco.

Yo la había visto pasarse muchas horas nocturnas tras la puerta de nuestro piso, en camisón, observando por la mirilla hasta que mi padre, hacia la madrugada, se acercaba y le decía: «Anda, vamos a dormir...». Y ella hacía unos sonidos guturales y unos gestos para deshacerse del abrazo de mi padre que eran terribles. Aquel periodo tan triste duró un año y mis padres nunca dejaron de amarse. En casa, los domingos por la tarde escuchábamos bastante la radio y cuando sonaba música, mis padres se levantaban de las butacas y se ponían a bailar, allí mismo, en el comedor. Era una demostración más de lo bien que se entendían. Un domingo, cuando mi madre ya había entrado en ese estado ausente, se fijó en un anuncio de la Joyería Roca que aparecía en la última página de *La Vanguardia*, lo señaló con fuerza, acompañándolo de un sonido gutural. Al día siguiente, mi padre apareció con una caja que contenía todo aquello tan bonito que salía en el anuncio: un espejo, un cepillo, otro cepillo más corto, una polvera y unas cajitas, todo de plata. Mi madre se puso muy contenta, dispusieron todo aquello sobre la alfombra del comedor y se abrazaron, rodando por la alfombra. Aún lo conservo todo.

Mi padre, tiempo después de que mi madre hubiera muerto, me dijo:

—Si al menos se hubiera quedado con nosotros ni que fuera de esa manera...

Él prefería tenerla incluso en ese estado mental que sufrir su ausencia. La habitación de mis padres era contigua al laboratorio fotográfico que, con los años, me había montado en casa. Al pasar ante su dormitorio, una noche que la puerta estaba entreabierta, después de que mi madre hubiera muerto, vi a mi padre sentado en la cama. En las manos no supe ver qué tenía. Estaba medio de espaldas. Al día siguiente, al volver a ir a revelar unos negativos, lo vi de nuevo, exactamente igual. Al cabo de unos días, me atreví a entrar y preguntar: «Padre, ¿qué haces, así?». Y me respondió, con voz muy baja, casi como si se lo dijera a sí mismo para intentar materializar el hechizo: «Cada noche intento soñar con ella y no lo consigo». Lo que hacía mi padre era ponerse una foto de ella en las manos y repasar recuerdos para intentar que su mal dormir quedara impregnado de sueños felices.

¡Qué cara!

Cuando estalló la Guerra Civil yo tenía cinco años y vivíamos en un principal de la calle Nápoles, con mis abuelos y la tía Rosita, hermana de mi madre, la que después se quedaría en Barcelona a pesar de los bombardeos. Cuando sonaba la alarma, todos los vecinos bajaban a casa como si fueran a un refugio. Y allí había una gran fotografía del abuelo Federico, vestido de bandolero con una manta zamorana, montado a caballo y con un trabuco. Había hecho de extra en alguna película. Uno de los vecinos, a pesar de aquella situación tensa, quiso hacer un comentario distendido y, en principio, divertido:

—Caramba, don Federico es todo un artista de cine.

—Sí, artista..., ¡qué más quisiera! —le espetó mi tía, cortante.

Y es que el abuelo tenía un buen historial. Físicamente, Federico Campello imponía, era un hombre alto y fuerte. Pensándolo bien, ahora entiendo que trabajara en el cine, no de galán, pero sí podía haber papeles adecuados para su físico. De la abuela, en cambio, tengo un recuerdo muy gris, no consigo revivir ningún momento de su presencia física, casi como si no tuviera nada que ver con nosotros y, aún menos, con el abuelo. El abuelo no vivía siempre en casa con nosotros y, según decía la tía, «ni falta que hace». Pronto vi, más que entender, que no era una persona querida. Con el tiempo y con la moviola mental que aviva los recuerdos, he comprendido su desprestigio a los ojos de mis padres y de la tía. Me ha ayudado el hecho de encontrar varias fotografías en las que salgo yo, a los seis o siete años, supongo, todo mono y rodeado de plantas, en un decorado de fotógrafo de galería. Lo curioso es que hay cuatro o cinco en el mismo lugar, hechas naturalmente por el mismo fotógrafo, pero con pequeños detalles diferentes y variantes casi imperceptibles. Las imágenes me han traído a la memoria una conversación que mi padre tuvo con mi madre y la tía y que yo, entonces, no acabé de entender del todo. Pillé a mi padre explicándoles que lo había ido a ver el fotógrafo contándole un «sainete», quejándose porque su mujer se

entendía con el señor Federico. Mi padre, medio riendo, decía que le había respondido:

—¡Esto no me lo cuente a mí, hable con su señora!

Y la verdad es que mi abuelo a menudo me llevaba a retratar: yo ponía cara de niño bueno para el fotógrafo en unas sesiones muy largas, mientras mi abuelo pasaba el rato con la mujer del fotógrafo, una rubia muy simpática y guapa. Por si fuera poco, la aventura le salía barata a don Federico, porque tenía el morro de hacer pagar a mi padre las fotografías. ¡Qué cara!

En casa, la expresión «¡Qué cara!» era muy habitual. La tía lo empleaba a menudo cuando hablaba del abuelo con mi madre. Cuando yo ya rondaba los dieciséis años, si alguna noche salía y llegaba tarde, la tía me decía: «Serás como tu abuelo». La verdad es que acabé arrastrando su espectro, y me despertaba un sentimiento entre la admiración y el rechazo. El señor Federico acabó montando una agencia de modelos y extras para el cine. Como es fácil imaginar, básicamente la contratación se producía siempre con señoras jóvenes y de buen ver, modelos. Y eso, cuando tienes poca edad, te marca un poco. Una vez que yo estaba medio con fiebre, me fue a ver, y me llevó un anillo de plata en el que había un retrato de la abuela. Era un anillo muy tronado, y quizás fue la primera lección de mal gusto, moral y estético, que recibí. Aquel anillo no me lo podía poner de ninguna manera. Y claro, pensé: «¡Qué cara!».

El abuelo murió unos años después y yo casi no me enteré. Era una presencia muy lejana para mí, como lo eran las aventuras propias de su talante. La tía, que siempre había sido la más crítica y ruidosa, tampoco nos informaba mucho, pero un día que yo estaba solo en casa llamaron para comunicarnos que el señor Campello había muerto.

Visto con los años, para mi formación moral y artística, seguramente el abuelo Federico ejerció cierta influencia incómoda. La tía, especialmente, me recordaba, cuando yo hacía algo que le parecía incorrecto, como llegar tarde, no hacer los deberes, no ir a misa y otros pecados relacionados con las faldas: «Ya te pareces a tu abuelo» o «Cuanto más mayor te haces, más nos haces sufrir, como él» o «Como sigas así, disgustarás a tu madre». Por reacción profiláctica, cuando la tía me hacía estos comentarios me volvía la imagen

del fotógrafo, sus cuernos, y terminaba soñando con su señora, que era muy guapa. Sí, sí, lo recuerdo como una iniciación a mi futuro mundo de transgresión. Cada día al ir a dormir, no rezaba mis oraciones y procuraba dormirme con el deseo de que aquella rubia espléndida y casada me hiciera caso en mis sueños. Mi mente estrenó un nuevo aliciente: la conciencia de transitar por territorios prohibidos y pecaminosos. Una noche lo conseguí. En el sueño ella reía, reía y se desnudaba e incluso, me decía: «¿Quieres que te haga las fotografías yo? Ven, ven...». Empecé a experimentar una sensación muy extraña, un dolor desconocido y compulsivo en el pito (nadie lo llamaba «el sexo», entonces), como si me estuviera muriendo de una manera maravillosa. Me desperté y me lo agarré: estaba duro como nunca y el dolor fue más intenso, como si una caricia de una electricidad divina me penetrara por todas partes. Después, hablando con mi mejor amigo, entendí que me había hecho la primera paja de mi vida. Al día siguiente me levanté con el miedo de que todo el mundo me lo notara e hice ver que estudiaba. La tía, al darme el primer beso del día, me dijo: «¿Ves? Así me gusta, que seas un niño bien bonito». Ahora, el caradura era yo... No pensé en el abuelo, pero sí en aquella señora rubia y en el acto que había estrenado, la sensación de morir de placer y con la conciencia del pecado y de la irremediable certeza de que lo repetiría.

## «Propósito de enmienda»

Siempre he sido un purista, y las veces que no, que han sido unas cuantas, me he sentido lleno de remordimientos. Con esta manera de ser, tan arraigada y tan de siempre, no se puede hacer más. Me he dado cuenta hace años, pero más o menos sigue todo sigue igual. Sigo sufriendo y lamentándome, pero... siempre espero «la próxima».

«Propósitos de enmienda», decía la oración que rezabas al confesarte. Cuando la entendí dejé de ir a comulgar. Yo no podía comulgar en pecado mortal sabiendo como sabía que había un pecado que no podía dejar de hacer. Las famosas «acciones impuras» eran, precisamente, lo que más me gustaba. Nunca más podría pensar en las caderas de mi vecina Palmira. Nunca más podría imaginarme a Rita Hayworth quitándose el guante para mí solito. Sabía que a todo esto no podía renunciar para siempre. Por lo tanto, el «propósito de enmienda» era imposible. Si al menos me hubieran fijado unos plazos de abstinencia, tipo «estarás tres meses sin masturbarte» o «irás medio año por la calle mirando dónde pones los pies, pero ¡ay de ti si miras zapatos y piernas de mujer!»; me lo habría podido plantear. Me habrían podido decir también «Verás solo películas de Blancanieves», todo esto lo hubiera podido soportar con cierto pragmatismo heroico. Pero ¿qué quería decir lo de «propósito de enmienda»? ¿Propósito de no hacerlo nunca más? Imposible. O sea, que me instalé en el pecado, pero en el fondo me sentía más digno que todos los compañeros de clase que cínicamente iban a comulgar. Lo que sí era una blasfemia, un auténtico pecado mortal.

## Criadas

La influencia de las criadas ha sido primordial para mucha gente. Antes, en según qué casas, había criadas, y en mi vida hubo tres o cuatro que fueron fundamentales. Con la primera de la que tengo memoria tuve un mal comienzo. Se llamaba Consuelo: debería tener unos cincuenta años, era algo grande, fuerte, gorda y muy tozuda. Para mí significó la aparición de la autoridad sobre mi persona: ella era el enemigo en una guerra en la que yo era, por primera vez, el claro perdedor desde el principio. Me tenía desesperado porque me obligaba a comer los macarrones repelentes que guisaba; unos macarrones demasiado cocidos, con una salsa roja viscosa; aquello era exactamente como comer sopa de macarrones. Alguna vez me los había hecho comer a la fuerza. La lucha se producía siempre en el comedor antes de que llegaran mis padres. Consuelo, con el plato en la mano, me cogía por el brazo y, forcejeando, me sentaba a su lado y comenzaba una lucha sin tregua por aquella repugnante pasta viscosa. Si ella me cogía, yo me resistía, pensando que podría escapar, pero ella tenía mucha más fuerza que yo, claro. Ahora, al pensar en ello, no entiendo por qué no me quejé a mi madre: casi parecía que Consuelo solo tuviera la misión de suministrar macarrones al «rey de la casa», porque quizás fue la única criada que recuerdo que no vi nunca por ninguna habitación. Por más que lo pienso, no consigo invocar ninguna otra imagen suya. De ella, aparte de su autoritaria fealdad solo recuerdo sus incomedibles macarrones.

Después tuvimos a Magdalena, que era el polo opuesto de Consuelo. Era una chica alta y delgada de ojos verdes, muy bonita, con las piernas un pelo excesivamente gruesas y de tobillos gruesos, pero por lo demás era muy proporcionada, sin estridencias. Magdalena tenía una simpatía natural que transmitía amistad, y nos hicimos muy amigos, nos reímos mucho los dos juntos. También recuerdo cuando la ayudaba a pelar judías, guisantes o habas. Lo hacíamos en la galería, que tenía muy buena luz y el espacio suficiente para que ella pusiese en una mesa baja las judías, por ejemplo, y

dos cuencos más, uno para tirar las cáscaras y otro para las judías limpias. Yo me sentaba en el suelo delante de ella en busca de una visión privilegiada. Ella, sentada con uno de los cuencos entre las piernas, iba eligiendo legumbres y yo también; pero, además, yo, de vez en cuando, entre pela y cáscara, estiraba las manos para hacer una incursión por sus muslos. Me gustaba mucho, yo debía de tener cinco o seis años, tal vez siete. Entonces, ella, medio riendo, me cerraba el paso y con la punta de un cuchillo sin afilar, me pinchaba la mano y decía: «¡Niño, vaaa...!».

Pero yo, al cabo de dos o tres judías más, volvía a la carga. Magdalena me decía que era un malote, pero siempre lo decía riendo.

En verano íbamos al Ordal, donde mi madre tenía una pequeña casa con un patio trasero y donde a mi padre, si hacía buen tiempo, le gustaba hacer una paella. Allí, un día, antes de cocinar, Magdalena estaba sentada en un escalón tomando el sol cerca de la cisterna. Yo me acerqué por detrás, la abracé y le di un beso en la boca, pero el gesto no le gustó nada y me dio un buen tortazo. Allí el niño ya apuntaba maneras... Posiblemente, como consecuencia de este episodio al cabo de unos días me presentó a su novio, un chico de Ordal con muy buena pinta que estuvo muy simpático, tan simpático que me pareció que conocía perfectamente el incidente de mi beso y también que había terminado con un buen coscorrón.

Creo que un tiempo después tuvimos en casa a una criada a la que llamábamos la Romana, no recuerdo por qué. A mí no me gustaba y, escondido en la despensa de la cocina, tomaba nota de todo lo que hacía, paso a paso, hasta que conseguí tener un informe de todos sus movimientos. Después, lo leí a mi padre, y mientras más leía, más me avergonzaba de mi traición, me sentía verdaderamente como un chivato. A mi padre aquello tampoco le hizo ninguna gracia. Ahora, cuando lo pienso, tampoco me la hace a mí.

Y después llegó Emilia, que estaba, como dice la expresión, como un tren. Era una chica alta de tobillos finos, muy bien torneados, pelirroja, con unos pechos, una cintura y unas piernas preciosas. Pero a mí, lo que más me gustaba de aquella mujer eran sus cambios constantes de zapatos. Durante una buena temporada, cada día me acompañaba al colegio y no había trayecto

sin piropos más o menos torpes dirigidos a ella, pero muy a menudo los tipos más avispados me utilizaban a mí como preámbulo para comunicarse con ella. «¡Anda, tío, qué pareja que llevas!», «¡Hala, chaval, tú sí que tienes suerte en la vida!», Pero hubo uno que dijo: «¡Sois la pareja más bonita de Barcelona!», y este hizo diana. Y Emilia, que nunca hacía caso a todas aquellas atenciones, en aquella ocasión mostró la mejor de sus sonrisas y, agarrándome bien fuerte, le dio las gracias. Me pareció muy bien y recuerdo que inmediatamente pensé: yo también le debería haber dado las gracias.

## Medias negras y yogures

Nunca fui un gran estudiante y en la escuela no me encontraba a gusto. Bueno, miento, la única vez que fui con alegría fue cuando de pequeño, antes de la Guerra Civil me llevaron a la escuela Montessori. Allí me lo pasaba en grande, recuerdo que jugaba mucho, que nunca nos regañaban y que todos los maestros eran muy amables y nos hacían sentir alguien. Pero apenas terminada la guerra, recibí la primera gran bofetada cuando me llevaron a los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Todavía tengo presente la oscuridad de aquel lugar, todos vestidos de negro, con una luz tétrica que colgaba de un techo que era muy muy alto. En los Hermanos no eras nadie.

Algo debía de intuir mi padre porque se enteró de que en el paseo de Gracia había una escuela con profesores que habían estado en la mítica y avanzada Escuela Blanquerna de la República, allí en Vía Augusta con Aribau, bajo la maestría del pedagogo Alexandre Galí, que también había sido director de la Montessori. Se llamaba Institución Cultural Femenina, pero aquello no funcionó demasiado bien. Resultó un desastre, al menos para mí. Era la antiescuela, no sé cómo les iba a las chicas en sus clases, pero en la de los chicos no enseñaban nada de nada. Éramos solo siete u ocho alumnos, de edades distintas, yo era de los pequeños, y nadie nos prestaba atención, nos pasábamos la mañana explicando cosas entre nosotros.

Del paso por la Institución Cultural Femenina me queda solo la visión de la señorita Ceña. Creo que me daba latín. Morena de pelo, era una mujer ya un poco mayor, pero era la única de ese entorno que iba maquillada, arregladita, contrastando así un poco en un entorno gris, también de espíritu. No era bonita, pero sí tenía unas piernas todavía bonitas, en las que te fijabas más que nada porque llevaba unas medias negras muy de la época, que tanto me han marcado la vida... Pero dado el éxito académico, mis padres decidieron llevarme a los hermanos Maristas que había en el paseo de San Juan.

Yo, mientras tanto, iba muy retrasado, no sabía hacer quebrados ni raíces

cuadradas. No sé si fue por eso por lo que de los maristas pasé, ya un poco más mayor, a una pequeña escuela, la Academia Práctica. De aquella época me ha quedado grabado que mis padres me daban una peseta para que, por la tarde y de vuelta a casa, me tomara un yogur en una granja que me venía de paso. Pero yo lo que hacía era comprarme churros. En casa, pronto sospecharon que no me comía los yogures y me pidieron que llevara la gomita con que se sujetaban las tapas de los botes como comprobante de que me comía el maldito yogur. Y lo que hice fue entrar en la granja, dedicar mucho tiempo a tomarme el invento láctico y observar a los otros clientes. A medida que las mesas iban quedando vacías yo recogía todas las gomitas disponibles. Con ese sistema tuve para varios churros...

## Mary Martin y el demonio

Los maristas parecían un cuartel, de hecho, la estructura jerárquica de un colegio religioso se respeta militarmente, con la diferencia de que los galones, en los colegios de religiosos, se otorgan en forma de puestos de mando, director, subdirector, visitador, etcétera. Los Hermanos más jóvenes se encargaban de los primeros cursos o servicios complementarios como la gimnasia. El hermano Julio, exvoluntario de la División Azul era el más fuerte del colegio y el profesor de gimnasia. Era bastante alto, corpulento, pelirrojo, barbilampiño y siempre con la cara roja como a punto de explotar. Jugaba al frontón y con sus manazas golpeaba con tal potencia la pelota que ridiculizaba a todos sus contrincantes, fueran alumnos de últimos cursos o jóvenes Hermanos. El hermano Julio era un mito para todos los alumnos del colegio. «Este sí que es un tiarrón», pensábamos. Todo el mundo lo respetaba, pero casi nunca se le veía hablando con otros Hermanos, como si los ignorara. Su imagen desprendía una frescura y tolerancia que nos tranquilizaba a todos, era nuestra única luz frente a la oscuridad.

El colegio era una fortaleza cerrada, un contenedor de muchas cajas también cerradas, que eran las aulas. El patio era otra caja, pero abierta por arriba, con el cielo bien delimitado pero inabarcable. El patio tenía varias funciones. Una era la de reunirnos a todos para iniciar la primera disciplina, otra era la de distribuirnos militarmente. Además, era el espacio para acceder al interior del colegio y donde todos aprovechábamos los últimos instantes de libertad, encuentros precipitados con compañeros con los que coincidías solo en la entrada, los olores de cada uno, las risas, las últimas bromas, alguna pelota que alguien improvisaba con el papel de diario de envolver el bocadillo... Aquellos eran los últimos minutos de libertad, los más valiosos pero también los más angustiosos.

Todo el mundo sabía que el timbre que marcaba la hora de entrar a clase, impertinente e implacable, acabaría con todo. Justo un instante antes de oírlo, en el patio flotaba una densa y falsa alegría de gritos bárbaros y forzados.

Pasado ese instante, llegaba un silencio absoluto, miserable y miedoso. Todos nos alienábamos precipitadamente, casi escondidos en un colectivo del que si te atrevías a salir, cargarías con alguna culpa. Los Hermanos, como cisnes negros, miraban inquisidores al frente de cada hilera, formábamos una geometría militar y entrábamos en clase marcando el paso. Todas las cajas eran iguales, con sus veinticinco pupitres de dos personas iluminados con una luz húmeda que colgaba de un techo altísimo. El olor del aula era tristísimo, se mezclaban nuestras colonias con el tufo de mandarinas y plátanos olvidados en el fondo de los pupitres. Cada aula la dirigía un hombre de negro, distante y con pose de enemigo. Los Hermanos impartían disciplina continuamente, nos alertaban de peligros —no de pecados porque el pecado era nuestro estado natural—, de los castigos atroces que nos esperaban en el infierno si sucumbíamos a la carne. Una carne que el diablo quemaría. Y así pasaban los días, sin estímulos ni alteraciones, y los sentidos quedaban fuera de servicio. Solo era posible cerrar los ojos y divagar como cuando los domingos mi padre me llevaba a los conciertos del Palau de la Música, donde la monotonía de una música que no entendía, arrojaba mi sueño particular y construía mil aventuras que quizás algún día llegarían. Pero en mis divagaciones escolares un *crescendo* de golpes de regla, secos e hirientes, me devolvían a la triste realidad. Los gritos de los hombres de negro cortaban nuestros sueños.

Un buen día, en la clase de religión se infiltró otro personaje femenino, aparte de la Virgen María: nos presentaron a María Magdalena. Pese a explicarnos su figura muy confusamente, nos subyugó. Sus piernas y brazos desnudos se intuían entre una cabellera esparcida, toda ella se arrastraba hasta los pies de Jesucristo. Su actitud, en aquella ilustración a pluma del libro de religión, era de absoluta sumisión y arrepentimiento, tal y como correspondía a una pecadora de su calibre que, según nos decían los Hermanos, ya no podía serlo más. Paradójicamente, Jesucristo, en el dibujo, parecía perdonarla de manera bondadosa.

Un sábado por la tarde de un mes de mayo me castigaron, junto con otros alumnos de diferentes cursos, a quedarme encerrado en clase una hora más después de la salida. Eran las siete de la tarde, víspera del único día festivo

del mes de las flores; empezaba a hacer calor y los gritos y las risas se esparcían. Era una especie de electricidad gozosa con que todos nos contagiábamos y que se nos apagaba por tener que sumirnos en aquel lugar en otra hora larga y miserable. El encargado de vigilarnos era el hermano Julio. Era la primera vez que lo veíamos en el interior, sin aire ni espacio a su alrededor. Encerrado dentro de un aula se parecía al resto de los Hermanos, pero él todavía era más imponente, lustroso y barbilampiño. Recuerdo sus enormes manos encima de la mesa aguantando un libro negro y diminuto, su breviario. Su actitud no correspondía a la de un lector devoto. Su mirada no parecía concentrada pero sí absorta en un vacío muy lejano.

En el aula el silencio pesaba y agobiaba más que el calor. De repente, en medio de aquella situación inerte y pétrea, sin alterar ni un músculo de su cara y con la misma mirada ausente, aquel Hermano nos habló de la carne: «Ya es hora de que estos jovencitos que van con pantalón corto mostrando la carne la oculten con vestimentas más decentes». Su recomendación fue clara, inteligible, directa, y brutal. No sé el tiempo que pasé digiriendo sus palabras, pero sí recuerdo la salida silenciosa, ordenada sin que nadie nos controlara, como si ya no hiciera falta, y que intenté tapar mis piernas con la cartera. Trataba de ocultar el pecado reciente revelado. Lo había dicho el hermano Julio.

Al día siguiente de la toma de conciencia de la reveladora recriminación del hermano Julio era domingo y fui con mis padres al cine de mi barrio. Por supuesto que cubrí mis extremidades inferiores con unos ridiculísimos pero eficientes pantalones de golf. No recuerdo que ningún otro compañero de mi curso vistiera con otra cosa que no fueran los pantalones de golf o pantalones cortos.

Entonces, en el cine siempre pasaban dos películas. Aquella tarde el programa comenzaba con una historia bélica y terminaba con una producción española protagonizada por una jovencísima actriz norteamericana, Mary Martin. De las películas no me acuerdo, pero de Mary Martin sí. En medio del panorama femenino hispano, Mary Martin destacaba y además parecía accesible, llena de vida y simpática. Era lo más opuesto a las imágenes de un libro de religión, a las chicas que veíamos por la calle o a nuestras primas. En

una escena de la película, Mary Martin aparecía en bañador en la piscina. No con pantalones cortos, sino con las piernas «perversamente» desnudas desde la punta de los pies hasta la parte donde se juntan los muslos con el vientre. Y sus pechos..., ¡ay, sus pechos! Se desbordaban por la parte alta del bañador, caían y crecían en medio de la sala oscura. Me hundí en la butaca para no verlo, no lo evité. ¡Pobre pecador! La carne avanzaba fila a fila, redonda, esplendorosa, y llegó a mí sin remisión, sobrepasando el sillón de enfrente que me hacía de parapeto. Entré en el paraíso.

En aquel tiempo, la irrupción de Mary Martin en el panorama cinematográfico español sacudió muchas butacas. Porque era sofisticada y diferente de las demás y por sus pechos, claro. Aunque no teníamos mucha información —salvo la visión de alguna estatua, alguna reproducción de algún cuadro de Rubens o la escandalosa imagen de *La maja desnuda* en un sello que tenía el padre de un amigo—, empezábamos a intuir, entre esperanzados y avergonzados, que en aquel par de formas cónicas el jefe supremo del infierno trabajaba duro. Al día siguiente, volví al colegio con la plena convicción de que el hermano Julio era vegetariano, pero, por si acaso, no me puse nunca más pantalones cortos.

## La aguja de la tía

—¡No se puede salir de casa! ¡Es un escándalo! ¡En el metro, en el autobús, el tranvía... y ahora, en el cine! ¡No se puede ir sola a ninguna parte!

Gritando estas frases, la tía Rosita llegó a casa completamente alterada. Mi madre, desde la cocina, le preguntó qué le había pasado. «¡Que son unos cerdos, eso pasa!» Y con esta definición tan generosa se encerró en su habitación con el correspondiente portazo, como si no quisiera ver a nadie, ni siquiera a los de casa.

Hermana de mi madre, la tía Rosita se había casado con un chico de Caravaca, Murcia, un radiotécnico que se fue a hacer fortuna a Brasil. Ella vivió allí un tiempo, pero volvió porque todo aquello no le gustó lo más mínimo. Mujer de carácter, aquella noche no salió ni para cenar. Mi padre le sugirió a mi madre que la fuera a buscar, o por lo menos que intentara averiguar qué le había pasado. Pero mi madre no tuvo éxito. Al atardecer, pasada la hora del resopón, salió y continuó con la misma arenga y los ojos desorbitados:

—¡Qué cara! Poniéndome el pie por detrás del sillón y aún el sinvergüenza, cuando se lo digo, tiene la desfachatez de empezar a gritar que era yo la que lo buscaba. Y me ha trastornado tanto que no he sabido qué contestarle. Ahora, ahora es cuando me gustaría encontrármelo. ¡Lo mataría!

Mi tía tenía un carácter fuerte y sus arrebatos de mal genio eran completamente arbitrarios. No se sabía nunca el porqué y al volver del trabajo podía encerrarse en su habitación y no salir ni para cenar. Otros días, en cambio, podía estar muy risueña y ser la animación personificada. «A veces, es un poco tarambana», decía mi padre, «pero es muy buena persona.»

Mi madre era bastante alta y tenía lo que llamaban un tipazo. Mi tía, en cambio, era un poco más bajita y con formas más rotundas, pero muy bien proporcionada. De pequeña había tenido la viruela y se había recuperado después de sufrir mucho, pero le había dejado unas ligerísimas marcas en la cara que creo que nunca le mermaron su éxito como mujer. «Por cada

hoyuelo, un besito», de este piropo que le dijo un chico por la calle estaba muy orgullosa. En cambio, otro tipo de reacciones más groseras la indignaban, e incluso tenía una serie de tácticas y técnicas para castigar al «cerdo» que se excediera. Atraía a los más molestos como moscas, «mosquitas muertas», decía ella. El tranvía era su campo de batalla principal. En los años cuarenta, a la hora de ir y volver del trabajo los tranvías iban llenísimos: las plataformas delanteras y traseras estaban llenas a rebosar, y, efectivamente, no pasaba más de una parada que ya teníamos un personaje, generalmente con aire de inocencia, que conseguía, no se sabe cómo, ponerse al lado de la tía, y así comenzaba la peripecia. El personaje, disimulando, mirando siempre hacia otro lado, iniciaba su estrategia de aproximación: ahora era una mano que rozaba un poco, ahora una rodilla adelantada... Y así hasta que la tía le abanicaba una bofetada, o se apartaba como podía, soltándole improperios y llamándole cerdo, sinvergüenza, asqueroso y todo lo que se le ocurriera.

Una vez, años más tarde, acompañándola en el metro, fui testigo de una situación similar pero con un desenlace más sonado. El vagón iba lleno. Ella y yo habíamos quedado un poco separados, empujados por la gente que había entrado en la última parada. Yo no estaba para nada más que para conservar mi integridad física, no quería ser aplastado. De repente, poco antes de nuestra parada y cerca de la tía, se oyó un grito desgarrador. Bajamos del metro entre empujones, pero tuve tiempo de ver a un señor madurito, regordete y pequeño, que gemía con cara de susto. La tía se puso a caminar muy deprisa por el andén y yo la intentaba atrapar. Estaba muy enfadada.

—¿Qué le pasa, tía? —le pregunté cuando conseguí alcanzarla.

—Pues mira, que ya no aguanto más a estos cerdos que siempre se quieren aprovechar, y ahora llevo siempre esta aguja y cuando alguien se pasa de la raya, lo pincho lo más fuerte que puedo —respondió, enfurecida.

Era un alfiler más largo de lo normal. La verdad es que me impresionó mucho.

—¡Eso debe de hacer mucho daño! —le dije, entre admirado y atemorizado.

—¡Demasiado poco! —me contestó.

Dos o tres pasos después, se me acercó, y con un brillo en los ojos entre maliciosa y divertida, sin dejar de caminar, me dijo al oído:

—Lo que pasa es que me parece que esta vez me he equivocado de persona y ha recibido quien no debía...

## Un helado por Semana Santa

En los años cuarenta, los miércoles de Ceniza y los jueves y viernes de la Semana Santa no había espectáculos ni distracciones. En la radio solo emitían música clásica religiosa y triste (que sonara Vivaldi era impensable). Los teatros estaban cerrados y los cines también, exceptuando alguna sala abierta para proyectar *Pastor Angelicus*, un extraño documental religioso de 1942 sobre el papa Pío XII que proyectado cualquier día del resto del año no hubiera conseguido ni media docena de espectadores. Yo lo fui a ver una mañana con el colegio. Todo el cine Aristos (la actual sala de fiestas Luz de Gas, en la calle Muntaner de Barcelona), lo llenábamos nosotros. Antes de la proyección, nos tragamos el obligado NO-DO, repleto de noticias de inauguraciones, reportajes sobre casas regionales y algún científico español que triunfaba en todo el mundo. Pero en medio de ese programa habitual se coló la actuación de una bailarina española, con su correspondiente pero discreta dosis de erotismo en forma de piernas, muslos, brazos y un poco de escote.

El alboroto que organizamos los cientos de espectadores-alumnos fue considerable. La situación lo propició: la oscuridad de la sala nos dejaba a todos en el anonimato, y el contraste que nos produjo ver a una mujer, de carne y poco hueso, en el contexto de un espectáculo educativo-religioso donde, la verdad, esperábamos otro tipo de faldas, nos asustó. También jugaba en la trastienda de nuestra cabeza la represión y denuncia continua del «pecado de la carne» en el que estábamos siempre inmersos. Y el resultado fue que gritamos como energúmenos y aplaudimos con todas nuestras fuerzas. El escándalo fue tan espontáneo y atronador que ningún Hermano se atrevió a poner orden. Ni siquiera podían saber quiénes éramos los más ruidosos. Poder castigar para dar ejemplo les hubiera devuelto el poder, pero la oscuridad de la sala nos amparaba. Seguro que los Hermanos más jóvenes que nos acompañaban, aunque puros y fieles a sus mandamientos, debieron de pensar, creyéndoselo, que todo lo que estaba pasando era una prueba que

nos enviaba Dios —o quién sabe si el mismo demonio— para hacernos caer en la tentación.

En la escuela, unos días antes de Semana Santa, nos hablaban de la muerte de Cristo y nos decían que todos los hombres, absolutamente todos, éramos culpables. Ésta fue una de las primeras cosas que no entendí: ¿qué tenía que ver yo, o mis padres, el abuelo, la tía y mis primos, con la muerte de Cristo? Todos, todos éramos culpables, nos repetían los profesores con sotana. Incluso el último primito, hijo de la tía María del Poblenu, que acababa de nacer. Sí, el pobre Pepito —así le habían puesto al bebé— había retrocedido varios siglos, se había juntado con aquellos hombres tan malos y ¡había ido a la montaña a clavarle clavos en las manos a Cristo! Los Hermanos nos lo repetían tan a menudo, y con tanta fuerza y convencimiento, que no había manera de quitarse la misteriosa culpa de encima. Parece que... ¡entre todos lo crucificamos!

Para oscurecer las tintas de nuestra culpabilidad nos ahogaban con todo tipo de detalles que rayaban en el sadismo: que si «lo vendimos y lo hicimos insultar groseramente por las calles de Jerusalén, cargándole una cruz pesada sobre los hombros», que si «cuando pedía auxilio, muerto de sed y desfallecido, le dábamos de beber vinagre y sal», que si «le traspasamos las manos con unos clavos y lo clavamos en la cruz»... Los Hermanos aseguraban que todo esto lo habíamos hecho los hombres, y yo no era una excepción. Seguía sin terminar de entenderlo, pero me sentía culpable.

En casa no se hablaba con tanto realismo de la cafrada que le habíamos hecho a Cristo, pero era evidente que el ambiente cambiaba. Si yo, distraído, cantaba, mi madre me hacía callar:

—Niño, no se canta, ha muerto el Señor. Espera al sábado de Resurrección. —Una prórroga que me parecía muy curiosa.

—¿Esta tarde podría ir a jugar con Jorge?

—Esta tarde no se juega. Vendrás con nosotros a visitar monumentos.

Pero la espera para volver a la normalidad no era demasiado grave. Total, un par de días sin cantar y, enseguida, del recuerdo espantoso del martirio del Señor saltábamos a la celebración ruidosa y brillante de la Resurrección. Como si no hubiera pasado nada. Todas las radios, los cines, los

espectáculos, los teatros, las salas de baile, volvían a funcionar... y ¡de qué manera! Como si todos fuéramos a la línea de salida de una carrera para determinar quién estaba más alegre y se lo pasaba mejor. Terminada la Semana Santa, la radio suspendía su programación de cantos gregorianos y estallaba la música alegre y pachanguera del resto del año. Los cines y teatros ofrecían lo mejor de su repertorio anual, tal vez por eso todo el mundo esperaba los estrenos del Sábado de Gloria.

## Claveles rojos, zapatos de aguja

Visitar monumentos. Así llamaban al peregrinaje que hacían las familias burguesas durante la Semana Santa por las diferentes iglesias de la ciudad para repartir sus oraciones, o... para que los demás los vieran rezar. Mi tía y mi madre se vestían de negro, se colocaban con mucho cuidado una peineta en la cabeza, una especie de peine de un palmo de altura y púas largas, que servía de contenedor de una larga mantilla negra. Llevaban zapatos negros y brillantes de tacón alto y medias negras de seda. Estaban muy guapas. A mí me llamaban la atención los claveles rojísimos que muchas se ponían en el escote. El contraste de la piel blanca, enmarcada por el negro del vestido, con el rojo de la flor más hispánica de todas era un imán para las miradas. Cómo lucía la primavera, a pesar del recogimiento y de que los comercios estaban cerrados y no había espectáculos; la gente se lanzaba a las calles con muchas ganas de vivir. El show estaba en medio de la calle, ¡y menudo espectáculo! La animación la sembraban aquellas mujeres de negro, con sus misales y sus mejores vestimentas, con aquel palmo de mantilla encima de la cabeza como un estandarte de distinción mística. La potencia gráfica de aquellas mujeres golpeaba los sentidos, porque en las calles grises de entonces y con todo cerrado, el contraste de aquellas mujeres vestidas de negro y salpicadas de un rojo rabioso era aún más acusado. Los hombres, los niños y las niñas, en cambio, quedábamos inmersos en la mediocridad habitual. Pero mirábamos y sentíamos. Y eran las mujeres, en aquella sociedad tan reprimida y machista, las que mostraban todo su poder, pisando sin vacilaciones, encumbradas por unos zapatos de tacón medio en aquella primavera de sentimientos contrapuestos. Las mujeres caminaban dignas, orgullosas y sensuales, pero marcando una distancia insalvable.

Las imágenes en colores de Cristo en la cruz que había en los altares de muchas iglesias eran obra de escultores de primerísimo orden. Artistas poseídos de una gran mística que sobrepasaban el hiperrealismo para representar el sufrimiento de la muerte con una gran belleza. Aquellas

imágenes producían, y me producen todavía, una fortísima impresión. El resto del año, Cristo estaba desnudo, con las partes íntimas cubiertas por una tela sabiamente drapada. Su anatomía esbelta, ligera y elegantemente musculada destacaba, precisa y sensual, en la austeridad de la capilla. La expresión de sufrimiento, las heridas y la sangre que brotaba de las manos clavadas en la cruz, la angustiosa atmósfera de la muerte..., te dejaban abrumado. Pero en Semana Santa, aquel cuerpo estaba cubierto con unas telas moradas, como si lo hubieran censurado brutalmente; y el efecto era aún más turbador.

Supongo que no hace falta ser psiquiatra para deducir que mi tendencia visual a apreciar este tipo de imágenes me debe de venir del diablo, que ya sabía que en mí tendría un cliente asegurado. Tengo en la cabeza un *travelling* continuo desde aquellos claveles rojos a los zapatos de aguja. Tanto en mi fotografía como en la publicidad siempre hay un zapato de por medio, y muy a menudo unas piernas perfectas envueltas en medias negras, esa cosa sensual... Es un fetichismo que me viene de aquella época. Y es que todo ello provocaba mucho efecto. Llegaba la Semana Santa y todo estaba prohibido, y sin embargo sí se permitían los zapatos de *miló*, las medias negras con costuras, los escotes con los claveles y el maquillaje... La radio sonaba triste, en casa te decían aquello de «niño, no se canta», pero después llegaba el Sábado de Resurrección y el alboroto. Era una locura.

## La copa de la casa

De la Semana Santa salía algo pocho, pero se me pasaba pronto. La densa y mortuoria atmósfera tenía su recompensa en la maravillosa y pequeña fiesta para los sentidos que nos esperaba en la luminosa Horchatería Valenciana. Merendar en la horchatería de La Rambla era un evento tradicional que no podía faltar, y aquellas meriendas eran una iniciación a la voluptuosidad.

Mi relación con las fuerzas fácticas de los establecimientos que daban de comer o beber ya empezaba a ser especial. Siempre he tenido, sin estudiarlo demasiado, una habilidad más bien innata para conseguir un trato preferente por parte de camareros, ayudantes y cocineros. El camarero de la Horchatería Valenciana tomaba nota de todas las comandas menos de la mía porque me recordaba de otras veces, aunque hubiera pasado mucho tiempo desde el último desayuno o merienda que habíamos hecho. No era necesario, pues, anotar lo que quería «el niño», porque a los pocos minutos el camarero dejaba ante mí la copa de la casa, una vistosa construcción de helado y nata en una copa de alpaca funcionalmente diseñada, plana y de gran diámetro para que destacaran tres bolas de helado Frigo («debe ser Frigo», siempre decía mi padre, que los consideraba entonces los mejores helados) de vainilla, fresa y chocolate; el trío clásico, la perfecta combinación. Supongo que para el personal del establecimiento debía ser gratificante ver a un chiquillo volcado con un interés imperturbable a deleitarse con parsimonia con aquel festín de colores y untuosidades. Hay que entenderlo: después de tanto recogimiento religioso, de tantos drapeados morados, de tanta cera quemada y de tanta culpa universal, aquel helado era mi paraíso particular, mi resurrección particular.

## El amor que llegó en ascensor

Me enamoré a los doce años cuando subía a casa en el ascensor. Entonces vivíamos en la parte sur del Ensanche, casi en la frontera con el barrio gótico, en la planta más alta, justo bajo la azotea, en una casa con balcones delanteros y traseros, dos pisos por rellano y ascensor. Cuando venías de la calle y entrabas en el edificio, la luz del vestíbulo era bastante amortiguada. Si mirabas hacia arriba había una gran claraboya y la luz bajaba espléndida, pero en cuanto llegaba al rellano del ascensor, la luz ya estaba tan cansada que no servía para nada. El ascensor subía de la oscuridad hacia la luz brillante, lento y silencioso, en un deslizarse perfectamente engrasado. Era una suerte poder subir solo para disfrutar de un viaje suntuoso, en una caseta de buena madera. Primero cerraba la puerta de hierro forjado y después, la corredera de madera y vidrio. Pulsaba el botón en la reluciente placa de latón, me sentaba en el cómodo banco forrado de terciopelo rojo entre dos paredes, una de madera con el panel de botones y la otra con ventanillas de cristal que daban al patio de luces, y comenzaba el viaje. El primer rellano, el de la portería, era muy oscuro. La portera, Pepita, que vivía en el sótano, subía dos o tres escalones desde su vivienda y se plantaba apoyada en una barandilla que marcaba su zona, siempre con la misma actitud inmóvil e inquisidora para saber quién entraba. A veces, según la luz del día, más que verla la intuías, como una sombra gris en medio de un agujero negro. Y así comenzaba mi viaje, casi huyendo de aquel fantasma.

Me gustaba mucho mirar las ventanas de cada rellano. En algunas había cortinas y en otras, no. A veces veía sombras que pasaban, luces encendidas o a alguien limpiando cristales. Si era de día, a medida que subía, la luz de la claraboya lo iba aclarando todo. En el entresuelo, que aún era muy oscuro, una vez vi a una chica a través de su ventana entreabierta. Ella también me vio y me sonrió. Era pequeña, rubia y muy jovencita. Fue como una aparición porque era la única ventana del patio de luces que siempre había visto cerrada. En el entresuelo no vivía nadie. Oí decir a los de casa que era el

despacho de un hombre mayor muy importante, que no iba casi nunca. Al día siguiente, a la misma hora, al regresar de la escuela al mediodía, volví a ver la chica en el rellano del entresuelo. Estaba limpiando los cristales de la ventana, subida en una escalera. Iba con una bata de la limpieza abierta y sin nada debajo para que se le vieran los muslos. Cuando me vio, mientras yo seguía mi viaje con el ascensor, con la cabeza erguida y sonriendo, me lanzó un beso. Me puse rojo como un tomate, pero no podía dejar de mirarla. Tenía una cara tan joven y candorosa como la de las vírgenes de la iglesia de la escuela que, henchidas de amor celestial, miraban al cielo buscando el Señor. Aplasté la cara contra el cristal de la cabina para conseguir un mejor ángulo de visión. Mientras el ascensor me llevaba hacia arriba, ella se iba haciendo pequeña pero me seguía obsequiando con su mirada. Me enamoré. Desde entonces no me quitaba de encima el deseo de volver a verla, y cuando apretaba el botón del ascensor el corazón empezaba a latirme con más fuerza; pero pasaron un par de semanas y nada, la ventana del entresuelo estaba cerrada.

## Mes de mayo, mes de las flores, mes de María

En el templo de la escuela durante el mes de mayo se paladeaba la primavera. Colores y fragancias de miles de flores rodeaban a la Inmaculada Concepción, la patrona de la escuela. Los Hermanos, habitualmente con rictus agresivos en sus bocas, se transformaban en unas criaturas embelesadas por la imagen de la Virgen María, y cantaban con adoración el «Salve, Regina, mater misericordiae». Todos cantábamos uniendo con fuerza nuestras voces esperanzadas y nuestros sentidos hechizados por los olores de las flores y de la belleza de aquella madre que miraba al cielo, llena de amor, orando por nosotros en el altar mayor. De repente, el rostro de la Virgen era el de la chica del entresuelo, desprendía la misma dulzura, ¡la misma belleza! Y con todas mis fuerzas pedí volver a verla.

Por fin un día, desde mi puesto de observación ascendente, justo cuando accedía al misterioso entresuelo, vi que la ventana estaba entreabierta y, al instante, ella pasó riendo, seguida de un hombre mayor, muy alto y muy elegante. Justo cuando el ascensor llegaba al primer piso tuve tiempo de ver cómo él cerraba la ventana. La visión no era la que esperaba. Me extrañó mucho. Parecía que ella tenía esa alegría alocada de los que están a punto de ser atrapados cuando se juega al escondite.

Un domingo de Semana Santa me la encontré en el rellano del ascensor. Apareció por la escalerilla que daba a la vivienda de la portería. Iba vestida de negro, con mantilla, medias negras de seda, zapatos de tacón alto y llevaba un misal en la mano con el que apenas tapaba el escote. Era la misma indumentaria que llevaban mi madre y la tía cuando iban a visitar monumentos. La chica pasó al lado de Pepeta, y ninguna de las dos dijo una sola palabra. Era pequeña, pero preciosa. Me quedé con la puerta del ascensor a medio abrir, completamente embelesado. Ella se dio cuenta, se detuvo y me dijo riendo:

—¿Me quieres acompañar?

Pero Pepeta se adelantó y, de golpe, abrió la puerta del ascensor y me

empujó adentro. Y en tono autoritario le soltó:

—¡Pasa, pasa, sinvergüenza, no entretengas al señorito!

Subiendo a casa, pude oír el eco de las risas y el repicar de los talones de la chica corriendo hacia la calle.

Era la primera vez que la veía de cerca. Su olor, el traje negro, el escote, sus risas mezcladas con el sonido de los tacones me desconcertaron. Me extrañó mucho verla salir del domicilio de la portera. No dejé de pensar en ello cada noche antes de dormirme. ¿Por qué?, ¿qué hacía Pepeta ahí en medio? ¿Quién era? ¿Su abuela, su ama, su bruja? En mis pensamientos, Pepeta se convirtió en un personaje siniestro que tenía todo el poder, un poder que yo no comprendía. A partir de entonces, cada vez que abría la puerta del ascensor de espaldas a ese agujero de sombra que bajaba a su habitáculo, aunque no la viera presentía su presencia inmóvil y una sensación helada me recorría todo el cuerpo.

Años atrás, Pepeta había subido un día a casa con un plato de rosquillas de anís. Era pequeña, ni gorda ni flaca, como de huesos blandos y cansados, tenía el cabello gris, mal peinado, los ojos de un azul amortiguado. «Para el niño, tenga, las acabo de hacer», le dijo a mi madre. Salí a darle las gracias y me hizo una breve caricia, casi automática, en las mejillas. Tenía la mano húmeda y su tacto me resultó muy desagradable. En casa no les hizo ninguna gracia que tuviera ese detalle.

—Esta mujerzuela ahora te hace la pelota y después es capaz de venderte el alma —dijeron casi al unísono mi madre y la tía.

—No le hagáis caso. Siempre ha sido así... Y aún podemos dar gracias, porque no es ni la sombra de lo que era —corroboró mi padre, siempre un punto más condescendiente.

Un día, al llegar a casa con un poco de retraso, encontré a mis padres y la tía enzarzados en una conversación que, por el tono y la actitud que mantenían, intuí muy interesante. Mi madre acababa de pronunciar una palabra que no había oído nunca: «alcahueta».

—No se sabe cómo lo conseguía, pero el tío Rogelio, que tenía el despacho al principal, ya hace muchos años, decía que siempre tenía un par de muchachas muy vistosas —añadió mi padre.

—Sí, sí, dos desgraciadas a las que esta zorra obligaba a hacer trabajos extras, como a Palmira, claro —puntualizó la tía, que era de una moral pragmática implacable, sin contemplaciones—. Y ahora va y la coloca a hacer trabajos en el despacho del viejo verde de don Mario. ¡Qué asco! —agregó mientras iba hacia la cocina a buscar su menú particular.

Con curiosidad febril, busqué en el diccionario la palabra «alcahueta»: «Persona que procura o encubre la ilícita comunicación de una mujer con un hombre». Me quedé atónito, como si me hubieran dado un buen golpe en la cabeza. Aquella misma noche, después de rezar las oraciones, me costó dormirme. Pensaba en Palmira —por fin sabía su nombre— y no quería creer lo que había deducido que hacía y su relación con Pepeta. Tuve una pesadilla: se me aparecía esta mujerzuela hablando con un Hermano de la escuela mientras yo entraba en clase. Ella discutía gritando y me señalaba. El Hermano era aquel hombre alto y bien vestido, don Mario. Cuando estaba en clase, venía otro Hermano a buscarme porque el director quería hablar conmigo. De la puerta de su despacho salía Palmira llorando sin parar: «¡No entres, no entres!», me decía. Y entonces me desperté.

## La azotea

Me gustaba mucho la azotea. Era un ámbito muy mío. Quizás fue el primer espacio que me produjo una impresión fuerte. La azotea, tan grande, delimitada pero sin compartimentar y con el cielo por techo. Es una obsesión que he arrastrado años y tal vez esto explica por qué las primeras fotografías que hice a los amigos del grupo Dau al Set fueron hechas en azoteas. Quién sabe.

De pequeño, en cualquier caso, subía a menudo y me entretenía mirando por encima de la barandilla hacia los patios interiores o los traseros de las casas, que no tenían nada que ver con las fachadas llenas de balcones vacíos. Los patios traseros eran preciosos y estaban llenos de vida, con galerías acristaladas, persianas verdes y tres hileras de alambres larguísimos donde se tendía la ropa. Cuando sentías el ruido inconfundible de subir una persiana veías a alguien que salía a mirar, o a tender alguna pieza de ropa o a dar de comer al canario. En las noches de verano, muchas persianas estaban enrolladas y podías ver a los vecinos cenando o tomando el fresco en camiseta. En casa había visto unas fotografías pequeñas, con los bordes dentados como los sellos, en las que aparezco con la cabeza pelada, muy moreno y en camiseta. En una de las imágenes estoy junto a una bicicleta de tres ruedas y con mi abuelo, él en pijama. Estábamos en medio de la azotea, a pleno sol porque yo tenía los ojos como deslumbrados intentando mirar a la cámara.

En la azotea de casa tendían las sábanas y una vez vi unos hombres que movían frenéticamente unos bastones para esponjar la lana de unos colchones. Hacían un ruido continuado y frenético, como si tuvieran mucha prisa, mientras llovían miles de trocitos de lana. En nuestra azotea, y en casi todas las azoteas de este tipo, cada vecino tenía una especie de habitación para guardar cosas totalmente innecesarias, cosas que uno no se atreve a tirar pero que nunca más se utilizan. Eran los trasteros. Me gustaba mucho ese nombre tan diferente y tan misterioso. ¿Cómo podía ser que siempre me

ordenasen recoger, no dejar cosas por medio, si existía un espacio en la azotea, cerrado y destinado únicamente a tenerlo todo de cualquier manera? Un día de otoño conseguí la llave, y hacia las siete, cuando ya había oscurecido, aprovechando que no había nadie en casa, me lancé excitado a descubrir...

La llave funcionaba, pero la puerta no se abría. El sol despiadado del verano y la humedad lo hinchaba todo. Estirando y empujando, finalmente lo conseguí. Al abrir, me golpeó una fuerte bocanada a cerrado y una onda expansiva de calor. Estaba casi a oscuras. La habitación tenía el mismo ancho de la puerta, ni medio palmo más. Un sofá desvencijado tocaba de lado a lado. Cuatro patas de hierro viejo y marcos sin tela colgaban de la pared del fondo; sobre el sofá que tenía los muelles rotos había una especie de palangana muy grande. ¡Qué desilusión! No había ni un globo terráqueo, ni una espada, ni ningún paquete de cartas viejas, como había visto en libros y películas de aventuras. Sin embargo, decidí que ése sería un espacio mío, donde me podría encerrar y, sentado en mi sofá, viajar a oscuras sin que nadie me viera. En invierno hacía frío y en la canícula era como un horno, pero convertí aquel trastero en mi espacio particular, me lo hice más mío que el ascensor y que la propia azotea. Cuando cerraba la puerta y me sentaba en el viejo sofá empezaba a soñar con Palmira...

Uno de los días que iba a mi espacio de soñar me encontré con la portera, que tendía ropa con un semblante muy hosco. Cerca de ella, entre sábana y sábana, vi una figura blanca que se movía. Como un cuerpo desnudo que se ocultaba tras la tela. No tuve tiempo de verla, pero deduje, con el corazón desbocado, que era Palmira, tomando el sol desnuda. De repente, detrás de una sábana apareció ella con pantaloncitos y sujetador, con los tirantes caídos y medio tapándose con una toalla. Debería haber oído mis pasos y huía para vestirse. Cuando vio que era yo, se puso a reír a carcajadas. Pepeta la volvió a regañar. No sé lo que le dijo, ni lo que yo realmente vi; solo recuerdo una ropa interior blanca y una piel aún más blanca, sudada, brillante, maravillosa. A veces, aún pienso que quizás fue un sueño..., uno más de los muchos que tuve en la soledad de mi oscuro trastero.

Al cabo de unos días, me la volví a encontrar entrando en casa. Cruzaba

la calle desde la acera de enfrente. Aflojé el paso para coincidir con ella. Parecía una señorita rica. Con monedero de piel y zapatos finos.

—¿Qué haces en el cuartito de la azotea? Seguro que haces cosas feas... —me dijo en voz baja y con una expresión muy simpática, mientras abríamos la puerta.

Me puse rojo y nervioso, pero osé decir la verdad:

—Pensar en usted.

Se echó a reír y aceleró el paso hacia el agujero negro de la portería. Al llegar yo al ascensor, Palmira ya había desaparecido. Pocos días después, un mediodía, al volver de la escuela, en el momento de abrir la puerta del ascensor, desde aquel hueco de sombra oí que Pepeta decía:

—¡Subes ahora inmediatamente! Hace una hora que te espera.

—¡Que se joda! —contestó otra voz, que inmediatamente identifiqué con la de Palmira.

—¡Ay, me vas a matar a disgustos, deslenguada! —respondió Pepeta. Y ya no pude oír nada más.

Iba subiendo en el ascensor. La ventana del entresuelo estaba completamente cerrada, con los postigos también cerrados. Decidí no entrar en casa y, bajando los escalones de tres en tres, me paré en el rellano del primer piso, intentando ver la puerta del principal como un detective de película. Estaba muy nervioso. ¿Y si salía alguien del piso o del de arriba y me encontraban allí parado? Decidí que si oía algún ruido, subiría de tres en tres varios peldaños y esperaría que se fueran. Pero no fue necesario. El brazo de Palmira apareció siguiendo la barandilla de la escalera, y enseguida se plantó en la puerta del entresuelo. Debían de estar esperándola porque la puerta se abrió al instante y ella entró inmediatamente. Todo ocurrió en un visto y no visto. Como si se la hubieran tragado. Bajé rápidamente y pegué la oreja a la puerta. El corazón me golpeaba el pecho. Don Mario gritaba. No entendía lo que decía, pero sí pude oír las inconfundibles risas de Palmira.

En casa, a pesar de que se hablaba de todo, no se enteraron nunca de mi obsesión por Palmira. Muy de vez en cuando salía el tema que me obsesionaba, pero ahora hablaban con otro tono.

—Caramba, cómo va vestida la Palmira, ésta ya ha hecho carrera —soltó

un día la tía.

—Me parece que a Pepeta la criada le ha salido espabilada... —añadió mi padre.

—Sí, sí, la mosquita muerta ha aprendido rápido —remató la tía.

De este modo estrené un nuevo sentimiento, una mezcla de deseo y remordimientos. Una sensación que no había sentido antes; un gusanillo que no me podía sacar de encima y que crecía y crecía, y se convertía en un delirio de impudicia y remordimientos. Palmira me fascinaba y pensaba en ella sin querer. «Seguro que haces cosas feas», me había dicho, y estas palabras me habían llegado a lo más íntimo, pero me encontraba bien. Por primera vez, sentí la atracción del mal. Estaba convencido de que era una chica mala y me daba mucho miedo, pero me atraía más que nadie. Riendo y mirando a los ojos y haciéndome esa pregunta tan íntima y maliciosa: «¿Qué haces en la azotea?». El recuerdo del sonido del taconeo rápido de sus zapatos corriendo por el largo pasillo del entresuelo y los gritos de aquel hombre me torturaban. Por más que lo intentaba, no podía apartarla de mi pensamiento.

De repente, el ascensor era un lugar oscuro, hacía mucho calor y ya no se veían los cristales: estaban tapiados de madera negra y húmeda. No se veía absolutamente nada. Ya no la podría ver nunca más. En la azotea hacía mucho sol y oí sus risas procedentes de abajo. Fui a esconderme en mi refugio, pero me costó abrir la puerta. Dentro estaba Pepeta, mis padres y la tía. Mi madre lloraba. Corrí escaleras abajo y la puerta del entresuelo estaba abierta de par en par. Palmira me recibió y me llevó a una gran habitación. En medio había un señor sentado en el sofá de mi refugio. Ella se le sentaba en el regazo y le hablaba de mí. Me miraban y reían... Todo esto había sido un sueño, pero ¿y si el sueño fuera un aviso? Intenté reconstruirlo con todo detalle. Y lo que más me estremecía era mi madre llorando y haber visto los cristales del ascensor tapiados con maderas oscuras y húmedas que no me dejarían ver nunca más a Palmira.

De hecho, no la volví a ver nunca más. La ventana del entresuelo ya hacía un tiempo que estaba siempre cerrada, y el trayecto en el ascensor me producía sensaciones muy diferentes. A medida que salía de la oscuridad la

luz ya no me gustaba, porque implicaba huir de Palmira. Alguna vez, al llegar al rellano de casa, volvía a bajar sentado, como siempre, en mi banco forrado de terciopelo rojo. Salir de la luz e ir hacia la oscuridad temida, y ahora, tan deseada. Los rellanos iban apareciendo cada vez más grises, más oscuros; y en el entresuelo rezaba con el fuerte sentimiento de culpa de pervertir la propia oración. Recordaba unas semanas atrás cómo había ensuciado el amor puro de la virgen transfigurándola con Palmira, pero no podía dejar de rezar con todas mis fuerzas para que la ventana estuviera abierta.

Y en la azotea, en mi cuartito de sueños y pecados, me pasaba ratos con el ojo en el agujero de la cerradura. Tal vez la vería tumbada, tomando el sol medio desnuda y con la piel sudada. Llegué a convencerme de que todo había sido un sueño.

El verano llegó, caluroso, luminoso e insoportable. En casa, una tarde de domingo, recibimos la visita de un socio de mi padre y su mujer. Mi madre sacó una botella de vino moscatel y unas galletas. No recuerdo de qué hablaban, pero de repente salió la figura de don Mario.

—Don Mario ha muerto, pobre hombre, ve de qué le ha servido... —dijo el hombre.

—Y de aquella chica tan linda, ¿qué habrá sido?

La pregunta de los de casa no tuvo respuesta, solo hubo un silencio que se me hizo larguísimo. Mi madre me dijo que me fuera a mi habitación a hacer no sé qué. Me fui de muy mala gana, pero me quedé escuchando detrás de la puerta.

—Era una cabra loca —replicó aquel hombre. Y con una carcajada soltó —: Ya debe de estar en una casa de citas.

Yo seguía escuchando, ¡al menos tenía una pista! Una que me parecía extrañísima pero quizás podría encontrarla. No tenía ni idea de lo que era una casa de citas, pero las palabras de aquel hombre estaban dichas con un tono tan grosero que no imaginaba nada bueno.

## Huir de la luz

Estábamos en vacaciones y cerca no tenía ningún amigo de la escuela para preguntar qué era una casa de citas. Así que opté por mi madre. La encontré ordenando el armario grande del dormitorio, y me pidió que la ayudara a doblar sábanas. Una operación que me gustaba mucho y con la que ambos disfrutábamos. Estirábamos la sábana uno frente al otro, la cogíamos y tensábamos lo más fuerte posible por las puntas. La doblábamos a lo largo y tirábamos aún con más fuerza para después doblarla por la mitad; toda aquella fuerza, al ceder de golpe, hacía que uno se impulsara hacia el otro. Doblar sábanas se convertía en un juego con el que siempre acabábamos riendo. Esta vez, sin embargo, los dos lo hacíamos muy en serio. Todo lo ejecutábamos automáticamente y a mí la pregunta me quemaba.

—Madre, ¿qué es una casa de citas? —me atreví a pronunciar, sospechando que sería algo que se alejaba de la blancura y el olor de familia que habíamos vivido tantas veces con aquel juego ingenuo de doblar sábanas.

Mi madre no me contestó. Dobló la última sábana y la guardó en el armario.

—Madre, ¿por qué no me lo cuentas? —insistí.

Se volvió hacia mí y vi que estaba llorando al igual que en el sueño. Me miró como si yo la hubiera decepcionado definitivamente.

—¡Tan bonita que era la inocencia! —dijo cerrando el armario, y se fue sin decirme nada.

Había disgustado a mi madre. ¡Qué inmensa tristeza sentí! Me quedé doblemente jodido. Me sentía sucio, muy sucio, porque cuando lo pregunté ya intuía que era algo malo. Ya no era, pues, tan inocente. Y también estaba muy jodido porque ahora tenía la convicción definitiva de que la casa de citas era el infierno. ¡Dios mío, qué angustia! Ni siquiera podía pensar en ella en su ausencia, ¡hacerlo era un pecado monstruoso! Tenía unos remordimientos enormes porque me había enamorado de una chica mala que se lo pasaba bien pecando...

Pero entonces, en el fondo de mi alma apareció la terrible transgresión. Todo ello, en lugar de horrorizarme, me atraía irremediablemente. Con una progresión de remordimientos tentadores, descubrí un placer oscuro y privado que no podría explicar a nadie: recordar todos los detalles de mi historia con Palmira. La subida privada en el ascensor, todas sus risas y sonrisas detalladas con precisión, la ventana cerrada, las carcajadas amortiguadas en el fondo de aquel piso infernal, una habitación oscura, aquel cuerpo desnudo, de carne blanca y sudada, aquellas casas misteriosas adonde iba. Pensaba mal de todo, y todo era oscuro, pero me seducía. Había caído en un agujero sin luz, pero me gustaba. Ahora quien mandaba en mi alma no eran ni la Virgen rodeada de flores y olores de esperanza, ni mi madre: era Palmira, un ser poderoso, grandioso, que lo rodeaba todo desde la oscuridad. ¿Qué podía hacer yo en aquellas tinieblas? Pues aprendí a huir de la luz. Cuando por la tarde, al atardecer, oía las golondrinas emitiendo chillidos solitarios y las sombras ya casi no se distinguían porque todo era una sombra, me sentía reconfortado en un sentimiento casi abstracto: acababa de estrenar la melancolía. Así, mi familia y todo lo que pasaba en casa ya no me afectaban.

## Modest Urgell, una historia de amor

La afición cultural de mi padre era sobre todo la música, pero también leía. En casa teníamos las memorias de Churchill, mucha cosa de Josep Pla, alguna novela extranjera y, sobre todo, Stefan Zweig, principalmente sus biografías. Yo empecé a leer tarde, pero en los libros pronto empecé a buscar cosas muy concretas. Tuve la revelación en la librería Herederos de la Viuda Pla, en la calle Fontanella número 13; creo que era la segunda más antigua del país. Allí trabajaba una prima de mi padre, Asunción. Era una santa, muy pequeña, trabajadora y muy buena persona. A menudo la visitaba en la librería, especialmente los jueves porque por la tarde no teníamos escuela. Era un estudiante pésimo, en literatura iba tirando, pero en matemáticas, era un cero; en latín otro cero; en apologética, menos cuatro ceros... Pero escribir y leer me divertía. Así que en la librería pasaba muchos ratos hojeando especialmente libros que tenían imágenes y estampas, practicaba lo que llamaban mirar santos. La librería era muy estrecha y alargada, con una mesa que iba desde la entrada hasta el despacho del señor Martínez, un hombre muy alto y delgado, bien vestido, y que imponía mucho respeto.

Una tarde, en la mesa donde se exponían los libros descubrí unos cuadros de un pintor que me impresionó mucho, Modest Urgell. El trastorno que me produjo debió de ser evidente, porque a la prima Asunción le extrañó tanta devoción y lo comentó, riendo sorprendida, con el director de la librería. A los dos les hizo mucha gracia que un chiquillo como yo —entonces te llamaban un chiquillo— tuviera unos gustos tan particulares. «Un pintor que pinta cementerios», contextualizó el señor Miquel. «¡Caramba, chico, hay gustos para todo en este mundo!» No me ofendieron sus comentarios, aquellos cuadros oscuros me habían fascinado. Estaban hechos con una línea horizontal que dividía la tela por la mitad. Un paisaje minimalista con un atardecer de unas entonaciones de color ligeramente rosadas, apenas perceptibles pero que me hacían sentir algo. La verdad es que no me sentí extraño, pero ahora pienso que realmente es bastante curioso que a un chaval

que aún no tenía trece años le gustase Modest Urgell.

Pasaron los años y siempre que me encontraba con un libro de pintores catalanes, ante la reproducción de un cuadro de Urgell volvía a sentir la misma impresión, y dicha impresión creció cuando finalmente vi una pintura suya al natural, creo recordar que en casa de un notario amigo de mi padre. Fue brutal. La sacudida fue tan grande que pensé: «Si un día me gano la vida, me compraré un Urgell».

Pasaron más años, bastantes, y llegó el tiempo en que yo me ganaba la vida. Dos días antes de mi trigésimoprimer aniversario, el 17 de noviembre, entré en la Galería Syra del paseo de Gracia, en los bajos de la casa Batlló. Antes de Navidad solían montar una exposición colectiva. Asiduo a dar vueltas por las galerías, entré. No pensaba ni de lejos en Modest Urgell, pero, en una de estas predestinaciones que creo que han marcado mi vida, me encontré ante un Urgell, y me gustó mucho, muchísimo: era un Urgell muy Urgell. La tela representaba un atardecer misterioso de tonos rosados, con la imagen de un cementerio visto desde dentro; y había obtenido un primer premio en una bienal de Madrid. El título del cuadro era brutal: *¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*, un verso de Bécquer. De todo ello, claro, me he enterado años después, en ese momento no necesitaba ningún incentivo para enloquecer por aquella pintura. Me dirigí sin perder un momento a la directora de la galería, le dije que estaba interesado en el cuadro pero que daría la vuelta a la manzana para reflexionar cinco minutos, y que volvería con una decisión tomada. La señora lo entendió, pero mi vuelta fue corta.

Y recuerdo, una cosa muy mía, que cuando estaba a menos de cien metros de la galería eché a correr, temiendo que alguien se me adelantara y me quitaran el cuadro. Volví a entrar en la galería, firmé los papeles como un poseso y luego, al volver a entrar en la sala para deleitarme con mi adquisición, vi que había bastante gente. Cerca del Urgell me encontré a un conocido, acompañado de su mujer, muy bonita y un poco pija, creo recordar. Nos saludamos y justo en aquel momento un empleado de la galería, con su guardapolvo, se dirigió al cuadro de Urgell y le puso la etiqueta redonda roja que indicaba que había sido vendido. La mujer del conocido, al verlo, de

inmediato se dirigió hacia nosotros y nos dijo alarmada:

—¿Lo habéis visto? ¡Acaban de vender este cuadro! ¡Ya me gustaría saber quién es el descerebrado que se compra un cuadro así!

Yo, por dentro, me moría de la risa. De reojo vi que se acercaba hacia mí el mozo de la sala con una libreta de albaranes en la mano. Y le dije a la pija, riendo:

—Pues mira, el descerebrado soy yo.

Rápidamente, quitando hierro a la situación, replicó, divertida:

—¡Bueno, claro, tú eres un artista!

En parte, la pija tenía razón. Entonces yo ya tenía mi primer estudio —lo había estrenado unos meses antes de empezar 1962, el año de la nevada—, y colgué el Urgell en medio de una gran pared blanca. El estudio tenía una sala cuadrada de nueve metros y medio por nueve metros y medio, y un techo de cinco metros de altura con una claraboya descomunal. Finalmente, el curioso sueño de aquel niño de doce años se había convertido en realidad.

Tiempo después me encargaron un trabajo de fotografía industrial para una nevera gigantesca; tuvimos que subirla al estudio con la ayuda de una polea y meterla por el balcón. Pese al cuidado con que lo hicimos, al entrar la nevera en el plató rascamos una columna de madera que sostenía un gran rosetón, también de madera, haciendo saltar un trozo de la pequeña cornisa que separaba el plató de otra estancia. Fue poco, pero me supo mal porque lo tenía todo muy limpio y cuidado. Entonces el estudio era muy minimalista, un espacio diáfano y claro, con un trípode en el medio. Llamé al carpintero del barrio para que viniera a mirarlo. Cuando el hombre estaba subido en la escalera me pareció que quizás no valía la pena y se lo comenté:

—Siento darle tanto trabajo por algo que no tiene un gran valor, algo un poco teatral, pero me dolía dejarlo sin arreglar...

Le vine a decir que el rosetón me hacía gracia por decorativo y teatral. Y antes de terminar las excusas, el carpintero me hizo una revelación:

—Mi padre me dijo que esto era el estudio de un pintor muy extraño, que pintaba cementerios...

Al oírlo me quedé helado y emocionado a la vez. ¿Mi estudio había sido el estudio de Modest Urgell? Comenté el asunto con diversas personas, no

pude evitarlo, y al cabo de unos días vino a casa quien entonces era el dueño de las míticas discotecas Pachá. Llevaba un libro de su abuelo donde se veía a Urgell pintando en un estudio que ahora era el mío. Es decir, tengo el privilegio de convivir con el espíritu y la luz de Modest Urgell, quizás por una casualidad merecida, aunque sea por la admiración constante que cultivo hacia el pintor desde la infancia.

Al estudio llegué por puro azar. Lo alquilé con las dieciséis mil pesetas que mi padre me había dejado para el traspaso. El empresario Armand Carabén, que después tuvo un papel capital para traer a Johan Cruyff al Barça, fue quien me encontró el local. Carabén era muy amigo mío y queríamos hacer negocios juntos. Hacía poco que había muerto su padre y tenía dinero. Yo, en aquel entonces, ya había hecho mi primer anuncio, el de los bañadores Meyba para mujeres, que me reportó dinero y algo más importante aún: la fuerte convicción de que podía hacer cosas en el campo publicitario. Ya necesitaba un espacio en condiciones para crear un estudio de fotografía.

Con Carabén no llegamos a ningún acuerdo, sin darme ninguna explicación, me dijo que lo dejaba. Al cabo de un año de haber abierto el estudio, me lo encontré en la Sala Gaspar, en uno de mis peregrinajes artísticos por Barcelona. Allí me comentó:

—¡Qué burro fui de no haber hecho negocios contigo! Pero ahora te contaré el porqué: Pere Portabella me lo desaconsejó. Me dijo: «Hombre, a ver, tú y yo somos economistas, y Pomés es un artista y te meterás en un mundo que, en fin..., tú sabrás».

Total, que Portabella se pasó de listo...

## Una foto entre viñedos

En casa no hacían muchas fotografías. Mi padre tenía una Kodak de las de fuelle y precisamente con esa máquina tomé la primera instantánea que recuerdo. Yo tendría nueve o diez años como mucho, y la hice en la casa de Ordal. El caso es que retraté a mis padres delante de unos viñedos, e hice el estilismo y todo. La foto es muy cursi: los hice poner frente al viñedo y recuerdo claramente que moví los sarmientos de una de las cepas para adornar la fotografía, quería retratar la imagen de una pareja romántica. También recuerdo que mientras iba componiendo la escena me acompañaba la incertidumbre de si conseguiría reproducir la imagen que tenía en la cabeza. Aún no sé de dónde había sacado todas aquellas ideas e inquietudes para hacer esa foto. Si ya de pequeño había quedado fascinado por las imágenes de los libros y supongo que eso me influía... Pero vaya, aquel niño que preparaba la fotografía de sus padres era el mismo que poco tiempo después alucinó con los cuadros de Modest Urgell. Tal vez la responsabilidad de retratar a mis padres me llevó a intentar una composición. Ahora recuerdo perfectamente la voluntad de prepararlo todo para dar la sensación de que aquellas viñas arropaban a mis padres, los quería representar como una pareja, les quería hacer un homenaje.

## Una «excursión» al cementerio

Iniciada la primavera, Quimeta entraba en escena. Ya hacía años que su presencia se repetía puntualmente, y su reaparición era el aviso del comienzo de la fiesta. El causante del festejo era Marquet, el barbero que en verano venía cada quince días a casa para cortarnos el pelo a mi padre y a mí. Marquet se transformaba en un auténtico vividor y sabía aprovechar el buen tiempo de una manera lúdica, anárquica y feliz, algo poco común en la Barcelona monótona, gris y atemorizada de los años cuarenta. Cuando la rambla del Poblenou estrenaba hojas y miles de pinceladas de sol salpicaban alegremente todo el paseo, decían que si te topabas con Marquet, abría su cartera y con una divertida complicidad te hacía participar de los encantos de su Quimeta. Mostraba una pequeña fotografía con las puntas desgastadas de una mujer muy mujer, de formas generosas, enfundada en una combinación negra. Un día de verano muy caluroso me la enseñó mientras me cortaba el pelo en la galería de su casa. Estábamos solos y fue la primera vez en mi vida que, mediante una imagen, sentí una excitación repentina.

La Quimeta, a juzgar por aquella fotografía, no parecía muy simpática. No le hacía falta. Era de expresiones duras pero muy atractiva. O al menos a mí me lo parecía. A partir de aquella fotografía empecé a ver a Marquet de otra manera. A todas las cualidades que le veía, se añadió la del afortunado consumidor de sexo. Un sexo provocativo y transgresor como lo eran todas sus actitudes frente a la vida cotidiana. Marquet, con aquella mirada traviesa, me hizo entender dos cosas: que el pecado del sexo no era tan malo como lo pintaban y que él era muy sabio. La desproporción y el contraste entre Marquet y aquella mujer carnal, joven todavía y bastante perturbadora era demasiado para él, pero era consciente de ello, y eso de aprovecharse del tema mientras durase aún lo hacía más inteligente. Marquet ya debía de tener cerca de sesenta años y la Quimeta no llegaba a los cincuenta.

Cuando a Marquet se le terminaba el dinero (cosa que coincidía con dos fenómenos naturales: la llegada del otoño y la recuperación del sentido

común), ella desaparecía. Eso comentaban mis padres en la mesa, y yo, aunque me moría de ganas, no podía preguntar nada. Parecía que la operación abandono que practicaba aquella mujer tenía una relación directa con los bolsillos vacíos de Marquet. A mi parecer, que también era el de casa, la Quimeta era una mujerzuela muy mala que solo estaba con Marquet para sacarle los cuartos y después de dejarlo sin blanca, se deshacía de él como si fuese un trapo sucio. Así se contaba la historia en casa, aunque mi padre la contaba con un tono más afectuoso que mi madre.

—¿Es verdad que han encerrado a Marquet en el manicomio? —me atreví a preguntar un día.

La respuesta fue una historia de formato casi surrealista, como no podía ser de otra manera. El caso es que el cementerio viejo estaba a muy poca distancia del Casino de la Alianza del Poblenu, y Marquet se obsesionó con que los vigilantes del cementerio, por la noche, a unas horas determinadas, no vigilaban. En realidad, no era una obsesión, era muy cierto porque a menudo se les veía en el casino pasando el rato. Obsesión o no, la cuestión es que a Marquet se le despertó un sentimiento de ciudadano reivindicativo: se fue a ver al concejal del Poblenu y expuso la situación. Este lo mandó a paseo, tenía demasiados problemas para que un loco como Marquet le viniera con aquellas tonterías. Marquet se sintió ofendido y despreciado y, antes de salir del despacho de la autoridad, dijo: «Se lo demostraré». Aquella misma noche, y en las horas que él sabía que los pobres vigilantes estaban de copas, se fue al cementerio a buscar la prueba que debía demostrar su denuncia. Marquet saltó la tapia y entró fácilmente: no había nadie que lo impidiera. Se dirigió a la morgue, donde siempre había algún muerto esperando para ser enterrado, y arrastró un cuerpo hasta la tapia del cementerio. Allí no pudo cargarlo más, pero, para que su aventura no fuera en vano, y con el único objetivo de demostrar que tenía razón, arrancó unos escapularios y un rosario que el fallecido tenía entre las manos.

—¿Te imaginas la cara de los vigilantes cuando, de madrugada, al volver al cementerio se encontraron al muerto fuera de lugar? —decía mi padre, divertido—. Y por eso lo encerraron —continuó.

Porque Marquet, al día siguiente, entró triunfante en el despacho del

alcalde y le tiró los escapularios sobre la mesa.

—¿Ve cómo no vigilan? ¡Aquí tiene la prueba!

Y lo encerraron, aunque por poco tiempo. Todos los amigos intercedieron por él y lo liberaron. El mismo director del manicomio ya lo conocía y le tenía una gran simpatía.

—Esta vez Marquet se ha pasado un poco, pero de todas formas, y eso os lo puedo asegurar, hay muchos más locos fuera que dentro —decía mi padre que comentó el director.

Mi fascinación por Marquet se fortalecía a medida que iba conociendo sus peripecias. En una ocasión, parece ser que encendió un cigarrillo en la platea del majestuoso cine Coliseum. Al cabo de un instante, se le acercó el acomodador para amonestarlo. Marquet siguió fumando, impassible, y le contestó:

—No se preocupe, es que yo me trago el humo y durante el descanso salgo y lo saco.

Yo debía de tener unos quince años cuando dejó de venir por casa, lo añoraba y preguntaba por él. Mi padre, sin mirarme a los ojos y casi de soslayo, me dijo que Marquet estaba curado, que ya no tenía aquellos arrebatos cíclicos, pero que estaba muy cansado y que seguramente no vendría más a cortarnos el pelo. Insistí en que me gustaría verlo, pero notaba que tal demanda disgustaba a mi padre. Finalmente, la mañana de un domingo de invierno, mi padre me llevó al casino de la Alianza del Poblenu. Había billares y mesas donde se jugaba a las cartas, concretamente a la manilla. Mi padre me explicó que era un juego muy difícil porque hay que pensar mucho y tener mucha psicología.

—Marquet es muy bueno jugando a la manilla —me dijo mientras nos acercábamos a una de las mesas donde jugaban una partida.

Cerca, algo retrasado, en la penumbra, había un banco para los habituales que no jugaban. En ese banco estaba Marquet, solo. Nos acercamos y le saludamos. No tenía nada que ver con el personaje que yo adoraba, incluso parecía mucho más viejo que el gris y aburrido Marquet de invierno. Me dio la mano; más que dárme la, la dejó caer con una sonrisa que me heló. Parecía muy cansado, con un cansancio más viejo que el mundo, como un gran rey

desterrado, arruinado y sin esperanza. Tenía los ojos vacíos, sin interés por nada ni por nadie. Me hizo mucho daño. Nunca había visto tan de cerca el poder mortal de la indiferencia. Muchas veces, años más tarde, he pensado si finalmente Quimeta quizás era una mujer que quería vivir la vida y pasarlo bien, y que con el Marquet del verano se divertía y con el del invierno se aburría. Incluso a mí, con un triste matiz, me pasó, desgraciadamente, lo mismo.

## Avenida de la Luz

A los dieciséis años cambié los estudios de bachillerato por los de comercio. Gracias a la misericordia de los Hermanos Maristas, había aprobado el quinto curso a duras penas. Mi padre, cansado de mi desastrosa carrera, me sacó del colegio y me envió a la Academia Práctica, a hacer lo que llamaban comercio: contabilidad, mecanografía y taquigrafía. Lo que me gustó más fue la mecanografía. La cosa manual, concreta, de ir poniendo los dedos en las teclas de la máquina y notar, día a día, el progreso, me estimulaba. Conseguí escribir a gran velocidad y lo que me enorgullece más es que ¡lo podía hacer sin mirar el teclado! Por lo demás, las clases resultaron casi inútiles, pero en la Academia Práctica encontré otros objetivos que me interesaban más: las chicas. Del aburrimiento de la disciplina militar-religiosa y de convivir solo con sotanas y varones, pasé a tener profesoras que no llevaban hábitos, a convivir con chicas, y entrar y salir, a no ir a clase... Aquello era jauja.

Siguiendo el dicho «Dios los cría y ellos se juntan», tan popular en mi casa, me hice amigo de dos personajes que no recuerdo lo que estudiaban pero que también parecían únicamente interesados en las chicas. Coincidíamos plenamente, y los tres nos dedicábamos más a buscar posibles aventuras que no a ampliar nuestros escasos conocimientos. Uno de ellos era el chico más espectacular de la academia (el más apuesto, con una muy buena constitución atlética). Era de Badalona, jugaba al baloncesto y al ajedrez, y tenía unos ojos negros de aquellos que no sabes hacia dónde miran (era bizco y no parecía muy inteligente). Siempre estaba muy serio y tenía un sentido del humor muy rudimentario y paternalista. El otro amigo era un chico de Gracia, alto, rubio, delgado y de nariz muy pequeña y aplastada. Tenía el aspecto de un actor secundario de cine negro americano, ceceaba bastante, cantaba y tocaba la guitarra. Era muy templado y algo pueblerino. Y yo era el más joven, no hacía deporte ni tocaba la guitarra, pero sí jugaba al ajedrez y me creía que sabía, aunque un día, jugando con el competidor de Badalona, recibí tres palizas consecutivas en poco más de media hora.

Los tres juntos llegamos a conocer a varias chicas que no nos interesaron mucho, pero un día apareció una extraordinaria. La vimos al final del pasillo y conforme se acercaba hacia donde estábamos nosotros, nuestra admiración crecía. Salía de otra clase y al cruzarse con nosotros nos quedamos absolutamente boquiabiertos. Tenía un cabello negro intenso que le enmarcaba una cara blanquísima y una boca preciosa. Iba muy bien maquillada, tenía una nariz pequeña pero con carácter y unos ojos como Hedy Lamarr. Era guapísima, y todos nos la mirábamos, a mí me parecía que era mayor que yo, detalle que añadía carácter de proeza al intento de seducirla. Siempre iba sola, muy bien vestida y no tenía amigas. Era la chica misteriosa. Abiertamente, no llegamos a apostar quién de nosotros se la llevaría —entonces no se decía ligar—, pero los tres sabíamos que lo teníamos en mente y estábamos al acecho de sus pasos, de cuándo salía y cuándo entraba. La seguíamos a distancia con aquella estupidez que tenemos los hombres cuando necesitamos ir en grupo para reforzar nuestra inseguridad. La verdad es que ella parecía ignorarnos. Aquel monumento era demasiado para nosotros.

Justo muy cerca de la puerta de la academia había una escalera de los ferrocarriles catalanes que bajaba a la Avenida de la Luz. Qué nombre tan conveniente para una calle subterránea, ya me pareció mágico el día que lo oí por primera vez, y ahora lo tenía ¡en la puerta de la academia! Iba a menudo a practicar algo tan deliciosamente inútil como el distraerse, y solo con las ofertas tentadoras que me cruzaba ya tenía distracción. La Avenida de la Luz era una larga avenida con una doble hilera de inmensas columnas y un techo lleno de luces que hacían honor a su nombre. Aquella vía, para mí tenía algo de decorado de Hollywood, pero con muchas tiendas, una al lado de la otra, de las que había una muy especial: una sin puertas en la que elaboraban una galleta delgada como un papel de fumar con la pasta de los barquillos. Este proceso impregnaba toda la avenida subterránea de un olor dulce como de feria de fiesta mayor. También había tiendas de radios y de máquinas de coser, y una muy divertida de un caricaturista, bastante conocido entonces, llamado Gol. Era la primera vez que veía caricaturas de primera mano, y al principio me parecieron feas e irreverentes. Entendía la habilidad pero lo

encontraba un arte muy ordinario, no solo por los mensajes destructivos sino también por la forma y el color del acabado, lo encontraba todo muy relamido. Las caricaturas que exhibía en el escaparate solían ser de futbolistas o artistas de cine como Bing Crosby, Lauren Bacall, Sabu..., y de algún desconocido que se había hecho retratar por el caricaturista. Mucha gente se paraba y las comentaba alegremente. Me molestó mucho una caricatura de Hedy Lamarr. Supuse que sería difícil acentuar las cosas feas de una cara sin defectos. Me habían dicho que el artista, Gol, sabía tanto que cuando encontraba una cara demasiado bonita, hacía la caricatura por dentro. Como en este caso, en el que la caricatura mostraba una mujer hinchada, blanca como la leche, como de goma y sin huesos.

En la Avenida de la Luz también había un cine no muy grande que funcionaba todo el día. Proyectaban documentales y noticiarios. Estaba situado cerca de la puerta que daba a la calle Pelayo, en la acera de la Academia Práctica. Curiosamente nunca había ido, porque prefería disfrutar de aquella rambla de columnas, luces y tiendas que no meterme en una sala oscura.

En la academia seguíamos intentando conocer a la señorita que nos mantenía en actitud competitiva. Aunque de los tres amigos ya solo quedábamos el de Badalona y yo, porque el de la guitarra había abandonado, quizás porque era el más inteligente de los tres y tenía conciencia del abismo que había entre aquella belleza misteriosa y solitaria y nosotros. En cambio, el atleta de Badalona parecía, o al menos me lo hacía creer, que tenía todas las de ganar. La verdad es que yo estaba muy desanimado. Ya no la esperaba al salir ni hacía por encontrármela entre clase y clase. Con esa constancia en mi vida que empezaba a ser importante, y se concretaba con la comida y la luz, me escapaba de la academia y bajaba al cobijo de la luz artificial y sin potencia de la Avenida de la Luz pero que me hacía soñar. Me compraba una torta de barquillo recién hecha, y a mí ya me bastaba. Hasta que un día, sentado en la base de una de aquellas grandes columnas delante de la tienda del caricaturista, vi a la espectacular señorita que nos llevaba de cabeza. No hice ningún esfuerzo para que se fijara en mí, al contrario, prefería que no me viera allí sentado, comiendo. Pero se me acercó y me dirigió la palabra. Sí, sí,

no me lo creía pero estaba plantada delante de mí preguntándome qué hacía. Mi respuesta fue confusa, pero le dije algo como: «Ya ves, siempre mirándote, obsesionado por ti, te busco por todas partes». Los tímidos tenemos estas cosas, de golpe nos lanzamos. No recuerdo su réplica, ni cómo continuó la conversación, pero sí sé que acabé sentado en el cine Avenida de la Luz con aquella belleza. La tenía al lado y ¡no me lo podía creer! En la oscuridad del cine, la claridad intermitente de la pantalla iluminaba aquel rostro perfecto y blanquísimo, sostenido por un cuello esbelto y blanco, como una columna de mármol. Vista de cerca y con aquella luz se parecía realmente a Hedy Lamarr. Intrépido, conseguí darle un beso y otro y otro. Ella no oponía resistencia, pero sus besos no eran nada apasionados. Se dejaba hacer impasible, con los ojos cerrados, casi como si no estuviera. Quizás lo disfrutaba serenamente, porque la operación duró y no noté nada que indicara el más mínimo rechazo o que intentara mirar de vez en cuando la pantalla. Con la cabeza inclinada hacia atrás ofrecía los labios abiertos con una pasividad desconcertante. El sabor de su boca era un poco extraño, como de cera, y el tacto de su piel tenía un punto húmedo. Estando pegados boca con boca, sentí un ruidito que venía de su cuello, se repetía con frecuencia, como si se tragara saliva con un hipo alargado. Los besos seguían pero su cuello se iba sacudiendo con aquel ruidito interno. Su cabeza seguía inclinado, sus ojos cerrados, y nuestras bocas unidas, pero pasaban unos segundos y reaparecía el ruido y el zarandeo engullidor de su cuello. Tenía que hacer algo y decidí poner una mano en sus muslos, con mucho cuidado, avanzando milímetro a milímetro para no provocar una reacción de rechazo. El movimiento no supuso ningún problema, la chica seguía impasible aunque el ruidito persistía. Tenía los muslos más gruesos de lo que se intuía, la piel era finísima y el tacto sorprendente. La mano se hundía en ellos. Los acariciaba por todas partes y de vez en cuando los oprimía un poco con los dedos, notaba como si toda la carne fuera un inmenso flan movedizo. Al día siguiente, antes de entrar en la academia, fui a la Avenida de la Luz. En el escaparate del caricaturista ya no estaba el dibujo de la chica que se parecía a Hedy Lamarr. Aquella caricatura donde se veía una mujer hinchada y angustiada, como si no tuviera ni huesos ni sangre.

# Notas calurosas

## Mi primer verano en Lloret de Mar (1947)

Las chicas tenían una técnica particular, ingeniosa y molesta para evitar que te acercases demasiado cuando bailabas con ellas. El brazo derecho, en vez de apoyarlo detrás de tu hombro, lo situaban delante, entre tu pecho y suyo, para hacer barrera. El gesto era como un aviso que te decía que no te pasaras de la raya, y también era toda una presunción de que pertenecías al grupo de los que se pasaban. La música de Roberto Inglez activaba aquellas barreras. Apenas sonaban los primeros compases del piano más aterciopelado y diabólicamente estimulante, todo el personal masculino se movía con un propósito concreto y preciso: lograr a la chica deseada. Con los sentidos embriagados por la música, el calor del verano y el brillo nocturno del mar, aparecía, antipático y disuasorio, el brazo de tu pareja. Y aquí empezaba la lucha; toda una estrategia minuciosa de pequeñísimos movimientos, y paradas suaves a contratiempo para sorprender al cuerpo contrario. La mano en la cintura iniciaba una caricia deslizante, acompañada de una ligera presión, la mejilla avanzaba buscando el contacto feliz de la mejilla anhelada, murmurando palabras torpes rozando la oreja comestible, pero nada, el brazo seguía firme.

Coincidiendo casi siempre con el final de las vacaciones, alguna vez la

melancolía del adiós inminente, el piano y los cálidos silencios del inglés Inglés colaboraban y conseguían abatir la dureza de este brazo que, como el de santa Teresa, parecía incorrupto. Y si pasaba, se producía el milagro de que las mejillas se tocasen. Y este era el momento más alegre de todo el verano, eran apenas unos instantes, pero notabas que estabas entrando en el paraíso. La dureza del brazo-barrera cedía y los cuerpos se abrazaban. El olor de la piel perfumada de sal y sol de la chica con la que te abrazas bailando lentamente, y aquel mediterráneo plateado y chispeante que lo envolvía todo te hacía perder el mundo de vista. Era el milagro del verano.

Ese mismo verano conocí a dos chicos franceses, uno era bajito e inmensamente rico, moreno con el pelo muy negro y con cierto aire de gitano alegre y descarado. Contrastaba con su amigo, que tenía aspecto de inglés, mucho menos rico, pero muy digno y simpático. Teníamos todos entre quince y dieciséis años. Ellos estaban veraneando en Lloret por todo lo alto, con chófer, coche..., y buscaban mujeres. Se quejaban de que las amigas españolas que les presentábamos no querían irse a la cama con ellos. Yo me quedé consternado e intenté aleccionarles: nuestras amigas eran decentes y que se guardaran mucho de intentar llegar hasta el final. Ellos no entendían mis palabras. En un ingenuo intento de llevarlos por el buen camino, les pregunté, trascendente y determinante:

—Si un día te casas, ¿no querrías que tu mujer fuera virgen?

El morenito me contestó que le daba absolutamente igual, y yo me quedé escandalizado y un poco afligido.

## Una aceituna indigesta

Ava Gardner se alojó en el hotel Miramar un par de días. Era bellísima, turbadora, reía mucho y tomaba martinis. Al día siguiente de su llegada presencié una escena memorable. Corrían rumores de que ella bebía los vientos por el torero español Mario Cabré, y esto provocó que Frank Sinatra se personara en el hotel Miramar de Lloret de Mar para controlar qué hacía su mujer. Era la una de la tarde de un día espléndido. La terraza del hotel estaba medio vacía, netamente sombreada, con solo un camarero y una camarera preparando las mesas para la comida. Prácticamente todo el mundo estaba en la playa menos yo, que me alojaba en el mismo hotel y caminaba por allí haciéndome el despistado por si tenía la ocasión de verla. Los poquísimos turistas del hotel comían temprano, con un par de horas de antelación a nuestro horario de veraneo. Mi estrategia se vio premiada. Allí estaba la pareja, Frank Sinatra y Ava Gardner, en la última mesa que daba a la playa, sentados uno al lado del otro, manchados de sombra y luz, riendo y bebiendo martinis. Bellísimos, vestidos de blanco, acariciándose, besándose. Me quedé mirando como un bobo. No sé si se dieron cuenta de que había un adolescente mirándolos absolutamente abducido. Creo que sí porque tuve la sensación un poco humillante pero inolvidable de que ella, aparte de percibir mi presencia, dobló y exhibió perversamente sus risas. ¡Qué atracción tan efectiva y despiadada!

Bebían martinis, y ella reía y reía como la estrella rutilante que era. De repente se acercó a la boca —la boca más bonita del mundo— una aceituna, la mordió y la sujetó entre los dientes. Acercándose a la boca de Sinatra, le pasó la aceituna con la lengua muy lentamente, y mantuvieron los labios unidos un buen rato.

Las piernas me temblaban, no me atreví a seguir mirando. Me hubiera gustado desaparecer sin ser visto, me sentía mal conmigo mismo. Aquella imagen robada me alteraba los sentidos. Caminando por el paseo no veía las palmeras ni oía el bullicio de la gente feliz de mi playa de cada día. Las risas

de Ava Gardner se me habían clavado en el cerebro. Pensé en el brazo de santa Teresa, en mis amigos franceses y en el pobre torero español y fui al casino a tomar un vermut, sin aceitunas.

## Los Baños Ventura

Un pescador viejo llamado Ventura, delgado y de buena planta, de pelo blanco y bastante delgado, invirtió parte del dinero que había ganado con su trabajo para montar en la playa de Lloret de Mar, su pueblo, un negocio para los veraneantes que todo el mundo llamaba los Baños Ventura.

Había casetas de madera, con franjas de colores, donde cambiarse de ropa, duchas, alquiler de patines y una especie de cantina, de una construcción muy sencilla, completamente abierta al mar y el cielo, con toldos de cañas y entarimado de madera; alrededor había una pista de baile cuadrada de unos nueve o diez metros, muy poco iluminada, que tenía el mar como telón de fondo. Por las noches se convertía en el lugar de reunión de la juventud. Los Baños Ventura estaban situados al principio del paseo, cerca del ayuntamiento y delante del mar. Se accedía por tres escalones de madera que empezaban donde el asfalto del paseo se juntaba con la arena de la playa. En el primer espacio había una barra de madera pintada de verde, en la que se servían más refrescos que bebidas alcohólicas, como deliciosos sorbetes muy licuados de limón o café. Los fabricaba el mismo Ventura, que iba siempre vestido de azul oscuro, descalzo y con los pantalones arremangados. Se ocupaba de todos los rincones de su negocio. Pasado este primer espacio, tres peldaños más conducían a la pista de baile, rodeada de mesas y sillas de madera plegables bajo un sencillo techo de cañas del que cada dos o tres metros colgaban bombillas y unos altavoces bastante decentes por los que escuchábamos los últimos discos de Carmen Cavallaro, Bing Crosby y las Andrew Sisters, Charles Trenet, Xavier Cugat, Glenn Miller, Henri Salvador, Roberto Inglez...

La mayoría de nosotros habíamos aprendido a bailar en los Baños Ventura. Los que no sabíamos habíamos sufrido mucho antes de lanzarnos heroicamente al ruedo. Me pasé muchos ratos observando embelesado y estudiando cómo bailaban los veteranos, que, a nuestros ojos, hacían verdaderas exhibiciones; ahora unos pasos a la derecha, ahora a la izquierda,

ahora se paraban, ahora, de repente, volvían a arrancar cogiendo carrerilla o se ponían a dar vueltas y vueltas. Y ellas era como si tuvieran los pies pegados a los de ellos, no tropezaban, no dudaban, aquellas parejas de baile era como si hubieran bailado juntas toda la vida. ¡Qué envidia! Si yo un día llegaba a hacerlo así, sería el hombre más feliz del mundo. Pero aquella felicidad —la de la eficacia del bailarín— nunca llegó. Obsesionado con la técnica danzante, había otras habilidades que no había contemplado. Cuando empezabas a bailar la chica tenía una actitud tensa que te marcaba una distancia, física y moral. La aproximación era prácticamente imposible. Siempre daba la sensación de que ella era demasiado para ti, y que para ella, tú eras muy poco, un mero trámite. Este pensamiento me torturó a menudo, creyendo que era yo, precisamente yo, el único que salía mal parado en este juego. Años más tarde, encontré cierto consuelo cuando, sincerándome con amigos, descubrí que ellos habían sufrido lo mismo.

## Las francesas

El segundo año de veraneo en Lloret adopté una pose. Todavía resentido por un fracaso amoroso, odiaba la luz brillante, la playa, la alocada alegría de la juventud, y me había instalado en un personaje melancólico que circulaba camuflado de una estúpida indiferencia. Aquel verano aparecieron dos francesas. No se sabía de dónde venían, andaban siempre solas y todos estábamos pendientes de ellas. Debían de tener dieciséis o diecisiete años. Eran guapas, altas y muy bien formadas. Un día a pleno sol, en un chiringuito cerca del mar con música de fiesta, se había organizado un baile-vermut entre la juventud, y también estaban las francesas. Todos las mirábamos pero nadie se atrevía a acercarse; muchos comentarios y miradas pero de sacarlas a bailar, nada. De repente, la más vistosa de las dos se levantó de su silla y se acercó decidida hacia nuestro grupito de valientes. Nos quedamos mudos, y lo más fuerte es que se me plantó delante con las manos extendidas y una sonrisa radiante. Me invitaba a bailar. Me levanté como un autómatas casi temblando. No sé la cara que puse pero supongo que de circunstancias, aunque no cabía en mí de gozo. Debía de ilustrar lo que mi tía siempre decía: «Gente joven, pan blando». Pero allí estaba, en medio de la pista a pleno sol, mirado y envidiado por todos con aquella turista espectacular. Realmente era muy alta y espléndida, y yo nunca había bailado con una chica cuya boca quedara a la altura de la mía, y menos tan cerca. Sonreía con los labios abiertos ofreciendo todo su encanto.

No tuve que hacer ningún esfuerzo para conseguir acercarme a su cuerpo como era habitual con las chicas del país. No era necesario, ni me dio tiempo. En lugar de forzarla, fue ella la que se apretó de tal manera contra mí que casi no me dejaba respirar. Ella sí que respiraba y ¡de qué manera! Cogía aire inflando al máximo el tórax y todo su cuerpo, muslos, vientre, pechos... Yo lo notaba casi dentro de mí, qué sensación tan voluptuosa y excitante. Bailando pegados fuimos un espectáculo, yo no veía nada, ni a la gente, ni a mis amigos, ni tampoco a mis padres, que después supe que habían presenciado el

baile indignados.

Por la noche, mi aparición en los Baños Ventura fue un acontecimiento. Lo noté enseguida al entrar. Chicos y chicas tuvieron una actitud diferente. Las chicas no me quisieron mirar y adoptaron la típica indiferencia mal disimulada, en cambio los amigos se precipitaron a hablar conmigo, haciéndome preguntas y contándome la reacción de padres, conocidos, y también la de las chicas que decían que aquellas francesas eran unas frescas y otros calificativos mucho más fuertes, como cerdas, desvergonzadas y el más definitorio: ¡extranjeras! Para mis padres había quedado señalado para el resto del verano. Desde aquel día me convertí en una mala compañía. Tengo que reconocer que esto me satisfizo. Ya cuando bailaba, empujado por los pechos de aquella extranjera, había experimentado una mezcla de varios estímulos: sexo, represión, pecado, vanidad... Pensé de ella lo mismo que pensaron los indígenas virtuosos que éramos todos: «¡Qué cara, qué fresca, pero si me está sobando!». Pero la excitación había sido tan fuerte que había entrado de golpe, como un estallido a pleno sol y ante todo el mundo, en el placer de la carne y de la transgresión. Desde entonces, por los comentarios que recopilaban mis amigos, yo también era un desvergonzado, un crápula. «¡Qué indecencia, mira cómo se pegan, no hay derecho! ¡Niña, que yo no te vea nunca con este sinvergüenza!» Los comentarios de este tipo me gustaron. Y así como el mundo de Palmira me había propiciado un estado melancólico en el que me sentía un privilegiado emancipado por el sufrimiento, con la francesa erradiqué la melancolía. «Qué tontería, perder el tiempo en estas musarañas si el mundo está lleno de tentaciones, promesas y realidades triunfales», pensaba. El personaje solitario e ingenuamente misterioso que me había dibujado quedó sustituido por un machote petulante y agradecido.

Tardé días en saber algo de las francesas. Una noche aparecieron en los Baños Ventura acompañadas por los autóctonos respetables de Lloret. Unos personajes curiosos, solteros, hijos de los ricachones de la localidad y más mayores que yo. Tenían un punto de inadaptados, el pueblo les quedaba pequeño y aspiraban a mezclarse con los veraneantes gracias a sus conocimientos del entorno y de la vida, sabían de vientos y de mujeres. A menudo anticipaban lo que pasaría o no pasaría, con un escepticismo y

resignación como la de los héroes del cine norteamericano. Las chicas no les hacían mucho caso, en cambio, nosotros los admirábamos, y ellos lo sabían. Acostumbraban pulular un pelín borrachos con una copa de coñac o de Chartreuse verde en la mano. Entre las familias de veraneantes tenían muy mala fama, y a más de un amigo mío sus padres les recomendaban no frecuentarlos. Su mala fama me gustaba, y yo les gustaba a ellos, no sé por qué, les hacía cierta gracia. Siempre que al atardecer aparecían en los Baños Ventura, me llamaban para que me uniera a ellos, y yo me sentía un niño especial y vividor comparado con los demás. Aquella noche en cuestión llegaron con las francesas. Todos reían mucho, como si vivieran una historia particular y secreta que solo ellos comprendían. Se apoderaron de la pista de baile: ellos con las copas en la mano dominando la escena, y ellas exhibiéndose y pegándose a ellos como garrapatas. Saqué ánimos de donde pude y me acerqué a la francesa que había bailado conmigo para pedirle un baile. Ella me miró riendo pero sin soltarse de su pareja, uno de los que me había acogido en el grupo.

—¡Lárgate de aquí, chiquillo, no ves que te harías pupa! —me dijo el chico, pasándome la mano por la cara como quien acaricia un perro faldero.

Comenzó a sonar un nuevo disco y, abrazados como animales, se pusieron a bailar. Yo me quedé allí en medio, con la cabeza hirviendo y el corazón paralizado. Me hundí. Apenas tuve fuerzas para marcharme. Un cuchillo de hielo se me clavó en la espalda mientras huía de todos, de los compañeros, de los Baños Ventura, de la luz. De aquel personaje petulante que había asumido ya no quedaba nada, lo vi todo negro y asfixiante. Me fui a caminar por la playa. Era una noche muy oscura, de luna completamente escondida, en la que el mar apenas se veía. Parecía mi paisaje espiritual, nuevamente me reencontraba con la oscuridad. Distinguía el mar solo por su profundo rumor, y por intuición llegué donde rompían las olas. De repente se me ocurrió entrar en el agua, necesitaba desesperadamente un salto al vacío tenebroso. Me desnudé y me metí. Di unas cuantas brazadas, no muchas; no se veía absolutamente nada. Descansé haciendo el muerto con la cabeza en alto, no se oía nada, solo el jadeo de mi cuerpo en una ingravidez absoluta, la oscuridad seguía impenetrable, abrumadora. Nunca me había sentido tan

solo, la melancolía volvía a estar dentro de mí y era voluptuosa.

## La Puñalada

Lo que más me gustaba del verano era ir de restaurantes. Mi padre y yo cada día comíamos y cenábamos fuera de casa, casi me excitaba tanto como ir al cine, lo que también hacíamos a menudo. Eran nuestras vacaciones. Él trabajaba solo por las mañanas, nos encontrábamos a las dos y el resto del día era para nosotros. Lo pasábamos divinamente. Casi cada día comíamos en la terraza de La Puñalada, las mesas en la acera estaban puestas con manteles rosas, y los platos, cubiertos y copas estaban simétricamente colocados. Esta visión tan ordenada y prometedora de la terraza fue mi primera noción del lujo, lo que yo entendí y sigo entendiendo por lujo. Tenían un menú que costaba en pesetas lo que equivaldría a unos cincuenta euros, es decir, un precio casi extra para mucha gente, y una ganga para otros más acomodados. El pollo que servían era extraordinario en aquellos grises años cincuenta. En la terraza de La Puñalada entendí la importancia de una buena presentación. El apio no me gustaba, incluso me molestaba cuando notaba su perfume en una lechuga que había tenido contacto con una rama de apio. Pero un día, en una mesa cercana a la nuestra, apareció un gran vaso con un ramo de apio incrustado en hielo picado. «Qué bonito, lástima que sea apio», pensé. En días sucesivos, de vez en cuando, aparecían aquellas frescas esculturas en diferentes mesas. Los tallos, de un verde muy pálido, se confundían con el hielo que los acariciaba por todas partes, y el verde más luminoso y movedizo de las hojitas culminaba el ramo. Era la imagen de la frescura comestible y no resistí mucho hasta solicitarlo. Me encantó. Aparte de la visión que tanto me había influido, la preparación era impecable. Aquel apio era tierno y crujiente a la vez, no tenía ni un hilo y era más fresco que el helado. Además, era divertido y fácil sacarlo de su contenedor. Mientras comía me voltearon los sentidos y a través del crujir y del verde luminoso, disfruté del aroma del apio, el mismo que tanto me había molestado antes. He pensado muchas veces en aquellos apios de La Puñalada, y en cómo una buena presentación puede influir en el sabor. Una presentación donde la

elegancia y la espectacularidad van ligadas y están justificadas por su funcionalidad. Aquel apio decía «cómeme», y no tenía nada de cursi, ni nada que ver con otras presentaciones, antiguas o modernas, donde se peca por intentar hacer obras de arte. Pero de eso ya hablaremos más adelante.

En el menú de La Puñalada también ofrecían gazpacho. Creo que fueron los primeros que lo incorporaron regularmente a su carta de verano. En casa ya lo conocíamos porque mi tía Paquita, la única hermana de mi padre, que había vivido siempre en Sevilla, nos llevó un bol y nos enseñó a hacer el gazpacho siguiendo la receta sevillana ortodoxa. El de La Puñalada tenía el toque del chef, que lo edulcoraba poniéndole caldo en lugar de agua y un poco de mayonesa para hacerlo más cremoso, pero era muy bueno.

Un día llevamos a La Puñalada a Cisquet del Ordal, el pequeño pueblo, un poco más cerca de Vilafranca del Penedés que de Barcelona, donde teníamos una casa de mi abuela e íbamos de vez en cuando. Cisquet era un hombre de pueblo en estado puro. A pesar de tener Barcelona a treinta kilómetros, apenas la había pisado un par de veces y solo para ir a ver jugar al Barça de Samitier, Alcántara, Zamora... Cisquet era republicano y muy radical, de los que no iba nunca a misa, detalle que en aquellos tiempos, y en un pueblo de quinientos habitantes, era muy mal visto. Pero él era así, espontáneo y ferozmente independiente, casi analfabeto y con un mal genio atractivo. Cuando Cisquet se enfadaba, asustaba, pero después te acostumbrabas a sus arranques de mal genio y la experiencia acababa resultando divertida. Ese día mi padre, que le tenía mucha simpatía, lo invitó a Barcelona y comimos juntos. Él no quería causar molestias y, para el almuerzo, dijo que cualquier cosa le parecía bien, lo que a mí siempre me desagradaba. Esta falta de interés para escoger me resulta incomprensible, aunque muchas veces los que actúan así lo hacen para solucionar su ignorancia, y este era el caso del buen Cisquet. Nosotros pedimos gazpacho para empezar y él, naturalmente, se apuntó. Lo trajeron a la mesa colocando un tazón delante de cada uno de nosotros. Cuchara en mano nos llevábamos el refrescante gazpacho a la boca. Cisquet, que parecía un poco cohibido por el ambiente, al llevarse una cucharada a la boca y notar la frialdad de la sopa que no esperaba, saltó de la silla, y tiró la cuchara y la servilleta sobre la mesa

con furia. Con los ojos fuera de las órbitas gritó como un histérico:

—¡Hostia consagrada, una sopa fría!

Lo calmamos como pudimos porque estaba convencido de que le habíamos gastado un broma y, a juzgar por su reacción, una broma muy pesada.

En uno de nuestros almuerzos en la terraza de La Puñalada vimos llegar un gran coche descapotable, del que salió una pareja singular que produjo una gran expectación entre todos los comensales. Él era un hombre mayor completamente calvo, alto y delgado. No podría explicar por qué, pero tenía la relevancia de los líderes incuestionables. Sin gesticular ni ordenar, los que iban con él le cedían todo el protagonismo. Una chica rubia preciosa, muy alta y de aspecto nórdico iba su lado. El hombre y la chica parecían pareja, y de repente, excitadísimo, encajé las piezas: «¡Padre, son ellos, Rosellini y la Bergman!».

Hacía muy poco que los diarios habían dado la noticia, terriblemente subversiva, de que Ingrid Bergman estaba emparejada con el director italiano Roberto Rosellini. La maravillosa actriz sueca de *Intermezzo*, la representante de la calidad artística europea frente al todopoderoso mundo de Hollywood, juntándose con un hombre mucho mayor que ella, calvo y casado, renunciaba a la seriedad, a la moral y al mismo Hollywood. Para nosotros y sobre todo para los americanos, que habían tenido la gentileza de redimir a Bergman de la decadente Europa, el comportamiento de la actriz era absolutamente pecaminoso.

No pude dejar de mirarlos embelesado. Observaba cómo iban vestidos, sus gestos; de vez en cuando ella movía la cabeza y con la mano hacía un gesto de una elegante feminidad para apartarse de la cara algunos cabellos de su media melena. Era una pareja con aura. El señor Escofet, dueño y gran director del restaurante, salió a recibirlos con mucha naturalidad. Pequeño y parsimonioso pero de una efectividad extraordinaria, los acompañó a una mesa. Y cuando pasaron cerca de donde estábamos nosotros, me di cuenta, decepcionado, de que no eran la pareja cinematográfica que me había imaginado, pero me seguían impresionando. «Padre, ¿te parece bien aquí?», dijo ella en catalán indicando una mesa. La sorpresa aún fue más fuerte: eran

catalanes y ella no decía papá, ni hablaban en castellano como la gente bien.

## El tío Alberto

Años más tarde conocí a aquel hombre y tuve la suerte de ser amigo suyo. Era Alberto Puig Palau, el «tío Alberto» de la canción de Joan Manuel Serrat. Los Puig Palau eran fabricantes de tejidos y tenían mucho dinero. Su hermano mayor se ocupó de los negocios, y Alberto dilapidó su parte de la fortuna en viajes, arte, arquitectura y su gran pasión por el flamenco de los gitanos, de los que era muy amigo. En la casa que tenía en la Costa Brava, una casa situada, como pocas en el mundo, en una pequeña explanada un poco elevada sobre el mar, una especie de palacete del arquitecto Duran y Reynals con una preciosa y espectacular fachada renacentista, organizaba fiestas flamencas de gran categoría. Las montaba en las noches de agosto en aquella explanada delante del mar. Las actuales revistas del corazón hubieran untado todo el pan del año accediendo a aquellas fiestas, tanto por lo que sucedía en ellas como por las personas que asistían.

Puig Palau era un esnob rebelde de voz viril pero afable y serena. Era muy alto y ligeramente cojo. Seguramente, su cojera, junto con la de Antonio Saura, el pintor aragonés fundador del grupo El Paso, es una de las más elegantes que he visto nunca. Pero así como la de Antonio Saura tenía un punto decadente que hacía que con su calva y su mirada melancólica te entrasen ganas de protegerlo, la cojera de Puig Palau era de una gracia arrogante que te hacía sentir protegido. Le gustaba contar que había tenido un accidente participando en las carreras de automóviles de la prestigiosa Peña Rhin de Fórmula 1, donde corrían los Villolosi, Ascari y algo más tarde Fangio.

Seguramente, mi vertiente mitómana acentuó la admiración que sentía por Puig Palau, pero es que en las esferas fácticas catalanas Alberto era como un hombre de cine. En aquella juventud vivida en medio de tanta mediocridad, el cine era un espejo en el que soñabas ver a personajes, hombres y mujeres, que se movieran de forma diferente, con un brillo y modos propios. Seguramente en La Puñalada, mi confusión ingenua y esperanzada, era

producto de estas ganas de convertir en realidad esos espejos.

## Dau al Set

Brossa, Ponç, Tàpies, Cuixart, Riera, Tharrats y también Cercós. No soy un psicólogo para poder hacer un retrato serio de estos personajes aunque, ahora que los recuerdo a menudo, intento despertar la memoria para revivir imágenes, palabras y, sobre todo, anécdotas y cotilleos que creo que pueden ser de interés. Aparte de reconocer lo importantes que fueron para mí, tanto que me quedo corto si no me entretengo sacando, con la mente muy despierta, el polvo a las joyas maravillosas que me regalaron y que me enriquecieron para siempre.

## Modest Cuixart

A mediados de los años cincuenta frecuentaba el bar Mirasol de la plaza Gala Placidia. Ávido de intercambiar ideas, novedades y opiniones, me gustaba hablar con los habituales del establecimiento. Afortunadamente para mí, solía encontrar al escritor Joan Oliver, que me escuchaba entre escéptico y sonriente. Supongo que le hacía gracia mi pasión juvenil. Un día llegué al Mirasol muy conmovido. Acababa de ver *Milagro en Milán*, de Vittorio de Sica, película que me sacudió emocionalmente, tanto que casi lloraba hablando de ella y deseaba que todo el mundo la viera. Entonces se me acercó un hombre joven que se presentó con el nombre de Modest Cuixart y, ¡milagro!, compartía conmigo el entusiasmo por esta obra de De Sica. Comentamos apasionadamente los planos y el contenido del filme y descubrimos que nos entendíamos a la perfección. Desde el primer momento aquel hombre me sedujo tremendamente. Era pintor y sabía mucho de arte, de literatura y de tantas otras cosas que ampliaban mis horizontes. De Cuixart me fascinaba la mirada penetrante de sus ojos estrechos y negros, la convicción con la que manifestaba sus criterios artísticos, las inquietudes que le movían y su sagacidad. Se convirtió en mi interlocutor más necesario y predilecto. Le hablé de mi vocación por la fotografía, y para gran sorpresa mía, mis imágenes le interesaron mucho, y lo que es más importante, ¡me animó a continuar por el camino que había elegido! Nos entusiasmaba hablar del misterio que emana de ciertas imágenes tanto pictóricas como fotográficas, tanto abstractas como figurativas. Estábamos convencidos de que para lograr la magia del misterio había que saber «*llucar*».[\*] Esta palabra, en aquellos tiempos, representaba para nosotros el no va más. Decidimos que algunos artistas disponían de la capacidad «*llucadora*» y que a otros les faltaba totalmente a pesar de ser buenos en su oficio. Nuestras conversaciones en el Mirasol duraron mucho tiempo.

## Antoni Tàpies

Vi por primera vez la pintura de Antoni Tàpies en una exposición en las Galerías Layetanas. Me impresionó aquella especie de realismo mágico. Cuando se lo comenté a Modest Cuixart me invitó a ir a conocer a Tàpies, «el día que quieras», dijo con toda naturalidad. La verdad es que no terminé de creerle. Pero me equivoqué de lleno. Dos días después, Tàpies me recibía en casa de sus padres, donde yo suponía que tenía su estudio. ¡Qué emoción! Me cautivó artística y humanamente porque me enseñó muchos trabajos que, según me dijo, aún no habían sido expuestos: plumas, acuarelas, técnicas mixtas... Había algunas escenas eróticas, pero sobre todo destacaba aquel realismo mágico que me había impresionado. Me enseñó su obra sin prisa, muy afable y meticuloso. Me sentí tan bien..., y al final me regaló una pieza.

Las visitas se repitieron, y en una ocasión, por una extraña confusión al abrir una puerta, me encontré al padre de Tàpies, que era un abogado reconocido, de cuerpo presente en la cama. Una imagen patética que no se me borrará en la vida.

La amistad con Antoni duró años. Le debo mucho. Con él, siempre tenías la sensación, por su obra y su peculiar forma de ser, de que estabas con un artista universal. Su atmósfera personal era muy contagiosa, tenía una magia especial que prestigiaba todo lo que hacía y decía.

Tàpies era el polo opuesto de Brossa. Educado, elegantemente seductor, cuando te dedicaba su atención te sentías muy halagado, y su risa era muy comfortable. Tenía algo de niño bien. Recuerdo que Brossa se metía a menudo con sus «zapatos de litro», así se refería Brossa a los zapatos de Tàpies. Este calificativo acompañado de una risita era muy propio de Brossa. Aunque ahora, después de tantos años, intuitivamente sé lo que quería decir pero no lo he oído decir nunca más a nadie.

De todos los componentes del Dau al Set, Tàpies era el que desprendía la solidez del artista consolidado. Creo que la elegancia y su talante afable contribuyeron a su prestigio intelectual y artístico; inspiraba confianza. Tanto

es así que le pedí a mi padre que me dejara algo de dinero para poder adquirir una obra de Tàpies, pero no me hizo caso.

Repito: le debo mucho a Antoni Tàpies. Su influencia ayudó a mi formación artística. Su criterio, su buen gusto, nuestras conversaciones sobre arquitectura, cine, música..., siempre me enriquecían. Recuerdo el impacto que me produjo la primera vez que estuve en su piso. No el de sus padres, de la calle Balmes, sino el de la calle San Elías, donde vivía desde que se había casado: aquello sí que me gustaba. Sencillo pero sin un solo elemento de mal gusto, ¡qué contraste tan luminoso con las casas de la gente pudiente! Pocos años después, también me entusiasmó la casa-estudio que le diseñó Coderch, una pieza muy noble. Dicho esto, pasamos a las anécdotas; algunas entrañables y divertidas, y otras tristes.

Un día, acompañando a Tàpies con mi coche, le comenté, feliz y espontáneo, la alegría de haber alquilado un estudio muy bonito en el barrio de Gracia y la idea de ir arreglándolo a medida que tuviera dinero. En este punto, él me cortó: «Yo no te puedo ayudar». Me quedé tan estupefacto que si me pinchan, no me sacan sangre. ¡Dios mío, qué vergüenza! Me sentí tan absurdo. Yo no le estaba pidiendo nada, pero ¿qué le podía decir? Hacerle notar el error hubiera sido peor, y dolido, opté por callar.

Hacía meses, quizás más de un año, que Antoni me insistía para que fuera un fin de semana a su masía de Campins. Decía que lo pasaríamos muy bien, que nos gustaría. Yo siempre me excusaba por el trabajo, pero también porque me daba miedo que me invitaran por compromiso. Siempre respondía que nos haría mucha ilusión pero que iríamos más adelante. Al cabo de unos meses volvió a insistir de forma muy convincente, se le notaban las ganas de que fuéramos. Llegó un fin de semana largo, hacía muy buen tiempo y nos convenció. Al día siguiente, tomamos nuestro cochecito y fuimos para allá. Aparcamos delante de la casa, bajamos del coche y Karin —pronto explicaré cómo nos conocimos— llevaba la maleta pequeña. Por la reja del jardín vimos a Teresa acercándose al portal con cara de sorpresa y escaso entusiasmo. A través de los barrotes de la reja nos preguntó: «Ah, ¿os quedaréis a comer?». Estaba claro que Tàpies no le había hablado de nuestra visita. A Karin, cuando lo recuerda, todavía le quema la maleta en la mano.

En aquella época fotografié toda su producción. Subíamos las piezas a la azotea de su casa y yo, que ya tenía una cámara Hasselblad, retrataba las obras una a una jugando con la luz adecuada. Esto duró un par de años. Su evolución estaba perfectamente explicada en estas sesiones. Nunca le cobré por mi trabajo, pero sí le dije que, un día u otro, me gustaría mucho tener una pieza suya que fuera representativa. Él estuvo de acuerdo. Pasó un año, y un día le recordé mi propuesta de tener una obra suya. Me dijo que iría a mi casa para ver dónde la colocaríamos, que al artista eso lo motivaba y que él era cada día más partidario de hacer las cosas con esta voluntad de servicio. Pero pasó otro año, y una tarde le llamé y ojalá no lo hubiera hecho. Textualmente me dijo:

—Ahora mis cuadros tienen unos precios más elevados y Staedtler me ha recomendado que no baje precios.

En aquella época, para tener unos ingresos, los justos para ir tirando, Brossa vendía libros de arte importantes y me proporcionó uno, muy bien editado, del último movimiento Pop Art americano, con obras de Andy Warhol, Pollock, Lichtenstein... Una noche, cenando en casa con Tàpies y Teresa, a la hora del café comentamos algo de este libro y me pareció que a Antoni no le hacía demasiada gracia. Más bien parecía molesto por aquel nuevo e inesperado movimiento artístico.

## Joan Ponç

Cuando empecé a hablar del grupo Dau al Set, la primera imagen que me venía siempre a la memoria era la de Joan Ponç, por varios motivos. Joan Ponç era un personaje en sí mismo, diferente, misterioso y muy atractivo. Por encima de todo recuerdo una anécdota o, más propiamente dicho, una extraordinaria *performance* que, junto con Modest Cuixart, tuvimos el inolvidable privilegio de presenciar en directo en el *living* de mi casa.

Él era muy consciente de que su presencia, la complejidad de su personalidad y su atractivo misterioso y muy consecuente seguían intrigándome. Han pasado muchos años y ahora pienso que de todos los integrantes del grupo Dau al Set, quizás él era el más misterioso o el que interpretaba su papel con más eficacia. Todo ello, y algún episodio extraordinario vivido con él, me obliga a ser muy cuidadoso y sobre todo a ponerme las pilas para escribir su recuerdo. Hoy, inspirado con la intención de escribir lo mejor posible para transmitir cómo me impresionó, he hecho lo que tenía que haber hecho ya hace tiempo, que es volver a mirar ese documento extraordinario que inventó y produjo para TVE Gonzalo Herralde: *A fondo*, un programa con la respetuosa y eficiente colaboración del gran locutor Soler Serrano.

Un mediodía, en el *living* de mi casa, transcurrió esta surrealista actuación, absolutamente improvisada y primicia mundial. Éramos Cuixart, Ponç y yo, y de repente, sin previo aviso Joan Ponç se levantó en medio del *living*. Nos anunció que nos haría una representación de cómo una persona desmonta, pieza por pieza las partes vitales de su organismo. «Os ruego que no me interrumpáis, cualquier distracción podría alterar mi trascendente situación anímica.» Y aún añadió que debía concentrarse mucho para sentirse como en tránsito. La propuesta nos impresionó. Parecía que tenía que pasar algo. Se puso de pie y se acercó a la mesita situada en medio de la habitación, delante del sofá y las dos butacas. Procedió, y con cuidado sacó todo lo que había encima y lo colocó en un sillón. Terminado el aseo se quedó muy serio,

como concentrándose. Y de repente, sin movimientos bruscos, se palpó la frente como acariciándola, siguiendo su anatomía. Y, repitiendo el movimiento dos o tres veces, como comprobando que la actuación era acertada, bajó un poco la cabeza, cogió aire y haciendo unos movimientos precisos con sus dedos, inició el desmontaje. Visualmente teníamos, Cuixart y yo, la fuerte sensación de que se desmontaba la frente y, a continuación, sujetándola con mucho cuidado sobre la mesilla, estudiaba la superficie para situarla donde creía que era su lugar adecuado. Después se puso los dedos en la nariz en forma de pinza y probó de arrancársela. No lo consiguió a la primera. Forcejeó encajando bien los dedos, lo consiguió y la puso sobre la mesa. A continuación, también con mucho cuidado, sus dedos actuaron en la mandíbula y cuando lo consideró oportuno, la desencajó y, sin dilación, con un cuidado casi reverencial, la situó en el lugar destinado al lado de la frente pero respetando los espacios para que la visión fuera lo más clara posible. Con más cuidado todavía pero sin vacilar les llegó el turno a los ojos. Uno a uno, y sujetándolos con una mano, los trasladó para colocarlos en la mesa, con mucha atención, casi palpando el espacio. Después, sin ver, se desprendió el cráneo. Cuixart y yo seguíamos absolutamente fascinados, cada vez más conscientes de estar viviendo una obra única del Ponç más auténtico con toda su imaginación desbordante.

Con una precisión exquisita de todos sus movimientos, siguió el trabajo, cogió un objeto extraño, que también era imaginario, y se hizo una incisión en el pecho, a la altura del corazón, entendimos que era una especie de puerta por la que consiguió introducir la mano y sacarse el corazón, y con más cuidado todavía y muy despacio para que no se le escapase, lo colocó junto a las otras piezas. Ponç siguió para ocuparse de lo que ahora recuerdo como el plato fuerte. Se puso las manos en la bragueta, palpó y estiró fuertemente hasta arrancarse el miembro de un fuerte tirón. Y como figura que no veía lo colocó en la mesita guiado por el tacto y, seguidamente, se abrió de piernas, haciendo un palpación se tomó un testículo. Lo rodeó con la correspondiente y muy convincente mímica, y también se lo arrancó, y lo llevó hacia la mesa donde lo tenía todo ordenado. Enseguida se arrancó el otro testículo, cuando lo tuvo en las manos se lo acercó a la boca con mucha habilidad; con gran

esfuerzo soplaba y soplaba, y descansando para coger más aire, consiguió inflarlo. El testículo era cada vez más grande, tanto que llenaba la habitación, y Cuixart y yo hicimos el gesto de agacharnos para que no nos cayese encima. Toda la puesta en escena era tan sublime que hubo un momento que vi la habitación del *living* llena hasta el techo del huevo de Ponç. Pero no había terminado todavía. Siguió sujetando la pieza con cuidado y, siempre tambaleándose porque no veía, con la otra mano se sacó un alfiler que llevaba en la solapa, nos lo enseñó y, muy despacio, y con una sonrisa diabólica y triunfal, pinchó el testículo-globo haciéndolo explotar.

Era tal el realismo de su mímica, que aun sabiendo que todo era una locura Ponçiana, el ambiente mágico creado hizo que en el momento del pinchazo yo no pudiera reprimir una sensación fulminante de angustia y de dolor, y cerré las piernas casi histéricamente, protegiéndome con las manos como pude.

Joan Ponç, no hace falta decirlo, tenía una imaginación desbordante, posiblemente era el que tenía más de los tres. Probablemente esta imaginación que empleaba, como es lógico, también en su pintura, le condicionó en sus primeros años en el mundo del arte. Cuando yo lo conocí, me produjo un efecto devastador, mezcla de angustia y fascinación. Su obsesión por todo lo telúrico, expresado con un lenguaje muy pintoresco, casero, irónico y desafiante, te dejaba desconcertado. Posiblemente es lo que él quería. Podía hablarte de visiones misteriosas con el mismo tono que un mozo de almacén explica una película del doctor Frankenstein en una tertulia de casino de barrio. Se te quedaba mirando, escrutándote con una mirada absolutamente burlona y satisfecha como diciendo: «Chico, te he jodido, ¿eh?». El resultado era de una fuerza y un misterio contundentes.

Los temas telúricos lo tenían preocupado y aunque tenía una constancia, y pienso que se lo tomaba en serio, era el mundo en el que parecía que se apoyaba y que le estimulaba artísticamente, como si fuera una fuente proveedora.

Yo creo que Ponç era bastante irreflexivo y entrañablemente desconfiado. Tenía la desconfianza habitual de las personas que desprecian a los intelectuales. En cambio, tenía una exagerada certeza de que él estaba tocado

por la verdad, la gran verdad del artista. Y así iba por el mundo, haciendo su trabajo obsesivamente, sin parar, con una gran facilidad y una energía superior.

Sus presentaciones privadas a Brossa, Tàpies y Cuixart eran impresionantes. Cuarenta, cincuenta o cien *gouaches* hechos en un solo día. Todos muy potentes y desbordantes de imaginación. Formas, personajes, colores degradados o planos, líneas de un solo trazo, sombras, signos inquietantes, iban apareciendo por todas partes de su estudio desordenado, mientras él con un albornoz de rayas deshilachado y de un color indefinido, iba escrutando las reacciones de los compañeros con una sonrisa de una felicidad prepotente, como un niño rico que enseña la bicicleta más bonita del mundo a los niños pobres de su calle. Hay que decir que las expectativas de Ponç se veían cumplidas, pues los tres espectadores quedaban fuertemente impresionados, literalmente boquiabiertos.

En aquellos momentos, yo era el jovencito que hacía fotografías y la imagen atraía mucho a Ponç. Conmigo fue muy generoso e incluso diría que me trataba con respeto. Un día lo retraté en la azotea de su casa y conseguí hacerle un gran retrato. No me costó demasiado porque Ponç, como pocas personas que he conocido, destilaba una atmósfera de misterio que se contagiaba. Su entorno era bastante precario, pero no le hacía falta mucho más, porque estaba él, y todo, todo, se transformaba. Aquel día yo estaba en esa disposición tan propicia para la creación, como en una levitación interna. Subimos a la vieja azotea de su estudio del barrio gótico, cerca del Born. Había ropa tendida y el atardecer comenzaba a propiciar aún más la levitación. Estos atardeceres, cuando la luz se confunde casi con las sombras, son los que me han alimentado a lo largo de toda la vida.

En la azotea había una colcha con manchas claras tendida en una cuerda. Le dije a Ponç que se pusiera detrás y que sacara la cabeza por encima de la línea de la cuerda. Sus ojos intensos eran más Ponç que nunca. Yo era consciente de que estaba en ese momento mágico en que todo lo que tienes delante y dentro del encuadre de la cámara es importante, el momento en que te sientes a punto de hacer una obra.

Le pedí que pusiera una mano encima de la cuerda del tendedero, cerca de

su rostro, y apreté el disparador de la cámara. El resultado es un gran retrato de Ponç, creo que posiblemente el mejor que se le ha hecho y no tengo ningún tipo de pudor en proclamarlo, ni falsa modestia para decir que yo tuve que hacer poco aquel día porque era la atmósfera de Ponç la que lo provocaba todo.

El mismo día pasaron dos cosas muy importantes para mí. Ponç me regaló dos grandes *gouaches* y me presentó a su esposa, Roser. Rubia, con los ojos claros y de una fragilidad exquisita, vestida con un jersey de rombos que acababan de redondear la atmósfera de Ponç. Era muy serena, seria y consciente de que estaba viviendo también una atmósfera. El contraste entre los dos era grande. Ponç tenía un aspecto de quinquí que no inspiraba mucha confianza. Roser, en cambio, era muy elegante, hablaba poco y con una voz serena, atenta a todo, con una mirada transparente, como si ella misma quisiera no estar, borrarse, y de esta manera poder ayudar desde la sombra más anónima. En aquellos momentos seguramente me monté una película triste, pero para mí, Roser tenía plena conciencia de lo que significaba estar al lado de Ponç.

Tiempo después, Ponç se fue a Brasil, y todos le perdimos la pista. Años más tarde, a través de un galerista que abrió una galería en Barcelona que se llamó Dau al Set, conocimos algunas de sus obras realizadas en Brasil. Había perdido su fuerza primera, o al menos, a mí me lo pareció. Cuando volvió al cabo de unos años cenamos juntos en mi casa. No había visto a ninguno de los compañeros de Dau al Set, y tanto su presencia como su conversación, parecían muy condicionadas por su larga estancia en Brasil.

Mi mujer y yo nos quedamos sorprendidos, porque todo lo que dijo a lo largo de la velada fue una especie de monólogo en el que visiones, magia blanca y negra, y otras movidas telúricas se apoderaron de nosotros. Aunque faltó la atmósfera Ponç, tan especial y mágica.

Ahora parecía que le empujaba una obsesión predeterminada y sin ilusión. Era como si lo diera todo por hecho, y como si en su cerebro hubiera algo ya caducado pero a lo que no podía renunciar.

## Atmósfera Joan Brossa: la magia tangible

Brossa era todo atmósfera poética. Tocaba todo lo que le rodeaba con una varita mágica, que llevaba siempre en el bolsillo, junto con papelitos arrugados y aparentemente insignificantes con los que clasificaba todo el arte universal. Brossa se distanciaba de las cosas más prosaicas de la vida, como comer en una mesa con amigos, subir en un coche, saludar, comprar un libro... Cuando él hacía alguna de estas cosas, tanto si las hacía con rechazo como con complacencia, era desde su universo particular. Creo que pocos artistas han sido tan influyentes y tan personales como Brossa.

A veces resulta muy decepcionante ver recitar poemas a los propios autores. Lo siento mucho pero si algo me ha alejado de la poesía es asistir a recitales de poetas. Escuchar la entonación enfatizada de poemas (que yo había leído en profundidad) por parte de los que los habían escrito me producía un alejamiento brutal. Por ejemplo, recuerdo a Neruda, ¡Dios mío!, era como un rapsoda de fiesta mayor, pretencioso y enfático. Imposible. Las lecturas de poemas de Brossa eran la antítesis de esta impostación enfática. Cuando él recitaba sus textos era absolutamente mágico, de una precisión inalterable. Brossa sacaba su varita mágica y de un gesto o de una lectura sabía hacer un poema. La atmósfera se volvía del cristal más fino solo con las primeras palabras. Sin darte cuenta entrabas dentro del poema y dentro de Brossa. La comunión con el auditorio, absolutamente entregado, era total.

Hace muchos años, en el estreno de *Antaviana*, me sorprendió la voz en *off* que presentaba el espectáculo. Era alguien del mundo de la canción que había aprendido inteligentemente la lección. La misma traslación interior, la misma entonación, el mismo efecto de la magia intimista de Brossa. Era la voz de Sisa (¡extraordinaria!). Una de las protagonistas del espectáculo era Rosa Novell, probablemente una de las actrices más exquisitas que ha tenido nuestro país. Sus lecturas de poemas, sean del autor que sean, también tienen siempre esta magia intangible que tenían las de Brossa.

Consecuentemente, Brossa escribía mucha poesía, día tras día, hora tras

hora, sin embargo, en su vida cotidiana y con la distancia que tomaba con todas las cosas, lo transformaba todo. Un gesto, una sonrisa, una broma, una lectura de poemas, una crítica pictórica, escuchar música o interpretarla, seleccionar fragmentos, seleccionar detalles, los detalles que lo explicaban todo, que te revelaban, como por arte de magia, de un solo golpecito de varilla, la luz. Creo que esta fue su profunda y trascendente influencia en el grupo.

Brossa era muy consecuente y prácticamente reiterativo con sus ideas, que expresaba a menudo con una especie de anarquismo divertido que lo convertían en un ser de trato difícil, que según dónde y sobre todo con quién, podía hacer saltar las alarmas. Estaba muy seguro de sus gustos, preferencias, y de su modo de pensar. Y muchas veces lo manifestaba con argumentos potentes que dejaban a sus interlocutores abrumados. Incluso en comportamientos sociales, sencillos y habituales, como ir de invitado a comer con gente educada y normal, Brossa podía manifestar su gusto personal, realmente difícil, con comentarios mordaces que solo le hacían gracia a él mismo. Muy a menudo, los amigos invitábamos a Brossa a comer o cenar en familia. Si la comida consistía en un estofado o un filete que a todos nos parecía de lo más apetecible, él lo rechazaba con un claro y rotundo: «No, yo solo como carne con hueso».

Y si se trataba de una tortilla, como la que soñamos los hedonistas de las tortillas, Brossa, suponiendo que estaría cocida al punto, amorosa y tierna, no le daba la menor oportunidad. Se dirigía a los anfitriones, sin la más mínima disculpa, y advertía: «¡La mía que esté bien hecha, bien dorada!». Me horripilaba.

Comer con Brossa siempre era un problema para los comensales y para el anfitrión. Quizás fueron nuestras desavenencias más sangrientas, más dramáticas. A veces me irritaba y no me lo creía. Era como entrar en uno de sus juegos transgresores de agredir y cambiar creencias o afecciones. Todas las cosas de la comida que nos podían hacer salivar, para él eran frivolidades, y, como sabía que aquello me afectaba, se crecía en sus agrias y demoledoras burlas. Cuando lo invitaban a comer y mi tía o la madre de uno de nuestros amigos le preguntaban qué quería comer, decía con una estudiada humildad:

«Cualquier cosa, señora». Y soltaba una risita, como queriendo decir: «Yo soy un anacoreta espiritual, no como estos glotones terrenales que nos rodean». Cuando llegaba la «cualquier cosa» que había pedido, fuera cual fuera, apenas la miraba y la despreciaba con la frase más grosera que he oído nunca, gastronómicamente hablando. Era una frase malévolamente punzante, asesina: «No, señora, eso sí que no, parece comida masticada». Entonces, la cocinera, fuera la abuela, la madre o la tía, que se había pasado toda la mañana preparando aquel plato con amor por la familia, se quedaba literalmente aturdida. Era para compadecerse. «¿No tiene carne con hueso?», preguntaba con una entonación burlona creciente. Y si no: «Hágame una tortilla bien hecha, bien dorada». Otro asesinato. Yo hubiera podido llegar a las manos. Con el tiempo no te acostumbras pero te resignabas. Porque el juego era siempre el mismo, con las mismas palabras, el mismo desprecio, la misma canción y la misma tortilla dorada.

Pero hubo una vez que me lo pasé muy bien, y experimenté la misma ingenua y pequeña felicidad que vives en el cine cuando al bueno de una película del Oeste le toman el pelo en la barra de un *saloon*, lo insultan y machacan, y cuando menos se lo esperan reacciona y se carga a todos los chulos. Un día, comiendo en Can Solé de la Barceloneta coincidimos con Joan Miró. Miró, a quien Brossa veneraba, sin pensarlo ni un momento pidió una zarzuela. Y mientras el maestro de la magia mediterránea succionaba con glotonería las cabezas de las gambas y la salsa le resbalaba y le ensuciaba las manos, Brossa lo observaba horrorizado y con el semblante derrotado. En esta ocasión, mi hedonismo, habitualmente maltratado por Brossa, tuvo una espectacular y sensual compensación.

A Brossa le gustaba escandalizar, para él era un juego. Una de sus provocaciones de niño travieso era que si sabía que tenías unas creencias religiosas, políticas o artísticas determinadas, él disfrutaba poniéndolo todo patas arriba. Su mordacidad era demoledora. Con una sonrisa burlona, empleaba palabras o gestos de una comicidad agudísima que provocaban inevitablemente el cabreo de quien caía por primera vez en su juego.

Un buen amigo nuestro me recordó la indignación de Oriol Bohigas cuando llevó a Brossa en el coche para asistir a mi boda en Santes Creus.

Hablo de junio de 1962. Brossa comenzó a criticar el catolicismo. Bohigas se empezó a molestar y no había nada que estimulara más a Brossa que el hecho de que le llevaran la contraria. La arenga de Brossa subió tanto de tono que la indignación final de Oriol fue sonada. La religión era uno de sus temas predilectos, y cuando tenía un cura cerca, Brossa se ponía a reír, lo miraba y empezaba a señalarlo de arriba abajo de la sotana, pronunciando indefectiblemente el mismo chiste: «¿Todo esto es bragueta?».

Durante unos días dispuse de un magnetófono Ingra, que era un juguete maravilloso y nos permitía oír nuestra propia voz grabada. Los conocedores dicen que cuando escuchas tu voz por primera vez te quedas muy sorprendido porque el tono y la cantinela te resultan extraños, y no te reconoces. Así que la expectación para poner en marcha aquella máquina magnífica era total. Estrenábamos una nueva sensación, ¡el milagro de poder escucharnos! Aquella caja de unas proporciones mastodónticas ahora produciría la indiferencia más absoluta incluso a los niños de parvulario, pero para Brossa y para mí fue un descubrimiento muy excitante. Efectivamente, después de grabarnos no nos reconocíamos. Brossa reía mucho e iba diciendo bajito: «¡Hostia, hostia!». Yo reconocía su voz, en cambio la mía me sonaba muy mal y afectada. A Brossa le pasaba lo mismo, su propia voz le parecía desconocida, y la mía, lógicamente natural. Después de estos primeros descubrimientos, se nos despertó una gran afición por el arte radiofónico, y nos reuníamos cada día en el saloncito de casa, donde pasábamos horas y horas jugando. Hacíamos programas, entrevistas, retransmisiones de acontecimientos políticos, deportivos, cinematográficos... Excitados, nos dirigíamos a una gran audiencia imaginaria a la que golpeábamos, transgrediendo todo lo más sagrado para las personas y costumbres del momento. Una vez más se confirmaba la famosa frase de Schiller que dice: los poetas deberían ser los legisladores del mundo. ¡Las cosas que llegamos a inventarnos!

En Barcelona, por aquellos días, coincidieron dos eventos populares muy importantes, uno deportivo y el otro espiritual, que movilizaban a muchísima gente. Por un lado estaban las espectaculares carreras de Fórmula 1 de la llamada Peña Rhin con los míticos Ascari, Villorresi, el príncipe Bira,

Portago, el español Paco Godia... Las carreras se hacían en un circuito de Pedralbes que cruzaba toda la Diagonal, subía por paseo de la Bonanova y, si no recuerdo mal, bajaba por la carretera de Sarriá. El otro evento era el Congreso Eucarístico que reunía a muchas estrellas de la Iglesia de todo el mundo (centenares de cardenales, el nuncio apostólico y el cardenal Tedeschini, miles de obispos, feligreses de diferentes orígenes...). Para acoger a todos los fieles y protagonistas del congreso se montaron unas grandes instalaciones efímeras. Casi todo el mundo participaba de esta especie de fiesta mayor internacional religiosa.

En este contexto, Brossa cogió el micrófono para retransmitir la carrera de los bólidos de la Peña Rhin, con un estilo afortunado que anticipaba el de Butanito. Curiosamente se sabía todos los nombres de memoria y dominaba la técnica. Como si lo hubiera hecho toda la vida, enfatizando con hábil y ascendente dramatismo, te hacía vivir la carrera: «¡El fragor de la lucha es dramático, emocionante! No está claro quién ganará. Faltan pocas vueltas y de repente, un coche que iba rezagado, ¡comienza a ganar posiciones! El público se pone de pie, falta solo una vuelta. El rezagado acelera y se coloca al lado de Villoresi que iba a la cabeza, es ¡el cardenal Tedeschini! La expectación en las gradas es desbordante. Señores, Villoresi no se resigna. Tedeschini aprieta y avanza. Todo el mundo en pie, señores. Van a la par, van a la par... y... ¡Tedeschini gana por dos sotas de largo, Tedeschini, Tedeschiiiiiiii!».

Inenarrable.

Para ser fieles a los eventos deportivos y religiosos, un día, con un tono de voz solemne y muy bajito, como si de una retransmisión clandestina se tratara, simulé una conexión con el inodoro privado de Su Santidad Pío XII. Brossa se enganchó rápidamente, y comenzó a hacer los sonidos dramáticos de una evacuación muy estreñida mezclada con oraciones en latín. Conectamos también con diferentes habitáculos, y la carrera por la defecación de las grandes vedettes del Vaticano, con sus letanías y esfuerzos fue subiendo de tono. Evidentemente se trataba de hacer el gran cagarro que determinara el ganador y el final de la carrera. También fue inenarrable.

El sentido del humor de Brossa era de una eficacia y creatividad extraordinarias, tenía unas dotes de observación de una gran finura, virtud

indispensable que tienen los gran caricatos que ha habido en el mundo. Pienso sinceramente que Brossa era un gran cómico, imaginativo y muy agudo. Sus parodias de la zarzuela española, por ejemplo, eran inconmensurables. Sorprendía que de un género menospreciado por toda la intelectualidad catalana, Brossa se supiera de memoria prácticamente todas las letras. Verle interpretar *La del manojo de rosas* es algo que nunca olvidaré. Con garbo del bueno cogía un abanico imaginario, pletórico y como electrizado, cantaba y hacía los duetos cambiando de voz. Tenía una expresividad cómica de una eficacia absoluta.

Cuando hacía magia tenía magia. Técnicamente no pasaba de ser un aficionado ni se podía comparar con buen profesional del género, pero era poéticamente mágico o mágicamente poético. Brossa no tenía las manos nada bonitas, más bien toscas y con las uñas a menudo no demasiado pulidas. En cambio, la armonía cadenciosa de sus manos, haciendo sombras chinescas, convertía la propia función en un acto poético. Su tono de voz, la mirada iluminada que dirigía al público como si él mismo fuera víctima del milagro. Todo tenía carácter de milagro, como si un hilo invisible colocara en aquellas manos lunas, cometas o los más delicados objetos de cristal. El público lo miraba embobado, todo el mundo volvía a convertirse en un niño ilusionado. Creo que su amor por Leopoldo Fregoli fue determinante en su trayectoria poética. Entonces estábamos en los comienzos de Dau al Set, y no sé si él fue el padre, pero sí sé que fue determinante para el desarrollo de este movimiento vanguardista. El nombre de Dau al Set se lo inventó él, y él nos hizo conocer a Marcel Duchamp, Dreyer y Max Ernst.

## Lluís Maria Riera

El amigo Lluís Maria también frecuentaba el grupo Dau al Set. Culto y sensible, tenía un criterio artístico afinado, y su opinión se escuchaba con interés. Él mismo se dedicaba a la fotografía, aunque no la ejercía profesionalmente. A pesar de que su obra artística es de gran calidad, era un hombre discreto que nunca tuvo la ambición de destacar. Cuando empecé a interesarme seriamente por la fotografía, me regaló el libro Otto Steinert *Subjective photography*. Su generosidad me pareció extraordinaria. Aquel gesto fue muy importante para mí, porque ese libro me dio la razón en muchas cosas, lo que veía representado me gustaba, sintonizaba con lo que yo quería hacer y aquí no lo hacía nadie. Muchos años más tarde, después de dejar la empresa familiar que dirigía, Lluís Maria Riera fue director de la Galería Joan Prats en la Rambla de Cataluña y no fue hasta esta época cuando por fin también expuso su propia obra. Creo que es una lástima que no se le haya conocido antes.

## Josep Cercós

El único músico del grupo era Josep Cercós, que aparecía de vez en cuando. A todos nos interesaba el trabajo de un músico contemporáneo, pero con quien Cercós mantuvo una relación más estrecha fue con Brossa. Entonces Brossa era quien iba más al fondo en el arte de la música, y creo que Cercós lo estimuló mucho, incluso a componer. Más bien taciturno y siempre pensativo, Cercós mostraba un talante grave y misterioso que no facilitaba una relación cercana. Por eso, cuando lanzaba uno de sus sarcasmos sorprendía doblemente. Osé hacerle un retrato de perfil en el que aparece solo la mitad superior de su cabeza: la mirada concentrada detrás de las gafas, el frente amplio y la cresta de cabellos rebeldes. Mi percepción me decía que de este modo representaba su inteligencia empeñada en la música y su voluntad de casi no existir físicamente. No sé si acerté, pero el hecho es que yo lo veía de esa manera.

Primer plato

# El cine

## Soñar con los ojos abiertos

Nada más entrar en la sala de cine antes de comenzar la sesión ya se intuía que podrías soñar. En la sala, según la categoría del local, te encontrabas con hileras de sillas (de madera o tapizadas) bien ordenadas, pegadas entre sí, con los apoyabrazos para compartir. Todas las sillas miraban a la pantalla blanca e inmensa, reina incuestionable de la sala. Una pantalla todavía escondida detrás de unos lujosos cortinajes de terciopelo rojo o granate. Llegada la hora del comienzo del espectáculo, bajaba la intensidad de la luz y los pesados cortinajes se abrían hacia los lados, dando paso a otra cortina más ligera y transparente que dejaba entrever la pantalla todavía fría y desinteresada. En cuanto esta cortina sutil también desaparecía, se apagaba la luz y todo quedaba a oscuras y en silencio.

Qué recogimiento tan propicio, ¡qué emoción! Inmediatamente, sonaba una música potente y comenzaba el sueño. Aquella pantalla, de repente, se había convertido en una inmensa ventana con imágenes gigantes, un sueño tangible, un sueño con la complicidad de unas imágenes grandiosas. Aquella señora, de la Universal Pictures, más bonita que la estatua de la libertad, erguida sobre la bola del mundo y alzando el brazo con una antorcha en la mano; o aquella cabeza de león tan poderoso de la Metro que parecía que te

saludara; o aquella antena de la R.K.O que en medio de un cielo estrellado emitía unas ondas percusiva con un sonido intermitente, o aquellos rayos de un reflector que se cruzaban por detrás de las imponentes letras en relieve de la 20th Century Fox; o la seriedad abrumadora de la UFA... Todas estas imágenes han quedado incrustadas para siempre en mi memoria y han dado alma a mis ojos.

El cine lo era todo. Era el paraíso. Cuando en casa decían «¡Vamos a ir al cine!», se apoderaba de mí una agitación interna. Si por el contrario se decidía no ir, sufría una gran desilusión y me quedaba abatido. A partir de una determinada edad, seguramente coincidiendo con el cambio del pantalones cortos a los sofisticados y ridículos pantalones de golf, mis padres me dejaban ir con ellos al cine los sábados por la noche. ¡Para mí era todo un privilegio!, y una entrada muy excitante en el mundo de los mayores. El recorrido de casa al cine suponía estrenar sensaciones, porque por la noche todo era diferente: las farolas estaban encendidas, te cruzabas con gente (gente de la noche, pensaba yo), los escaparates, las luces de los coches..., todo tenía un aspecto deslumbrante, como si fuera hecho para vivir de otra manera. En mi interior hervía una vibrante sensación que sin yo saberlo era la transgresión.

Las fachadas de los cines eran espectaculares y los carteles de las películas, majestuosos. Eran dibujos o pinturas de gran tamaño que a veces cubrían las paredes de la fachada, y otras lucían sobre las marquesinas iluminadas de los cines. Aquellos carteles los hacían unos artesanos con una técnica y un buen hacer extraordinarios, debían de ser los mejores del mundo, o al menos así lo creía yo. En Madrid, en la fachada del cine Capitol de la Gran Vía, siempre los había de grandes proporciones. Impactaba mucho aquella esquina verticalmente cubierta donde podías ver a un John Wayne gigantesco, pero para mí, los de Barcelona eran mucho más creativos, el parecido e incluso el espíritu de las imágenes representadas eran mejores, o al menos así lo recuerdo.

Mi primera noche en el cine me encontré en el vestíbulo del Palacio del Cinema con una Rita Hayworth de tamaño descomunal. Vestida de negro con los hombros desnudos y una sonrisa que parecía prometerlo todo. Allí ya

empezaba el sueño.

Mi padre se encargó de las entradas mientras mi madre y yo mirábamos las fotos fijas de la película. ¡Qué expectativa tan maravillosa! Todo lo que mis ojos fascinados iban devorando lo vería en la sala, en la descomunal pantalla y a oscuras. Tenía y todavía tengo la sensación de que todo aquello lo proyectaban para mí solo. Si en ese momento alguien me hubiera hablado de la ficción, de la magia del cine, seguramente no lo habría entendido, porque para mí la experiencia cinematográfica era más que tangible, era soñar con los ojos muy abiertos.

El recorrido por el pasillo de la sala acompañados por el acomodador, aquel señor tan importante que nos precedía unos pocos pasos y que nos guiaba, decidido y con una efectiva lucecita (fue la primera vez que vi una linterna), era fantástico. El acomodador nos iluminaba el camino y nos ofrecía, señalando con la luz, un espacio de tres butacas vacías, tranquilas y bien dispuestas; y finalmente bajaba los tres asientos con autoridad y precisión de movimientos. Qué cantidad de viajes ofreciendo el espacio exacto para que todos estuvieran contentos, aunque la película ya hubiera empezado. Desde mi asiento observaba maravillado cómo manejaba la luz de la linterna con mucha discreción y habilidad cerca de las butacas, sin levantarla nunca para no deslumbrar a nadie ni alterar la luz de la oscuridad de la sala. Esa noche descubrí mi primera vocación, de mayor quería ser acomodador.

## El espectador

Yo soy de la época del NO-DO (el noticiario documental del régimen), A, B y C, imágenes y dos películas largas. En los cines de estreno solo daban una y cuando se acababa te hacían salir a la calle, pero en los cines de barrio eran muy generosos y ofrecían sesión continua. Podías repetir y pasar allí toda la tarde. Aparte de ser mi estreno nocturno, vi *Gilda* dos veces más en la misma tarde y en el mismo cine. En la película, Rita Hayworth se hace esperar, pero cuando por fin aparece es como un estallido. Me impresionó tanto, que quedé medio aturdido en la butaca, y creo que es una imagen que me ha perseguido toda la vida. Cuando el marido le presenta a su amigo reencontrado, Glenn Ford, era como si me la hubiera presentado a mí, especialmente a mí, sentadito allí a oscuras. Esta es la primera aparición de Rita después de media hora de película, en este momento la pantalla se inunda de su cabellera que emerge de abajo arriba hasta descubrir la cara más bonita y con la expresión más seductora que yo había visto nunca. Es la imagen de la seducción irreversible y absoluta, y te quedas enganchado para siempre. Más tarde, Rita Hayworth baila para mí, vamos, para todos los espectadores, la famosa escena del *striptease* en que se quita el guante de brazo entero. Lo considero el *striptease* más impresionante de la historia del cine y ¡solo se quita un guante, es increíble! El ritmo, el movimiento de los brazos y caderas, los hombros desnudos, la expresión del rostro, todo como algo improvisado pero de una frivolidad absolutamente trascendente y triunfal. Con los años he visto mucho cine, cine erótico y *striptease* en vivo, y nada me ha resultado tan convincente como la manera descarada de moverse de Rita Hayworth en *Gilda*.

Siempre he tenido la extraña pero privilegiada sensación de que determinadas actuaciones de artistas son para mí en exclusiva. Me ha pasado con Liza Minelli, Charles Laughton, con Seymour Hoffman en *Truman Capote*, con Albert Closas y con Joan Capri en el teatro. Es tal su fuerza comunicativa que siempre se produce el extraño milagro de provocarme la

curiosa y absurda ilusión de que se han dado cuenta de que estoy allí y me dedican su actuación sublime. Esto se llama fantasear. Y ya sé que esto sonará peyorativo, pero como a mí me gusta tanto soñar, no hay ningún problema.

Desde la butaca de espectador, he iniciado tantos sueños particulares... Algunos aún perduran y me hacen vibrar cuando lo pienso, como cuando vi por primera vez a Jacqueline Bisset en *La noche americana*, de François Truffaut. Fue en el cine Coliseum de Barcelona, y al verla, adelanté mi cabeza para apoyarme en el respaldo del sillón delantero embelesado como si fuera un acto privado entre la actriz y yo. Lo mismo me pasó con Paulette Goddard en *Tiempos modernos*, de Chaplin, cuando corre descalza robando víveres para sus hermanas, llena de vitalidad y amor, o con Ingrid Bergman en *Casablanca*.

## ¿Quién no se ha enamorado en el cine?

¿Quién no se ha enamorado en el cine? ¿Quién no se ha sentido golpeado por esta agradable sensación? No sé si está relacionado con la calidad interpretativa o con la gracia personal de aquellas cosas misteriosas que no se aprenden ni se trabajan y que sencillamente se tienen. El arte de la seducción tiene muchos ingredientes analizables y algunos se pueden adquirir con trabajo y esfuerzo, pero hay personas que tienen eso tan intangible pero tan efectivo que enamora: la gracia. Por supuesto que la belleza de un rostro, la forma de mirar, las proporciones de un cuerpo y el físico en general son importantes en el cine, y también puede ayudar al director, el iluminador y el guion, pero con todo eso, tampoco es suficiente, la gracia o se tiene o no se tiene.

La primera que se enamora de la persona agraciada es la cámara, mejor dicho, quien tiene el privilegio de mirar por su visor. Yo lo he tenido algunas veces. Bueno, de mirar por el visor, muchas; pero de enamorarme, no tantas. Siempre recordaré cuando trabajé con Ángela Molina para un spot publicitario. La primera vez que miré por el visor me quedé completamente enganchado, sus ojos y su expresión tenían aquella luz que sale de dentro y que enamora. En definitiva, la gracia. Al cabo de los años, me ha vuelto a pasar viéndola en *Blancanieves*, donde, con muchos años encima, y haciendo un papel dramático en blanco y negro, sin edulcoración lumínica, su aparición traspasa la pantalla, porque Ángela Molina, por sí misma, tiene la fuerza de lo sublime.

El contrapunto de los enamoramientos de este tipo lo experimenté en un restaurante, donde tuve la suerte y la desgracia de tener ante mí, sentada en una mesa cercana a la nuestra, a Silvana Mangano, una de las mujeres que más me han impresionado. Literalmente estaba sentada de cara a mí, la acompañaba una pareja y todo era muy normal, casi familiar. Yo no tenía que hacer nada para mirarla, simplemente la tenía allí delante, y ¡qué imagen tan potente! Superaba todas las que tenía archivadas de ella en la memoria... Qué

suerte de tenerla tan cerca y qué enorme desilusión sentí. Ella me miró, o mejor dicho, sus ojos inadvertidamente se encontraron con los míos. Fue una mirada breve, apenas duró un segundo, y sus ojos no hicieron nada, no se activaron ni por curiosidad, ni por rechazo, ni siquiera por indiferencia. Aquella fue la mirada más vacía y ausente que he intercambiado nunca. Nada que ver con aquellos versos de Gustavo Adolfo Bécquer que dicen: «Hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado..., ¡hoy, creo en Dios!».

En los grandes momentos del cine hay algo sublime que por su profunda e inmensa belleza casi sobrepasa la comprensión humana. Por ejemplo, la tensión amorosa entre Anthony Hopkins y Emma Thompson en *Lo que queda del día*; o el baile de Kelly McGillis y Harrison Ford en *Único testigo*, donde el erotismo está presente con una fuerza creciente. Representar estos momentos mágicos es una de las facultades del cine, conseguir que sientas el poder de lo sublime y que no lo olvides nunca.

## Berlanga

Del cine español adoro a Berlanga. Con todos los respetos, me declaro ferviente berlanguista por su sentido del humor, por el orgullo de declararse valenciano, por su barroquismo y por sus geniales planos secuencia. Hablé con él dos veces. La primera fue en el restaurante Flash Flash. Yo iba con Isabel Cordero. Veníamos de hacer fotografías y ella, todavía maquillada, muy bien maquillada, estaba preciosa y, para colmo berlanguiano, llevaba una maletita con muchas de las piezas de ropa sexy que habíamos utilizado. No recuerdo si nos invitó a sentarnos a su mesa, pero lo que yo deseaba era abrir la maleta para poder enseñarle el contenido a Berlanga. Creo que nunca olvidó la escena, e Isabel y yo, tampoco. A pesar de ser un encuentro completamente casual, nada hubiera podido ser más adecuado para él.

La segunda vez que nos cruzamos fue dos o tres años después, en una presentación de los premios de La Sonrisa Vertical. Berlanga acababa de llegar de Nueva York y me felicitó porque le había sorprendido gratamente ver mi película *Ensalada Baudelaire*, anunciada en grandes carteles y traducida al inglés. Yo sabía que se había vendido por una cifra baja en el mercado anglosajón, pero no tenía ninguna noticia de que la anunciaban en Nueva York. Me hizo mucha gracia que después de aquel comentario, aludiera a un artículo en el que yo había tenido la ocurrencia de hacer de crítico de una película suya.

Esto de hacer de crítico duró poco. Nos habíamos juntado tres amigos aficionados al cine, Marçal Moliné, Román Gubern y yo. Cuando disponíamos de un filme interesante, lo proyectábamos en un pequeño almacén del padre de uno de los amigos con la emoción de la clandestinidad. La afición por el séptimo arte nos llevó, aunque de una manera muy modesta, a crear y publicar —aunque solo hicimos un número—, una revista cinematográfica. La bauticé con el nombre de *Grúa*, y la fotografía de la portada era mía.

Curiosamente, hice la fotografía de la cubierta el primer día que salí con

Karin. Fuimos al rompeolas del puerto, un lugar que me atraía mucho cuando quería hacer determinadas fotografías. Entonces, la escollera era un pasillo de unos trescientos metros limitado por un muro de piedra a ambos lados. Karin se apoyó mirando el mar y justo cuando iba a disparar la máquina, con el rabillo del ojo vi cómo se acercaban unos obreros vestidos de negro. Imperiosamente le dije a Karin: «¡No te muevas nada!», ¡Y qué suerte! Al pasar los chicos la miraron, y ella quedó enmarcada por sus siluetas. Fue una foto afortunada, fue una imagen que emanaba tanta fuerza que funcionó muy bien en la portada de la revista. Y Berlanga, que es adonde quería ir a parar, no me comentó nada de la foto de portada, pero sí dijo que mi artículo le había sorprendido. Ahora, con la revista en las manos, y releendo lo que escribí, me da un poco de vergüenza. El texto tiene un tono político que destila la influencia del amigo y doctor José María Jaén. Consecuente con el pensamiento de izquierdas más riguroso, Jaén denunciaba que el *Calabuig* de Berlanga tenía su gracia habitual, pero que uno de los personajes importantes estaba encarcelado y tenía la llave de la prisión, detalle gracioso pero completamente falso, sobre todo en aquella época.

# La fotografía

## La fotografía determinante: Potax

Mi padre tenía muy buena relación con Productos Alimenticios Potax. Tras frecuentar la lonja de cereales muchos años y de su buen conocimiento de las materias primas, mi padre hizo las funciones de jefe de compras de Potax mucho tiempo. Y gracias a esta relación, pude trabajar en Potax. Iba todos los días a las nueve de la mañana y mi tarea era casi mecánica, consistía en pasar facturas a máquina, acusar los recibos de los pedidos y cosas por el estilo, pero cumplía con todo y mi padre estaba contento porque «el inútil» de su hijo parecía que estaba haciendo algo que le interesaba. Pero en aquellos años yo ya empezaba a interesarme seriamente por la fotografía y fue precisamente en el balcón de la oficina de Potax donde hice unas fotografías que si no han sido determinantes, ayudaron a que me dedicara al oficio de la fotografía con pasión. Salí al balcón a probar mi primera máquina, que era una Kodak Retina que me había comprado gracias al dinero que me había dado mi padre, y enfrente me encontré un panorama fantástico. Había una luz que detallaba los adoquines, se veían las locomotoras humeantes, un velero y otros barcos, mercancías apiladas, policía nacional, un cura, curiosos y peatones..., en ese plano general del puerto estaba todo. Siempre digo que habría sido un inútil si no hubiera disparado la cámara en ese momento para retener esa imagen

única. Allí tenía el paisaje, los objetos, las personas, y sobre todo había una luz extraordinaria. Conseguí una foto del puerto muy afortunada.

Llevé a revelar ese primer carrete al Photoclub y cuando fui a recoger las fotografías descubrí que habían hecho unas ampliaciones de 30 × 40 para el concurso fotográfico que estaban preparando. Resulta que gané el concurso, y yo, más que contento, tocaba el cielo. Por eso aquella fotografía fue determinante.

## Galerías Layetanas, 1955. Eduardo Cirlot

En los años cincuenta, las Galerías Layetanas se consideraban la galería de arte más importante de Barcelona. El prestigio se lo ganó por los artistas que exponían (Miró, Tàpies, el Grupo I de arquitectura...), y por sus espacios expositivos, amplios y muy bien diseñados.

Yo había trabajado muchísimo y en aquellos tiempos estaba bajo la influencia y protección del grupo Dau al Set, y gracias a su recomendación, conseguí que la galería presentara mi primera exposición en mayo de 1955. Para mí aquello suponía entrar por la puerta grande, y me hacía mucha ilusión. Con el máximo rigor, elegí y preparé yo mismo las ampliaciones de las fotografías para conseguir lo que yo sentía y quería que fuera mi obra. Cuidé todos los detalles y también el catálogo de presentación, diseñado y realizado por el artista gráfico e ilustrador Ricard Giralt Miracle, jefe de la empresa Filograf. Qué joya de catálogo. ¡Fue una pieza excepcional! Aún ahora, cuando lo enseño, más de sesenta años después, la finura y sabiduría de este trabajo emocionan. Recuerdo a Giralt Miracle sacando con sus manos las primeras pruebas de las máquinas, recuerdo su mirada, que salía disparada del marco negro de sus cejas y desprendía ilusión y respeto. No lo olvidaré nunca.

La víspera de la inauguración fui a la galería para preparar el montaje. Antes de colgar nada en las paredes extendí todas las fotografías por el suelo de la sala, miraba, probaba, hacía cambios, y al cabo de un rato, cuando ya lo tenía todo decidido, se presentó el señor Gudiol, entonces el dueño del espacio. Echó un vistazo general, llamó a sus hijas y les dijo unas palabras que ni una bomba me hubiera enviado de manera tan fulminante hacia el infierno:

—¡Esto no funciona!, ¿no lo veis? ¡De ninguna manera!

Al oírlo me puse literalmente a temblar. No sabía qué hacer y me pareció que las chicas intentaban calmarlo. De repente dijo:

—¡Avisad a Cirlot y por favor que venga enseguida!

Después de aquello se fueron y yo me quedé en la sala completamente destrozado.

Al cabo de un rato llegó alguien, supuse que era Cirlot, a quien yo ni conocía ni había visto nunca. ¡Qué personaje tan imponente! Todo en su figura era grande: la cabeza, los ojos, la nariz, los labios, los pómulos muy salidos... Todo él desprendía una arrogancia de una belleza casi mística. Me impresionó, y eso que ni me miró. Iba directo al grano, porque empezó a caminar mirando hacia el suelo donde estaban las fotografías, no se fijaba en nada más. A cada paso que daba iba diciendo en voz alta y tono categórico: «¡Genial, genial, genial!». En mi vida he experimentado, en un espacio de tiempo tan corto, una transición tan espectacular y maravillosamente redentora. Las palabras de Cirlot me llevaron del infierno al paraíso en solo unos instantes. Después, serenamente, tuve el gran privilegio de tratar a este ser excepcional que era Juan Eduardo Cirlot. Con el tiempo pude disfrutar de su amistad, lo retraté, y años después he tenido la suerte de conocer a sus hijas.

Néstor Luján, cuando aún no lo conocía, había publicado un artículo importante, muy elogioso y serio hablando de mi exposición en las Layetanas en la revista *Destino*. Fue una sorpresa que no olvidaré nunca. Estoy seguro de que la benefactora mano de Modest Cuixart fue decisiva. Cuando le di las gracias a Néstor me pareció una persona muy atractiva intelectual y humanamente.

## Ramón Dimas

Ramón Dimas era un gran fotógrafo deportivo y también había ilustrado libros sobre el Ampurdán de Josep Pla. Profesionalmente hacía fotografías de todos los desplazamientos del Barça para *Vida Deportiva*. Y tenía una tienda de revelados y copias de fotografías en la calle Caspe, esquina con Vía Layetana. Gracias a él tuvimos dos clientes y los primeros trabajos retribuidos. Unos jerséis de Ruensa y otros de Nerva. Y empezamos por primera vez con modelos profesionales, todo un mundo desconocido, y Karin, como siempre, fue la estilista; por las noches, cuando la tienda de Ramón había entregado el trabajo, nosotros tirábamos las copias de nuestros encargos en su laboratorio: eran casi un centenar y a los pocos días ya tocábamos dinero, lo que llamaban «contante y sonante». Qué ilusión, por fin, no tener que pedir dinero a mi padre. Al día siguiente, le regalé media docena de puros habanos. Fui muy feliz haciéndolo, pero ahora, cuando lo pienso, me siento mezquino. Debería haberle regalado una caja entera.

Aún recuerdo cuando preparé la primera factura de fotografías para una campaña a toda página, de un coñac que me encargó Pentágono. La mecanografié en el despacho de Ramón, que al ver las cifras casi puso el grito en el cielo. Yo iba fuerte y tenía la moral muy alta. Me parecía que el trabajo lo merecía: página entera en los periódicos importantes. ¡Y funcionó! Vaya si funcionó. Después de aquella factura vinieron otras, y Ramón iba de sorpresa en sorpresa, ya que las cifras eran importantes.

Y él se alegraba porque nos quería mucho a Karin y a mí. Tenía amigos que eran fotógrafos profesionales de prensa: los Pérez de Rozas, Carlos y Quique, Sáenz Guerrero, y a menudo les contaba nuestros éxitos...

Y casi todas las tardes en un apartado de la tienda aparecía —para mí fue una aparición maravillosa— Kubala. Ramón era su mejor amigo. Y quien más le había retratado, porque Dimas iba a todos los desplazamientos del Barça para ocuparse de la información gráfica de los partidos. Yo era un admirador incondicional de Kubala. Y por su maravillosa culpa conseguí que

mi padre me llevara al fútbol y además se aficionase. Y como él, miles de personas.

El campo de las Corts era ideal para disfrutar de un espectáculo futbolístico; tenía una tribuna preciosa, sin columnas, diseñado por Torroja, pero antes de Kubala no se llenaba nunca. Desde su llegada, se empezó a llenar, mi padre se aficionó tanto que nos hizo socios a Karin y a mí con abonos de tribuna que todavía utilizo con nuestros nietos. Gracias a esto he visto cosas y hombres futbolísticamente extraordinarios. Me resulta imposible decir quién es el mejor, cuando pienso en Kubala me vienen a la cabeza Maradona, Ronaldo, Ronaldinho, Evaristo, Cruyff, Messi... Me parece que Kubala nunca falló un penalti y lo recuerdo en la línea de córner provocando al contrario. Recuerdo que Ramón me explicaba cómo le quedaban las piernas y todo el cuerpo a Kubala. Empleaba el bíblico eccehomo cuando durante el primer año disfrutamos cada tarde de la compañía de Kubala. Después de los entrenamientos, a veces charlaban y él hablaba de fútbol, tenía unas ideas muy claras, y casi siempre íbamos a merendar y todavía recuerdo la sorpresa de Lazlo cuando vio a Karin comiéndose unas guindillas picantes como si nada.

Ramón fue nuestro padrino de boda, y nos casamos en su pueblo, en Santes Creus. En aquellos tiempos, casarse por lo civil era imposible. Solo se podía hacer si no eras católico, y para no serlo había dos maneras. Pero para conseguir ser reconocido como católico te habían de bautizar. Llegué hasta el conocimiento de aquella culpa tan capital: ser editor de pornografía... No lo hicimos pero Karin, que era protestante, tuvo que asegurar que educaría a los hijos en la bondadosa fe católica. En la iglesia no podía haber flores, y fue una cosa buena. Recuerdo embelesado a Karin entrando en la preciosa iglesia de Santes Creus como la flor blanca más espectacular que había visto nunca.

## Una fotografía irrepetible en los Encants

La fotografía de Nuria Closas en los Encants la hice enamorado de ella y de los atardeceres. Mirando por el visor del aparato fotográfico, de repente, los negros desprendieron como un polvo de marfil, una aparición maravillosa que nos regalaba el atardecer y que acariciaba y modelaba el perfil helénico de Nuria, potenciando el contraste de sus ojos verdes. Viví, porque así lo sentí, una sensación que no olvidaré nunca, la sensación de la belleza, cuando el misterio se hace tangible. Mientras hacía la fotografía noté como si alguien alertara mis sentidos. Solo tenía que pulsar el botón, y lo hice.

Recuerdo que, horas más tarde, en el laboratorio, angustiado pero también ilusionado, puse el negativo en la ampliadora, y me regaló el placer de vivir esos instantes mágicos cuando del papel fotográfico virgen aparece una imagen importante que nos emociona. No hay placer comparable, y creo que ningún artista tiene esta maravillosa oportunidad de una manera tan inmediata como la tenemos los fotógrafos.

Esta imagen, la intención y el sentimiento crepuscular que tenía cuando la hice, intento que siempre me acompañen. Esta fotografía de Nuria estuvo presente en mi exposición de las Galerías Layetanas, ocupó un lugar preferente: la colgué sola en una pared y figuró en el catálogo de la muestra.

Sesenta años después, siguió mi particular homenaje a Nuria, en *Flashback*, la exposición retrospectiva que se hizo en La Pedrera de mi obra; su fotografía de los Encants volvió a ser el punto de referencia de mi mundo emocional y artístico. La misma fotografía fue también portada de mi libro de poesía *Vidre de nit*, inspirado en ella y editado por Acantilado.

Años después de la marcha de Nuria, un día crepuscular y en un ataque de romanticismo, quemé el negativo de su fotografía. Ahora solo conservo la primera copia, el original, tal y como estuvo expuesta, y siempre me acompaña, la conservo cerca de mí.

## Karin. Una carta trascendente

Con Karin todo comenzó con una carta. De la carta no me acuerdo mucho, pero, en cambio, de lo que ocurrió después de echarla al buzón de la calle Aragón esquina con paseo de Gracia no me olvidaré nunca. A continuación vi a una chica esperando el tranvía; era una imagen de una gran belleza. El sol proyectaba miles de pinceladas doradas a través de los plátanos de sombra sobre la chica rubia más bonita que había visto nunca. Me quedé paralizado, la miraba y miraba. Era demasiado. Era la viva encarnación de la rubia extranjera inalcanzable que todos habíamos soñado. No me atreví a decirle nada, estaba rodeada de personas que, como ella, esperaban el transporte municipal. Finalmente decidí perseguir el tranvía en el que ella había subido con el pequeño Renault cuatro latas (en el que apenas cabían mis largas piernas) que mi padre me dejaba desde que lo había abollado en el garaje de casa nada más estrenarlo. Lo tenía aparcado a pocos metros de allí, ya que en aquellos tiempos aparcar en Barcelona era facilísimo.

Y así comenzó la aventura de la persecución, yo con el corazón acelerado y con una ilusión y un sentimiento desconocidos hasta entonces. El tranvía subía por Mayor de Gracia, y yo pegado detrás vigilando quién bajaba en las paradas y sufriendo por si la chica se me escapaba. Llegamos a la plaza Lesseps y nada, ni rastro. Mi angustia seguía subiendo como el tranvía. Seguíamos hacia arriba, ¡madre de Dios! Ahora ya estábamos en la entonces estrecha Travessera de Dalt; paradas y más paradas, la gente bajaba en cada una de ellas, pero ella no. Y la duda de si había bajado por delante me torturaba. Al llegar a la última parada no vi a nadie, y me quedé conmocionado, incluso me parecía que el corazón me dolía, pero en ese momento desesperado la vi caminando hacia una pequeña calle. Aparqué rápidamente y me lancé a conocerla. Ella había acelerado el paso, y yo conseguí atraparla justo delante de la reja de una puerta con un cartel donde se leía Tenis de la Salud.

El primer diálogo entre nosotros se presentaba difícil y mis primeras

palabras fueron: «Señorita, yo soy muy tímido». Entonces se echó a reír, rompiendo el hielo, y yo seguí hablando. Ahora, ella, muchos años después, cuando lo cuenta aún recuerda cómo se rio. Aunque tiene su propia versión, también es muy divertida. Lo más chocante es que ella recuerda que en la parada del tranvía ya me había visto, y del mismo modo que yo la miraba con veneración, ella recuerda que pensó: «Si este sube, me bajo» (en la época, muchos hombres aprovechaban el tumulto de gente en los escasos tranvías para palpar carnes femeninas).

Sean los misterios del destino, la predestinación, el azar o vete a saber qué, lo que sí sé es que si aquella mañana de la primavera de 1955 no hubiera ido a echar una carta en la calle Aragón con paseo de Gracia, ahora no tendríamos cuatro hijos y siete nietos. A veces te toca la lotería, y ese día con mi cochecito y mi timidez el gran premio me tocó a mí. Karin representa la belleza por fuera y por dentro, es la madre de mis hijos, la colaboradora incansable de mi vida profesional, la creadora de las mejores campañas de Studio Pomés, la asesora y consejera dedicada, y la mejor y más fiel amiga para toda la vida.

Si el binomio de los Leopoldos, Rodés y Pomés, fue muy beneficioso para los dos, el de Karin y yo ha sido y es de una gran fecundidad. Karin es extraordinaria en muchos aspectos (dedicación, imaginación, creatividad...), nada afloja su ritmo de trabajo y siempre es positiva. A veces cuento con cierto humor una imagen que me parece que la retrata: si Karin se rompiera una pierna o tuviera problemas de menisco y tuviera que desplazarse con la ayuda de una silla de ruedas, me la imagino celebrando la situación y diciendo algo como: «¡Oh, qué bien! Ahora me divierte ir así, ahora lo veo todo en un magnífico *travelling*». Esto es una broma mía, pero se me ocurrió porque Karin casi nunca se queja. Cuando dice que tiene un dolor de un 10 por ciento, puedes estar seguro de que está a más de un 50 por ciento. Su educación, cien por cien alemana, influyó en muchos aspectos que han favorecido su personalidad, tanto en el trabajo como su eficacia y calidad con amigos y familia. Cuando era jovencita, para ella ir al colegio era casi una fiesta, en cambio para mí era el peor y el más temido de los castigos. Con esta experiencia personal y valorando su manera de vivir una etapa tan

determinante de la vida, encargarle a ella la educación de nuestros hijos ha sido una de las muchas cosas positivas de nuestra convivencia. Tenemos unos hijos muy majos y, en consecuencia, tenemos también siete nietos que gozan de estas cualidades.

## Leopoldo Rodés y cómo creció Studio Pomés

En la calle Tuset había unas galerías que iban hasta la calle Balmes; eran anchas, muy concurridas y las ocupaban tiendas diversas, alguna boutique y un bar muy de moda en aquellos tiempos, el Stork de Quimet Pujol. En la bocacalle que daba a la calle Tuset estaba el cine Arcadia, con un vestíbulo muy largo bordeado a ambos lados por unos escaparates muy grandes destinados a publicidad. Se nos ocurrió alquilar uno para poner fotografías para anunciar Studio Pomés. Eran nuestros comienzos y nos hacía ilusión exhibir una muestra de nuestro trabajo. Karin diseñó un buen original, muy gráfico y sorprendente, que realicé muy estimulado. En un fondo blanco aparecía ella mostrando un sobre con el logo del estudio Pomés a la altura de sus ojos, estaba rodeada de más sobres esparcidos por el suelo. También exhibimos un retrato de Margit Kocsis tamaño 50 × 60.

Era 1961 y trabajábamos en un estudio ubicado en Gracia, donde mi mesa estaba situada en el rellano de la escalera que subía de la calle al gran plató. Un buen día nos visitó Rodés, y fue gracioso porque al aparecer por la escalerilla se presentó diciendo «Leopoldo Rodés», y yo me levanté y le contesté: «Leopoldo Pomés». Ambos reímos al estrecharnos las manos. Aparte de la similitud de los nombres, ambos éramos igual de altos: un metro noventa, una altura poco habitual para la época. Entonces me dijo que tenía la agencia de publicidad Tiempo, y que estaba interesado por la modelo del escaparate del cine Arcadia. En ese momento, me pareció que el escaparate había funcionado, y ¡madre de Dios si había funcionado! Con Rodés nos asociamos, y a partir de entonces, Tiempo consiguió las cuentas de los clientes más importantes del país: Tergal, Medias Platino, Terry, Freixenet, Braun..., y nosotros, Studio Pomés, ¡realizamos todas estas campañas!

Uno de los primeros encargos que recibí no fue solo para hacer fotografías, sino que fue el inicio de mi trabajo publicitario, de lo que ahora se llama «de creativo». Mi buen amigo José María Juncadella me hizo un encargo que para mí fue muy divertido. La empresa de su padre fabricaba

sábanas y me pidió que estudiara la posibilidad de mejorar la imagen de la marca Sábanas Carol. Me estimuló el reto porque venía de él, hombre elegante y con un producto muy bien confeccionado pero al que le faltaba una marca más atractiva. Esto me motivó casi al instante. Los deliciosos poemas de Juan Ramón Jiménez al «Burrito blanco» me inspiraron, y le encargué la creación gráfica de un burrito enternecedor a mi gran colaborador Jordi Fornas. También le gustó el proyecto y en la semana del encargo me presenté en las oficinas de las industrias Burés, los fabricantes de las sábanas, para mostrar nuestro trabajo. Recuerdo la mesa del consejo de Burés y a mi amigo José María, que se sorprendió pero no terminó de entusiasmarse. Hizo llamar a su padre. A los pocos minutos se presentó el señor Juncadella. Y yo, con mis habituales problemas del «ay, qué dirá». Pero mi inquietud duró muy poco. El padre se entusiasmó y José María, aliviado, estuvo el doble de contento. Y yo, ¡casi en el cielo!

## Margit Kocsis: una aparición

No recuerdo el motivo, pero iba con Karin en coche recorriendo la costa del Garraf, por Castelldefels, Sitges, Vilanova... Había zonas no precisamente agradables visualmente, pero de repente, de un cruce, surgió, como colocada por el Dios de la belleza, una chica rubia montando un caballo blanco. La relación de su figura fundida con la del caballo andaluz y su insólita aparición en aquellos escenarios de monotonía del desorden y de un gris irreparable es de las imágenes más definitivas que he tenido la gran suerte de disfrutar en mi obsesión vital de mirador incesante. ¡Era Margit Kocsis!

Tranquilizada nuestra emoción, me vino a la memoria la sesión fotográfica que habíamos tenido con ella una semana antes. Casualidades de la vida, aquella maravillosa mujer rubia me la había presentado Paco Rebés. Creo que la conoció haciendo autostop y, enseguida, pensó en mí. Paco nunca se equivocaba. Sus descubrimientos, respecto a músicos, artistas plásticos, bailarines..., siempre han sido reconocidos y su seriedad es absoluta. La Chunga, Antonio Gades, La Singla o Paco de Lucía se cuentan en su haber de descubridor experto. Sí, ahora recordaba la sesión de fotos que hice con ella y que la imagen que yo veía a través del objetivo de mi cámara era físicamente impecable. El de Margit pertenece a este tipo de rostros que reciben la incidencia de la luz, incluso de cualquier luz, sin que su belleza quede alterada.

Aquella imagen quedó grabada en nuestras mentes. A mí me perseguía el deseo imperioso de retenerla como fuera, y no pasaron muchos días.

La primera campaña realizada para Terry había tenido un buen comienzo. Como protagonistas habíamos elegido la pareja Nico-Hans Mayer que funcionó muy satisfactoriamente. En la época, una pareja de aspecto nórdico daba prestigio.

Para la segunda temporada, el cliente, que tenía una magnífica yeguada de caballos cartujanos, nos puso como condición que en los spots saliera un caballo, y es que además de brandy, los Terry también vendían caballos.

Hicimos, pues, un plano de la chica montando a caballo. También funcionó, pero para las futuras campañas los señores de Terry pidieron, mejor dicho, exigieron que los caballos tuvieran un gran protagonismo, mucho más que el de complemento de la pareja. Tuvimos una gran alegría; teníamos pendiente una imagen que soñábamos con realizar algún día: la de aquella aparición que habíamos tenido cerca de Castelldefels de la chica rubia montando a caballo, a pelo. La propusimos y fue aceptada. Poco tiempo después Margit Kocsis se convirtió en la gran protagonista de la campaña de Terry. Más que en protagonista, en el icono de la marca.

La primera vez que filmé a Margit montando a caballo, cámara en mano, en un bosque de chopos del Montseny, la imagen era de tal belleza que no pude sino verla a través del visor mientras la seguía, de cerca, profiriendo gritos de entusiasmo por lo que veían mis ojos embelesados, y por la emoción que me producía todo aquello ante la certeza de estar tocando el cielo. Fue tal la vibración que yo sentía que con la cámara cada vez más cerca de ella, le dije: «¡Margit, Margit! ¿No estás notando una sensación sobrenatural?». Curiosamente, su respuesta fue negativa. Ella, su cabello, su rostro, su figura y su arte montando a caballo en ese entorno de bosque de chopos con las salpicaduras de luz cómplices enamoradas de su belleza infinita, es de los planos más preciosos que he rodado nunca en mi vida. Pero ella, en su sencillez, no se sentía protagonista. Ni tampoco lo pretendía.

Su éxito fue superior a lo que esperábamos. Vázquez Montalbán escribió en la prensa nacional que Margit era un ser excepcional, aparte de sus extraordinarias cualidades físicas era de una inmensa humanidad, profesionalmente un diez. Nunca se quejó, era la compañera entrañable, la persona más sencilla del equipo y siempre estaba dispuesta a ayudar.

Recuerdo un duro rodaje en la provincia de Sevilla, con una temperatura de cuarenta grados a la sombra. Filmé varios planos de Margit montando el caballo a pelo, sin silla, y en una ocasión casi se cayó del caballo. Estaba extenuada. Me pidió perdón, excusándose, y preguntó si podía descansar cinco minutos. La atendimos inmediatamente: tenía ulcerada, en carne viva, la parte interior de los muslos que, al montar sin silla, recibía el vapuleo constante del durísimo pelo del caballo.

Más adelante, el sueño de campaña que habíamos iniciado con tanto éxito nos llevó a proponer una idea atrevida: rodar esta imagen en escenarios extraordinarios: en la plaza de San Marcos de Venecia, en el entorno de la torre Eiffel de París, ante la catedral de Barcelona... Nos pusimos las pilas, excitados y muy ilusionados, conscientes de que las próximas campañas harían historia.

## Rodaje en Venecia (y primer cólico nefrítico)

Para rodar en Venecia contratamos a un equipo de rodaje y un jefe de producción italianos para complementar nuestro equipo habitual. También nos acompañaba un amigo, Luis Bettonica, periodista italiano con suficiente experiencia para poder solucionar los problemas de comunicación e imprevistos de cualquier tipo que pudieran surgir en una ciudad tan especial como Venecia.

Rodar en la plaza de San Marcos resultó más conflictivo y complejo de lo que pensábamos: obtener permisos, conseguir situar las cámaras, disponer de los escenarios escogidos para los planos más espectaculares sin nada que nos estorbara... También teníamos que lidiar con la persona que estaba al cuidado del caballo. Esta persona era Sebastián, «el mayoral», el máximo mandatario de la cuadra de los caballos de Terry. Para él, el caballo era más que el santo grial. Nuestro rodaje le importaba, pero el caballo tenía prioridad absoluta. De hecho, el mayoral era una figura imprescindible.

El día anterior, el caballo había llegado en camión a la localidad de Mestre, próxima a Venecia, proveniente de una cuadra de Roma poseedora de caballos de Terry. Desde allí, el mismo día del rodaje, el transporte del caballo debía efectuarse en un barco hasta Venecia, concretamente hasta la plaza de San Marcos, que era donde lo necesitábamos.

El funcionario del ayuntamiento que nos había gestionado los permisos había hecho acordonar la plaza hasta las diez de la mañana, antes de que se inundara de turistas, y teníamos que rodar de buena mañana. Y aquí vivimos las horas más angustiosas que habíamos vivido en nuestra ya larga y accidentada vida profesional. A las nueve y media el caballo todavía no había llegado. Lo que sí que nos llegaban eran noticias de que el caballo se negaba a subir a ningún tipo de embarcación.

«¡El caballo no *zube!*» Era la frase del mayoral de Terry, que tiempo después me despertaba en mis pesadillas. En la realidad, durante el rodaje, se produjo una muy sustanciosa tragicomedia entre algunos miembros del

equipo. Los personajes eran completamente de sainete: el mayoral de Terry, de Cádiz, al que apenas se le entendía hablando español. El otro, un jefe de producción de Roma, hombre más bien de corta estatura, cabeza grande con mucho pelo rizado y vestido con un pomposo abrigo que le llegaba hasta los pies. A la mínima discusión, este pequeño gran hombre gesticulaba aparatosamente y hacía valer su larga y prestigiosa experiencia: «*Io ho lavorato colla Loren*».

La discusión se producía siempre como efecto de la sentencia fatal de «¡El caballo no *zube!*!», que aquel hombre pronunciaba cada vez que probaban con una nueva embarcación para llevar el caballo hasta la plaza. La primera fue una barcaza grande expresamente alquilada para la ocasión. El mayoral, a primera vista, ya soltó su dictamen de experto en caballos viajeros: «¡El caballo no *zube!*!». Y así con todas las embarcaciones. Recuerdo la grandiosa barcaza de la recogida de basura y una todavía más grande del ayuntamiento. Nada. El caballo parecía obedecerle. Extendía la pata hacia la cubierta y, nada más tocarla, la retiraba como si se quemase. Así cuatro pruebas, con el fatídico comentario de siempre. Finalmente, alquilamos un ferry que trasladaba máquinas y automóviles. Pusimos el caballo en un camión y así finalmente llegó al lugar mientras los turistas ya empezaban a pisar la plaza. El caballo, al bajar del camión y poner las cuatro patas en el suelo, resbaló y cayó espatarrado. Culpa nuestra, no habíamos tenido en cuenta que la plaza es de mármol. Para poder caminar, al caballo necesitaba llevar herraduras de goma. Solución rápida, típica de gente de cine: dado que Venecia no es una ciudad para caballos, parte del equipo de producción salió como una exhalación a comprar las herraduras de goma a Padua. Mientras tanto, para después poder ponerle las herraduras, otros fueron a comprar todos los rollos de celo de las papelerías de Venecia. Y nuestro hombre del ayuntamiento, viendo que la cosa iba para largo, nos avisaba de que los turistas ya invadían la plaza con un gesto digno del final de *Hamlet*: «*Io eludo tutta responsabilità...*».

Pero la gente de nuestro equipo volvió y comenzamos a forrar las herraduras del caballo. Me situé rápidamente detrás de la cámara. Se acercó mi asistente, Suri, y me dijo que en medio del recorrido previsto de la chica a

caballo con la iglesia al fondo se había instalado un vendedor de pienso para palomas que no quería marcharse antes de venderlas todas las bolsas. Se las compramos. Y, por fin, por el visor de la cámara vi la gran imagen: Margit, preciosa, montada en el caballo con la catedral entera al fondo. No esperé más y grité: «¡Motor, acción!», Y ella comenzó a galopar acercándose a cámara. Era precioso. «¡No pares!... ¡No pares!», gritaba yo. Habíamos tirado al suelo todo el pienso del vendedor aprovechado y, al trotar, el caballo provocaba el vuelo de cientos de palomas, maravilloso, ¡qué plano! La belleza iba creciendo y Margit, sublime, acercándose, centrada en cámara, desprendía luz como una joya refulgente en medio del gótico telón de fondo de la catedral.

Manolo Vázquez Montalbán escribió que este spot había contribuido a erotizar el país. Curiosamente, aunque ahora, después de tantos años, hemos oído comentarios que dicen que la chica iba desnuda. Lo único desnudo de la chica eran las piernas y los pies. Nunca enseñó nada más. Seguramente montar sin silla influyó en la imaginación de mucha gente. A pesar de las peripecias, la belleza, la entrega y la gracia de Margit, fueron superiores a la emoción que me había producido la primera vez que la filmé, cámara en mano, en aquel bosque lleno de buena luz del Montseny.

Aparte del accidentado rodaje, yo también tuve mi parto particular. Al terminar, fui al famoso Café Florian de la misma plaza y allí, de muy buen humor, antes de tomar la copa de celebración, parí una piedra de riñón y, mientras la piedra, materialmente, iba haciendo su recorrido liberador, me puse a reír pensando en el mayoral, como si pudiera decir: «Pues, a mí tampoco me ha *zubío*, pero me ha *bajao*».

## Más de Margit

Finalizado el rodaje, en el aeropuerto de Venecia, mientras esperábamos para embarcar, la descubrí escribiendo sentada encima de su maleta. Me acerqué para saludarla y aluciné. Estaba dibujando, y cómo dibujaba, ¡qué dibujos! A unos pocos metros de distancia distinguí a dos viejos muy arrugados, dramáticos y muy feos sentados en grandes sillas de ruedas. Volví a mirar los dibujos y expresaban una delectación sádica en la fealdad. Las arrugas multiplicadas, ennegrecidas y salpicadas de unas verrugas repugnantes. Y todo acentuado por un hiperrealismo deformado, muy agresivo, con una técnica minuciosa y una composición experta. Me impresionó, no daba crédito a mis ojos, y aún me sigue impresionando cuando contemplo los dibujos de Margit.

Años más tarde, esta chica tan poco interesada en el éxito personal se convirtió en una pintora sorprendente. Los temas de sus óleos y dibujos revelaban una intensa vida interior. Afortunadamente no pasó desapercibida. Su pintura interesaba y vendía, pero ella seguía impasible, con la misma ausencia de valoración de sus virtudes.

Un día nos la encontramos por la calle, preciosa. Llevaba flores de color rosa entre sus cabellos rubios y, sonriendo, con la misma dulzura de siempre, nos dijo: «Ahora que me van bien las cosas, he contraído un cáncer...». Murió dos años después.

## Nico

Cuando en los años sesenta iniciamos la campaña para el brandy Terry, pensamos en una pareja extranjera; nuestra idea era alejarnos completamente de las campañas convencionales. Solían ser de carácter muy local con una estética española y contenidos muy estereotipados. Por eso escogimos sin dudar a aquella «diosa» que teníamos grabada en nuestra mente: Nico.

El año anterior la habíamos conocido en Ibiza durante nuestro viaje de bodas. Mejor dicho, la vimos sentada en un bar del puerto de Ibiza. Su presencia me produjo el efecto de un relámpago fugaz pero fue suficiente para no olvidarla. Todavía hoy, escribiendo estas notas, siento como si el «vacío» que nos ha dejado se hiciera más real y, sobre todo, alcanzable lo inalcanzable que había en ella: su espacio, un espacio que reclamaba ser interpretado, sentido.

Estaba embarazada. Un ser espléndido, majestuoso, de una belleza sublime y distante, muy distante... Insoportable para el ojo de un fotógrafo. Una visión que se convierte inmediatamente en una tortura para la impotencia de tenerla delante y sentir que no la puedes retener.

Por suerte, Nico no estaba sola en la mesa del bar. El hombre que la acompañaba era un conocido mío, Xavier Carles-Tolrà, con quien después mantuve una gran amistad. Esta afortunada circunstancia me permitió acercarme a la mesa y conocer a aquella mujer sobrenatural.

Un año después la contratamos para la primera campaña de Terry. De pareja escogimos a un alemán de gran personalidad y un físico adecuado, Hans Mayer, y pensamos que resistiría la presencia imponente de Nico. Así comenzó la primera campaña con seis spots que se proyectarían en los cines y en el programa nocturno de mayor audiencia de la televisión. En la realización, con el ojo pegado al visor de la cámara, recuerdo aquella vibrante sensación que tenemos a veces los realizadores cuando algo te cautiva: la pareja lo iluminaba todo. No nos habíamos equivocado: Hans Mayer, además de su profesionalidad, nos aportó una presencia contundente con algo de

enigmático que encajaba bien con Nico.

La campaña funcionó de maravilla, tanto que la seguimos haciendo un par de años más con el mismo concepto y los mismos protagonistas. En aquel tiempo admirábamos a los extranjeros. Si bien en España muchos se sentían orgullosos de pertenecer al país elegido como «centinela de Occidente», el de la «furia española» y de las mujeres morenas, graciosas y recatadas, en el fondo de la mente de todos nosotros había una fascinación «por lo nórdico», es decir, por los seres altos y rubios.

Desde el primer momento de trabajar con Nico, sin saber muy bien por qué, habíamos intuido que nos exponíamos a situaciones conflictivas. Y efectivamente las sufrimos en la campaña del año siguiente.

Localizamos a Hans Mayer, el modelo alemán, en su agencia. Estaría disponible para cuando lo decidiéramos sin ningún problema. Pero retomar el contacto con Nico no fue nada fácil. Su agencia de París no pudo contactar con ella y solo nos decían que lo intentarían de nuevo. Llamadas y más llamadas infructuosas. Parecía evidente que a Nico no le importaba mucho comunicarse con su agencia proveedora de posibles trabajos. Y así pasó un mes. ¡Una auténtica desesperación!

Los spots se tenían que rodar un par de meses antes de su aparición en el cine o la televisión. La contratación de espacios publicitarios se abona con mucha antelación y las fechas programadas son sagradas. La alerta roja ya venía sonando hacía días. Nerviosos y casi histéricos, finalmente conseguimos un dato muy ambiguo por parte de su agencia. Aparentemente Nico se encontraba en Estados Unidos pero ilocalizable.

Pasaron muchos días más, semanas. Nosotros lo teníamos todo preparado: guiones, decorados, localizaciones, permisos, modelos complementarios, las luces diseñadas sirviéndonos de dobles de los actores.

La desesperación se convirtió en pánico hasta que una agencia amiga la pudo localizar en Nueva York. A toda prisa la metieron en un avión casi sin dejarle hacer la maleta, y por fin teníamos a Nico en Barcelona, en nuestro estudio. Estaba como siempre. La pesadilla había concluido. La anécdota que vivimos con Nico, por la trascendencia de sus detalles y su final casi surrealista, creo que vale la pena.

La habíamos alojado en el hotel de la Rotonda, a pocos metros de nuestro estudio. Le propusimos que descansara un rato del viaje y que volviera al estudio en un par de horas. Y, efectivamente, volvió y llamó a la puerta. Karin y yo nos quedamos atónitos, primero paralizados por la sorpresa y luego explotamos en unas risas histéricas. Durante los muchísimos rodajes que hicimos, nunca habíamos vivido un caso como aquel. Nico, la diosa rubia, en aquellas dos horas en el hotel se había teñido el cabello de un color caoba oscuro. No podíamos rodar. La chica de la campaña anterior era rubia y, consecuentemente, debía seguir siendo rubia.

Todos los recursos de urgencia se pusieron en marcha, conseguimos una peluquera muy buena que le quitó el tinte y le devolvió al cabello su color habitual con los peligros que ello suponía. En plena operación, Karin, que aún no salía de su asombro, consiguió que Nico explicara las razones de su insólita iniciativa: «Cuando iba hacia el hotel, entré en una perfumería que estaba al lado y vi unos tintes que me gustaron, y como me aburría pensé que tendría gracia verme con el pelo oscuro y distraerme un rato».

## *Matador*

La revista *Matador* me pidió que escribiera sobre Nico porque sabían que había trabajado con nosotros en Barcelona. Primero me estimuló el encargo, pero luego, pensándolo bien, me di cuenta de que de Nico me habían quedado unas imágenes muy potentes y un gran vacío. Me adentré inmediatamente en un paraje llano y desolado. Cuanto más intentaba acercarme al personaje, más se diluía.

Han pasado cuarenta años desde que trabajé con ella. He consultado internet y Nico sigue siendo un mito. Estuvo metida de lleno en el movimiento *underground* más famoso del momento, formaba parte de los grupos vanguardistas de música y fue estrella de la Factory de Andy Warhol, y también de otros escenarios y de artistas importantes. Pero todo esto ya lo sabe todo el mundo; yo solo quiero tratar de explicar cómo fue trabajar con ella en 1963, lo que suponía trabajar con alguien que, además de poseer un físico excepcional, procedía de aquel movimiento que sorprendía o escandalizaba el escenario artístico mundial de aquellos años.

De las muchísimas personas con las que he trabajado y me han dejado huella, quizás Nico es la más misteriosa o la más impenetrable y, por consiguiente, no me permite describir su perfil con una precisión razonable. Su lado humano me queda borroso, desenfocado. En mi mente solo persiste obstinadamente una imagen de esfinge y un gran vacío. Por más que expreso la memoria, la imagen sigue presente pero se funde con el vacío que la rodeaba. Este vacío se hace tangible, como si llegara a conseguir lo inalcanzable que había en ella: su espacio, que reclamaba y reclamaba ser recreado. Ahora, más de cuarenta años después, me doy cuenta de ello. Cuando Nico ya formaba parte de la Factory de Andy Warhol a mí me interesaba mucho saber cosas sobre el artista: cómo trabajaba, en qué se inspiraba, cuál era su metodología, si es que la tenía. No le saqué nada interesante; en cambio, me habló, eso sí, con una continua expresión burlesca, del devastador éxito de Warhol en Nueva York, como si esto fuera

un episodio más del vacío mundo en el que vivimos. Lo único que remarcaba a menudo era su indiferencia ante los clientes, críticos, artistas, mujeres, y que a pesar de ello, todo el mundo le hacía la pelota.

Más tarde, con la misma expresión burlesca me contó lo siguiente: en una comida con varios de los personajes que pululaban alrededor de Warhol, unas jovencitas que estaban en su mesa, para seducirlo, más bien impresionarle, se introducían en el sexo botellas de Coca-Cola. Esto de las chicas lo decía riendo, y terminó comentando como único digno de destacar la absoluta indiferencia de Warhol. En su biografía aparecen, muy ligados a ella, famosos casi siempre del mundo musical. Nico, sin embargo, nunca me habló de personajes importantes, que entonces ya debían de formar parte de su entorno más íntimo. ¿Prudente, humilde o indiferente? Tal vez un poco de todo.

Sí recuerdo el último año que rodamos con ella, el interés que mostraba por los discos, por la música. Me decía que en Estados Unidos la industria discográfica ya era mucho más importante que el cine. Que el disco se había convertido en el arte más consumible de todos. Y después, como si me estuviera haciendo una confidencia, habló del barroco español. Estaba fascinada por los altares barrocos sevillanos, las vírgenes, la Macarena. Aquello me sorprendió. Es la única vez que la vi entusiasmada por algo.

Mi relación personal con Nico todavía se vuelve más confusa. En las varias veces que trabajamos juntos no parecía interesada por nada en concreto. En el trabajo hacía todo lo que le pedíamos, pero ponía muy poco de su parte. Obedecía, aceptaba los horarios, las sesiones de maquillaje y prestaba su imagen, pero solo la prestaba. La verdad es que no me la tomé más en serio. Físicamente, era la criatura más hermosa que he visto en mi vida, pero en el trato personal, tenía un comportamiento un poco de niña mimada, con altibajos. Vivía la modernidad artística del momento de una forma banal y caprichosa, como si estuviera por encima de todo y nada le interesara, quizás únicamente la indiferencia.

He vuelto a escuchar discos de Nico. Cuando canta, su sonido es uniforme, poderoso, a veces lejano, siempre elegante pero con un desgarramiento de voz continuo como de cantante adolescente. Vuelve el vacío, su vacío, y

entras en una monotonía abstracta que no te abandona. No hay emociones puntuales pero sí una mística latente y continua que viene de lejos. Te sientes atrapado. Sientes su amor por lo barroco pero sin curvas ni ornamentos.

No aparece su faceta de niña mimada, quizás es que nunca fue una niña y no tuvo a nadie y tampoco nadie la atrapó. Su indiferencia perdura pero su vacío siempre aparece. Dicen que a un famoso es mejor no conocerlo porque suele ser una experiencia frustrante. Si ya es difícil conocer a los tuyos, tan cercanos y a veces tan desnudos, un famoso debe representar un papel de famoso. Pero no creo que Nico hubiera interpretado, porque ella era su personaje.

# Comer es una fiesta. Experiencias gastronómicas

## La vocación, las vocaciones

La vocación es ese estado tan determinante para desarrollar un oficio que a veces te reclama, y te apuntas; y otras veces pasa por tu lado y no la ves. Qué suerte tan inmensa si la puedes aprovechar. Va como va. Tengo amigos felices que me han confirmado lo importante que fue para ellos tal o cual profesor y otros, todo lo contrario, por una serie de influencias estimulantes se mantuvieron completamente fuera del interés de lo que estaban estudiando. Creo que el azar tiene un gran papel. Porque no conozco ninguna persona muy importante en su oficio o carrera, incluso artista, que no haya sido una obsesionada feliz con su especialidad. ¿Se trata de suerte? Quizás sí, pero también, como ocurre con la lotería, hay quien compra muchos números y hay quien no compra nunca.

No soy de los que compran lotería pero tengo la afición, desde muy jovencito, de escuchar y sorprenderme con cosas que, cuando me pasan, no les doy importancia pero que, años después, reaparecen con nueva fuerza, como si me dijeran: «No te lo pierdas». Fue así como me enganché a la gastronomía.

## Alain Chapel

Hace más de treinta años asistí a una conferencia del gran cocinero francés Alain Chapel en el Hostal de La Gavina de S'Agaró. Y, sí, poder escuchar a esta personalidad de la cocina me produjo el mismo efecto que si me hubiera tocado la lotería y me sorprendió que ninguno de los otros asistentes sintiera lo mismo que yo. Al terminar su, para mí, extraordinaria intervención, pude constatar que todo lo que me había casi emocionado, al resto de los asistentes, que eran mayores y profesionalmente mucho más importantes que yo, no les había impresionado mucho. Quizás es que ellos ya estaban de vuelta.

El gran Chapel, con un tono muy coloquial, natural y amigable, dijo un par de cosas que a mí me descubrieron y confirmaron la verdadera y sencilla esencia del auténtico hostelero. No las olvidaré nunca.

La primera: «Cuando alguien traspasa el portal de mi casa me debo a él en cuerpo y alma». Es decir, a pesar de su prestigio, Chapel no olvidaba nunca el honor que le hacía un cliente al visitar su casa; y tenía muy presente que, además de buen cocinero, debía ser un buen anfitrión.

La segunda: «Tengo un proveedor de fruta que tiene un huerto a veinte kilómetros de mi casa que procuro visitar a menudo, una vez por semana como mínimo, para disfrutar de su compañía, animarle y agradecer la felicidad que nos aporta a mí y a mis clientes, que vienen a casa por sus fresas». Es decir, para Alain Chapel ofrecer una comida a un cliente suponía un compromiso de excelencia tan serio que consideraba indispensable la estrecha relación con los productores de los mejores alimentos naturales. Por eso los mimaba, los involucraba y los hacía partícipes de sus éxitos. Para mí, esto representa la quintaesencia del cocinero.

## El señor Paco. El 7 Portes

«La satisfacción de muchos hosteleros es poner el cartel de “completo”. Esto no va conmigo, señor Leopoldo. En mi casa deben sobrar siempre cien camas. No quisiera nunca que ninguno de mis clientes se quedara una noche en la calle.» Esto le decía a mi padre el señor Francisco Parellada Riera, el dueño de la Fonda Europa y del 7 Portes, el señor Paco. En la Fonda Europa, de Granollers, llegó a tener dispuestas mil cien camas.

Mi padre, persona muy observadora, sabia y con una gran inclinación a hacer aflorar de las personas que le rodeaban sus mejores cualidades, se proclamó durante muchos años gran admirador y a la vez cronista de la inmensa personalidad del señor Paco. Hay que decir que yo fui el receptor privilegiado de estas crónicas. A causa de su trabajo y mucho antes de que el señor Paco comprara el restaurante, mi padre iba cada día al edificio de la Lonja, frente al 7 Portes. A primera hora, tal y como sigue sucediendo ahora, había una sesión de la Bolsa y luego otra con el tráfico de cereales, a cargo del colectivo de agentes colegiados al que él pertenecía. Después de la sesión, cada día tomaba un café y hacía, con unos cuantos compañeros, una pequeña tertulia en una mesa redonda de mármol del 7 Portes, lo hizo desde su juventud hasta el fin de sus días. Aquella mesa presenció muchos cambios y peripecias en la marcha del negocio, que, últimamente, parecía que iba bastante mal. Todo ello antes de que el señor Paco lo comprase en 1940. Aún recuerdo, a pesar de que era muy joven, cuando mi padre, comiendo, nos contó que había conocido al nuevo dueño del 7 Portes, el señor Paco, y que le parecía una persona muy competente que haría funcionar el restaurante.

Una de las primeras cosas que hizo el nuevo propietario fue dirigirse a la mesa de la tertulia: «A ustedes, señores, les tengo que pedir un favor». Alguien del grupo comentó en voz baja: «Ahora este hombre se nos quitará de encima. Total, por lo que gastamos». Pero lo que dijo fue: «Les quiero pedir a ustedes que sean como el consejo asesor permanente de esta casa». Y de este modo, se inició una amistad, una cotidiana y larga amistad. A menudo

les comentaba cosas, casos y nuevas ideas para la nueva marcha del restaurante. Pronto se dieron cuenta de que se encontraban ante un hombre excepcional. Inteligente, trabajador y con una gran vocación, la de restaurador.

Durante los primeros años después de haber comprado el 7 Portes, iba todas las noches a dormir a su Fonda Europa de Granollers. Lo primero que hacía cuando salía de su dormitorio, muy temprano por la mañana, era ponerse una servilleta en el hombro. Era su distintivo, como si fuera la batuta. Dicen que la tenía aparcada, mientras dormía, sobre la mesilla de noche. Después, hechas las primeras diligencias de la fonda, cogía el tren hasta Barcelona. Apenas pisaba el suelo de la estación de Francia, se volvía a poner la servilleta en el hombro y así entraba en su restaurante tras recorrer, muy apresurado, el camino desde la estación.

Introdujo muchos cambios e hizo muchas aportaciones en el terreno técnico y gastronómico, pero lo que me parece más sorprendente es la gran intuición que tenía para conocer las virtudes y los defectos de su potencial clientela, el catalán. Si entraba en el restaurante un hombre solo, le dejaba elegir la mesa que quería aunque fuera una de cuatro personas. Esto es importante. No hay nada más triste que un hombre comiendo solo en una mesilla individual en un rincón de un comedor. Ofrecía la misma entrañable dedicación a una pareja de jovencitos que a un grupo de mandatarios poderosos. Y él estableció esta costumbre, arraigada en la casa, de servir grandes raciones. Eran tiempos de posguerra y con esta prodigalidad, él entendía que confortaba al público local.

La primera vez que lo vi, me dio miedo. Yo tenía seis o siete años y también era la primera vez que mis padres me llevaban a un restaurante. Lo distinguí enseguida aunque estaba al fondo del comedor moviéndose con gran decisión. Era importante. Alto, corpulento, con el pelo rapado al cero, nariz generosa, ojos escrutadores, michelines espléndidos en la nuca y una servilleta en el hombro. Iba con la cabeza muy alta, como si estuviera buscando a alguien para fulminarle. Este aspecto como de general de húsares me asustó, y cuál no fue mi sorpresa cuando, tras fijarse en mí, desde lejos, rápidamente se me acercó. Cuando llegó, me hizo una gran reverencia, me

cogió de la mano diciendo:

—Hoy es un gran día, tenemos aquí, al heredero del señor Leopoldo — luego me dio unos pequeños cuentos de Calleja. Pasé del miedo a sentirme el rey del mundo.

Tenía, pues, el arte de seducir. Pero yo diría que era una seducción al servicio de su propia pasión, la restauración. Él entendía la restauración como un servicio: del mismo modo que no soportaba que alguien que hubiera ido a su fonda de Granollers no encontrara cama, la gente que entraba en su restaurante no podía salir decepcionada. Para él, quienes atravesaban la puerta del establecimiento ya confiaban en pasar un buen rato. Ya eran clientes, fueran niños, un jovencito o unos abuelos del rincón más remoto del país.

Y a partir de ahí se iniciaba, en él, una de las primeras reglas de la comunicación, la voluntad de agradar. Josep Pla lo definía de una forma preciosa: era un señor *restaurateur* que tenía el don de la clientela.

A mi padre le había dicho que también podía disfrutar con un cliente difícil. Que, en el fondo, aquello lo podía estimular. Una vez presencié una situación de las que ponen a prueba la paciencia de un profesional y a la vez ilustran sobre los arrebatos imprevisibles que puede tener un ser genial. Algo que no está incluido en el sentido común y que no se aprende en ninguna parte. Esa noche había una clienta difícil, muy difícil. De aquellas personas que con la cara pagan, sentada a la mesa con su marido, discreto y digamos que acojonado. A ella todo le parecía mal.

Esto era ya una costumbre en ella, costumbre por otro lado curiosa porque eran habituales del restaurante. Parece que le sirvieron una carne que no estaba en su punto. Armó el correspondiente escándalo. El señor Paco, ya al acecho, se acercó y, enterado del problema, se ofreció a cocer la carne nuevamente él en persona. Se dirigió diligentemente a la cocina y no salió hasta que, portador de la nueva carne, la pudo ofrecer a la mujer. Ella continuó diciendo tonterías, en el mismo tono airado. El señor Paco parecía que había agotado sus recursos. Pasó largo rato, los ánimos se calmaron y cuando la mujer y el conformado marido estaban en la puerta para salir, se presentó el señor Paco, les hizo una reverencia y le dio un paquetito a la

mujer:

—Tenga, señora, ésta es la mejor carne de la casa, el filete de la reina, para que, en su casa, se la cueza a su completa satisfacción.

¿Sabéis a qué jugaba el señor Paco, cuando estaba en París, sin su restaurante, solo y jodido, durante una larga temporada? Se iba cada día a Les Halles, el gran mercado de la capital. Miraba todos los artículos afanosamente presentados, con mucha atención. Y lleno de nostalgia y amor al oficio, en una libretita apuntaba pedidos imaginarios: cien manojos de puerros, veinte piezas de solomillo de buey, ciento cincuenta pollos, veinte kilos de las naranjas más jugosas.

Creo que es el hombre más completo que he conocido en el mundo de la restauración. Y he conocido a unos cuantos por todo el mundo. Su yerno, el señor Solé, hombre de mucho sentido común, que junto con su mujer, la señora Carmen, extraordinaria continuadora de la labor de su padre, regentaron el restaurante después de su desaparición, hablan siempre del señor Paco con auténtica devoción. Ha sido un ser tocado por la gracia. La vocación, ¡qué suerte!

Aparte del miedo que me dio la primera vez que lo vi, miedo que duró poco..., qué suerte tan determinante tuve de conocerlo y escuchar completamente hechizado las historias que de él me contaba mi padre. Y quiero rendir homenaje también al nieto del señor Paco, que me permitió vivir la gran experiencia restauradora de ayudar a conducir la obra del señor Paco: «El restaurante 7 Portes» durante unos años. Mi amigo Paco tenía una gran vocación por la economía en la que despuntaba y se preparaba para tener la cátedra de economía de la Universidad de Barcelona, lo que le obligó a tomar una muy responsable decisión. O el restaurante o la cátedra, y conociendo a mi padre y mi dedicación por el restaurante Flash Flash me propuso si lo quería ayudar con su restaurante. Me hizo una gran ilusión, y con Karin también nos lanzamos y nos enriquecimos en este mundo tan complejo pero apasionante de conseguir que la gente lo pase bien. Lástima que mi padre ya no estaba. Pero los dos, el señor Paco y mi padre, pueden estar muy orgullosos de haberme transmitido como nadie el amor por esta profesión.

## Aperitivos memorables

Durante las vacaciones de los años cincuenta, los niños y los jóvenes contemplábamos, de manera pasiva pero cabreada, el aperitivo que los mayores solían tomar: vermut con aceitunas. Generalmente negro y con sifón. El sifón, con su artefacto tan eficiente, era lo que más nos divertía, junto con las patatas, que era la única parte del aperitivo al que teníamos acceso. Eran buenísimas. Procedían, en grandes bolsas de papel, de la churrería más cercana. Entonces era absolutamente impensable que un día pudieran existir patatas fritas metidas en una bolsa de plástico. En nuestras vacaciones en Lloret de Mar, un pueblo de moda de los años cincuenta en la Costa Brava, los aperitivos los tomábamos en el chiringuito de la playa al que solíamos ir antes de comer. Allí descubrí fascinado las almejas de lata que el dueño, viejo pescador que colgó los hábitos del mar por el servicio al turista, como tantos en la Costa Brava, aderezaba con una salsa a base de limón, pimienta negra y pimentón. Algunos señores cambiaban el típico vermut por un sofisticado *picón*, bebida que servían en una espectacular copa que tenía una especie de embudo de vidrio del mismo diámetro en el que se depositaba un terrón de azúcar con unas gotas de grosella y aquel licor oscuro que iba goteando debidamente mezclado. Parecía ser algo muy especial, porque a los pocos minutos los afortunados que lo tomaban estaban muy alegres y a veces incluso se acercaban más a sus contertulios, bajaban la voz y explicaban algo que todos seguían con mucho interés y unas risas. Una vez le pregunté a mi padre de qué hablaban. Me contestó que no eran cosas de niños. Y aquel *picón*, servido de una forma tan extraña pero tan sugestiva, por más que insistíamos no nos lo dejaban probar. Por lo que se acentuaban nuestras ganas de dejar de una vez aquella edad tan miserable que nos obligaba a hacer los deberes, lavarnos las manos, no escuchar según qué conversaciones y no poder tomar esas bebidas tan malvadas.

## Primer cóctel

En la barra del Maryland de la plaza Urquinaona de Barcelona, junto al cine del mismo nombre, tomé mi primer aperitivo sin la familia. Debía de tener quince años, no más, y el efecto del alcohol me produjo una inmediata flotación. Una pequeña barra americana de madera brillante, como brillante era todo lo que mis ojos veían por primera vez: el techo muy cerca, con sus espejos y sus luces empotradas, diferentes hileras de botellas con sus llamativas etiquetas, y en medio, detrás del mostrador el barman, un hombre mayor muy elegante y afable. Como el barman de *Gilda*. Se dirigió a mí con una sonrisa de amigo de toda la vida. Me parecía estar soñando, pero no, era real. Estaba ante mí, esperando mi respuesta: «Un vermut». Dudé unos instantes y enseguida añadí: «Blanco, con aceitunas». Lo dije como si fuera lo que pedía siempre, aunque era lo que oía que tomaban los mayores, pero con mi particular distinción. Inmediatamente escondió las manos bajo el mostrador y presentó ante mis ojos maravillados una copa preciosa con las paredes de un cristal finísimo completamente empañadas. Después apareció también encima de la barra, delante de mí, como por arte de magia, un vaso enorme coronado con un aro de metal refulgente. Él lo llenó de preciosos cubitos de hielo. Se volvió y cogió una botella de Martini. Sin apenas darme cuenta la destapó y vertió vermut sobre el hielo. El licor resbalaba por encima de aquellos cubitos que parecían joyas esplendorosas como una untuosa y lenta cascada. Estaba absorto en esa imagen, cuando irrumpió en la escena un frasco precioso rematado por un largo y estrecho cuello también de metal brillante que contenía un licor completamente transparente. Presentí que había llegado el momento culminante. El barman, ahora sí, con una habilidad que a mí me pareció espectacular, levantando y sacudiendo el frasco, fue echando repetidas gotas dentro del gran vaso. A partir de ese momento todo se sucedió rápidamente. Como si hubiera que perder o marchitarse algo indefinible. Introdujo una larga cucharilla, removiéndola pocos segundos frenéticamente y colocó un extraño aro con agujeritos que adaptó al vaso y

vertió, con gran decisión, su contenido en mi copa. Un líquido de una lujosa densidad emergió rápidamente desde el fondo, brillante e irresistible. Y subió y subió hasta que, con un gesto de muñeca preciso, el maravilloso barman dio por finalizada la operación.

Yo vi que el vaso contenía tan solo unos cuantos cubitos; el barman había vaciado todo en una copa casi hasta el borde. «He puesto unas gotas de ginebra, espero que le guste». Me lo dijo a mí, su afortunado «señor cliente», mientras con los dedos daba el último toque mágico: exprimió una pequeña piel de limón, casi imperceptible sobre la base de mi copa. La copa se quedó sola ante mí, preciosa, brillante, irresistible. Puse los labios en el frío borde y bebí un poco. No podía ser más feliz.

Entiendo perfectamente la prohibición de servir bebidas alcohólicas a menores. Todos mis sentidos se pusieron en marcha. Era mediodía, tenía la tarde entera por delante y en la cabeza una sensación de poder y, sobre todo, la idea de que todo era estimulante. No veía ni una pequeña sombra.

## El verano

En verano, durante las vacaciones, el aperitivo del mediodía tiene el valor añadido de refrescarte, y el resultado es el doble de efectivo: sentirte bien contigo mismo y con todos los que te rodean.

Actualmente en Fontclara, en mi casa del Ampurdán, tomamos cava muy frío. El calor nos agobia mucho pero gozamos de la sombra benefactora de la parra. Allí nos trasladamos y aparece el cubo con mucho hielo, y entre el hielo asoma, escondido dentro de una servilleta blanca, el esbelto cuello oscuro de la botella. Pongo en el mismo lugar un porrón mediano, de brocal muy fino. Lo lleno hasta la mitad de cava y ¡a vivir! Cuando cojo el porrón helado y lo inclino hacia mi boca la felicidad se nota, se siente, se traga. Cierras los ojos y se establece una relación balsámica. Un hilo brillante desciende alegre y cae sobre la lengua con la más fresca de las caricias. Los momentos del éxtasis tangible. A veces, en plena operación, sin interrupción, abro los ojos para ver muy de cerca lo que todavía no me ofrece el porrón: sus delgadas paredes de empañado cristal dejan entrever el más maravilloso de los espectáculos: dorado y transparente vino suavemente burbujeante, la certeza del maná que no cesa. Una auténtica delicia. Yo, hipócritamente cortés, al comenzar cedo el porrón. Me gusta ser el último. No hay cosa que me altere más que estar bebiendo y en el comienzo del deleite notar las miradas ávidas, suplicantes, ansiosas del resto de la concurrencia que espera su turno.

Por la noche, cambio de escenario. Incluso el escenario del aperitivo es importante. Como lo es en todo. Pero en verano especialmente. Las noches de verano en el Ampurdán son mágicas. En el cielo hay todas las estrellas. No falta ni una. Todas brillan con su máxima intensidad. Incluso las más lejanas parece que se acercan cuando las miras. Los sentidos están predispuestos. El calor sensual de la noche, la fragancia de la menta que tengo plantada, la gente que quiero. Alguien propone obsequiarnos con un «Mint Julep», va a la cocina y nos prepara un gran regalo de comienzo feliz. Mi mujer está

cocinando unos mejillones al vapor recién pescados, yo miro qué hay en la despensa y en la nevera y hago lo que más me gusta: improvisar con lo que encuentro. Tengo una sobrasada de Mallorca que me han traído unos amigos. Extraordinaria. Unto unas tostaditas pequeñas y muy delgadas con la roja pasta y encima le pongo media cucharadita de mermelada de naranja amarga y al horno, para que se caliente un poco. Recomiendo vivamente al lector que lo pruebe. Se lo vi hacer a las preciosas hermanas Ormaolea, grandes cocineras vascas, y siempre que lo hago el éxito está garantizado. Algunas veces, si el calor no me agobia demasiado, preparo *mutabal*, este maravilloso invento mediterráneo de paté de berenjena asada con ajo y comino. Y otras veces, tras el Mint Julep, viendo que mi amigo prepara la inevitable segunda tanda, corto una larga y delgada barrita de pan, la sitúo sobre una lámina grande de papel de aluminio y con los tomates recién cogidos del huerto, rojos y maduros, los mejores del mundo —apuesto doble contra sencillo ante quien lo dude— tiño generosamente de rojo intenso la superficie del pan, aderezo también generosamente y sitúo sobre una cara, a todo lo largo, trocitos de anchoa de Bermeo. Lo tapo en forma de larguísimo bocadillo, doblo el papel de aluminio con el aceite que ha rezumado, no importa, mucho mejor, hago un papillote holgado y lo meto en el horno precalentado a ciento setenta grados, unos diez minutos. No insistiré con las apuestas, pero si alguien sabe hacer algo mejor, por favor, que me lo traiga. Me lo comeré de rodillas.

## El tío Juan y la tía Paca

El tío Juan era el rico de la familia. Viudo, millonario, malhumorado, mimado y bastante tacaño, era el heredero de una familia con diez hijos. Se casó en segundas nupcias con la tía Paca, lozana, andaluza y mucho más joven que él. La tía Paca era de Almería y limpió aquella casa desangelada con alegría de vivir. Puso patas arriba el corazón y las cuentas de mi tío. Tenían un piso regio en Barcelona y en Castelldefels una torre cercana a la playa entre pinos gigantescos. Allí lucía vestidos alegres y ofrecía una mesa barroca a todos los hermanos, primos y parientes que acudíamos.

El aperitivo era fastuoso. En contra de la recomendación de cualquier gastrónomo mínimamente serio. Cualquier ser humano prudente rechazaría con la precavida y triste advertencia: «¡No, no, por Dios, me quitaría el apetito!». Afortunadamente para los que íbamos de invitados a festines de mis tíos, esta actitud estaba muy lejos de nuestros sentimientos. Aquella frase tan antigua y sabia de «no comer por haber comido, no hay nada perdido» se confirmaba y provocaba un doble placer: la abundancia del aperitivo y saber lo que vendría después.

Cuando llegaban las bandejas y bandejitas, platos hondos, soperas, llenando la mesa del aperitivo a todos se nos alegraba el corazón. A nadie se le ocurría ni siquiera mirar la mesa puesta para la comida porque, separada a tres escasos metros, esperaríamos silenciosamente a que antes nos entregáramos a nuestro aperitivo festín. La tía Paca, como buena andaluza, freía el pescado de pura maravilla y se prodigaba en ofrecernos sus especialidades, a la vez que, con divertida sorna, nos consideraba a los catalanes desprovistos de maña para esta divina especialidad. Las mismas bromas y los mismos placeres soñados cada domingo. La tía Paca, preciosa y feliz, exuberante con su delantal blanco impecable, iba saliendo y entrando, animándonos con su frase habitual: «¡Y el mundo sigue andando!», al tiempo que dejaba cada vez una o dos bandejas repletas de dorados y crujientes pescados. Chanquetes, morralla de texturas y sabores deliciosos, boquerones sabiamente encurtidos,

calamares y chipirones que la memoria ha dejado grabados para siempre en mi paladar.

A veces aparecían también unos diminutos pulpos, en una magistral salsa simplemente hecha con su propio jugo mezclado con aceite y ajo. Otras, unas croquetas recién hechas, o unas empanadillas de atún y alcaparras y huevos duros y almejas, o *dejillos* con un sofrito de cebolla absolutamente histórico, casi tan bueno como el de mi tía catalana, que no faltaba a los aperitivos pero que asumía con pudor el papel de estar en terreno contrario. En fin, no me acuerdo de todas las maravillas, han pasado muchos años, pero la huella del placer absoluto la tengo todavía presente. Ahora me parece ver de muy cerca los ojos risueños de la tía Paca cuando decía: «¡Y el mundo sigue andando!». Y, sí, el mundo sigue andando.

## Dolor y placer

Teníamos mesa reservada en L'Oustau de Baumanière, en Les Baux de la Provenza. Faltaban unos cuantos kilómetros para llegar y recorrer la sinuosa y estrecha carretera se nos hizo muy pesado. Caía un sol de justicia y una tonelada de calor aplastaba el metro cúbico del habitáculo de nuestro 600. Por aquellos tiempos no existía el aire acondicionado.

La monotonía del paisaje era de una belleza temible. Todo montañas rocosas, sin aristas, torneadas como una inmensa muralla apaisada que recogía el calor para devolvérselo ampliado. Exhaustos y casi deshidratados, nos parecía que no llegaríamos nunca. Por fin el ansiado rótulo del restaurante. A partir de este momento entramos de lleno en el paraíso. Los camareros eran ángeles sonrientes que nos mostraron algo con lo que no contábamos: ¡una piscina!, la pieza de agua más bonita que nuestros ojos podían contemplar rodeada de frondosos tilos. Nos enseñaron un lugar cercano donde cambiarnos y nos sugirieron que, si queríamos, nos prepararían un cóctel de champán. Sumergidos en la fresquísima piscina, casi sin movernos, contemplando extasiados desde el agua la mesa que nos habían preparado para el aperitivo, como un altar rodeado de la sombra más divina. Un ángel reapareció y depositó unas enormes copas heladas que traslucían una bebida ligeramente anaranjada. El primer y mejor cóctel de champán de nuestra vida.

Hay técnicas de preparación para que el comensal llegue a la mesa en perfecta predisposición, con los sentidos purificados, y con el apetito y el paladar ordenados. Y a veces, también hay situaciones imprevistas que nos maltratan en las que un final feliz tiene, por contraste, un gran valor.

Hablemos de Tony Bourdain, el cocinero norteamericano autor de dos libros extraordinarios, uno de los cuales trata sobre un viaje por el mundo en busca de la comida perfecta, y donde explica una experiencia vivida en Japón que, en cierto modo, me ha recordado nuestra balsámica estancia en Les Baux. A Bourdain le prepararon un festín en una especie de refugio en una

región rodeada de nieve. Antes de comer le invitaron a tomar un baño. Solo en una gran bañera de madera. A la altura de sus ojos, había una ventana que le permitía ver un inmenso paisaje blanco. Su mente se relajó y sus sentidos entraron en un letargo casi evanescente. Concluida esta experiencia, una fornida masajista le dio un masaje-paliza que lo dejó extenuado, y, una vez finalizado, sintió ganas de salir desnudo a encontrarse con el frío del exterior. Al hacerlo sintió el placer de un cuerpo nuevo en perfecta simbiosis con el frío helado que le rodeaba. Estaba purificado. La comida lo esperaba.

Nuestra historia es ciertamente muy opuesta a la de Bourdain, pero tiene puntos de contacto, un final absolutamente influido y potenciado por la dramática preparación del viaje ingrato. En nuestro caso no hubo meditación, pero la purificación provenía del calor, de la angustia de la investigación, del paisaje opresor y del final feliz.

Guardo un recuerdo inolvidable de este trocito maravilloso de mi vida: el paraíso de la piscina solo para nosotros, inmersos en el agua más balsámica para nuestra acalorada naturaleza, los ángeles-camareros depositando encima de nuestra mesita de la piscina las dos joyas refulgentes, dos inmensas copas de cóctel de champán redentoras. Inolvidable todo; el lugar, nuestra ardiente aventura, la sombra de los tilos del jardín, inolvidable el baño, los cócteles, la comida, los camareros amigos.

## Tendencias e influencias gastronómicas

¿*Gourmets* o *gourmands*? No entiendo muy bien la diferencia. Según la definición del diccionario, la diferencia no está nada clara. A los dos se les considera personas a las que les gusta comer bien. Al *gourmet* parece que algo lo distingue: «persona de paladar exquisito». Mientras que al *gourmand* se le tiene solo por una «persona aficionada a comer bien». O sea que el uno es exquisito y el otro tiene afición a comer bien. ¿Por qué esta estúpida diferencia? Si es aficionado a comer bien significa comer exquisitamente y si es exquisito sabe apreciar la buena comida, ¿no es lo mismo?

No sé si soy una cosa o la otra. Tengo una gran afición a comer bien. En cuanto a la exquisitez, no me detengo. Tampoco sé muy bien qué se debe comer o, mejor dicho, qué se ha de haber comido deleitándose para merecer ser calificado de exquisito. Tengo dos buenos amigos arquitectos que, aparte de ser muy reconocidos en su profesión, se les considera, dentro y fuera de ella, como «exquisitos».

A uno de ellos, Alfonso Milá, que además es socio muy valioso en nuestros restaurantes, le molesta el ajo en las comidas y en la naturaleza en general, tanto que después de muchos años de ser amigos y poseer restaurantes en común, cada vez que compartimos mesa me hace la misma disertación con la seriedad trascendental de quien confiesa una de sus mayores virtudes hasta el momento no revelada: «El ajo, a mí, no me gusta nada». Después, si, como otras veces, le opones la más mínima resistencia ponderando las virtudes del ajo utilizado con sabiduría, prosigue en un tono algo altivo con la preguntita: «Ah, pero ¿a ti te gusta el ajo?». El tono es irritante pero su expresión es aún peor: una mezcla de sorpresa horrorizada y cristiana compasión, como si fuera la primera vez que descubre lo «basto» que eres al pertenecer al colectivo de los malolientes amantes del ajo.

En cambio, a su socio en arquitectura y amigo de toda la vida, Federico Correa, considerado también no menos exquisito, le encanta el ajo. Y ya en una ascendente pero sincera provocación exhibe verbalmente, ante su socio,

una gran lista interminable de cosas comestibles que a él le encantan y que sabe de antemano que al otro le provocan repulsión. Es graciosa la actitud de los dos, que no debe de estar muy alejada de la que tienen ciertos matrimonios de solera que parece que, después de varios años de matrimonio indisoluble, necesitan de vez en cuando mostrar con el otro una crueldad incisiva en pequeñas cosas de la cotidianidad doméstica. En un reciente almuerzo con ellos surgió la cuestión del ajo, claro. Supongo que fue cosa mía, pues, como al resto de mi familia, a veces me divierte provocar...

Como siempre, en estos asuntos gastronómicos, se definieron posiciones, pero así como otras veces el ajo quedó claramente dentro del bien o del mal, y ya está, en esta ocasión el amante del bulbo de marras se extendió con gracia en la enumeración detalladísima y bien condimentada del tipo de comidas preferidas que por supuesto sabía que su amigo detestaba: «Y me entusiasma la grasa. Todo lo que tenga grasa, mucha grasa». Alguien habló, en la misma mesa, de la grasa de los pinchos, a lo que asintió rápidamente con expresión de gran deleite. «Eso, eso, el gran trozo de grasa de cerdo es el que más me gusta en la *carn d'olla*, y las chistorras llenas de grasa roja, y el chorizo y las morcillas negras, y las chuletas a la parrilla con muchísimo ajo», etcétera. El pánico se empezó a extender, pero no pasó nada. Mi otro amigo, al que iba dirigido el succulento recital, insistió con su estilo habitual: «No, no, a mí esas cosas no me hacen ningún daño, lo que pasa es que las encuentro tontunas y bastas».

## Alfonso Milá

El inicio de nuestra gran amistad fueron las tortillas. Nos frecuentábamos en el numeroso círculo de amistades de los últimos años sesenta: arquitectos, artistas, escritores que formaron un vigoroso movimiento intelectual y social. Pero cuando conversaba con Alfonso, casi siempre acabábamos hablando de comida y concretamente de tortillas. Nos describíamos mutuamente, segregando mucha saliva, cuáles debían ser las cualidades óptimas de una tortilla perfecta que en aquel tiempo ningún restaurante era capaz de servir. Peor: pedir en un restaurante una tortilla francesa venía a ser casi un insulto para el establecimiento.

En 1969 viajamos juntos a Londres, con Cecilia y Karin, para pasar el fin de año. Habíamos considerado un abanico de restaurantes atractivos para celebrar la noche, pero llegamos tarde con las reservas: todos estaban llenos. Finalmente nos tuvimos que conformar con una cena en el hotel Hilton. Mientras consumíamos el anodino menú de fin de año, evoqué con nostalgia la degustación de la tortilla perfecta que ningún restaurante barcelonés nos serviría nunca. Y en ese momento surgió la gran y atrevida idea: «¿Y si montáramos juntos un restaurante de tortillas?». Fue como si una cerilla encendida hubiera prendido fuego a un pajar y provocado una inmensa hoguera. Acaloradamente, disparábamos ideas sobre cómo queríamos que fueran el local, la comida y los productos de máxima calidad, el servicio..., incluso cómo debían ser de bonitos los baños, generalmente tan maltratados en los restaurantes de aquel tiempo.

Nada más llegar a Barcelona nos pusimos a trabajar. Ninguno de los dos teníamos ni la más mínima idea de hostelería, y creo que precisamente eso hizo posible realizar nuestro proyecto. Éramos puros y sin prejuicios «empresariales» y nada nos daba miedo. Tal era la magnitud de la fe en nuestra idea. Teníamos que partir de cero y aprender a velocidad inhumana todo lo que ignorábamos, y transgredimos algunos tópicos al uso para dar forma a nuestra idea.

En el verano de 1971 inauguramos la tortillería Flash Flash. Atrás quedaban los complicados preparativos, la creación del muy particular interiorismo del local, la filosofía de la carta, la laboriosa recopilación de tortillas posibles, la selección del personal y las numerosísimas pruebas de platos previas a la apertura del establecimiento. En él todo era tan atípico y tan rompedor, que nuestro venerado primer maître, Manuel Orquín, pronosticó: «Esto no durará más de un año». En 2018, el Flash Flash celebró los cuarenta y ocho años de existencia con el mismo empuje y salud de sus inicios.

Pero con Alfonso yo también compartía muchos otros intereses, como la arquitectura, el arte, la literatura y, en general, el gusto por las cosas bien hechas, por pequeñas que sean. Alfonso, que era un perfeccionista, mostraba un gusto exquisito en todo lo que tocaba y un sentido del humor finísimo. Pero no solo humor. Ha sido el más grande imitador que he conocido. Era capaz de imitar desde una variadísima gama de cojeras hasta una langosta o un pez. Para dar salida a su enorme capacidad de observación, el cuerpo le pedía poner en práctica todos los movimientos y gestos que detectaba en seres vivos, fueran personas o animales. Incluso en estas actuaciones de carácter cómico Alfonso no podía evitar una elegancia natural.

## Influencias decisivas

En este vasto colectivo de la sociedad de bienestar en el que estamos todos incluidos ha habido unas influencias que de una manera u otra nos han predeterminado. El paladar no nace, se educa. El hambre, el principal motor, actúa desde que nacemos y es en el entorno en el que nos desarrollamos donde se van fabricando, conduciendo, alimentando nuestras preferencias y nuestros rechazos. Nos vamos formando. Seleccionamos, detectamos, ampliamos nuestro conocimiento y a veces nos afirmamos y otras paradójicamente nos traicionamos. Hay una cantidad de cosas que ahora me entusiasman que de pequeño no me gustaban y que no podía entender cómo les gustaba tanto a los mayores. Esto nos ha pasado a todos. La sensibilidad se educa, y en materia gastronómica todo puede ser formativo: los años que pasan con sus contraindicaciones y sus descubrimientos, el entorno familiar, la tierra.

La influencia de mi padre fue decisiva para mi paladar. A medida que me fui haciendo mayorcito he ido concretando en mi memoria cosas, situaciones y recomendaciones que viví con él. Influyó en mí de tal manera que me considero un hijo muy afortunado, porque forjó en mí una sensibilidad con la que me lo paso muy bien. Los detalles eran para él de suma importancia y me los transmitió. Las verduras, de temporada; las frutas, de determinados orígenes; los quesos, los productos del cerdo, las legumbres, los peces, los arroces. Su obsesión por las cocciones. Todo merecía para él una atención especial, y lo que es más estimulante: gozaba compartiéndolo.

Por todas estas razones frecuentábamos El Raïm, un pequeño restaurante en la calle Pescadería en el barrio de la Ribera, cerca de la estación de Francia. Nos gustaba mucho ir porque todos los platos eran del día; hacían pocos, siete u ocho, y cuando se terminaban, se acababan, es decir, que se tenía que ir temprano a comer si se quería elegir. Yo me moría por el excelso bacalao *a la llauna* que hacía la dueña y un día que yo soñaba con este bien de Dios llegamos demasiado tarde. «Acabo de servir la última ración a aquel

señor», me dijo la dueña señalando una mesa. Me cayó el alma a los pies; mi frustración fue terrorífica. El camarero nos acompañó a la mesa que nos habían adjudicado y al pasar por el lado del señor que se comía mi bacalao me detuve y le dije: «He venido expresamente a comer bacalao y a usted le han servido la última ración. ¿Me permitiría al menos probarlo?». Primero, el señor-comedor-de-bacalao levantó la cabeza y me miró con ojos incrédulos, pero después, intentando disimular su sorpresa, reaccionó con complicidad. Me acercó ligeramente su plato diciendo: «Adelante...» Pedí un tenedor y de pie al lado del cliente corté un pedazo discreto de su espléndida pieza de pescado. Mientras él y yo intercambiábamos varios superlativos dedicados a ese bacalao, mi padre, ya sentado a nuestra mesa, entre asustado y risueño, murmuraba: «Caramba con el chico...».

Con Xavier Domingo y Néstor Luján comí muchas veces. Grandes maestros. También me han influido en el terreno tan espléndido de la cosa comestible. Un espejo gastronómico en el que me he mirado muy a menudo. Algo difícil, ya que nuestro paladar es imposible de desnudar del todo. En todo caso, a veces conseguimos que esté muy predispuesto y si lo esperado o recomendado responde a nuestras peculiares expectativas, ganamos todos. En el caso de Xavier y Néstor, se cumplieron siempre, o casi siempre, por ambas partes. Néstor exteriorizaba su alegría y Xavier apenas lo hacía. Con su expresión taciturna tras ver cómo disfrutabas entusiasmado con lo que te había recomendado podía aguarle la fiesta no dándote la más mínima importancia.

«No me interesa la comida; solo poder beber bien.» Yo, al principio, acusaba su actitud, pero lo fui conociendo y admirando y, al fin, me acostumbré. Cocinó muchas veces para mí y para mi familia. Su actitud en la cocina era absolutamente creativa pero humildemente sincera. Sus aventuras eran pequeños homenajes a sugerencias y readaptaciones de los grandes maestros de Europa, China y de la cocina mexicana, que adoraba. En el fondo, como todos los grandes, tenía una curiosidad sin límites.

La primera vez que comí con Néstor yo debía de tener veinte años. Qué ilusión tan grande ir a cenar, mano a mano, con Néstor Luján. Yo devoraba sus artículos en *Destino*. Provocador, brillante, divertido. Cuando algo se le

cruzaba, arrasaba sin piedad. El motivo de sus enfrentamientos podía ser cualquier cosa. Desde lo aparentemente más banal o cotidiano hasta lo más trascendente: una salsa de tomate, la pintura moderna, la filosofía oriental, los millonarios catalanes o la ley de prensa de Fraga. Y ahora aquel idolatrado escritor tenía la condescendencia de estar en una mesa conmigo.

La elección del lugar, supongo que para iniciarme, ya fue para mí sorprendente. En vez de llevarme a uno de esos establecimientos prestigiosos de moda, donde cuando llegaba Néstor al maître le temblaban las piernas mientras se inclinaba reverencialmente, fuimos a cenar a un pequeño restaurante, sencillo, casero, sin pedigrí oficial pero con sabiduría de cocina ancestral, limpia y concreta. Comimos muy bien. Él aconsejándome y yo respondiendo, agradecido. Los dos en el mismo piano comiendo a cuatro manos, interpretando la misma sinfonía. Un sabio reconocido y un aprendiz imberbe. Mi orgullo filial creció. Aquel hombre tan experto, tan reconocido por sus escritos en *Destino*, la única revista un poco luminosa del momento, sentado a la mesa conmigo, decía las mismas cosas que mi padre. Ambos pertenecían a un grupo cultísimo, que valoraba ante todo las cosas bien hechas.

En primavera, vino a nuestra casita del Ordal a pasar el día con nosotros. Para comer propusimos hacer una paella. Cuando Néstor lo oyó, se ofreció no solo a comerla sino a hacerla. La fiesta, para nosotros, no podía comenzar mejor. El entusiasmo se apoderó de todos menos de mi tía, que muy escéptica se fue a la cocina a preparar las cosas, sonriente pero refunfuñando.

Mi padre era siempre el director del fuego. Su experiencia hacía que acertara, con ciertas discusiones con mi tía, que era la ejecutora. Discusiones que, en momentos culminantes, como la cocción pausada del sofrito o la arrebatada inflamación que debe producirse después de añadir el agua, podían ser sonoras. Aquel día con Néstor, mi familia debía ser la ayudante y yo el espectador privilegiado. Todo un oficio de gala. Mi tía, si intervenía, era un personaje más sabio y furioso que cualquier experto con renombre que metiera la cabeza en sus dominios. Tenía la enorme calidad de los sinceros y la arraigada costumbre de las buenas cocineras domésticas: una desconfianza absoluta.

De manera que no disimuló ni un solo instante. Tomó el mando con el conocido «manos a la obra y dejémonos de tonterías». Néstor constató el panorama de jerarquía con el que se enfrentaba y obedeció como un niño a las voces de mando. A medio cocer el sofrito pidió ir al bosque. Pensamos que para desentenderse, que se había enfadado. Lo acompañé. Me sorprendió lo rápido que caminaba. Antes de llegar al bosque se detuvo y arrancó varios manojos de romero y volvimos a casa con la misma prisa y su cosecha. La tía y mi padre seguían con su labor, y por lo que se vio, hacía muy poco que habían echado el agua al arroz. A Néstor de golpe le brillaron los ojos. Llegaba el momento de su actuación estelar. Cogió el gran manajo de romero, separó las ramas y una y otra vez, con presteza y gestos casi teatrales quemó varias ramas y, finalmente, las ahumó durante un par de minutos restregándolas hábilmente por la superficie de la sartén. La tía y mi padre no abrieron la boca y yo me quedé obnubilado ante tal mágica operación. La paella estuvo muy buena, como casi siempre, pero la operación y la expresión alterada de Néstor intentando salvar con su aportación humeante su prestigio culinario fueron entrañables, inolvidables.

Es curioso el extraño punto de honor de las personas, artistas, grandes estadistas, intelectuales de renombre, con afición a la cocina. Dudar de sus habilidades les disgusta. Habilidades que suelen aparecer alrededor de los cincuenta años. Proust hace una comparación relevante en su obra *En busca del tiempo perdido*: «Es como aquellos artistas o políticos insignes que en su madurez les dio para cocinar y cuando los critican algo de su producción culinaria reaccionan con mucha más violencia que cuando los criticaban su propia obra por la que son reconocidos».

## Creaciones culinarias ilustradas

Yo mismo empecé a cocinar seriamente bastante tarde, cuando nuestros hijos ya eran adolescentes. Una de las razones era que yo, hombre de ciudad, había decidido disponer de un huerto en el Ampurdán. Los productos que producía cada temporada me parecieron un puro milagro y de repente me aficioné a inventar platos y combinaciones con tomates, berenjenas, calabacines, calabazas, guisantes, judías verdes y hierbas aromáticas. No paraba de combinarlos con pasta, arroz y huevos principalmente.

Para la cosecha y la ayuda en la cocina puse en marcha a familia y amigos. A veces la cocina parecía un hormiguero y las actividades culinarias, una operación de Estado. La presentación de los platos en la mesa se hacía con alegría, expectación y a la vez con cierto ritual ceremonioso. Casi siempre los comensales eran numerosos y muy participativos. Muy a menudo, la nuestra parecía una mesa de sicilianos alrededor de la comida.

Como las comidas acabaron consiguiendo una notable relevancia, para conservar las recetas inventadas decidimos registrarlas en un libro, donde yo apuntaba cuidadosamente las fórmulas y nuestra hija Juliet las ilustraba con deliciosos dibujos de los platos.

Hoy tengo la inmensa suerte de que la tradición culinaria de la familia ha contaminado a los jóvenes que nos suceden. Todos son de pico fino, incluso cocinan con mucha afición y gusto. Empiezan a ser conocidos y celebrados los arroces imaginativos de nuestro hijo Iván.

## Las personas y los escenarios

Comer bien es lo más importante. Es de lo que se trata. A veces, incluso hemos comido muy bien a pesar de que el entorno no ayudaba en absoluto. Sea por su incomodidad, porque el servicio era nefasto o porque la decoración era siniestra. Y otras veces, en cambio, un entorno muy cuidado y un servicio muy amable no han compensado una comida miserable. Cuando se logra reunir, comida, servicio y decoración de calidad, el disfrute es absoluto. Pero esto es muy difícil.

Generalmente nuestros recuerdos más felices provenían de situaciones insólitas o al menos no esperadas o de lugares donde la comida es tan extraordinario que al convertirnos en clientes, llegamos a familiarizarnos con defectos y deficiencias. Nos parece entrañable el carácter arisco de un determinado camarero, no nos hiere los sentidos la barra de acero inoxidable repleta de tapas y permanecemos insensibles ante el televisor situado tocando el techo. Porque en el plato tenemos motivo suficiente de placer.

El factor humano es lo principal en esta aventura. Personalmente odio la prepotencia. Cuando en nuestra organización se presenta un camarero, sea maître o ayudante, y nos espeta de entrada: «¡Yo soy un profesional!», tiemblo. Para muchos camareros ser un profesional consistía en saber pelar una naranja con gran exhibición de su impecable técnica. Alzados en medio del salón, efectuaban la operación en armoniosa distribución, sin piel sobrante, era una delicia. El cliente quedaba satisfecho aunque un poco abrumado. Pero, después de tan fina exhibición, ese mismo camarero podía bramar si una parejita joven y novel le preguntaba, algo inseguros, si podrían compartir un postre.

En el 7 Portes de Barcelona, en los años cuarenta, había un experto camarero, profesional de verdad, lo que yo entiendo con voluntad de servicio. Pequeño, calvo, rápido como una centella, pero sin agobiar. Mis padres iban a menudo a comer en su turno. El turno del señor Roca. Mi madre, por motivos de salud, solo podía comer hervidos y algún pescado a la plancha;

¡un desastre! El señor Roca, cuando los veía entrar en el establecimiento, los acomodaba rápidamente y, muy solícito y confidente, le decía a mi madre: «Hoy tengo una lubina extraordinaria, déjenmelo a mí, les diré que la preparen con unas patatitas, ¡ya verá usted qué delicia!». La oferta era siempre la misma pero el tono trascendente y la afabilidad del magnífico camarero estimulaba a mi pobre madre, que se sentía como una reina ante un maravilloso festín. No creo que un buen camarero salve una mala comida, pero de lo que sí estoy seguro es que un camarero desganado puede estropear el proceso de un festín bien elaborado.

Segundo plato

# Freixenet

Creo que puedo afirmar que muchísimos lectores han visto alguna vez los anuncios navideños de Freixenet en la televisión y que no hace falta que explique que estos spots se basaban en la presencia de un personaje famoso y de las burbujas invitando a los espectadores a celebrar la Navidad con cava Freixenet. No quiero ponerme medallas explicando nuestras batallas en el mundo efímero de la publicidad. Pero el hecho de haber realizado campañas televisivas durante años nos ha permitido, o mejor dicho, obligado, a practicar trabajos singulares, a conocer a gente famosa, a veces muy valiosa y a veces no tanto. Y esto es lo que quiero contar.

## Agentes y artistas

Empiezo por el relato del vía crucis anual de la contratación del artista invitado, porque el tema ya tiene tela marinera. Como es sabido y comprensible, cada artista tiene un representante que se ocupa de sus contrataciones. Lo que seguramente no es sabido ni comprensible es que estos agentes dificultan muchísimo nuestro trabajo, porque para justificar el suyo, hacen creer a su representado que sin ellos todos los publicitarios nos confabularíamos para pagarles menos, engañarlos y maltratarlos.

En un principio el agente en cuestión se muestra vivamente interesado por nuestra oferta, si bien, de momento, aplaza *sine die* la confirmación del posible contrato con el artista solicitado. Después va alargando y alargando la negociación, pidiéndonos un *storyboard* tras otro, con el pretexto de ciertos cambios o dibujos detallados. También exigiendo condiciones y caprichos especiales por su representado, como el de John Travolta, por ejemplo, que solo vendría en un avión pilotado por él mismo, o alguna actriz que quería una habitación de hotel de un color determinado... O bien, proponiéndonos otros artistas que a ellos les convenían más.

Y mientras tanto, nosotros sufriendo por la incertidumbre de disponer del personaje deseado porque, ya contratados los espacios de televisión, una demora en la realización de los spots suponía una fuerte penalización y la pérdida de dichos espacios.

Además, también se iban retrasando los laboriosísimos preparativos del rodaje: sin saber si dispondríamos del artista en cuestión no podíamos empezar a trabajar. Ni guion definitivo, ni escenarios, ni sets, ni vestuario, ni atrezzo..., nada.

Con el tiempo entendí la «chorizada» técnica. La tarea del agente es preservar a su artista representado de un compromiso, por si en este espacio de tiempo le proponen una película larga.

El penúltimo año de nuestra colaboración, la realización del spot de Freixenet fue de vértigo hasta llegar a tener «la estrella» invitada delante de

la cámara. El suplicio al que nos vimos sometidos sobrepasaba con creces a la capacidad humana. Pasamos por veintiséis búsquedas sonadas, entre ellas, Scarlett Johansson, Natalie Portman, John Travolta, Bruce Willis, Monica Bellucci, Halle Berry y Jack Nicholson y muchos otros. Con todos, menos con Nicholson —de entrada nos dijeron que no hacía publicidad—, tuvimos negociaciones y el vía crucis correspondiente como para escribir un libro entero. La paciencia y perfección de los miniaturistas del Renacimiento queda absolutamente superada por los mayoristas de la mercancía del mundo del spot publicitario.

Como cada cambio de artista invitado suponía un guion nuevo hecho a medida, Karin, que era nuestra guionista, tuvo que trabajar en catorce guiones completamente diferentes adecuados a cada uno de los catorce artistas que nos llegaron a proponer sucesivamente en sustitución del que habíamos pedido.

La demora *in extremis* de la formalización del contrato se ha producido casi con todos los artistas extranjeros. Más de una vez no hemos obtenido la firma definitiva y liberadora hasta horas antes del rodaje. Estas vicisitudes mercantilistas casi acabaron con nosotros.

Sin embargo, para hacer justicia y como contraste, debo hacer un elogio muy sincero a los agentes de Gene Kelly y de Alejandro Sanz y a ellos mismos. No hubo ningún problema y en cambio sí una absoluta seriedad con sus contrataciones. Tanto el uno como el otro me confirman la idea que he tenido muchas veces de que los buenos lo son en todo.

## Pareja imposible

De las catorce tentativas para captar el actor o actriz deseado, resultaron una serie de guiones sucesivos para adaptar la historia a las características del elegido, es decir, catorce guiones que muchas veces no tenían nada que ver con el anterior o el siguiente pensado para otros personajes.

Uno de ellos arrastra una anécdota sorprendente. Teníamos mucho interés en trabajar con Scarlett Johansson, aunque al cliente no le entusiasmaba la idea por considerar que la actriz no era suficientemente conocida; se encontraba en una meteórica carrera ascendente. Nosotros insistimos y quisimos buscarle una pareja masculina nacional que contrastara fuertemente con ella. Llamamos a Cayetano Rivera, sin especificar quién sería la coprotagonista. El representante de Cayetano accedió entusiasmado, aunque puso una sola condición: que su pareja en el spot fuera... ¡Scarlett Johansson!

Desgraciadamente la idea no se pudo materializar. El representante de Scarlett, aunque sin descartar la posibilidad, no mostró el mismo entusiasmo, como es costumbre en estos buitres del mundo de los artistas, a los que les encanta marear la perdiz hasta el último instante. De todos modos, este guion era el más redondo, el más perfecto, lo que hubiera suscitado más interés e ilusión. Pero no pudo ser.

## Los artistas

Superada esta angustiosa etapa y llegado por fin el momento del rodaje, nos enfrentábamos a las delicadas y determinantes primeras tomas de contacto con el artista, en un principio bastante frío y desconfiado. Se les tenía que envolver con atenciones y detalles, simpatía y la sensación de que para nosotros nada era suficiente para ellos. Al mismo tiempo, los últimos ajustes del rodaje y, sobre todo, la lucha contra el tiempo. Los artistas, salvo algunas amables excepciones, trabajan con el taxímetro puesto y no se dispone ni siquiera de un par de horas adicionales si no se ha podido finalizar satisfactoriamente el rodaje del spot dentro del tiempo estipulado.

A pesar de estos tortuosos prolegómenos, guardo excelentes recuerdos y divertidas anécdotas de muchos de los artistas con los que trabajamos para Freixenet. Escribir extensamente sobre todos daría para otro libro, pero no puedo evitar hablar de ellos aunque solo sean unas breves pinceladas.

Al principio de las campañas con «famosos» tuve en el plató a Bárbara Rey. Me hace gracia recordar que cuando le pedí que actuara cantando, me respondió sorprendida: «Pero si yo no sé cantar». Y yo le contesté: «Para mí, sí sabes». Tenía una voz grave preciosa y cantaba con una prudencia inteligente.

La que sí cantaba, y ¡de qué manera!, fue Ainhoa Arteta. Una auténtica *prima donna*. Antes de rodar la veía preocupada porque nunca había trabajado en una filmación y eso la hacía sentir menos segura que cuando cantaba. Pero esta mujer simpática, positiva y con una voluntad de hierro pronto se integró en el rodaje como si lo hubiera hecho toda la vida.

Penélope Cruz: ¡madre mía! Comprobé complacido que era una profesional atenta y muy dispuesta, pero no pensaba que tuviera golpes escondidos hasta que, en medio del rodaje, montada sobre una botella de cava gigante, «a bocajarro», me pasó el móvil para que yo hablara con Tom Cruise, que esperaba al otro lado del hilo: «*Take good care of her...*», me dijo este.

El recuerdo más vivo que tengo de Paz Vega es lo enamoradísima que estaba de su marido, Orson, que la acompañaba a cada paso como si fuera su sombra.

El rodaje en el que corrieron más chistes fue con Maribel Verdú. Parecía una fuente inagotable de chistes. Pero también he de subrayar su seriedad y disciplina en el trabajo. Fue un placer trabajar con esta mujer encantadora.

Uno de los personajes más interesantes que he conocido, Luis Sánchez Polack, Tip, conquistó al instante el equipo de rodaje entero. Daba la impresión de que su fulgurante inteligencia no le diera tiempo a traducirla en palabras. Y por lo tanto optaba por convertir éstas en un juego entre surrealista y absurdo. Trabajar con él fue un auténtico acontecimiento que nos sacudió a todos.

También me ha quedado un recuerdo muy grato del bailarín Ángel Corella. Además de su disciplina y abnegación durante el rodaje, me emocionaron su bondad y modestia, rasgos poco frecuentes en un artista que se encuentra en la cima de su carrera.

## Alejandro Sanz

Poldo, nuestro hijo, muy melómano y que sigue mi oficio, fue a Madrid a contactar con Alejandro Sanz justo cuando empezaba a ser famoso. Poldo volvió encantado con él, pues se cayeron muy bien, y así fue muy fácil trabajar juntos.

La entrada de Alejandro en el estudio ya fue trascendente, porque irradiaba una ilusión que te invitaba a trabajar, es más, te inspira solo verlo, y en ese momento me recordó la teoría de la luz de J. Tanizaki en *Elogio de la sombra*. Orientado por esta idea rodamos su plan estelar, en el que interpretaba con mucho sentimiento su canción *Ella*, magnífica.

No solo quedaron patentes sus condiciones de artista, sino que además se mostró humanamente como una gran persona. Se integró en el equipo como uno más, sin ningún tipo de ínfula de estrella. Ocurrente y simpático con todos, incluso con el último ayudante de los eléctricos. Nos reímos mucho con él y el rodaje transcurrió en un ambiente de bienestar poco frecuente.

## Gabino Diego. Demi Moore

¡Qué gusto trabajar con Gabino! En el spot comparte protagonismo con Demi Moore, que interpreta el rol de una chef famosa. Él hace de un don nadie enamorado de aquella mujer importante, elegante y seductora. Desgraciadamente se muestra distraído y torpe, pero de repente le da un ataque de coraje y se levanta de un salto para ir a buscarla decidido. Trata de seducirla con una botella de cava y dos copas invitándola con una mirada suplicante, pero tan cómica que hace reír a la mujer —Demi se rio de verdad—, y luego, patoso y muy agobiado, trata de abrir infructuosamente la botella, acentuando la lucha torpe con gestos cómicos, hasta que finalmente ella se le acerca y abre la botella con toda facilidad.

La cara de agobio de Gabino era tan inconmensurable que todos los que rodábamos le pedimos que lo repitiera una y otra vez de tanto que nos divertía. Gabino es de esos actores que te ofrecen infinidad de versiones de una actuación, una mejor que la otra. Y parece que él mismo necesite hacerlas para quitarse de encima toda su capacidad de actor. Y la actuación de Demi Moore estuvo completamente a su altura; recuerdo que ella comentó en privado que trabajar con Gabino había sacado de ella una desconocida vis cómica. Y a él mismo le preguntó qué hacía sin salir de España, ya que en Estados Unidos a un actor como él se lo disputarían.

Como detalle que explica la locura de los rodajes, me vienen a la cabeza episodios como el de los trajes. Según el agente, no había que preparar vestuario para Demi Moore, ya que ella ya lo llevaría. De todos modos, para esta tarea nosotros disponíamos de una eminente estilista, Renée López de Haro. Muy experta, muy bien relacionada con todos los modistos del mundo y capaz de conseguir lo que fuera, como en este caso en que tres días antes de rodar nos dijeron que, como Demi Moore se había casado hacía poco y venía del viaje de bodas, no llevaría ropa. ¡Terror! De entrada, la agencia no nos había facilitado sus medidas y las obtuvimos tras mendigar mucho. Renée, como un rayo, logró tener en la suite de Demi una colección de vestidos

desternillantes de modistas de primeras filas, tal como lo exigen los contratos de todas las actrices. Demi se los probó todos: uno pequeño, el otro no le marcaba la cintura, en otro no le cabían los pechos, etcétera. Rodábamos al día siguiente a las ocho de la mañana. Un desastre. A ella pareció que le gustaba, y a nosotros también, un traje de Armani que le mostramos en una fotografía. Quedamos que el vestido lo llevaría con toda urgencia una secretaria del modisto en calidad de vigilante de la valiosa pieza. Pospusimos para el día siguiente la secuencia que exige este vestido. Por fin llegó. Espléndido, dorado, sexy, elegante, ¡una joya! Demi trató de entrar en la prenda..., pero ¡fue inútil! No estaba pensado para su cuerpo, atractivo pero que no coincidía con los tamaños de modelo. ¡Más terror! ¡Teníamos que rodar!

Suerte tuvimos de nuestra modista, una modista monumental, buenísima y santa, que se pasó toda la noche, entre llantos, deshaciendo una pieza de Armani de más de un millón de pesetas, que después de rodar, debería volver a coser. Para no perder ni un minuto en el rodaje del artista, preparamos con una «doble» todo el spot. Ajustamos la colocación de cámara, repasamos las instrucciones para los planos generales, los primeros planos, *travellings*, *acting*, y lo más determinante, la luz para cada toma, aunque todo ya estaba a punto como resultado de los días de trabajo previos. Cuando ella llegó nos dijo sonriendo ingenuamente que su lado de cara bueno es el izquierdo y no el derecho que nosotros teníamos previsto. Conclusión: tuvimos que invertirlo todo: los decorados fantásticos y complicados diseñados y montados por nuestro hijo arquitecto Iván, los emplazamientos de las cámaras, la colocación de los innumerables focos para adaptar la dirección de la luz.

¿Verdad que ella o su representante hubieran podido advertirnos antes? ¡Pues no! Solo teníamos exigentes y precisas cláusulas de contrato, como que la actriz necesitaba en todo momento dos agentes de seguridad, una limusina con cristales ahumados, su maquilladora personal de Los Ángeles, el marido y el secretario a su lado, y por supuesto, el avión particular.

## La señora Caballé

La Navidad de 1999 coincidía con el cambio de siglo. En nuestro spot para Freixenet este sería el tema principal. Como se producía un relevo de siglo, presentaríamos también un relevo de artistas: «consagrados» contra «emergentes». Pensamos que nadie mejor que Montserrat Caballé como artista consagrada, y un grupo heterogéneo de jóvenes artistas tomaría el relevo del siglo XXI: Ketama, Cristina Pato, Núñez, Estrella Morente.

Conseguí visitar a la señora Caballé en su casa después de numerosos intentos. Una vez sentado frente a ella detecté inmediatamente su fuerte personalidad. La mujer imponía. Mostraba una autoridad abrumadora, pero a medida que nuestra conversación avanzaba, fue cambiando su talante, que dejó traslucir incluso cierta coquetería acompañada de sus abundantes risas tan características. Finalmente no fue demasiado difícil llegar a un acuerdo con todas las condiciones y los detalles.

Llegó el día de rodaje y recuerdo su aparición en el plató con todo el mundo preparado. De pronto se produjo un silencio absoluto. Respeto. Respeto era lo que su presencia provocaba. Creo que la señora Caballé disfrutó de ese momento, pero muy rápidamente fue ella misma quien rompió el hielo con un chiste que provocó risas de alivio entre los jóvenes artistas y los numerosos miembros de nuestro equipo.

El rodaje se desarrolló con toda fluidez salvo un incidente del todo inesperado. Para magnificar la importancia de la insigne cantante habíamos preparado un enorme escenario blanco con dos hileras de columnas dóricas perpendicularmente dispuestas en perspectiva última del artista. Cuando ella inició su actuación, todas las columnas se desplomaron con gran estruendo.

Y tampoco olvido cuando, antes de empezar a rodar, la señora Caballé me regañó cariñosamente por haber colocado la cámara demasiado baja. Lo hice rectificar inmediatamente. Ella tenía toda la razón.

## Estrella Morente

De los artistas «emergentes» que habíamos elegido, Estrella Morente fue la figura destacada, aunque todavía era una adolescente que apenas empezaba a ser conocida.

Aparte de que ya admirábamos a esta artista andaluza, el mercado del cava iba ganando posiciones en toda España y creímos que esta elección era o podía ser un gran argumento para que todos nos amáramos.

Estrella nos impresionó mucho más de lo que esperábamos. A pesar de su juventud, ya mostraba la autoridad natural que caracteriza a los artistas auténticos. Y no es que fuera prepotente o exigente; nada de eso. Al contrario, se relacionaba muy llana y abierta con todo el mundo. Pero llevaba su arte con una seguridad que no admitía discusión.

Cantaba e improvisaba con la fuerza y la calidad de los grandes flamencos, con esa feliz y cálida manera de expresarse con cuerpo y alma, añadiéndole una gracia personal que no se aprende en ninguna parte: «Se tiene o no se tiene». Toda ella era gracia y poder.

Nunca olvidaremos la primera prueba en el plató. Era un día de mucho calor, sobre todo bajo los focos, y puse en marcha cerca de ella un gran ventilador. Aligerada, Estrella lo miró embelesada y arrancó a cantar improvisando una canción de amor, como si aquel ventilador fuera la pareja de su vida: «¡Ventilao que me das la vida!». Todo el equipo del estudio reaccionó entusiasmado con aplausos, y nosotros, definitivamente convencidos de haber acertado con la elección de Estrella.

## Pierce Brosnan

Pierce Brosnan nos lo puso muy fácil. Trabajando con él se confirmó plenamente la diferencia de interpretación de los actores acostumbrados a trabajar en anuncios de publicidad de los que no lo están.

Todo es difícil y requiere experiencia y oficio. Para los actores, incluso para los consagrados, la publicidad representa una gran dificultad añadida. El tiempo de actuación es muy breve y el efecto que se persigue es el de un impacto más o menos sorprendente. Es necesario que la expresión y el lenguaje corporal, a pesar de resultar naturales, se adapten a estas limitaciones. En el cine los actores representan un papel muy concreto, triste, dramático, cómico, misterioso, lo que sea, pero siempre completamente dibujado y con el tiempo necesario para interpretarlo.

En publicidad, Pierce Brosnan quizás es el especialista más grande que he conocido. En el spot, interpreta de forma magistral su papel de hombre atractivo preparando con cuidado y cierto nerviosismo un «*dîner aux chandelles*» para una invitada a punto de llegar. Con prisas, saca una botella de cava de la nevera. Se le escapa de las manos y la botella se estrella aparatosamente contra el suelo. Culmina la angustia cuando, al querer sacar una nueva botella, la nevera no se abre. ¡Fracaso! Y en este momento suena el timbre..., ¡es ella!

La historia acaba bien y es indescriptible la extraordinaria actuación de Brosnan, con reacciones de la expresión de menos de medio segundo pero definitivas, hilarantes. Aparte de esta habilidad profesional, su simpatía personal hizo muy gratificante el trabajar con él.

Recuerdo que vivíamos los principios de la prohibición de fumar, y tratándose de un actor extranjero, pusimos letreros muy visibles en los tres platós preparados que decían NO SMOKING con letras bien grandes.

Después de rodar la primera secuencia, Karin y yo nos sentamos a esperar que en el segundo plató todo estuviera listo para continuar el trabajo. De

repente vimos a Brosnan salir de su camerino y acercarse a nosotros. Se inclinó con expresión de confianza y murmuró en voz baja:

—*May I smoke a cigarette?*

Karin y yo casi lo abrazamos. Nos faltó tiempo para encender también nuestros respectivos cigarrillos.

## Pilar López de Ayala

Gran actriz. Gran belleza. La descubrí haciendo un difícil papel en una película española. Contacté con nuestro asesor Luis Alegre, otro fuera de serie, porque queríamos que ella fuera el personaje de Freixenet de aquel año. En este caso, yo personalmente no estuve a la altura de la actriz.

Pilar, persona muy sensible, tiene un físico que en el argot cinematográfico llamamos «chupar plano»; es extraordinaria. Pero creo que yo no le supe transmitir la esencia de lo que quería que interpretara. Tanto es así que cambiamos el guion sobre el terreno y Karin nos propuso un personaje fresco y travieso que jugaba con la copa de cava. Puestos a cambiarlo todo, yo decidí rodar en blanco y negro. En este papel Pilar improvisó un juego muy divertido lleno de humor y yo, ya estimulado, propuse un par de gags que ella bordó. Se encontraba tan bien en esta actuación que afloró todo su inmenso atractivo. Años después, cuando veo sus interpretaciones, me vienen muchas ganas de hacer largometrajes.

## Gene Kelly

En 1981, cuando iban a cumplirse diez años de nuestra primera campaña con las burbujas Freixenet, se nos ocurrió realizar un spot para celebrar la efeméride. Todos los spots de este periodo habían sido como unos pequeños musicales con coreografías variadas interpretadas por las burbujas y sería un buen broche de oro que la coreografía la dirigiera la máxima y reconocida autoridad mundial del cine musical: Gene Kelly.

Iniciamos la toma de contactos y me propuse entrevistarle personalmente para un mejor resultado. Hablamos con su secretario y no hubo ningún problema. Gene Kelly viajaría la semana siguiente a París y estaría encantado de poder conocernos y hablar directamente con el realizador.

Me fijó la cita a las diez de la mañana en el hotel Plaza Athénée de París. Alquilé una sala de proyección porque llevaba una bobina con algunas de nuestras producciones; quería que conociera nuestro trabajo y el tipo de colaboración que le proponíamos.

A las diez en punto entré en el hall del hotel y, ¡qué emoción!, Gene Kelly ya estaba allí, solo y sentado en un sofá. Debía de intuir que yo era el admirador español, porque se levantó y con una sonrisa inolvidable me tendió la mano. Fuimos a ver las películas y luego volvimos al hotel para hablar de la posible colaboración. Sentados los dos en un sofá, le expliqué a grandes rasgos mi idea. Me dijo que la idea era muy adecuada y que los spots le parecían bonitos, pero, y casi me hundió, ¡no podía hacer el trabajo! Porque creía que en España no había cuerpo de baile con la suficiente calidad para hacer una coreografía brillante. Pasé unos breves segundos en el infierno, breves porque después me dijo: «Pero yo sí podría bailar». ¡Casi le abrazo! Para nosotros era mucho más broche de oro para la campaña, pero no me había atrevido a proponerlo. Y el proyecto siguió adelante.

Un mes antes de venir a Barcelona, Gene Kelly envió a su gran amiga Claude Bessy, directora del ballet de la Ópera París, para examinar *in situ* los mejores hoteles de Barcelona para tener una información fiable. Claude

pernoctó en los diferentes establecimientos y redactó un análisis minucioso de sus servicios, como por ejemplo: «He llamado a la información del hotel y han tardado cuatro minutos en responder»; «Tras solicitar el desayuno en la habitación, han tardado quince minutos en llevarlo: tostadas mediocres, mantequilla escasa, café correcto...»; «Toallas aceptables; el tamaño de la toalla de baño insuficiente...», y así, muchas otras observaciones y detalles.

Para montar los enormes escenarios que requería el spot alquilamos la nave de una vieja fábrica semiabandonada en La Sagrera. Dio muchísimo trabajo acondicionarla para nuestros objetivos, pero entonces en Barcelona no existían plató suficientemente grandes. Y lo conseguimos.

Por la noche del primer día de trabajo, revisión de los decorados con el actor. Habíamos construido una gran escalinata dorada de veinte peldaños de ocho metros de ancho. Estábamos muy orgullosos, pero solo verla de lejos, Kelly manifestó que con la altura de aquellos peldaños él no podía bajar cantando y bailando. En lugar de diecisiete centímetros los peldaños deberían tener diez. ¡Terror general!

Pero al día siguiente, día de ensayo y comprobaciones para el rodaje, cuando Gene Kelly llegó se quedó boquiabierto: la enorme escalera lucía preciosa con las medidas adecuadas. Una brigada de carpinteros la había rehecho durante la noche. Quiso conocer al responsable del trabajo y le presentamos a Llorens, nuestro diligente jefe de producción. Lo felicitó calurosamente, diciéndole: «Esto en Hollywood no habría sido posible».

Un poco más tarde, el señor Kelly tenía que escoger algunas bailarinas entre todas las que habían superado el casting. Para esta primera prueba habíamos convocado a un viejo amigo pianista semiprofesional. ¡Error! Cuando aún no había concluido la primera media parte de la pieza, Kelly gritó: «*Stop!*». Y echó al pianista sin hacer comentarios, y casi sin detenerse, comenzó a silbar la música a un ritmo perfecto y con una energía endiablada, y así en todas las pruebas de las chicas restantes. Quedamos abrumados ante la energía y competencia absoluta de este hombre. Nos quedó claro que el ritmo de trabajo en un plató norteamericano era otro. Tratamos de no decepcionar al maestro y trabajamos duro todos los días.

Desde el primer momento, su presencia en el plató imponía un respeto y

una gran atención. Él mismo me dijo que en la dirección de un musical era importante que el director estuviera atento desde el primer segundo de rodaje, más que en la realización de cualquier otro género de película.

El primer día de rodaje decidimos empezar con el plano estelar de nuestra pequeña película. Las burbujas, con paraguas dorados, acompañaban a Gene Kelly bailando *Cantando bajo la lluvia*, mientras una lluvia de confeti, también dorado, caía sobre la escena. Llegó el momento de empezar, todo a punto, y mi ilusión también lo estaba, pero a la hora de la verdad el *seny* catalán, que no es precisamente muy temerario, me disparó una alarma roja en forma de reflexión: «Estás a punto de decirle cómo debe rodar la escena al hombre que realizó precisamente *Cantando bajo la lluvia*», en mi modesta opinión y en la de los grandes historiadores del cine, el mejor musical de todos los tiempos. Hacía un par de años que un jurado mundial de cine la había votado como una de las diez mejores películas de la historia del cine y le dije:

—¿Cómo quiere que le diga a usted lo que tiene que hacer?

Estuvo muy amable y me ayudó.

—Mire, procure que la cámara nunca corte los pies en ningún plano de la filmación, y si en una panorámica por ejemplo hay un descuido: ¡corte! No hay problema, repetiremos las veces que hagan falta. Ah —añadió—, le aconsejo al cámara que utilice un treinta y dos milímetros.

Cada día de rodaje, después del trabajo agotador, en lugar de ir a descansar, Kelly nos convocaba a una reunión en el hotel para preparar minuciosamente el rodaje del día siguiente. Primero se duchaba para aparecer después vestido con un albornoz y sin peluquín. Comenzaba el segundo trabajo del día: repaso o pequeñas modificaciones de los guiones, cronómetro en mano: duración de los planos, fijar el preciso instante de su entrada en cada toma y duración de cada una de sus intervenciones. Karin, siempre detallista, recuerda que llevaba su crono respetuosamente guardado en una cajita vieja y desgastada que había sido un obsequio de su padre.

Trabajamos, especialmente él, con intensidad y nunca se quejó, más bien todo lo contrario. Ponía todo su empeño en conseguir, no su lucimiento, sino la mejor opción para el producto que lo había contratado. Una vez lo hicimos

montar sobre una gigantesca botella situada a tres metros de altura y tirarse desde allí. El suelo estaba cubierto de colchones para amortiguar su salto. Yo no lo habría hecho, pero para él no supuso ningún problema, repetimos un par de veces y todos contentos.

Un día le pregunté cómo era que él, que tenía este estilo tan fuerte y viril bailando, había elegido precisamente esta profesión. Me contestó llanamente lo siguiente:

—Yo nací en un barrio humilde de Nueva York, y en este ambiente la única manera de ligar con una chica era sabiendo bailar, y por eso me matriculé en una escuela de baile.

Otra vez, cenando en el Flash, le hablé de Fred Astaire. Mi padre era un gran admirador de su estilo y su gracia, y en cambio, de Gene Kelly, siempre decía que bailando a veces tenía un carácter demasiado «cachas».

Evidentemente esto no se lo dije, pero enseguida noté que el tema le gustaba y tenía su opinión personal: «Admito que tenía mucha gracia, un don especial para el baile, lo que se tiene o no se tiene». Pero sí me criticó su claqué: «Sus pies no hacían las pulsaciones en el tiempo exacto pero quedaba disimulado en el plano general», e insistió en que Astaire superaba esta imperfección con su extraordinaria gracia y agilidad. En ningún momento se atribuyó su genialidad en la difícil interpretación de un solo de claqué.

Quince días después de finalizar nuestro rodaje, tuve la oportunidad de constatar la genialidad absoluta de Gene Kelly en el maldito claqué. En la realización de nuestro spot rodamos un plano, como presentación, en el que aparecía el nombre de Gene Kelly pintado en el suelo y sus pies irrumpían, en primerísimo plano, sobre las letras, con el arranque de una brillante música en *playback*. Después grabamos en parte el sonido del claqué y él volvió a bailar sin música para que el sonido de los pies fuera bien nítido.

Cuando montamos la grabación sobre las imágenes quedamos completamente rendidos a sus pies. Las más de mil pulsaciones, sumados ambos pies, coincidían exactamente con la imagen. Jugamos manejando la moviola repetidas veces adelante y atrás a cámara lenta y no dimos con ningún error. Sin lugar a dudas, ¡nos encontrábamos ante un fenómeno!

Gene Kelly estuvo en Barcelona dos semanas intensas y no dio ningún

problema, al contrario. Su trato y su colaboración se correspondían con su altura artística y supuso para nosotros una gran experiencia profesional y humana. Tenía sesenta y nueve años recién cumplidos. ¡Bendito Gene Kelly! Espero que te encuentres en el cielo, bailando con los ángeles. Prometo que no cortaré nunca ningún pie.

## Gwyneth Paltrow

La peor experiencia con un personaje famoso fue el rodaje con la angelical Gwyneth Paltrow. Las dificultades de contratación no solo fueron superlativas, sino que además teníamos que tratar no con un agente, como era habitual, sino con un montón de intermediarios añadidos.

Como todas las demás actrices, quiso saber qué vestidos habíamos previsto para ella y exigió verlos todos antes, en su casa en Londres. A tal fin, a pesar de que no era el procedimiento habitual, Karin y la estilista Renée López de Haro tuvieron que coger un avión cargadas con tres maletas enormes.

Al llegar a casa de Paltrow, puntualmente a la hora convenida, les cerró el paso una mujer diciendo que llegaban demasiado tarde y que la señora Paltrow ya no las podría recibir. Aunque nadie lo quiso reconocer, los numerosos intermediarios se habían hecho un lío con la hora de la entrevista y las pruebas. Después de un buen rato de enérgicas discusiones, Karin y Renée por fin pudieron entrar en la casa arrastrando las maletas gigantes. La actriz las recibió con una cara larguísima y las hizo esperar más de una hora antes de dignarse atenderlas. Renée había extendido los dieciocho o veinte trajes de Lacroix, Armani, Dior, Versace y Ralph Lauren en el suelo del estudio del marido de Gwyneth, el cantante Chris Martin. Intencionadamente indiferente, la actriz contemplaba aquellos vestidos exquisitos con un insultante desprecio. Finalmente consiguieron que se los probase y expresara sus preferencias. Cerradas ya las maletas y a punto de partir de aquel ambiente tan hostil, Karin no pudo evitar decirle a la cara que estaba harta de la actitud de ciertas actrices como ella y de sus malditos representantes, y que si creía que por ser Gwyneth Paltrow era un ser superior, estaba muy equivocada y que si le servía de algo la bronca, en el futuro se esforzara por tratar con respeto a una persona mayor. Entonces Karin tenía cincuenta y ocho años. Paltrow la escuchaba con horror, tapándose con una mano la boca abierta de puro estupor. Era inaudito: le estaban leyendo la cartilla a ella, ¡a

Gwyneth Paltrow!

Está claro que este desafortunado episodio no favoreció el clima durante el rodaje. El primer día de rodaje: decorados, emplazamiento de luces, artista invitada, vestida y maquillada. Gran expectación, silencio, todo el mundo en su sitio... Previamente yo me había presentado en su camerino y la saludé cariñosamente, como hacía siempre para que las artistas se sintieran acogidas y respetadas con el trabajo que íbamos a realizar conjuntamente.

Una vez en el plató, recuerdo la primera toma: «Motor, ¡acción!... ¡Corten!». Miré el resultado en el televisor que nos permite ver la imagen rodada. Y le pregunté a la artista, para animarla, si lo quería ver. Se hizo un silencio respetuoso, y me contestó en español sin pensarlo: «No, ¡podría vomitar!». Nos quedamos todos helados, y así, de esta forma tan simpática, comenzó el rodaje.

## Los clientes

Hace un par de años mi hijo Leopoldo realizó un buen documental sobre Juan Antonio Coderch, el gran arquitecto catalán. Me sorprendió una frase del propio arquitecto que dice: «En arquitectura, es más determinante un buen cliente con un mal arquitecto, que un buen arquitecto con un mal cliente». No soy arquitecto, pero en mi trabajo sí he tenido muy buenos clientes y otros no tan buenos. Y desde el mundo de la comunicación, puedo aplicar la misma teoría de Coderch.

Gracias a un buen cliente las campañas para el cava Freixenet fueron muy estimulantes para todas las personas que integraban el equipo de nuestro estudio. José Ferrer era un buen cliente, ya que, atrevido y muy intuitivo, supo estimularnos para trabajar al máximo en cuerpo y alma, con una enorme ilusión y confianza, al igual que su sobrino Pedro Bonet Ferrer, con los que formamos un equipo sólido y cordial para alcanzar con éxito las campañas. Este caso confirma la teoría de Coderch aplicada a la publicidad. Teníamos un buen cliente y, en consecuencia, los resultados fueron muy buenos.

Conseguimos que durante muchos años la campaña de Navidad de Freixenet fuera esperada con mucha ilusión por los espectadores como un gran evento televisivo. En publicidad, el público reconoce algunas pautas, pero salvo los profesionales, no suele estar a la expectativa de qué trabajo presentará este año determinada marca o agencia. Con Freixenet, conseguimos que el spot navideño se convirtiera en un acontecimiento popular.

Contentos con el éxito, quisimos ver hasta dónde llegaba esta popularidad y se nos ocurrió una idea que comportaba cierto riesgo. Para la nueva campaña, en lugar de escoger modelos y bailarinas profesionales para hacer de burbujas como habíamos hecho siempre, las elegiríamos entre «chicas normales» de toda la península. Con este objetivo, publicamos un anuncio-comunicado en la prensa de todo el país solicitando chicas de dieciocho a veintiocho años que quisieran encarnar a las burbujas de la siguiente campaña

de Freixenet. Para participar solo les pedíamos unas medidas determinadas y conocimientos de danza. Para contactar con nosotros tenían que escribir una carta.

Estábamos prudentemente esperanzados. Entonces aún no existía el correo electrónico y éramos conscientes de que escribir cartas requiere un esfuerzo, vencer un escepticismo o cierta desconfianza, además de sentir una gran ilusión.

El éxito sobrepasó cualquier expectativa optimista. Se recibieron más de dos mil cartas. Recuerdo que en el plató del estudio montamos largas mesas, todas cubiertas de las cartas recibidas por ser clasificadas y seleccionadas. Paralelamente se estaba construyendo un gran camión con remolque de catorce metros, encargado a un extraordinario especialista de Valencia. Lo habíamos diseñado para alojar un pequeño plató y un espacio de recepción para atender a las candidatas en sus respectivas ciudades. Porque se trataba de eso: un equipo viajaría por las diecisiete autonomías para realizar el casting y escoger a las chicas más adecuadas de cada una de ellas.

El casting consistía en verificar sus datos, hacer una pequeña entrevista y unas pruebas de baile en el plató dirigidas por una directora de danza que formaba parte de nuestro equipo. No bastaba con que fueran bonitas o agradables; teníamos que estar atentos a su personalidad para conservar el espíritu fresco y alegre característico de las burbujas.

Viví con entusiasmo este viaje-aventura por las diferentes autonomías de España, la recepción de las candidatas y el visionado de las pruebas en el plató del camión. Para Freixenet y para nosotros mismos fue muy gratificante. En el plató del camión les proponía que se presentaran ante la cámara y, además, me dijeran por qué habían acudido a la prueba. La respuesta fue unánime y muy entrañable. Ser burbuja les hacía mucha ilusión, era como un sueño, y ante la cámara, la mayoría comentaban que cada año, en su casa, al anunciarse en la televisión el spot navideño de las burbujas, alguien de la familia gritaba: «¡Corre, corre! ¡Ven, que hacen el spot de Freixenet!». Tal era la popularidad del spot entonces.

Los preparativos y la logística del rodaje fueron muy complejos, pero a la vez el trabajo con aquellas chicas llenas de alegría y de entusiasmo fue de los

más gratificantes que hemos tenido que hacer. Y el anuncio fue un acierto.

Paradójicamente, con cada éxito aumentaba nuestra responsabilidad y la dificultad para la campaña siguiente. Como ya he dicho, trabajar con artistas famosos es de por sí algo parecido a una pesadilla, y cada año la elección de una figura famosa disponible para protagonizar el spot se hacía más y más dificultosa y exigía un espíritu de lucha titánica.

Pero en las últimas campañas no sufríamos solo estas dificultades propias del oficio. Alrededor de nuestro cliente había personas esperando el fracaso de nuestro trabajo para introducir su propia agencia o a algún realizador amiguito. Nuestro espléndido cliente quería dar paso a la nueva generación, pero desgraciadamente, la nueva generación no tenía ni el talento ni el empuje de ilusión del gran José Ferrer. Después de episodios muy desagradables de desafección y de menosprecio hacia nosotros, dejamos de realizar las campañas para Freixenet. Todo se acaba en esta vida, y así también el eco de la publicidad de esta marca.

# Barcelona, protagonista

## Trabajos estimulantes con Víctor Sagi

Hay personas que generan buenas expectativas. Es un don especial que se tiene o no se tiene. Víctor Sagi pertenecía a este tipo de personas, ya que tenía esta virtud y además un gran talento para exponer sus propuestas.

Trabajamos juntos y realizamos muchos proyectos. Todo era fácil, sin ningún rincón extraño. Y su dirección, clara y absolutamente estimulante. Nunca tuvo pájaros en la cabeza. Y, en cambio, algo poco frecuente en el mundo de la producción y la publicidad, te contagiaba su ilusión.

Antes de hacer nada juntos, en 1962 Víctor Sagi produjo un programa de variedades para TVE titulado *Amigos del lunes*, que se emitía los lunes por la noche. Tenía mucha audiencia, pero la carátula de presentación no hacía honor a la calidad del programa que ofrecía artistas extranjeros de primera línea. Nos pareció que la podíamos mejorar y le propuse a Víctor que me dejara presentarle una nueva a título de prueba. La hice con Karin transformada en figura de cabaret, vestida con mallas negras, sombrero de copa y bastón de Fred Astaire. Jordi Fornas, un gran artista, trabajó magistralmente la parte gráfica, y conseguimos una pieza divertida y estimulante que durante los años que duró el programa fue muy reconocida y popular.

Unos años después me llamó Víctor: «Pomés, deberíamos vernos. Quiero contarte algo que me parece que te gustará». Me puse contento, porque viniendo de Víctor la expectativa era buena.

Nos encontramos en su despacho de la Diagonal y me dijo:

—A finales de este año se celebra en Barcelona la ceremonia de apertura del Campeonato Mundial de Fútbol, y la federación convoca un concurso para diseñarla y realizarla. ¿No te parece que podríamos probarlo?

Mi «Sí» no sé si se escuchó en la calle, pero Víctor se quedó tranquilo y hasta me transmitió esta moral tan estimulante de cuando notas que confían en ti.

## Ceremonia del Campeonato Mundial de Fútbol 1982 en Barcelona

Como siempre, lo que más me motiva es emocionar a la gente y más aún cuando es por una ciudad como Barcelona a la que tanto amo. En este caso concreto, tenía una oportunidad de oro: la ceremonia se transmitiría por televisión a millones de telespectadores de todo el mundo. El reto ya era emocionante en sí mismo.

Y era un reto de los gordos. En España, desde las fiestas sindicales durante el franquismo no había tradición de grandes espectáculos y ceremonias oficiales, por lo que no podíamos contar con profesionales de este tipo de eventos.

El proyecto que propusimos fue aprobado por la Federación Española de Fútbol y por el Gobierno de España. Víctor exultaba de este primer logro, y Karin y yo nos pusimos a trabajar intensamente en el guion. Nuestra idea básica consistía en convertir el espacio del Camp Nou, donde se celebraría la ceremonia, en una inmensa pantalla de televisión.

La bienvenida la darían grupos de chicas equipadas como las selecciones de los veinticuatro países participantes lanzando flores al público y a las cámaras mientras el perímetro del campo se iba llenando de una multitud de chicos vestidos de blanco que después debían evolucionar en muy variadas formaciones. Al compás de la música, de repente los jóvenes avanzarían corriendo en medio del campo para configurar una pelota de fútbol inmensa. A continuación los chicos cambiarían sus posiciones para transformar la figura de balón en la paloma de la paz de Picasso. De pronto, de debajo de la paloma saldrían radialmente las veinticuatro banderas de los países participantes cubriendo totalmente la superficie del campo. Y aunque lo pareciera, este no sería el momento culminante del espectáculo. Los chicos que habían configurado la paloma se separaban en dos bloques compactos a ambos lados del campo, dejando en medio un pasillo de unos diez metros de

ancho por el que avanzaría a ritmo pausado un niño vestido de blanco con una pelota en las manos. Al llegar al centro del campo, se detendría y dejaría volar una paloma que llevaba escondida dentro del balón. ¡Ese sí que sería el momento culminante!

Y para acentuar el tono festivo del espectáculo quisimos llenar los márgenes del campo con una treintena de gigantes de muchos pueblos de Cataluña.

Elaborando el trabajo descubrimos con cierto terror que nos hacían falta miles de niños y niñas para llenar el vasto escenario. Tuvimos que convencer a los directores de un gran número de escuelas de Barcelona para que permitieran que gran parte de sus alumnos participaran en el espectáculo. Este compromiso incluía numerosos ensayos, transporte y avituallamiento de los escolares. El despacho de Víctor Sagi se encargó de la organización general y de contratar a todos los colaboradores imprescindibles para llevar a cabo este trabajo tan complejo: una veintena de jóvenes ingenieros, personal administrativo, monitores deportivos. Juan Antonio Samaranch nos recomendó a un coreógrafo rumano, el señor Lopescu, especialista en grandes manifestaciones deportivas, que con su experiencia y técnica fue determinante para realizar nuestra idea tal como la imaginábamos.

Como sucede con todos los éxitos, tuvimos que superar muchos obstáculos y resolver graves problemas: un presupuesto oficial bajísimo; indiferencia y desconfianza por parte de los emisarios oficiales del Gobierno; dificultades con los ensayos, que coincidían con la época de los exámenes escolares; ciertos elementos perturbadores de la prensa nacional diciendo que explotábamos a los chicos y chicas; los gigantes, que solo querían actuar al son de las chirimías y no con la música del espectáculo; la imposibilidad de ensayar en el Camp Nou para no dañar el césped...

El problema más grande en todos los ensayos era la paloma: en lugar de salir volando del balón, se iba directamente al césped para caminar vacilante sin saber adónde ir. Solo el día de la ceremonia accedió a salir volando del balón y nos obsequió con un vuelo airoso por todo el estadio. Lo contrario hubiera condenado el momento culminante del espectáculo al más clamoroso ridículo. Esperando ese momento fatídico, nos salieron muchas canas.

Con este trabajo tan comprometido no nos salieron los números—más bien al contrario—, pero el éxito de la ceremonia, el entusiasmo y los aplausos del público, y el muy favorable eco internacional fueron nuestro gran premio. Gente que lo había vivido en la tribuna nos dijo que Pelé estaba profundamente emocionado. Conservo todavía la prensa extranjera con sus elogiosos comentarios y recuerdo especialmente el titular descomunal en la portada de un diario inglés: «*Phantastic!*».

## La candidatura de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992

En 1985 fuimos convocados por Josep Miquel Abad, director de la Oficina Olímpica, para proponernos hacer la campaña promocional más singular que nunca nos habían pedido. Leopoldo Rodés le había hablado muy bien de nosotros como posibles colaboradores para idear y realizar las piezas de comunicación necesarias para convencer a los miembros del Comité Olímpico Internacional de las condiciones ideales de Barcelona como sede de los Juegos de 1992.

Con Abad, hombre listo, rápido, positivo y estimulante, nos entendimos de inmediato. Compartíamos una ilusión muy intensa, la de conseguir la candidatura Olímpica para Barcelona.

Precisamente en esta ocasión aspiraban a la candidatura más ciudades que nunca: París, Ámsterdam, Brisbane, Birmingham y Belgrado, además de Barcelona. De todas, el COI elegiría la que reuniera las condiciones más adecuadas. Este organismo se componía entonces de noventa y una personalidades del mundo olímpico. Teníamos que dirigirnos, pues, principalmente a noventa y una personas y no solo al resto de la humanidad, como suele ser la aspiración de cualquier producto que se quiere vender. Ciertamente, se trataba de una campaña atípica. Y los encargos principales que nos hizo fue la realización de una película como pieza primordial, y un stand de la candidatura en Lausana, además de numerosas piezas de comunicación.

La importancia de la tarea y la responsabilidad que conllevaba eran obvias: promocionar Barcelona, nuestra propia ciudad, ¡nuestro hogar! El «producto» lo conocíamos y lo queríamos. Si conseguíamos los Juegos, Barcelona llegaría a miles de clientes potenciales, a millones de telespectadores. ¡Nada podía ser más estimulante!

Pero primero había que convencer a los noventa y un miembros del Comité Olímpico Internacional. Sabíamos que su misión era la de examinar con lupa las condiciones de cada ciudad candidata, e intentamos conocer la

sensibilidad y las particularidades de cada uno de ellos, sus debilidades o aficiones. Muchos hacían las visitas a la ciudad pertinente acompañados de sus mujeres. Por lo tanto, teníamos que mostrar una ciudad suficientemente atractiva para que ellas también tuvieran ganas de visitarla.

Nos pusimos a trabajar intensamente. El 17 de octubre de 1986 llegó la fecha de la elección de la ciudad ganadora en Lausana. Todos estábamos allí, expectantes y nerviosos.

El día comenzó con la presentación definitiva de los proyectos y las excelencias de cada una de las ciudades candidatas en los respectivos stands en el Palais de Beaulieu de Lausana. Los miembros del COI los visitaban escuchando por última vez los argumentos que cada delegación exponía. Nuestro stand, diseñado por nuestro amigo arquitecto Ricard Sans, resultó un acierto abrumador. En lugar de abarrotarlo de información, aprovechó el espacio disponible para crear una amplia ágora con el suelo de mármol blanco donde dispuso unas sillas de Gaudí y una mesa baja con el plano de Barcelona como único mobiliario. Paneles luminosos con la reproducción de una obra de Joan Miró y fotografías de jóvenes deportistas sonrientes. Este espacio generoso, fresco y mediterráneo tuvo como consecuencia que todo el mundo —incluso el primer ministro francés, Jacques Chirac— se reuniera para hablar, ya que representaba una especie de oasis de calma en medio del resto de los stands repletos de elementos informativos. Horas después, llegó el momento de la verdad: la votación en un salón a puerta cerrada. Cada candidatura, disponía de una hora para defender su ciudad. Antes del parlamento del máximo representante de cada candidatura, se proyectaba la película que debía apoyar con imágenes los argumentos.

Respecto a nuestra película tengo que decir que nos lo pensamos mucho antes de hacerla, pero desde el principio tuvimos claro que los contenidos no debían ser ni parecer «prepotentes». De hecho, hasta entonces España no se había distinguido por los éxitos deportivos. Pero lo que Barcelona y los barceloneses sí teníamos era una ilusión sin límites y una juventud que apenas empezaba a ser deportiva. Y aquí encontré el quid de la cuestión: teníamos que creer en nuestra ilusión y transmitirla. ¡Esta sería la motivación!

Quizás alguien recordará la película. El guion era sencillo pero intenso:

chicos y chicas vestidos de blanco corriendo por las calles más características de Barcelona, saliendo de portales, entrenando en instalaciones deportivas, cruzándose con ciudadanos barceloneses, mostrando las privilegiadas condiciones geográficas de la ciudad rodeada de montañas y al borde del mar. Y lo mejor fue que durante el rodaje, toda esta juventud respiraba en serio esta ilusión que queríamos transmitir y contagiar.

Para la proyección de la película en Lausana se podían escoger entre varios medios: sistema audiovisual, multipantallas, vídeo, monitores de televisión y otros. Desde el primer momento pensé que no quería que la película pasara en forma de vídeo. Sabía por experiencia que durante este tipo de proyección, con la luz solo medio apagada, los asistentes suelen aprovechar la penumbra para hablar o consultar papeles, es decir, que la atención no es absoluta. Decidí utilizar el gran formato cinemascope. Quería que todo el mundo viera la película a oscuras y pudiera disfrutar del aliento de una Barcelona donde la ilusión y la entrega de los barceloneses fueran los grandes protagonistas. Fue un gran acierto, pues conseguimos que los ilustres espectadores se emocionasen.

Con la audiencia tan bien predispuesta, el memorable parlamento del alcalde Pasqual Maragall resultó especialmente vibrante y estimulante, según nos explicaron los que estaban presentes. Poco después oímos la voz de Juan Antonio Samaranch diciendo:... *à la ville de...* Barcelona!

Hace pocos días me proyecté de nuevo la película y realmente, me ha vuelto a gustar y emocionar. Lo siento, no lo puedo evitar.

Acabo de leer un verso definitivo del poeta Federico Valenciano en su magnífico libro *Frontera con la nada*, que dice: «Asfaltar la nostalgia». Quizás yo deberé asfaltar mi ego.

## El papel fundamental de Leopoldo Rodés

Tampoco puedo ni quiero asfaltar el recuerdo de Leopoldo Rodés, al pie de escalera del palacio de Lausana, recibiendo personalmente, uno por uno, a los miembros del COI, que mostraban una gran alegría al reencontrarlo.

Vinculado a su trabajo como publicitario, hombre de imagen y relaciones públicas, en los años ochenta se produjo un hito clave en su trayectoria. Durante la gestación de la candidatura de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos, su amigo Juan Antonio Samaranch, presidente del COI, y nuestro inolvidable alcalde Pasqual Maragall le pidieron que les ayudara a convencer a los miembros del Comité de la idoneidad de Barcelona como sede de los Juegos de 1992.

A partir de ese momento, Rodés pasó dos años dedicándose *full time* a esta tarea, viajando a cincuenta y un países para convencer y establecer relaciones cordiales con cada una de las noventa y una personalidades con una *finezza* y un saber hacer difíciles de superar.

Un día me comentó:

—De los noventa y un miembros que recibí en Barcelona el año 1986, todos menos uno fueron a un almuerzo o cena en mi casa... Soy bastante ordenado, les daba la matraca y los vi una media de siete veces a cada uno.

Nadie mejor que él para cumplir esta misión. Además de su inteligencia y habilidad en el trato humano, Leopoldo Rodés ha sido el más excelente anfitrión que he conocido. El resultado, no es necesario decirlo, fue el mejor imaginable.

Postres

# Las mujeres

## La culturista

Al entrar en el Cosmos, el bar de la calle Escudellers con Rambla, me topé un día de cara con una pareja que salía precipitadamente. Una mujer impresionante y risueña cogiendo cariñosamente por los hombros a un hombre bajito y regordete. Se metieron en un *mueblé* que estaba el lado. Decidí esperarla a que quedara libre. Tardó exactamente media hora. Me acerqué y le pregunté si quería ir conmigo. Me sonrió. Me cogió por la mano y salimos. Yo aún no tenía veinte años y ella era mayor que yo. Quizás pasaba de los treinta. Era espectacular, alta y con un cuerpo extraordinario, pero con un poco demasiado de todo. Labios un poco demasiado carnosos, ojos demasiado vivos, culo un poco demasiado salido, un poco demasiado de pecho, una cintura demasiado delgada y unas piernas también un poco demasiado esbeltas. Con todo un poco más reducido habría sido la perfección. Tal cual, era la locura.

Le di el dinero de antemano como era habitual, y me empecé a desnudar con la seguridad que da el sentirte lo que llaman un tío apuesto. Me quedé en pelotas y con el deseo muy ostensible. Y ahí comenzó el descenso. Sin más preámbulo, ella se plantó ante mí mirándome de arriba abajo. Me hizo un examen exhaustivo, por delante, por el lado, por detrás, como revisar las

miserias en una feria de ganado.

—Pero ¿qué haces? Me he duchado antes de venir, guapa —le dije ingenuamente.

Ni caso, al contrario, pronunciando unos monosílabos extrañísimos inició una serie de gestos frenéticos de rechazo señalándome de arriba abajo. Yo, un poco mosqueado, intenté desabrocharle la camisa para verle los ansiados pechos. Pero me dio unos fuertes manotazos mirándome con gran indignación, con los ojos saliéndole de las órbitas y, con unos sonidos guturales prolongados, pronunció una sarta de insultos y tacos ininteligibles. Cada palabra o cada sonido, por si no me había quedado suficientemente claro, los repetía varias veces con más vehemencia, con más indignación. Entonces caí en la cuenta: era muda.

Completamente encogido, no entendía nada. No me había burlado de ella, ni siquiera había mostrado una expresión de sorpresa antes de aquellos ataques. Ahora mi cara sí era de sorpresa, tanto que, supongo que por eso, dejó de gritar para empezar a sacudir la cabeza haciendo unas muecas y jadeos como quien da por un caso perdido y, con un fuerte empujón, me tiró sobre la cama. Sin darme tiempo a nada saltó y se quedó de pie sobre la cama.

Yo había oído decir que hay hombres a los que les gusta que los apaleen. Pensé en el hombre regordete que me precedió y me dieron ganas de huir. Ella se empezó a señalar a sí misma, dándose golpes por todas partes, se quitó la camisa, la falda, las bragas y se quedó completamente desnuda. Era mucho más de lo que en mi obsesión me había podido imaginar. Nunca había visto una mujer con unas formas tan provocativas. Ella sacudió la cabeza nuevamente dándose más golpes en el pecho y abriendo los brazos e hinchando el tórax. Esto lo hizo cinco o seis veces con una gran determinación y eficiencia, y lo remató levantando la cabeza con un orgullo insultante, agresivo. Parecía que me escupiera en la cara, a mí, piltrafa humana, su perfección. Se puso de perfil haciendo unos saltos rápidos, señalándome insistentemente y con gritos extrañísimos los pechos que saltaban hacia arriba y se volvían a quedar en el mismo lugar, sin bajar ni un centímetro. Después hinchó el vientre, y rápidamente lo ocultó del todo bajo

un tórax espléndido. Así también varias veces. De repente, se puso de espalda y contrajo las dorsales haciendo aparecer hombros por todas partes, se dio palmadas fortísimas en el culo y luego con más gritos, jadeos y sonidos prolongados de admiración por su propia exhibición, contrajo y relajó repetidas veces los glúteos.

Cada una de estas cortas pero contundentes exhibiciones la remataba mirándome desafiante. Yo estaba completamente derrotado, tumbado como un inútil, con la moral bajo la cama, ante aquel monstruo que no paraba de gritar y moverse a una velocidad infernal. La turgencia de sus formas, que hacía más prominentes aquel lenguaje tan brutal y extraño, me empezaron a producir un efecto que nunca había experimentado, una mezcla de miedo y deseo violentos. Me puse de pie sobre la cama y, tímidamente, la abracé. Se desprendió bruscamente y empezó de nuevo a gesticular y a balbucear palabras y tacos. Volvió a saltar sobre la cama y, cogiéndome de la mano, me obligó con cabezazos insistentes a hacer el mismo juego. Luego paró y a mí, indicándome con gestos imperativos, me obligó a seguir. Y yo, como un tonto saltando.

Sus manos empezaron a señalar mis michelines que temblaban, pecho y vientre eran como un flan. Me dio varios golpes en el vientre mientras los sonidos más lastimosos y ofensivos salían de su boca. Después me apresó los brazos con unos dedos que se hundían en mi carne. Se puso de perfil y doblando su brazo, exhibió varias veces cómo le crecía un bíceps impresionante. Finalmente me volvió a señalar el cuerpo y con unas muecas del rechazo más total, como compadeciéndose, se vistió y se fue. Me quedé jodido y encogido. Había pasado un cuarto de hora.

## Escultura blanca y la poesía

Barcelona era una ciudad con muchas paredes medianeras y muchos bares. Grandes, pequeños y más pequeños. En los bajos de mi casa había uno muy pequeño.

Ella entró por la puerta de cristal del pequeño bar. Iba con un abrigo negro acampanado y llevaba con mucho cuidado una cabeza griega de yeso y un cigarrillo en los labios. Alta, con el cabello muy negro y bastante corto y unos ojos azul verdosos que destacaban bajo unas pestañas negras muy tupidas y maquilladas, qué imagen tan insólita. Mi amigo y yo, sentados en el único sofá corrido del bar, nos quedamos muy impresionados. Era de una belleza absolutamente fuera del tiempo y de nuestra geografía urbana. Pidió un café. No podíamos evitar mirarla. No sé si ella se dio cuenta porque con su expresión y actitud, de lo más natural, daba a entender que nos ignoraba. Terminó el cigarrillo y, antes de apagarlo, encendió otro con la colilla. En aquellos tiempos, una mujer fumando por la calle no era nada habitual, más bien estaba mal considerado. Había entrado con el cigarrillo entre los labios y seguía con gran naturalidad sin hacer ninguna postura ni hacer ningún caso del acto en sí, como un hombre. Estaba derecha frente a la barra, tenía el perfil completamente helénico, con aquella nariz característica que comienza casi en la frente con una ligera curva que redondeaba la singularidad de su rostro. Mi amigo y yo casi no osábamos mirarla, pero tampoco podíamos dejar de hacerlo; nuestra admiración salvaba distancias insuperables.

Otro hombre apareció y se reunió con ella, con una naturalidad atlética. Alto y delgado, de pelo oscuro y repeinado, con un pequeño tupé y unos grandes bigotes. Era joven y tenía aspecto de galán de cine francés que va por los casinos de segunda. No tenía nada que ver con ella. Se tomó un coñac, pagaron y se dispusieron a salir del bar. Él me miró y abriendo la puerta a ella, me saludó. Recordé que la había visto en la escalera de casa.

Días después, al salir de casa, y para mi sorpresa, se abrió la puerta delantera, el rellano de casa ya no sería nunca más el mismo, ella apareció

saliendo de su casa como si nada fuera extraño. También iba de negro, la cara muy blanca, sin más maquillaje que los ojos muy oscuros, me produjo un gran impacto. Era el ser más espectacular que había visto nunca. Me miró sin verme, justo al pasar delante de mí para bajar las escaleras. Su expresión era de una indiferencia total pero sus ojos se clavaron en mí. Nunca había visto unos ojos iguales, le daban un aire agresivo. Me dio miedo; de golpe me alarmé, presentía lo irremediable. Porque siempre había soñado con una persona así, misteriosa y de una belleza irresistible. Por dentro se me movieron de nuevo los sentidos oscuros y controvertidos, de mi fascinación por la transgresión y la prohibición.

Y así empezó nuestra historia. Una historia densa, con altibajos, oscura y luminosa a la vez, llena de emociones, de tristeza y de momentos de una felicidad inolvidable, desproporcionada para mi corta edad.

He acariciado esta utopía como una manera de conformarme y tranquilizar mis sentimientos de culpa por no tener el coraje de romper con todo y ser solo para ella, un ser de una calidad humana extraordinaria. Otras veces, serenamente conforme, he pensado que si en la vida he hecho algo, a veces inexplicablemente conseguido, ha sido porque tuve la oportunidad de conocerla tan a fondo, y que, como fotógrafo, me inspiró un mundo misterioso que no me ha abandonado nunca. Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si yo hubiera tenido diez años más, si tal vez hubieran cambiado completamente nuestras vidas.

## *Vidre de nit* o poemas de ausencia

Ya he hablado antes de la fotografía de Nuria Closas que sirvió para la cubierta del libro que ella me inspiró. Pero no he explicado todavía cómo fue. Lo haré ahora.

Cuando llevaba más de un año ausente, me alarmé porque un gran amigo nuestro había recibido una carta de ella y le pareció que estaba mal, pasando por una depresión. Con el corazón acelerado, decidí escribirle. Estaba enfebrecido. Buscaba palabras muy precisas, sobrecogedoras, palabras que le produjeran un impacto milagroso y vivificante. Lo releía y no me gustaba, volvía a escribir, tachaba, pulía, desgarraba, quería que fuera más conciso, más corto, que no hubiera ni una sola palabra vacía. Lo repetí varias veces y lo releía en voz alta, hasta que me gustó, y cuando lo pasé a limpio, releyendo lo escrito, me emocioné como si ella estuviera muy cerca de mí escuchándome. Sin quererlo, y solo soñando con ella, había entrado en el maravilloso mundo de la poesía. Y no podía parar, iba al trabajo y recuerdo que en el autobús o en el metro de repente anotaba un verso. Y antes de dormirme soñaba despierto que ella estaba conmigo, y juntos vivíamos unos atardeceres que ya no me abandonarían nunca.

En aquellos tiempos yo ya conocía al poeta Joan Oliver, Pere Quart, y le tenía un gran respeto y admiración. Un día me atreví a enseñarle mis poemas, escritos con faltas de ortografía que él me corrigió. Tras leerlos me dijo:

—Pasálos a limpio y preséntate al Premio de Poesía Osa Menor, pero hazlo enseguida porque pasado mañana se cierra la admisión.

No me lo podía creer. Salí de su casa como flotando, e hice puntualmente lo que me dijo, aunque sin ninguna esperanza.

Días después, al entrar en casa, coincidí con una vecina intelectual y extravagante. Me abrazó y me comunicó, al tiempo que me felicitaba, que yo había ganado el segundo premio, ex-aequo con Joan Perucho.

## Tery y «la operación zanahoria»

Tenía apenas veinte años, era una estudiante norteamericana que viajaba por Europa haciendo de modelo. Era muy alta y muy bien hecha. Muy alegre, curiosa e ilusionada. Yo, por natural y atávico contraste, me sentía como un torpe con todas las taras y decadencias de la Europa milenaria y cansada. Qué sensación más extraña era para mí bailar con una persona con la que todo quedaba al mismo nivel, boca, ojos, hombros, cintura. En la cama, no se acababa nunca, o al menos a mí me lo parecía. Le acariciaba un brazo y el trayecto era el doble de largo. Viví con ella una curiosa relación, y ahora, desde la distancia, creo que todo aquello era demasiado para mí.

Me estaba separando de Karin, y Tery sufría por mi situación. Me costó hacer el amor con ella, y el día que lo conseguí, lloró de agradecimiento. Pienso que tal vez, dentro de su imaginario, era como si se hubiera completado como mujer, y me hubiera dado la satisfacción, a mí, de quedar mínimamente como hombre. Nuestras diferencias eran demasiado para mí, nos separaban más de veinte años, y ella tenía una calidad humana muy superior a la mía, tanto, que yo me sentía como un crápula decadente y arrugado.

En el argot cinematográfico hay una frase que expresa muy gráficamente la calidad superior o irresistible del físico de una persona. Irresistible porque el responsable de grabar esa imagen con la cámara nota de una manera imperiosa que tiene delante una imagen sublime, y esta situación produce una sensación al cámara afortunado que tiene la posibilidad de captarla absolutamente definitiva. Por el contrario, a veces, si no se consigue poseerla, una frustración se convierte en una mezcla de ansiedad y de impotencia.

Así es que me enamoré de Tery viéndola por el visor de mi Arriflex mientras rodaba un spot de veinte segundos para una variedad de cava Freixenet que se lanzaba aquel año al mercado. El *storyboard* era tan solo una cara en primerísimo plano, la de la Tery, bebiendo con expresión de placer un sorbo de una copa de cava. Y sonriendo, dejaba de mirar la copa

para mirar a la cámara y decirle al espectador: «¿Me invitas?». Durante el rodaje, mirando por el visor de la cámara, me quedé completamente fascinado. Transmitía ilusión, era vibrante, limpia, de una belleza llena de felicidad, que compartía contigo; era como tener un ángel. Lo que yo sentía en aquellos momentos, ese enamoramiento, no he sabido nunca si lo compartieron los miles de telespectadores que vieron el spot, pero lo que sí recuerdo es que el cliente, cuando vino al estudio y le presenté el proyecto de la película, me la hizo proyectar veinte veces seguidas de tanto que le gustaba.

En aquella época yo cocinaba mucho en casa y tenía en ella al cliente más querido, y ahí empezó el desastre. Mi tía podía dedicar toda la mañana, única y exclusivamente, a confeccionar su insuperable sofrito de cebolla, que servía para preparar unos mejillones. Cocinaba muy bien, con ganas, rigor y también aportando, a veces, unos pequeños toques personales que contribuían a resaltar gustos o proporcionar una mayor ternura a determinados elementos. Todo lo que nos cocinaba era una delicia y mi padre, mis amigos y amigas, y yo mismo, nos apresurábamos ilusionados y puntualísimos a sentarnos en el comedor, en cuanto ella, desde la cocina, nos lanzaba un aviso imperioso: «A la mesa, que se enfriará». Estimulado por esta dedicación y recordando el placer y, sobre todo, el reconocimiento y admiración que la degustación de sus platos nos producía, años más tarde, arrebatadamente enamorado de esta bella y jovencísima norteamericana, quise impresionarla obsequiándola con la cocina de mis especialidades. Mi técnica era muy incipiente, pero intentaba suplirla con la dedicación y el amor, heredados de mi tía, y ahora, además, motivado por el deseo de agradar al comensal estimado. Los dos o tres primeros días funcionó bien, o por lo menos, me lo pareció.

A la vista de mis creaciones, con ojos brillantes y sonrisa agradecida, decía: «*Nice!*». Y seguía degustando con la misma sonrisa hasta el final de la comida. Como cocinero amante, me sentía estimulado. Pero la historia, a partir del tercer o cuarto día, en que ya teníamos un poco más de confianza, cambió por completo. Y así siguió, sin falta, todos los días sucesivos. Yo llegaba a la mesa, y antes la avisaba cariñosamente con tono urgente, al igual que hacía mi tía con nosotros: «¡Corre, querida, que se va a enfriar!», y

depositaba en la mesa el producto de mis desvelos y posible desencadenador de efusivas recompensas. Ella se sentaba, cogía una servilleta con una sonrisa ilusionada y miraba el contenido de su plato, y con la misma sonrisa decía: «Nice!». Y a continuación se iniciaba, por su parte, un extraño comportamiento. Ante mis ojos desconcertados, iba apartando muy lentamente el plato, disimuladamente y con la misma sonrisa inalterable, se levantaba, se encaminaba hacia la cocina y volvía con dos zanahorias de la nevera que colocaba, con exquisita discreción, casi al borde de la primera ubicación del plato que había desplazado con tanto «disimulo», y comenzaba con la misma técnica de hormiga saludable e hipócrita un lento pero seguro viaje de las malditas zanahorias hasta el epicentro de su espacio culinario. Justo en el centro perfecto de la marca del borde del plato que yo había dedicado horas a preparar. Acto seguido, el ruido triunfante de roer las zanahorias partía, explotaba más bien, en mi corazón ultrajado. Un insoportable Gólgota para mí, que siguió inalterable y puntual. Lo más triste y determinante es que en nuestra pareja apareció prematuramente el odio. Al principio, un odio sordo, pero que en las sucesivas «fiestas culinarias» y con las amargas experiencias acumuladas, aparecía sabiamente alimentado con masoquismo.

Por más que aligerase las salsas, cocinara cosas concretas y más o menos universales, yo sabía de antemano cuándo se decidiría a iniciar su despreciable «operación zanahoria». Y allí comenzaba, en mi interior, el más sórdido pero puro y muy complaciente acto sadomasoquista. Así, con malsana y minuciosa expectativa, me deleitaba previendo, instante a instante, todos los detalles de su comportamiento, a partir del plato cocinado y depositado amorosamente por mí, delante de ella, gestos, sonrisas, ritmo..., que compondrían el preámbulo de lo que vendría a continuación. Y, efectivamente, se producían. Llegaba el plato a la mesa, y yo pensaba ahora dirá: «Nice!». Y lo decía con su ternura hipócrita. Ahora comerá un par de bocados, enseguida parará, se echará un poco hacia atrás y sonreirá exquisitamente; y lo hacía. Ahora se volverá a incorporar, muy lentamente, y lo hacía, y ahora se levantará e irá a la nevera, y así absolutamente todo previsto, hasta el estruendo del primer contacto diente-zanahoria. Todo lo que

al principio me gustó de ella, ahora lo revisaba escrupulosamente. Su sonrisa excitante y agradecida que me había deslumbrado, ahora era inalterable y persistentemente, boba, y sus largos dedos, que configuraban una mano de una ternura y elegancia extraordinarias, ahora eran como unos tentáculos rígidos de color de pollo crudo. Duramos poco. Toda mi voluntad, mi ingenuidad de tonto maduro que piensa suplir la tremenda diferencia de edad y de continentes con el saber hacer de su arte culinario, se fue al carajo.

La joven no es que fuera merecedora de más apolíneos y jóvenes amantes, que también lo era, sino que, además, era vegetariana, y para más inri, vegetariana norteamericana. Hace unos cuantos meses releí estas notas que redacté en su día un poco para desahogarme. Y al recordar los detalles, no he podido hacer otra cosa que reírme. En realidad es lo único divertido: la meticulosidad y disimulo casi científicos con los que Tery rechazaba mis ofertas culinarias. Pero de repente me ha sobresaltado la realista y cruel duda, y le he dado un giro masoquista a la historia. Cuando le ponía el succulento plato en la mesa, ella, también, con perversión, debía recrearse, no menos sádicamente, en lo que podía haber sido su Gólgota personal: «Ahora me traerá esta repugnante y medieval comida española». Incluso, en momentos de lúcida depresión, puedo retroceder, horrorizado, ante lo que estaría pensando cuando yo me metía en la cocina: «Ya está otra vez con sus trastos, cocinando con sus perversas grasas animales, y ahora saldrá oliendo a aceite frito y se me acercará con su gran barriga, manchada de tomate, y me dirá: «Querida, la comida está en la mesa». Insoportable.

## Viaje a Italia. Lydia

El primer viaje que hice con Lydia, mi tercera pareja, fue a la Toscana. Era nuestra primera salida juntos y quería lucirme. Fue una salida organizada por Enric Miralles y su esposa Benedetta Tagliabue, con visitas a diferentes lugares de interés arquitectónico. No recuerdo exactamente quién nos invitó ni por qué, pero el grupito integrado por Enrique y Benedetta, arquitectos, Oscar Tusquets y Toya Roqué, arquitecto y restauradora, Jordi Negro y Ana Dexeus, empresario del mundo editorial y filóloga, Lydia y yo mismo, prometía mucho.

Benedetta, generosa y abierta como toda buena italiana, nos invitó a instalarnos en casa de su hermano, un terrateniente de la zona que se dedicaba con mucho éxito a la explotación vinícola. Pero en el momento de la llegada, el anfitrión no estaba, y nos comunicaron que hasta el día siguiente no tendríamos ocasión de conocerlo, y esto sería en una cena a la que estábamos todos invitados.

La «*mamma*», un tipo de «ama de llaves» de la casa, nos esperaba con una deliciosa bandeja de espaguetis a la italiana que humeaban en una gran mesa de madera, en el que llamaban el comedor de día, una maravillosa estancia en la planta baja, con grandes ventanales desde donde disfrutar del verde primaveral de los viñedos antes de que den su fruto.

Decidimos pasar todo el día visitando iglesias y monumentos. Enric y Oscar, grandes amigos y mejores arquitectos, tan pronto discutían encarnizadamente como se abrazaban, gritando emocionados ante tanta belleza arquitectónica. Dos hombres potentes, de gran temperamento, y a veces con puntos de vista divergentes. El resto del grupo poco más podíamos hacer excepto escuchar a aquellos dos grandes maestros, discutiendo, disfrutando y disertando sobre la posición de los capiteles, la naturaleza de los materiales, la armonía de los colores, el equilibrio de las formas..., en resumen, toda una lección de arte.

Yo debería haber llevado una grabadora en lugar de mi cámara, las únicas

imágenes que me quedan son las de Enric, que, por desgracia, ya no está entre nosotros, y las de Benedetta, con su hijo pequeño en el regazo delante de una fuente. El niño, feliz, reclamaba atención, y recibía constantes muestras de afecto de sus padres, interrumpiendo sin parar interesantes argumentaciones arquitectónicas, y convirtiendo nuestro grupo de intelectuales en la típica tropa italiana; yo, como buen felliniano y amante del cine italiano, me sentí más atraído por la coreografía humana que por las conversaciones sobre los hieráticos edificios.

Al atardecer, ya instalados en la casa familiar, nos vestimos elegantemente para cenar. Nuestra habitación recordaba las del Hostal de La Gavina de S'Agaró, techos de madera, largos cortinajes, alfombras con dibujos de la Edad Media, sillones y colchas tapizadas con flores, si la cama no tenía un dosel con cortinas poco le faltaba. Hacía poco que Lydia y yo éramos pareja, y que la cama fuera algo pequeña poco importaba. Aún recuerdo cuando conocí a sus padres, y les dije: «Ella es mucho más rica que yo, mucho más guapa que yo, mucho más todo que yo, pero la que está por interés es ella».

Se lo dije en el sentido de que como le gustaba mucho la medicina a menudo he sido su conejillo de Indias. Con los años se ha convertido en una buena amiga, y continúa regalándome sus arengas médicas.

Nos vestimos, el glamur se imponía, americana los hombres, zapatos de tacón, las mujeres; Lydia lucía elegantísima su traje negro de Armani comprado para la ocasión. Aperitivo en el salón de la chimenea presidida por dos cabezas de ciervo. *Il Cavalleri*, como llamaban al anfitrión, era cazador, y en las paredes se alternaban cabezas de jabalíes y otros animales que no sabría identificar con pinturas de época, y apenas quedaba un espacio libre. Después de las presentaciones pasamos al comedor principal, una gran estancia con lámparas de cristal veneciano, manteles de hilo, vajilla de porcelana italiana, cubiertos de plata y copas de cristal de Murano. Todo era espléndido y suntuoso.

Fue una cena memorable, todo era exquisito, el entorno, la comida, la conversación, los amigos... Creo que ya estábamos en los postres y el placer del momento parecía no tener fin, cuando de repente Jordi Negro se levantó

con la copa en la mano —para proponer un nuevo brindis de agradecimiento, pensé yo—, dio unos golpecitos en la copa con la cuchara para llamar la atención y, con toda la potencia de su voz, ¡empezó a hablar en japonés! Nos quedamos todos muy sorprendidos.

Bueno, yo no sé si era japonés, coreano o chino, porque desconozco estos idiomas; lo que sí recordaré toda la vida es que parecía que él sí sabía lo que decía, no solo por las palabras que salían con fluidez de su boca, sino porque las acompañaba con una gesticulación, tonalidad y unos sonidos guturales tan insólitos como improvisados.

Durante unos segundos nos quedamos todos mudos, en ese entorno tan solemne, aquella parodia..., no sabíamos cómo reaccionar, qué pensaría un anfitrión tan exquisito de aquella actuación. Inmediatamente nos pusimos todos a reír, sin poder parar durante muchos minutos, pues él seguía y seguía declamando cada vez más fuerte, para hacerse oír por encima de nuestras carcajadas. Italia, Cataluña y Japón hermanadas en aquel festival de gastronomía, belleza, arte y arquitectura, ¿qué más se puede pedir a la vida?

## Isabel Cordero

En una fiesta con un montón de gente, una vez viví la situación de mi tía. No la de clavar una aguja, sino la de provocar que me la clavaran a mí. Me pasé al otro lado, es decir, de ser un ciudadano moral y cumplidor a ser un crápula como aquellos que mi tía definía como asquerosos.

Mientras estabas en ello, el mero sentimiento de estar haciendo algo muy mal hecho, lo que tantas veces había oído criticar dramáticamente, como si fuera casi el último de la degradación humana, me produjo una excitación añadida tan importante que me solidaricé con aquellos transgresores del tranvía que tanto había despreciado. Claro, ahora lo entendí; y había, en esta operación, el peligro; y el peligro compartido une a los hombres, y en ocasiones, en determinadas situaciones, puede ser de absoluta efectividad.

Acudí a una fiesta en Gracia, a casa de un amigo diseñador, Oleguer. La suya es probablemente una de las casas más bonitas e insólitas de Barcelona. Es una vivienda singular de techos altísimos con diferentes habitaciones, una amplia galería con un patio y un gran espacio con columnas doradas con diferentes artonados, donde básicamente se hacían actuaciones, algún concierto... En esta ocasión tocaba un pequeño conjunto de jazz, y había lo que se llamaba mucha «gente guapa». Yo iba solo y vi a una chica muy joven, sola, apoyada en una ventana en un pequeño rellano, justo a la entrada del salón. Era muy atractiva, de aquellas que de joven pensabas que era demasiado para ti, y que de mayor, por no decir de viejo, tienes que olvidarte de ellas. Incluso si te pillan mirándola debes disimular con una sonrisa de bobo como si estuvieras enriqueciendo tu espíritu mirando un cuadro en un museo. En una de estas miradas, no sé si de disimulo museístico pero sin ninguna esperanza, los ojos se cruzaron y estuvieron unos momentos fijos. Los suyos en los míos, sin bajarlos ni desviarlos. Los cuatro ojos. Los míos incrédulos y los de ella, no sé cómo, pero fijos. La timidez o la cordura me hicieron bajar la vista, pero al cabo de pocos momentos volví a mirar. Ella seguía mirando y diría que con una sonrisa muy débil pero perceptible. Llegó

más gente, y en la parte del centro de la sala comenzó el recital. Todos los que estaban cerca de nosotros nos empujaron para ver la actuación. Llegó más personal que también se situó como pudo a la entrada. La cuestión es que me encontré con el cuerpo de aquella chica a menos de medio palmo. Ella seguía en la esquina de la ventana y solo movió la cabeza en la dirección del espectáculo. Ya no me miraba pero sabía que yo estaba detrás de ella, respirando en su nuca. Una ola de voluptuosidad me invadió. Me sentía, de golpe, sin haberlo buscado ni siquiera soñado, mano a mano, con una mujer maravillosa, joven y guapa; y parecía que se podía producir el milagro. Un regalo caído del cielo o subido del infierno, quién sabe, pero como un fuego irresistible, allí, en un pequeño espacio oscuro compartido, casi íntimo. Solo tenía que alargar la mano o acercar un poco una pierna, o subir lentamente los dedos por medio palmo de su cadera. El pulso se me iba acelerando porque estaba en esa situación tan de vértigo del ahora o nunca.

¿Y si te pega una hostia o te insulta con el clásico «sinvergüenza» que tantas veces había oído contar a mi tía como primera calificación de las muchas que tenía siempre preparadas para el arranque de sus recriminaciones? Estaba a pocos centímetros, y tal como estaba colocada la gente, parecía todo natural, pero de eso a arrimarme, había kilómetros.

Lo pasé muy mal, casi deseaba que alguien la saludara y nos separara o se la llevara fuera de mi alcance, que la liberara de mí, y a mí del riesgo de comportarme como un transgresor, porque sabía que sería la manera menos cobarde de terminar la historia. La justificación del perdedor. Sabía, en aquellos momentos, que si no lo hacía, si no me arriesgaba y lo intentaba, tendría siempre una sensación de culpa muy desagradable como aquella vez en Lloret de Mar, cuando una muchacha preciosa del grupo me pidió que la llevara en la bicicleta. A cada golpe de pedal, todo su cuerpo, su cabellera y sus mejillas me encendían, pero fui incapaz de darle un beso, mimarla o abrazarla, a pesar de que yo mismo entendía que ella lo estaba propiciando. Tenía la certeza pero no hice nada, solo pedalear y pedalear con furia como un deportista cuerdo e imbécil.

Muchos años después, ya casados los dos, me recriminó, riendo, que no me hubiera lanzado, porque ella lo había estado deseando. Ahora, después de

tantos años, vivía una situación límite, con más peligros, con más consecuencias, buenas o malas, y con una edad, por contraste con la chica, de absoluta ruina. Ella seguía plantada con su cabellera como una nube maravillosa de olores y caricias, casi inmóvil, como una ofrenda segura. Volví a pensar en los héroes del tranvía. Sí, héroes, aventureros imaginativos y sobre todo atrevidos, valientes; en una palabra, héroes. Y aún más cosas pensé antes de dar el paso decisivo. Un paso de un centímetro, pero que lo era todo. Envidié también la fuerza animal de aquellos personajes que los hacía transgredir de una manera tan arriesgada. Qué fantástico sería, tal como estábamos situados, que la polla se avanzara sin yo saberlo, irresponsable y automática. Pero nada de nada, estaba tan acojonada como yo. Entonces pasó algo que hizo la escena más comprometida. Ella cambió de posición. Se apoyó en la otra pierna y quedamos conectados. ¡Por fin el contacto tan deseado! Y ¿ahora qué? Solo con que respirara un poco más profundo o que yo mismo cambiara la posición de mi pierna ya estaría consolidada la operación. Ella se daría cuenta y reaccionaría, o no. Si reacciona, lo puede hacer de diferentes maneras. Discretamente, intentando desconectarse, con lo que yo, dado que tengo el valor de los «héroes» de la época de la tía, me daré por rechazado y todos contentos. Nadie se enterará y podré seguir con la fiesta y mi currículum de hombre de mundo quedará ligeramente conformado. Me justificaré pensando que al menos lo intenté. Pero ¿y si tiene una reacción violenta e intenta con fuerza apartarse de mí y del grupo que la rodea, o si se va sin decir palabra pero con una expresión de ostentosa contrariedad, o se deja hacer maravillosamente conforme, mirando atenta hacia la sala, sin mover la cabeza pero con su ansiada anatomía posterior vibrante? Quizás lo está esperando. ¿Y si resulta que el concierto se acaba y todo el mundo se va y nos quedamos solos, o hace ver que se encuentra a gusto, y me deja hacer?

Escucho al cantante y me parece que está a punto de terminar. Tengo que decidirme o se me escapará la última oportunidad de mi vida y siempre me arrepentiré. Pero ¿y si se gira repentinamente y me insulta? O aún peor, ¿y si con una sonrisa me dice en voz alta: «Escuche, señor, ¿aún va cachondo? ¿No le da vergüenza a su edad?» o si rompe a reír, o si es una amiga de mi

hija, o si...

## «Primera Comunión» en la Fundació Miró

Con aquella chica del concierto, Isabel Cordero, me casé, fue mi segunda mujer. Y recordando aquella relación tengo presente que su ayuda fue muy importante para sacar adelante una exposición en la Fundación Miró sobre fotografías de la primera comunión. Todo surgió un día en que yo, poniendo o intentando poner orden en unos cajones, me topé con la fotografía de mi primera comunión. Contemplando largo rato aquel niño con cara de santo vestido de gala, repeinado con brillantina, y con el misal y el rosario entre las manos, pensé en cómo se había alejado mi vida de aquel momento de la niñez. Y a continuación pensé que todos mis amigos, conocidos y otras personas de mi generación, seguro que se encontraban igual que yo. Y se me ocurrió la idea de poner de relieve este hecho: una exposición de las fotografías de primera comunión de todos mis contemporáneos que quisieran participar en este tipo de testigo conceptual.

Y aquí fue donde empezó el trabajo que Isabel solucionó con gran habilidad y con mucha paciencia. Fue puerta por puerta a pedir una copia a todas las personas que, más o menos entusiasmadas o divertidas con la iniciativa, nos cedieron amablemente sus fotografías.

Después de meses de investigación, al tenerlas todas ante mí me impresionó el amplio abanico de personalidades barcelonesas que habíamos conseguido: arquitectos, artistas, médicos, políticos, escritores, representantes de muchas otras profesiones con trajes de marinero, alguien incluso de almirante, de novia o de princesa, de «pequeño Lord», todos con sus mejores galas, fueran de color azul marino o de blanco níveo.

Recordé que, en su tiempo, este tipo de retratos representaba un género que requería retratistas especializados llamados «fotógrafos con galería». En su estudio o espacio de trabajo disponían de accesorios y atrezzo para crear el ambiente más adecuado para el retrato. Para las fotos de primera comunión también solían emplear un sugerente uso angelical o casi divino de la luz con el fin de recalcar la inocencia del niño que había comulgado por primera vez.

Ampliar todas las imágenes en un formato más grande y homogéneo fue el segundo paso. Y, finalmente, el tercero, fue presentar el proyecto consolidado de esta exposición conceptual a la Fundación Miró.

La exposición fue un acto social divertidísimo. A los protagonistas les hizo mucha gracia encontrarse en la muestra compartiendo el recuerdo del mismo evento obligado de su infancia. Diría que incluso la exposición generó cierto sentimiento liberador y refrescante.

Abría la exposición el siguiente texto:

Todos la hicimos... o casi todos.  
Todos acudieron arregladitos,  
Por fuera y por dentro.  
Recibimos la Sagrada Forma y  
Sentimos en lo más profundo de  
Nosotros como una invasión del  
Señor.  
Vibramos de emoción y olor de flores...,  
O, al menos, así nos lo pareció.  
Después, chocolate y vestidos de ministro,  
Marinero o «Pequeño Lord» y hacia a casa del fotógrafo.

Allí nos retrataron el alma y nos  
Retocaron la carita.  
Ahora uno es arquitecto, político, ginecólogo  
O actriz...  
Los 30 o 40 años que han pasado  
Nos han maquillado por dentro y por fuera  
Y me ha parecido que sería interesante  
Reunir estos retratos de Primera  
Comunión, que unos retratistas, con mucho  
oficio y dedicación, hicieron en su día.  
He reunido los que he podido para reír,  
Sonreír o solo preocuparse, no lo sé  
exactamente.  
La muestra no tiene más intención  
Ni la selección obedece a ninguna tendencia.

## Maquillaje incompleto

La impresión que me produjo no podía ser más preocupante. Sospeché, en cuanto la conocí, que tenía el alma desordenada. Lo que nunca pensé es que fuera una mujer tan voraz.

Solía maquillarse antes de irse a dormir. Verla ante el espejo maquillándose y seguir hasta el final de la operación era siempre un pequeño espectáculo que no se ceñía únicamente a la belleza estética que podría satisfacer mis habituales deseos, sino que aparecían detalles en sus gestos más funcionales, o en la forma de comprobar los resultados de la operación en el espejo, que producían efectos muy contradictorios. Como si ella estuviera en otro lugar o como si aprovechara su actitud o manipulación para expresar algo inconfesable o desconocido. Me ha quedado la duda de si estos pequeños gestos eran precisamente su forma más sincera de ser o lo que le hubiera gustado ser o incluso dejar de ser. Porque en los gestos complementarios, más que funcionales —seguramente sin ellos el proceso del maquillaje, del que se producían, habría sido el mismo—, eran los más relevantes. Porque eran incontrolados, espontáneos y por tanto, como decían los psiquiatras, más sinceros. A mí es lo que me producía más efecto. Deducía o encontraba pistas que me conducían a convertirla en un ser estafalario o a veces, lo más opuesto, angelical. No sé cuánto duraba la operación en sí. A veces parecía como si ella misma fuera consciente de todo. Del efecto que producía en mí, absolutamente reverencial o de rechazo. Un rechazo contradictorio porque podría sumergirme en él sin retorno. Tengo la esperanza de que allí residía precisamente su manipulación. A mí que fuera sincera me importaba un bledo, más bien me decepcionaba. En cambio todos los utensilios, manipulaciones y gestos de adorno me atraían. Cuanto más artificio, más falsedad, incluso más frialdad, mejor. Allí estaba su arte. Y yo, completamente colgado y desarmado, me entregaba como un niño al que llevan por primera vez a un lugar prohibido. Tenía la sensación de estar viviendo, tocando, degustando, mordiendo la transgresión.

Me deleitaba en aquello con la serenidad del transgresor masoquista, consciente, irremediabilmente condenado. Y también pensaba qué habría sido de mí si, en mi adolescencia, infancia y toda la retahíla de pretéritos no me hubieran prohibido tantas cosas. Y justo en esta consideración ella ejercía con toda la voluntad posible consciente y perversa. Maquillarse y meterse en la cama y, muchas veces, cerrar la luz delante de mi desesperanza. O entrever su boca abierta cuando se daba repetidos retoques en los labios, innecesarios, excesivos.

## Jill Carter

Siempre digo que para un actor o una actriz trabajar para la publicidad de televisión no es nada fácil. La técnica de actuación es muy diferente, ya que debido al poco espacio de tiempo del que se dispone, debe seguir otro ritmo y emplear una especie de síntesis del mensaje. El hecho es que requiere cierta experiencia.

Uno de los casos que recuerdo más brillantes en esta especialidad es el de Jill Carter, una modelo británica que ni siquiera se consideraba actriz. ¡Y por supuesto que lo era! Y lo era con excelencia. Durante un par de años encarnó un personaje múltiple para una campaña de Gallina Blanca ideada por el amigo Robert Rodergas y realizada por nosotros. La protagonista debía representar a través de cuatro personajes las cualidades de la ama de casa perfecta: Doña Calidad, Doña Administradora, Doña Variedad y Doña Ahorradores. Jill lo bordó.

Aún ahora, cuando reviso con amigos trabajos realizados hace tantos años, me gusta que observen la perfecta interpretación de Jill en cada uno de los personajes y cómo con un solo gesto convincente crea un estado de ánimo especial para cada una de sus virtudes. Su actuación no puede ser mejor. Jill Carter, ¡fuiste un diez! De hecho, esto que digo es un homenaje a una mujer que hacía un excelente trabajo con una naturalidad total sin pavonearse lo más mínimo de su talento.

## Patatas fritas (1970)

Era una época en la que comía y cenaba en el mismo restaurante muy a menudo. Me entusiasmaban sus patatas fritas, y debo confesar que por unas patatas fritas como deben ser o como a mí me gustan puedo frecuentar un restaurante asiduamente. Y en este restaurante, en sus inicios, tuve la oportunidad de introducirme en la cocina y explicarles cómo debían hacerse las famosas «fritas» francesas de la forma que a mí más me gustan. Y fue en el mismo restaurante donde la vi por primera y, más adelante, última vez. Era muy atractiva, muy pelirroja, muy delgada, muy blanca, muy joven. En la época en que las minifaldas empezaban a salpicar de alegría de vivir el vestuario de muchas mujeres, la recuerdo a ella, que con su indumentaria parecía la hija de un cuáquero o sacada de una ilustración de Norman Rockwell, con calcetines blancos cortos y un largo vestido de florecitas, pasando de perfil.

Pocos días más tarde volví a verla, siempre sola y siempre pasando de perfil con una ostentosa indiferencia. Nunca me venía de cara, aunque fuese a sentarse a una mesa cercana a la mía. Por otra parte, yo no deseaba estar más próximo a ella, sino al contrario, prefería la comodidad cobarde de no tener que intentar nada. Solo pretendía admirarla y hacer mil lecturas, reflexiones, deducciones. ¿Quién era?, ¿cómo era?, ¿de dónde viene? La primera impresión era, lógicamente, el desencadenante de todas las imágenes, mis imágenes, pero así como a veces esta primera impresión, por el procedimiento del análisis, puede vulgarizarse o, simplemente, normalizarse, en el caso de ella mi interés iba en aumento. Siempre la vi con la misma actitud. Una discreta toma, una seguridad natural sin tramoyas y una indiferencia implacable, total. Un ser inalcanzable.

Una noche, cuando llegué, ella ya estaba. Pasé por delante de ella y me situé un poco alejado para poder verla. El restaurante estaba llenísimo y mis miradas ávidas sorteaban siluetas, columnas, vasos, botellas para no perderme el más mínimo detalle de su comportamiento. Pensé que lo notaría

y esto podría incomodarla o, al menos, producirle una mínima reacción. Pero nada, indiferencia total. Aquella indiferencia que duele. Para resarcirme en mi amor propio, seriamente herido, me propuse no indagar. No hacer ningún esfuerzo para conseguir ninguna información; convertirla en objeto. Tan solo mirarla y abandonarme, con masoquismo, a mi imaginación, con preguntas sin respuesta. ¿Quién será?, ¿de dónde es?, ¿es española? Imposible. ¿Quizás hija de un cónsul australiano?, ¿quizás una novicia belga?, ¿una bailarina inglesa?

Pasaron unos días y, para añadirle interés, la vi una vez leyendo un libro. Tenía un plato de patatas fritas delante. ¡Mis patatas fritas! Por un instante se me abrió una pequeña rendija de esperanza. Algo nos une, pensé. ¡Es mi obra! Estuve tentado de decirle desde mi mesa: ¡las he hecho yo! ¡Las hacen como yo les enseñé, yo, yo, yo las he diseñado! Después, mi militancia progre me hizo admirarla mucho más; una chica sola, de noche, leyendo un libro de Thomas Mann. ¡Por fin mujeres que pisan fuerte!

Pasado un rato, un buen rato, esta consideración se convirtió en un sentimiento menos generoso. El libro se me hizo insoportable y la paradoja es que las patatas fritas también. Patatas y libro, ahora unidos, eran el símbolo eficaz que consolidaba su imagen de indiferencia. Pero así como verla pasar o comer ya lo había casi asumido como su natural comportamiento, leer un libro sin levantar nunca la cabeza, ni siquiera para atender a mis patatas, era demasiado para mi absoluta dependencia. Iba leyendo y leyendo, pasando hojas serenamente y, de vez en cuando, como quien no quiere la cosa, iba cogiendo, sin mirar, una patata frita y, sin el menor gesto de complacencia, sin siquiera una pequeña alteración en la trayectoria de sus ojos, ocupados en la siniestra lectura del libro, las iba introduciendo en su boca. Por fin había algo que concentraba su atención pero que a la vez nos separaba más.

Pero mis sufrimientos tan solo acababan de empezar. Una noche el choque visual fue muy doloroso. Estaba sentada con una pareja, radiante. Por primera vez aquel rostro hierático resplandecía con mil chispas, y sus ojos parecían tiernos, pero dirigidos, única y concisamente a su acompañante. El acompañante, inmediatamente odiado por mí, para acabar de hundirme el ánimo, era un productor de cine con melenas, muy conocido.

Estuve bastante tiempo sin volver al restaurante y ojalá hubiera tardado mucho más. Lo que presencié fue determinante para mi alejamiento definitivo. Quizás mi sensibilidad es excesiva, pero el recuerdo del drama del suplantado Chopin con la puta George Sand y el chulo de Liszt, a mí me sirvió entonces, si no para consolarme, al menos para esconderme en el mundo de los genios traicionados y, en este caso, ignorados. Entré en el restaurante tarde, después de una sesión de cine nocturna. Estaba lleno pero me encontraron una mesa en la parte superior. El maître me acompaña y me entrega la carta. Pido una ensalada y una escalopa rebozada. Al retirarse el camarero me quedo frontalmente con la visión que tanto temía. Toda una espléndida cabellera roja a cuatro metros de distancia: es ella y está acompañada. Su posición no es de cuerpo derecho, altivo, indiferente como suele ser siempre. Está muy inclinada hacia delante, hacia su pareja. Creo que es el hombre de pelo largo. No distingo lo que hacen. Ella está siempre incorporada hacia él. De vez en cuando baja un poco la cabeza y luego la acerca servilmente más a él, bastante más. Ahora me fijo mejor y veo que su brazo derecho también actúa. Cada vez que se separa un poco, al unísono con el descenso de la cabeza, levanta el codo, hace unos pequeños movimientos y luego, cuando se vuelve a acercar a él, se levanta bastante más. Estoy sentado perpendicularmente a ellos; su cabellera me hace de biombo. Siguen bastante rato con las mismas extrañas maniobras.

Pago la cuenta y me voy, no sin antes mirar qué están haciendo. ¡Dios! ¿Por qué tuve que mirar? Ella pincha patatas fritas con el tenedor y, con la misma ternura que una madre joven alimenta a su hijo, las va poniendo en la boca de él... ¡Mis patatas!

## Paralelismo Chaplin-Pomés

¡Válgame Dios, qué atrevimiento el mío! A lo largo de mi vida, gracias al oficio de fotógrafo, de mirador incansable y otras manías, he tenido la oportunidad de conocer a seres importantes. Picasso, Joan Miró, García Márquez, Eduardo Mendoza, Julio Cortázar, Coderch, Josep Pla, Mercè Rodoreda, Montserrat Caballé, Gene Kelly, Federico Correa, Alfonso Milá, Luis Marsans, Antoni Tàpies, Modest Cuixart, Joan Ponç, Joan Brossa, Xavier Valls, Néstor Luján, Margit Kocsis, los futbolistas Kubala y Cruyff, los escultores Chillida y Oteiza, y el que fue como un hermano para mí, el doctor Oriol Gaspar, a quien echo tanto de menos y al que nunca olvidaré.

Todos ellos seguro que han influido en mí, pero una de mis obsesiones desde muy pequeño era Charlot, y a medida que pasaba el tiempo, cada vez me gustaba más y llegaba a casi obsesionarme. Aún me emociona ver *Tiempos modernos* y *Luces de la ciudad*. En ambos casos me enamoré de las protagonistas, que desprendían una luz interior y exterior que comulgaba con Charlot. En *Tiempos modernos*, Paulette Goddard hace de chica que va descalza por los mercados robando fruta para sus hermanitas y, al final de la película, Chaplin y ella se van juntos, mientras suena *Smile*, decididos a aprovechar lo mejor de la vida: el amor.

No me corresponde analizar el valor cinematográfico, pero *Smile*, suene donde suene, siempre me emociona, y al final de *Luces de la ciudad* la emoción se convierte en una cascada de lágrimas. Recuerdo algo familiarmente cómico un día que acompañé a mis hijos, cuando eran aún muy jovencitos, a ver esta película, tardíamente consciente de que me exponía a que me vieran con mi ridícula situación emocional post-Chaplin, y fue diría que incluso sonado. «Un día sin una sonrisa es un día perdido», una frase de Chaplin que ratifico totalmente, una frase que me tranquilizó.

A pesar de que intenté prepararme racionalmente pensando en todas las actividades que rodean el rodaje de una película, incluidos los planos más íntimos, las brigadas de técnicos, iluminadores, ayudantes, maquilladores...,

para afrontar el visionado con una coraza de insensibilidad, el fracaso fue estrepitoso. No recordé, por tanto no tuve en cuenta, que el plano final estaba diabólica y sabiamente diseñado para hacer llorar a media humanidad. Y que a continuación aparece el rótulo de *The End* y que inmediatamente se encienden todas las luces de la sala, y a mí me sorprendieron con toda la cascada de lágrimas. Y no me dio tiempo de sacar el pañuelo para disimular, acción inútil por otra parte, porque no me servía para detener mis incontenibles bramidos.

Este atrevimiento casi surrealista que me ha permitido titular así este fragmento tiene cierta explicación. Durante años, Chaplin salía en muchas noticias relacionadas con su vida privada, tuvo varias mujeres, se casó más de una vez... A mí me impresionaba, e incluso casi me sabía mal. Y admirando su extraordinaria, positiva y casi mágica manera de crear personajes femeninos me desconcertaba. Y ahora que reflexiono sobre mi vida y que intento seguir el consejo de Josep Pla que dice que para escribir sobre tu vida lo mejor es que lo haga un enemigo tuyo muy inteligente, hace muy poco me ha venido al pensamiento el recuerdo que ha generado el paralelismo menos positivo entre el genio y un servidor. Yo no me he separado de mi primera mujer, pero me he divorciado varias veces de todas.

# Los irrepetibles

## Doctor José María Jaén. Una mirada que vive

Pensando en mi gran amigo José María Jaén, me ha venido una imagen: su mirada. Su mirada hacia mí, hacia mi padre, hacia Karin y hacia todos, hacia cada ser humano. Nunca pasaba de perfil. Ni siquiera pasaba, siempre iba de cara por el camino más directo, con aquellos ojos que vibraban, conducían, acariciaban, se inflamaban o avisaban. ¡Qué imagen tan potente!

Después venían las palabras, la paciencia, la reflexión, la indignación, la verdad, la generosidad, la crítica, el amor. Cómo nos estimuló y ¡cuánta tontería nos sacó de encima! Nunca he conocido a nadie tan directo, tan buena persona y políticamente tan consecuente. Su familia y la de Nuria Closas eran muy amigas y comulgaban con los mismos ideales políticos. En los momentos más duros de la represión política en nuestro país, él sufría por si sería capaz de aguantar un interrogatorio, pues era de izquierdas, y en aquellos tiempos, junto con Arnau Puig, se reunían a menudo en mi casa, allí se hablaba de todo, pero ellos dos a menudo acababan hablando de política. Un día, a solas, me miró con aquella sinceridad suya, entonces me explicó que intentaba imaginar la situación en que un día lo detuvieran y lo interrogaran. Lo que más le preocupaba no era el daño que le pudieran hacer a él, sino el hecho de no saber si podría soportar el dolor y que sus palabras

acabaran traicionando sus propios ideales.

Jaén, psiquiatra de profesión, era del todo consecuente con su manera de ser, tenía la vocación incansable de ayudar al ser humano. Trabajaba en el hospital psiquiátrico Pere Mata de Reus. Recuerdo la indignación y la impotencia que le producían las carencias que entonces había en los centros de enfermos mentales. En aquellos años cuarenta la izquierda admiraba la sanidad comunista, nos decía José María, y la comparaba con la de nuestros hospitales: «En una sala de un hospital ruso, hay tres médicos por cuarenta enfermos; aquí hay un solo médico para sesenta enfermos». Un día muy triste nos comentó que algunas monjas regañaban a las pobres pacientes femeninas porque cuidaban demasiado de su físico, en contra de la más elemental de las caridades, o no, es decir, curar al enfermo haciéndole recuperar su autoestima. Si no recuerdo mal no duró demasiado tiempo en el Hospital Pere Mata, y fue despedido. Para él la comparación de lo que creía que debía ser y la puesta en práctica tan diferente, le mortificaba.

Es muy difícil ser objetivo con una persona querida, pero ¿y qué? Todo es subjetivo, y los recuerdos al fin se confunden, se amortiguan. Pero esta mirada de José María Jaén revivirá siempre. Para él la única religión era la de ayudar. Durante años, en Nou Barris hizo mucho trabajo, su trabajo: ayudar, cuidar, curar, querer. En junio de 2006, pocos años después de morir, inauguraron una plaza con su nombre, testimonio de cómo le quería todo el mundo.

## Suri

Ricardo Albiñana era un experto operador cinematográfico con el que habíamos trabajado varias veces. Viendo el buen rumbo que adquiriría nuestro trabajo, y que nos hacía falta ampliar nuestro equipo, un día me hizo una recomendación que nunca le podré agradecer lo suficiente. En aquel tiempo no abundaban los profesionales de nuestro ramo, y tanto Karin como yo nos agarramos esperanzados a dicha recomendación, ya que el volumen de trabajo crecía.

De esta manera contactamos con el mejor colaborador que, tras años de trabajar juntos, resultó ser, para nosotros, para nuestro trabajo, para la familia y amigos de todas las edades y todos los círculos, un ser al que nunca olvidaremos, Joan Suriñach, Suri, que era como le llamábamos todos. ¡Qué persona tan buena y tan irrepetible!

Nacido en Barcelona en 1929, Suri era vitalista, divertido y «*echao pa'lante*». Su extraordinaria calidad humana emanaba de una personalidad singular que queda patente en su currículum, como mínimo curioso. Antes de estar con nosotros había trabajado de ayudante con el realizador José Ramón Larraz. Hacían cine de terror, erótico y fotonovela que llamaban «*fotoroman*», una especie de cómic fotográfico. Este trabajo requería dinamismo, atrevimiento y colaboradores sin demasiadas manías. Lo realizaban todo en Sant Cugat, en exteriores, y a veces, según el argumento de la historia, empleaban a gente del pueblo, que entusiasmados hacían papeles de lo que fuera, incluso me habían contado que a veces, si el guion lo requería, los tenían que colgar.

Suri no habría sido Suri si su currículum se hubiera limitado a un solo trabajo. No. La curiosidad y las ganas de adquirir conocimientos lo llevaron a ejercer su profesión en una vertiente muy diferente y, una vez más, muy peculiar.

Trabajó bastante tiempo en el Hospital Clínico de Barcelona retratando autopsias. Allí quedó impresionado con la categoría humana y científica de

algunos estudiantes de medicina que ya terminaban la carrera; uno de ellos, el doctor Vendrell, es aún hoy en día mi médico de cabecera, recomendado por Suri, claro.

Estos trabajos atípicos creaban un desorden en sus horarios de manera que Suri nunca estaba en casa a una hora concreta. Al poco tiempo de trabajar en nuestro estudio, sus horarios laborales se regularizaron y un buen día se presentó en su casa a la hora «normal» de cenar, su mujer, sorprendida y enfadada al mismo tiempo, lo recibió con extrañeza: «¿Qué haces tú aquí?». Él, más sorprendido aún, se picó y le respondió: «No te preocupes que nunca más volveré a la hora». Desde aquel día, sí o sí, al salir del trabajo, Suri salía con alguna secretaria o amigos a tomar algo para no estar en casa a la hora de cenar.

Suri tenía varias facetas en su carácter y podía ser un buen consejero con mucho criterio, y siempre sin ningún tipo de ambición personal. Recuerdo una situación dramática en mi economía: por una falta de previsión del contable nos arriesgamos a no poder pagar a fin de mes a los trabajadores. Suri me llamó al despacho y me dijo que aquella situación yo no me la merecía, que para él trabajar con nosotros era un privilegio, que incluso prefería no cobrar antes de llegar a esa situación tan incómoda, y no lo decía en broma.

Uno de los primeros trabajos que hicimos fue una campaña para los televisores General Electric de pantalla negra, que tenían como novedad una gran luminosidad. A nosotros se nos ocurrió llevar el televisor a la playa y filmar a pleno sol. El resultado fue sorprendente y Suri lo comentaba a los técnicos como una locura genial; se le notaba excitado y feliz.

Además, tenía un carácter guasón que lo hacía cercano a los niños y les gastaba bromas; algún compañero también sufría alguna. Aquellas bromas las llamábamos «*made in Suri*». Cuando saludaba a alguien que estaba distraído, hacía el gesto de lanzarle la cámara fotográfica, aunque él la tenía cogida sin que se viera, pero el susto del receptor no fallaba nunca. Para los niños tenía una técnica infalible: no hacía de persona mayor, sino que se convertía en un niño, eso sí, un poco gamberrete, de tal manera que, si convenía, les hacía la zancadilla o les escondía el balón volviéndolos locos... Nunca he visto a mis

hijos pasarlo tan bien como cuando jugaban con él.

Otros colectivos más delicados, como por ejemplo el de los compañeros de trabajo, tampoco escapaban a sus travesuras. A Jordi, un fotógrafo que trabajaba con nosotros, le hizo una con mayúsculas. Aquel año nos dio por hacer gintonics, y el encargado de hacerlos era Suri. Un día en pleno verano, llegó Jordi de hacer unas fotografías para un encargo, estaba acalorado, extenuado, y nada más llegar le pregunta a Suri: «Señor Suriñach, ¿me podría preparar un gintonic?».

Solícito, a los pocos minutos le entrega un vaso lleno, con los cubitos y la rodaja de limón correspondientes. Jordi lo coge, y con su sed desértica lo bebió a grandes sorbos, pero los ojos le saltaron de las órbitas y comenzó a toser en forma de estornudos histéricos. Suri le había llenado todo el vaso de ginebra.

Ese tipo de gamberradas eran muy habituales. Por ejemplo, una noche en que llegó a su casa y vio que su mujer no estaba, se escondió debajo de la cama. La señora Suriñach, que llegó más tarde, entró en la casa y le llamó: «¡Juan, Juan..!». Y nada. La pobre mujer fue al dormitorio y cuando pasó cerca de la cama, Suri escondido debajo, le cogió la pierna. Así era Suri.

La semana de mi aniversario hace pocos años pasó por casa Llorens, nuestro jefe de producción, y, por supuesto, hablamos de nuestro querido Suri y, aparte de la nostalgia, también de las «bromas Suriñach». Me he quedado completamente alucinado con alguna que no conocía. Pegaba chinchetas al pomo de alguna puerta y cuando alguien intentaba abrirla, el «uyyyyyyyyyyyyyyy» no fallaba nunca. Y otra tan bestia que me cuesta creerla: «Antes de irse, Nana Stefani, montadora eficiente y ordenada, y otra compañera de trabajo se cambiaban en un cuarto de archivadores. Y Suri les preparó una gamberrada mayúscula. Les tiró gasolina por debajo de la puerta y lo encendió con una cerilla. Los gritos se oyeron desde la calle. Y la última que yo tampoco conocía: todos frecuentábamos el bar Molina, que estaba delante del estudio. Como Suri siempre se las tenía con el dueño, un día, de madrugada, le colgó en la puerta un letrero que decía «Cerrado por defunción del dueño».

En cambio, en el trabajo era de un trato conciliador con todos y de una

eficiencia total. A pesar de que no era su trabajo, ayudaba a los eléctricos y con su predisposición y experiencia conseguía que todos, incluso las modelos, sintieran que formaban parte de un equipo sólido y armónico.

Uno de los problemas de nuestro queridísimo Suri era su visible incomodidad, casi terror, en su trato con cualquier autoridad, fuera del rango que fuera. Incluso con un guardia urbano se ponía muy nervioso.

En una ocasión, *La Vanguardia* me encargó hacer el retrato del rey Juan Carlos cuando vino a Barcelona. Le pedí a Suri que me acompañara y casi le da un colapso. Pero lo convencí y el día fijado estábamos en el Palacete Albéniz con todo a punto. Después de comprobar que no llevábamos ningún utensilio ni material sospechoso, fuimos admitidos ante el rey que, hizo un gesto a la policía que nos rodeaba y nos quedamos solos inmediatamente.

Mientras yo estudiaba el entorno buscando el mejor encuadre para hacer el retrato, el rey se puso a hablar sobre fotografía con Suri. Como aficionado le hacía preguntas sobre cámaras y técnicas y yo quedé aparcado.

Al ver a Suri tan liberado de su temor a las autoridades, incluso pensé que le haría al rey aquella bromita de lanzarle la máquina, pero no fue así. Aumentó su habitual diligencia, tanto que el propio rey se dio cuenta y dos o tres veces me hizo un gesto divertido de complicidad. Me sorprendió que el rey captara la muy particular personalidad de nuestro querido Suri.

## Federico Correa

Federico Correa, arquitecto olímpico, junto con su compañero de toda la vida y socio, Alfonso Milá, dirigieron la remodelación del Estadio y el Anillo Olímpico de Montjuïc. Catedrático famoso de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, las clases de Correa en la Escuela son recordadas, probablemente por muchos, como lo más estimulante que recibieron durante la convencional enseñanza practicada durante la década de los setenta. Para otros, más conservadores, Correa los colocaba en una situación surrealista en la que no entendían nada. Cristian Cirici, en su sexagésimo aniversario, en un emotivo discurso, ante muchísimos amigos dijo que en su vida había tenido dos personajes determinantes: su madre y Federico Correa.

Todos reconocen su ascendente en las generaciones de arquitectos como Bofill, Bonet, Cirici, Moragas, Tusquets y un larguísimo listado de nombres importantes. La influencia de Federico Correa ha sido, no solo para los arquitectos, sino para mucha gente de nuestra cuerda, una higienización trascendente que los hizo emerger del gris plomizo de tantos años de inmovilismo. Su talento como arquitecto y su personalidad humanista son reconocidas entre las élites más sofisticadas de todo el mundo. Como el Swann de Proust, es reclamado en todas partes, en los ambientes más aristocráticos e intelectuales de la corte, para princesas italianas cercanas al Vaticano, en una lectura de poemas feministas, en un mitin del PSUC o en la última *boite* de escándalo que se acaba de abrir en Nueva York; sin embargo, así como el personaje proustiano declinaba todas las invitaciones, Correa tiene a punto siempre sus diferentes vestuarios, minuciosa y creativamente estudiados y clasificados, para irrumpir, brillante y único, en cualquiera evento.

Cuando yo lo empezaba a conocer, lo telefoneé para consultarle sobre un pavimento de cerámica que quería ponerme en un baño de casa. Su explicación, en la que salieron todos los comportamientos humanos habidos y por haber para la utilización de un baño, desde que un enfermo y medio

desmayado se despierta por la noche para ir a hacer pis, hasta quien improvisa un tango con una mujer con tacones altos... No dejó nada por analizar. Su monólogo didáctico me había dejado KO. Decidí que sería mi arquitecto para cualquier obra que yo emprendiera. Lo que he cumplido.

Unos años después, ya muy amigos, un día lo necesité para un asunto no profesional. Yo tenía una novia norteamericana, muy joven, muy alta y muy guapa, Tery, una estudiante de Iowa, de «casa bien», que recorría el mundo haciendo de modelo. Nuestra relación tenía algo de estrambótico, además de nuestra desavenencia gastronómica que ya he comentado: gran diferencia de edad —yo iba por los cincuenta y ella tenía veintitrés o veinticuatro—, diferencia de continentes y de pensamientos. Era muy buena persona, pero tenía aquella arrolladora e higiénica curiosidad que tienen los norteamericanos por Europa que, cuando la notas en tu propia carne —¡y se nota!—, hace que te sientas poco menos que portador de todas las taras, inutilidades y otros vicios que conlleva la decadente Europa. El caso es que llegó una amiga de Nueva York a pasar unos días. Tan alta, tan guapa y tan o más americana que ella. La chica era muy simpática y también voluntariosamente llena de curiosidad por Europa y también por conocer el exótico y madurito novio de su amiga. Por mi parte, se trataba, pues, de quedar bien. Tenía que llevarlas a cenar y, naturalmente, a bailar.

No eran nada amantes de las tapas, ni de tomar manzanilla... Entonces, ¿qué hacer? Y pensé en llamar a Federico, mayor que yo, pero nuestro amigo más internacional. Federico es lo que podría llamarse un hombre de mundo, además, tiene un punto sofisticado y cierta imagen de *latin lover* aristócrata. Quedaron impresionadas. ¿No querían conocer mundo? Pues nada de un muchacho lleno de vitalidad y tonterías. Federico me haría quedar bien. Dicho y hecho, lo telefoneé y casualmente estaba libre. Le hizo gracia mi propuesta y, además, me comentó, ya sin que yo pudiera intervenir más en la conversación, que tenía especial interés en ir a Scala Barcelona por dos motivos, que me explicó detalladamente. Hay una gran atracción, de la que le han hablado muy bien y, lo más importante, es que precisamente hoy se celebra la noche de Viena, organizada por el consulado austriaco. Me quedé asombrado. La Scala era el lugar más burgués, donde llegaban todos los

autocares de turistas y, por si fuera poco, una fiesta vienesa... Me vi perdido.

Había aceptado acompañarme y esto era de agradecer, pero, además, cuando Federico se lanza con una propuesta por teléfono, es técnicamente imposible intentar oponer la más mínima resistencia. Digo técnicamente porque se produce un monólogo sin pausas, con argumentos de una precisión minuciosa, de detalles interesantísimos de referencias históricas, de bromas en varios idiomas, etcétera. Absolutamente formativo y apasionante, pero un monólogo, un muro de cemento pesado, absolutamente inexpugnable, por el que no pasa ninguna palabra que oponga la más mínima resistencia. Por lo tanto la cosa estaba hecha. Hacia la Scala.

Yo le había hablado a mi amiga de Federico. Había presumido de amigo. Un poco lo de «Ya verás, ya verás...». ¡Qué nivel, qué profundidad, qué relación tan estimulante con las nuevas propuestas rompedoras! Y, de repente, estamos los cuatro en la Scala, rodeados de todos los pesos pesados de la colonia vienesa más ruidosa y feliz. Me quería fundir. Nuestra mesa era la única que no reía. Ellas estaban como un palo, educadas, monísimas, pero con una mirada perdida, absolutamente estoica e impenetrable. Federico, obnubilado, no se enteraba de nada, estaba en situación, perfectamente ambientado, en la situación «espectáculo, Viena, opereta». Iba de ida. Ésta, además de otras, es una de las grandes virtudes de Federico Correa. Una curiosidad exhaustiva por un tema determinado. Casi estrictamente monográfica, sea lo que sea. Ahora toca fiesta vienesa en la Scala y, para Federico, estábamos en una fiesta vienesa. Se puso encima la careta oficial del más feliz, cuadriculado y vital juerguista vienés y no se la quitó en toda la noche. Y habló alemán con una enfatización muy eficiente y cómica de la cantinela del idioma.

Llegaron los postres, servidos por camareros robóticos como el resto de la cena lamentable que los había precedido y, en medio de una alegría llamativa de los participantes de la Gran Kermesse centroeuropea, se apagaron las luces y se anunció, por potente megafonía, la gran atracción de la noche: «La dirección de Scala Barcelona tiene el inmenso honor de presentar para todos ustedes al ladrón más famoso del mundo. *Ladies and gentlemen*, escondan sus relojes, carteras, corbatas, joyas...».

Se volvieron a encender las luces, y apareció el artista, bajando los fatídicos tres o cuatro escalones que separan la pista de las mesas. Se trataba pues de participar irremisiblemente. Del ladrón internacional me habían hablado, lo pintaban de extraordinario, y se decía que lo más divertido era que después de hacer el número por las mesas, desplumando a todos con una eficiencia absoluta y provocando la hilaridad del público, escogía a cuatro o cinco personas de entre los comensales y los invitaba a subir al escenario, donde, con una brutal iluminación, los sometía, uno a uno, a un concienzudo experimento de desmetilación de prendas de vestir.

Yo, que tenía la moral internacional bajo la mesa, traté de fundirme, arrugarme, para lograr ser algo menos visible, al tiempo que me sacaba el reloj de la muñeca, cuando veo, de repente, a Federico que se pone derecho, levantando el brazo, pidiendo ser de los elegidos para el experimento en el escenario, exactamente con la misma y odiosa insistencia del primero de la clase, cuando nadie se sabía una pregunta del hermano. Solo que ahora no se trataba de acercarse a la pizarra y hacer una brillante exhibición de repelente «memorión», sino de subir al escenario y ser sometido a una minuciosa prueba de las habilidades del buen hermano ladrón, dramáticamente remarcado por estrepitosas carcajadas del público.

Las norteamericanas no entendían nada, absolutamente desconcertadas como yo, prácticamente bajo la mesa, y mi internacional amigo, Federico Correa, la única persona de pie en todo el local, pidiendo insistentemente ser uno de los elegidos. Fue inevitable, el «gran ladrón» se acercó a la mesa y se lo llevó. No sé si con muchas ganas porque lo escogió el último, lo que me hizo sospechar que debía de presentir algo extraño o, como mínimo, no habitual, porque generalmente la gente se retrae por natural timidez a excepción de los borrachos. Que no era el caso de Federico. Por el contrario, él seguía insistiendo. Era la imagen del inspector sobreexcitado ante las pruebas reveladoras que le llevarán al desenlace tan soñado y trabajado. Efectivamente, el gran ladrón lo había intuido. Comenzó con uno de los cuatro primeros escogidos y lo dejó «en cueros», fue tan espectacular que el pobre infeliz, después de todas las pruebas, cuando volvía a la mesa en medio de unas risas atronadoras, no encontraba la escalera para bajar, no la veía

porque le había quitado las gafas y no se daba cuenta. A Federico lo despachó en un minuto. Primero le quitó el reloj y pasó algo poco habitual, por no decir algo que no pasaba nunca, en la clase de personas elegidas para la prueba, el gran ladrón se encontraba, por primera vez en su dilatada vida profesional, tras haber puesto en ridículo a media humanidad, ante la mirada estudiantil de un señor que le pidió que se lo volviera a quitar para estudiarlo mejor, no por no dejárselo quitar, sino simplemente para estudiarlo minuciosamente. Pero no le sacó nada más, le dio la mano, nervioso y desconcertado, y pasó al siguiente. Nadie entendió nada y menos las norteamericanas.

Después vino el baile: vales, polkas... Federico estaba en su elemento. Sacó a las norteamericanas a bailar repetidas veces. Las cogía fuertemente, les cantaba al oído haciendo una parodia exagerada del idioma, que domina, y los galanes imposibles del cine alemán de opereta. Yo, mientras bailaba con una, lo veía cada vez más lanzado. Por última vez intenté convencer a mi amiga de que Federico había sido para todo el progresismo del país una pieza fundamental. Mientras yo esgrimía mis argumentos, infructuosamente, sonó un pasodoble español. Ver a un alemán, cuando han tocado el «pito» para divertirse y si el motivo del pito detonante es un «Pasodoble español» es un espectáculo inenarrable. Ahora bien, ver a Federico haciendo la correspondiente parodia es un espectáculo duro, definitivo. Las que no lo sabían eran las dos representantes del nuevo mundo.

Mi hundimiento era total. La estupefacción de las americanas era absolutamente dramática e irreversible. Tardé muchos días en restituir la confianza de mi joven amiga. Si lo conseguí, no lo sé, pero lo que sí sé, es que el prestigio de mi amiga, frente a su compatriota quedó muy deteriorado.

Cuando yo me casé, a principios de los sesenta, tuvimos la suerte de conseguir un piso de La Caixa, que para mí y para Karin era el piso soñado. Un dúplex en un edificio tipo rascacielos, de Bohigas y Mitjans. Tardamos mucho en amueblarlo. No teníamos prisa y los dos éramos unos maniáticos de la estética en una época en que costaba muchísimo encontrar una lámpara, una mesa o un sofá si no querías caer en piezas convencionales que detestábamos. Y así estuvimos años sin el cabecero de la cama, por ejemplo. Un día vimos uno en casa de unos amigos que nos gustó mucho. Era

simplemente una pieza de madera, forrada de lana y tapizada con pana. Muy sencilla pero muy elegante. Me dijeron que lo había hecho (entonces no se llamaba «diseñado») el arquitecto Federico Correa.

Ya he dejado claro que es muy difícil hablar con Federico Correa por teléfono. Puedes escuchar pero hablar, no. Ni siquiera puedes dar cabida a un comentario que sobrepase un sí. Un no es un riesgo demasiado peligroso. Lo más normal y mejor es que del «no» no se entere, porque si lo oye se puede producir un silencio tenso con un inaudible «ejem» por su parte que quiere decir que se ha cabreado.

Hay que decir que Federico tiene un interés por todo casi exhaustivo y reflexiona infinitamente, en voz alta, naturalmente, al otro lado del hilo telefónico. Si le llamas para hacerle una pregunta, pone la directa y ya no la saca hasta que se da cuenta de que es la hora de la cena y entonces, corta en seco, te despide y no permite ni siquiera darle recuerdos para nadie.

En una ocasión, nuestro amigo Alfonso Milá compartía con Federico un encuentro en Madrid con la marquesa de tal y la condesa de pascual, sentados en el hall del hotel Ritz tomando unas copas. De repente, Alfonso creyó que Federico se había vuelto loco. Lo vio abrir la boca y dejando caer todo el líquido que acababa de ingerir, sin ningún gesto complementario ni excusa, ni ningún preámbulo, simplemente abriendo la boca y dejando fluir toda la catarata de líquido. Motivo: se había equivocado de copa y en lugar de su gintonic había bebido agua.

Ya hace unos años me llamó a Fontclara. Hacía meses que no hablaba con él y, con el mismo tono que utiliza una persona que está continuamente en contacto con otra, me dice que, como que ya falta menos de un año para su sexagésimo aniversario ha decidido comunicarme que quisiera que le hiciera una película, como regalo, donde salieran todos sus amigos haciendo algo de actuación que completara la correspondiente felicitación. Ni que decir tiene que comportaba un trabajo considerable, ya que en Federico tiene muchos buenos amigos, pero le hice la película con mucho gusto. De todas las divertidas actuaciones y anécdotas que aparecen, recuerdo muy vivamente la que narró Toni López de Lamadrid: «Una tarde de verano, después de pasear con Federico por la playa de Comillas, nos detuvimos para continuar la

conversación apoyados en unas rocas. Invitaba a hacerlo, la tarde era amable, el mar estaba sereno, la mágica quietud del atardecer marítimo... De repente un grupo de niños rompió abruptamente aquella paz entrando ruidosamente dentro del agua y salpicando entre risas y gritos alegres. Cuando nada indicaba que se fueran a ir pronto, Federico se dirigió a ellos y con tono ofendido los amenazó diciendo: «Niños, si no paráis, nos vamos».

## Oscar Tusquets

Desde que lo conozco, es uno de los personajes que más me interesan de Barcelona. Muy despierto, polémico, brillante, rápido, no amante de las formas ni los convencionalismos, contradictorio a veces y con unas convicciones sociales muy sinceras (que pueden ser desconcertantes para su auditorio); según el tema de la conversación, si él no está conforme puede comenzar una explosión de voz ascendente, con tal ardor, que la banda sonora suele tronar sea en el marco que sea y con el auditorio que sea.

El personaje tiene también una técnica especial que utiliza cuando intuye que puede desencadenarse una discusión, lo que le encanta. Efectivamente, no falla y tengo que confesar que personalmente es cuando me lo paso mejor. El antagonista, si es de reciente confrontación, cae indefectiblemente en la trampa. Todo comienza cuando Oscar, con expresión coloquial, lanza un tema, generalmente de actualidad.

Una noche, en casa de mi gran amiga Lydia, con Carles Sans y su encantadora mujer, acabada la cena y en los inicios de lo que prometía ser una agradable tertulia, Oscar lanzó la trampa aparentemente inofensiva: «¿Has visto *Titanic*?». Carlos dijo que sí con entusiasmo, y allí se montó una violenta discusión. Oscar odiaba el filme y como siempre sus argumentos fueron brillantes, sus detalles de experto observador eran y suelen ser demoledores. La cosa acabó mal. Unos años después, Carles Sans, encantador y brillante en sus diálogos, aún recordaba la discusión.

En la década de los sesenta la mayor parte de los intelectuales tenían una ostentosa aversión a la televisión. Muchos, fieles a sus convicciones, no tenían aparato y algunos, menos fundamentalistas, disponían de un televisor de pequeño formato, medio escondido como olvidado en un rincón. Oscar tenía dos televisores de tamaño considerable, presidiendo, los dos, la sala de estar. Uno con la primera cadena y el otro con la segunda, que entonces llamábamos UHF. Y lo que remató mi sorpresa y admiración es que los dos televisores estaban siempre encendidos. Así no se perdía nada.

Junto con Beatriz de Moura crearon en los años setenta Tusquets Editores, publicando las colecciones Cuadernos Ínfimos y Cuadernos Marginales. El binomio editor, Beatriz y Oscar, hizo grande, en mi modesta opinión, el sello, que por su conjunto, la selección de sus autores y traductores, sus contenidos, el diseño de Oscar y Luis Clotet, todo minuciosamente cuidado, publicó libros memorables. Mientras escribo sobre este tema, mi secretaria Isabel Fàbregas me reafirma el valor de esta editorial al recordarme que, por su padre, gran librero de raza, los libros del sello de Beatriz y Oscar estaban presentes en su librería, El Hogar del Libro, como piezas prestigiosas e indiscutibles.

Me reafirmo en mi comentario inicial: Oscar Tusquets es de los personajes de Barcelona que más me interesan. Vimos a Liza Minnelli en un espectáculo en directo en Barcelona, en un local que había sido una especie de palacio de deportes en la Gran Vía. Liza Minnelli, extraordinaria, nunca la olvidaré. Al final de su actuación, el público se puso de pie aplaudiendo fervorosamente un largo rato. Me di la vuelta, y un par de hileras atrás, vi a Oscar aplaudiendo con lágrimas en los ojos.

Otra de sus cualidades que he podido constatar es su amor y generosidad por el talento. Cosa extraña en el gremio, no es envidioso y es capaz de manifestar su admiración, incluso de alegrarse ante una obra bien hecha. Recuerdo una vez, a la vuelta de París, que le hablé de un espectáculo sexy que acababa de ver, *Le diable*, interpretado por Rita Renoir.

No me lo habían recomendado, pero caminando por la Rive Gauche vi un cartel muy sugerente que lo anunciaba. Habíamos ido a rodar un spot de Terry con la estrella Margit Kocsis y mi mujer Karin. Recuerdo, y lo pensé *in situ*, el efecto que debíamos de producir, dos rubias impresionantes y yo en medio del pequeño teatro, sentados en las dos primeras filas, rodeados de hombres calvos que abarrotaban estas hileras. Lo primero que vieron mis ojos alarmados al entrar, fue aquella fatídica escalerilla situada en medio de la boca del escenario, y pensé en el cuadro llamativo para la estrella, que supondrían las dos rubias una a cada lado de un hombre con barba. Efectivamente. Comienza el espectáculo. Rita Renoir, espléndida, supersexy es *le diable*, pero su personaje es muy agresivo, un alegato contra los que

pagan por sexo. Yo cada vez más encogido, solo tengo ojos para la escalerilla y pasó lo que me temía. Ahora solo veo los pies descalzos de Rita Renoir encaramados por los soportes de las sillas más cercanas, y ¡Dios mío! Se encienden dos focos impertinentes y yo de tan encogido, casi estoy en el suelo. Afortunadamente creo que Rita Renoir se apiadó de mí, y se ocupó de otros señores de la primera fila. De vuelta en Barcelona le expliqué la experiencia a Oscar.

Al cabo de un mes me llamó y cenamos. Volvía de París entusiasmado con Rita Renoir, no recuerdo si fue con su pareja, pero lo que sí sé es que pidieron subir al escenario. Y subió a él y me agradeció mucho que se la hubiera descubierto. Así es Oscar.

Otra anécdota que me viene a la mente es una conversación reciente de mi hijo Poldo con Oscar en la barra del restaurante Il Giardinetto. A mi lado había una pareja de clientes desconocidos, que tomaban sus gintonics sin poder parar de reír con el diálogo entre Oscar y Poldo. No sé quien sacó el tema de Benidorm, pero cuando oí la palabra ya me esperaba una gran desbarrada. Pero no, ocurrió todo lo contrario. Oscar llegó a decir que Benidorm era el lugar más democrático del mundo. «Aquellos edificios en primera línea de mar, que a todos nos horrorizan, son para la gente, para el pueblo, para que puedan ver el mar. Los ricos tienen sus yates y embarcaciones de lujo, que ya están en el mar.» Incluso me parece que Oscar llegó a decir que Benidorm podría ser una operación dirigida por el PSUC.

## Xavier Valls

Lo primero que me viene a la cabeza al pensar en Xavier es que ha sido único. No estoy de acuerdo con esa frase popular que dice que nadie es insustituible. Xavier Valls es completamente irreplicable. Su obra era y es inconfundible.

Podía hacer un bodegón con dos simples piezas de fruta y sentías, y sientes, al verlo la emoción que te produce la gran obra de arte. Pero además de ser un gran pintor con una obra muy importante, Xavier Valls desprendía una atmósfera personal que nos ha contagiado a todos. Muy culto, elegante, seductor, amigo de sus amigos, tertuliano brillante y divertido, irónico y con unos toques provocadores devastadores. Recordaré siempre las tertulias en su casa de Horta. Ir a cenar a casa de Valls ha sido siempre un acontecimiento esperado con ilusión. Los veranos, cuando llegábamos, él estaba sentado en el precioso jardín, vestido de un blanco impecable, muy distinguido, y comenzaba la fiesta.

En casa de Valls se podía hablar de todo, y se sucedían discusiones divertidas, anécdotas vividas en París con los grandes artistas de la época... Cuando Xavier hablaba era tal la gracia y la finura de sus observaciones que las percibías como si las hubieras vivido. Y Luisa, su musa y madre de sus hijos, siempre elegante, le reía los chistes como si fuera la primera vez. Creo que lo que se dice de que junto a un gran artista siempre hay una gran mujer suele ser cierto; pero habría que decir también que junto a esta gran mujer ha habido no solo un gran artista, sino también un gran hombre. Era tan intensa la relación entre los dos que hoy Luisa continúa recreando con convicción la atmósfera de Xavier y hace que su obra siga viva.

## Tres encuentros con Alberto Closas

El primero fue una noche en que, al volver a casa, me encontré un espectacular Pegaso aparcado en solitario frente a la puerta del 244 de la calle Balmes, donde yo vivía. El deportivo, creado y fabricado en España, era el gran reto nacional con el que ponernos a la altura de los Ferraris, Aston Martin y otras marcas de gran prestigio. Y ahora lo tenía cerca, ¡qué maravilla! Me agaché para mirarlo por dentro, embelesado, cuando, de repente, sonó a mi espalda: «Eres Pomés, ¿verdad?». Me di la vuelta sorprendido y me quedé boquiabierto, era Alberto Closas, el famoso actor, que me llamaba por mi nombre, sonriendo, y, mientras abría la puerta del Pegaso, añadió: «Vengo a ver a mi hermana Nuria, que me ha hablado muy bien de ti y de tu familia. Os quiere mucho».

Qué personaje tan atractivo, pensé, y en este breve encuentro reconocí en Alberto los rasgos de nuestra vecina Nuria Closas, igual de directa y cautivadora.

Mientras se iba con su flamante deportivo, recuerdo haber sentido esa especie de ráfaga de alegría mundana, una mezcla de pena y felicidad: «Qué lástima que no nos haya visto nadie».

El segundo encuentro fue en nuestra casa, con Karin. Esta vez con calma. Habían pasado muchos años, más de cuarenta. Recuerdo su simpatía, pero no el motivo del encuentro ni de qué hablamos. Pero como soy un observador incurable sí tengo vivas en mi memoria visual sus preciosas manos, su elegancia natural y sus formas tan coherentes.

El tercer encuentro se produjo en el décimo aniversario de la muerte de Josep Pla. De acuerdo con el colegio de periodistas, realizamos un documental dedicado al gran escritor ampurdanés. La vastedad de su obra, el tiempo escaso y la modesta dotación económica de que disponíamos no nos permitía extendernos.

Decidimos basarnos en los numerosos viajes que realizó a lo largo de su vida periodística. Considerábamos que la visión que transmitía de los

diferentes países era bastante global para explicar su compleja personalidad de pensador crítico. Una voz en *off* debía desgranar más de veinte páginas de textos seleccionados de su obra sobre imágenes de los diferentes países, describiendo y descubriendo sus atmósferas. En aquellas páginas se mezclaba la opinión y la crítica. Eran textos extraordinarios, preciosos y agudos, textos que aún hoy son de una actualidad sorprendente. Pero ¿quién pondría la voz?

Habíamos visto por televisión varios pequeños documentales interpretados por profesionales reconocidos con muy buena voluntad, pero nada más lejos de Pla. En esta dramática disyuntiva surgió la gran idea: Alberto Closas. Lo llamé a Madrid con cierto miedo de que no pudiera. Le expliqué de qué se trataba. Respuesta inmediata: «Mañana tengo una sesión de grabación en Valencia. Es poca cosa, si vienes a las doce lo hacemos».

Y así empezó una de las experiencias más importantes que he vivido en mis muchos años de trabajos profesionales. En el locutorio del pequeño estudio de grabación le entregué el guion. Leyó la primera página, solo la primera página, y dijo: «Ya podemos empezar». Se encendió la luz roja, colocó el guion en el atril y comenzó y siguió sin detenerse ni una sola vez. Me quedé conmocionado. La entonación, la ironía, el ritmo, las pausas, el énfasis..., toda la locución de Closas era la esencia de Pla. La voz de Alberto Closas no tenía nada que ver con la de Pla, pero era tan Pla como Pla.

## María Bofill

No habrá otra María Bofill. Si hay cielo, María estará en la mejor suite con todo un coro de ángeles fascinados, o sentada junto al Señor, no menos fascinado. Físicamente no era una gran belleza, era graciosa, algo bajita pero muy elegante, un poco cargada de espaldas, de rostro y voz masculinos, pero con unos ojos negros de una viveza que podía perforar a quien se le ponía por delante, pero siempre con un depurado sentido de la elegancia y una curiosidad inacabable.

Podía ser muy generosa, su fidelidad a la familia, a la amistad y al talento eran algunos de sus grandes atributos, pero si alguien los tocaba o despreciaba podía convertirse en un genio demoledor. Su mente era rápida, creativa y capaz también de mentir o maquillar con gracia cualquier argumento si así conseguía sus propósitos. A pesar de todo ello, o quizás por ello, era la mujer más seductora que he conocido. En un viaje que hicimos en coche por Italia con ella, Emilio, su marido, y mi mujer Isabel, vivimos en directo momentos inolvidables.

Paramos en un restaurante Motta de la autopista para tomar algo. La inmensa barra estaba repleta de turistas recién bajados del autocar. Yo pensé que la espera sería larga. Doble fila de clientes gritando, los camareros desbordados, y aún ahora, cuando lo escribo, no lo entiendo. En un par de minutos escasos, María tenía un camarero para ella sola atendiéndola. ¿Magnetismo? ¿Sus ojos penetrantes? No lo sé. La cuestión práctica es que los cuatro disfrutamos inmediatamente de ristrettos y cruasanes.

De camino hacia Milán, María iba siempre al lado de Emilio, que conducía. De vez en cuando le hacía advertencias por un pequeño error que solo ella había percibido. Y más tarde, tras uno de esos errores que le pareció más grave, soltó imperativamente al segundo: «¡El lunes, al llegar a Barcelona, te llevo a Barrrrrrrrraquer!». Al escribir me quedo corto al intentar reproducir el énfasis de alto mando militar de esa frase. Isabel y yo nos reímos.

En Milán la acompañamos a una zapatería de mujeres, a la mejor, según María. Entramos los cuatro. El panorama era abarrocado. Varias señoras sentadas en sofás con un generoso despliegue de zapatos a sus pies y de dependientas que las atendían. Otras iban y venían ligeras con más cajas, que, arrodillándose, depositaban ante sus clientas para hacer nuevas pruebas. Nuestro futuro inmediato se preveía asfixiante. Yo inicié la retirada y antes de llegar a la puerta casi tropiezo con María, que cogía por el brazo a una dependienta que iba a probar más zapatos: «*Da dove vieni lei?*». La chica sorprendida: «*Da Liguria!*». Y María casi abrazándola: «*Da Liguria? Anche io!*». Y siguió como si hubiera encontrado a un familiar querido, y le acarició la mejilla. A los pocos minutos, María, ya sentada, tenía varios pares de zapatos extendidos a sus pies.

Un verano en Fontclara se produjo la acción más rápida y graciosa que he vivido con María. Era verano, y teníamos una tertulia en la terraza. Unos cuantos amigos y familiares. Entre ellos, mi excuñado arquitecto que no conocía personalmente a María, de la cual le hablamos febrilmente. Estábamos todos sentados, Ricardo y María uno al lado del otro en dos sillones de mimbre. Ricardo estrenaba pantalones vaqueros. La conversación general era muy viva. En un determinado momento, en plena animada tertulia, María estaba contando algo para todos y de repente, sin pararse, ligando las palabras y sin mirar a Ricardo, le frotó una rodilla con la mano y con el mismo tono de voz, le dijo en un segundo escaso: «Demasiado nuevos». Y siguió hablando.

Ella me devolvió mi afición a la pasta como la hacen en su Italia natal. En Barcelona, en aquel tiempo, los restaurantes italianos dejaban mucho que desear, y a mí, personalmente, no me producían ningún placer especial. Y en mi casa cocinaba mi tía, grande y paciente cocinera. En cambio, la pasta la descuidaba. Podía pasarse horas elaborando, a fuego lento, un sofrito de tomate aromático, perfecto de textura y sabor, y en cambio, pasarse en la cocción de los macarrones o, incluso, dejarlos sumergidos en agua de cocción con la peregrina idea de que así no se enfriarían.

Todo cambió el día en que María me invitó a comer a su casa. Llevado por mi entusiasmo al concluir el plato de *fettuccine al doppio burro*, que

había preparado ella personalmente, me levanté de la silla, me arrodillé ante ella y le besé las manos repetidas veces. A los dos meses le ofrecí dirigir un restaurante, y así nació Il Giardinetto.

## Johan Cruyff

Tuve la gran suerte de poder conocer a Cruyff personalmente. Y fue con toda naturalidad, sin buscarlo. La firma Pinturas Bruguer me encargó hacer un spot con Dany Cruyff como protagonista. Y el día del rodaje vino acompañada de su marido. ¡No me lo podía creer! Mi ídolo, Cruyff, en persona en mi estudio. Me esforcé por ocultar mi emoción y lo hice otorgándole toda mi atención a Dany. Ella, una mujer rubia, elegante y preciosa, se mostraba de una gran discreción a la vez que visiblemente nerviosa. Para que se tranquilizara la hice pasar sola a mi despacho, lejos del plató con toda la parafernalia de focos, técnicos y ayudantes. Mientras tanto, Cruyff se quedó hablando con ellos como si solo fuera un marido.

Antes de empezar siempre me gusta hablar distendidamente con la persona con la que voy a trabajar, para conocerla, para estudiar sus características, pero sobre todo para establecer una relación amable y cercana. Para animarla le dije que siempre que tenía que hacer un trabajo importante yo también estaba muy nervioso, y que a pesar de los años que hacía que me dedicaba a aquello, seguía con la misma desazón. Ahora sabía que esto no cambiaría nunca porque había llegado a la conclusión de que el motivo era el respeto que los buenos profesionales tienen ante un nuevo reto. Y Dany Cruyff me dijo inmediatamente, como si lo acabara de pensar por primera vez:

—Ahora comprendo lo que me dice a veces Johan que cuando sale al campo le tiemblan las piernas.

Me dieron ganas de abrazarla o pedir champán para celebrar esta noticia: a uno de los jugadores de fútbol más geniales, inteligentes y reconocidos mundialmente, cuando salía el campo le temblaban las piernas. A él, un genio que había revolucionado el fútbol, que siempre marcaba unos goles memorables, y que propiciaba unas ruedas de prensa sorprendentes, llenas de ingenio y con un gran sentido del humor. Si a Cruyff le temblaban las piernas antes de iniciar un partido, yo me podía permitir sin complejos que a mí me

temblaran doblemente ante un rodaje. En adelante me lo tomaría como una garantía de que todo saldría bien.

## Alexandre Cirici Pellicer[\*]

No soy un ponente válido para hablar de Cirici Pellicer. Intento apartar la nostalgia, cosa nada fácil porque le debo mucho. Ahora pienso que sin él, mi entrada en el mundo del arte hubiera sido mucho menor, o dicho de otro modo, lo que he conseguido en este terreno, él me lo reafirmó.

Ir al despacho de su agencia de publicidad Zen y tener el enorme privilegio de escucharlo, era apasionante y divertido. Cirici era auténtico intelectual, irónico, con un gran sentido del humor y, algo poco frecuente, nada envidioso. Le gustaba mucho conducirte y al mismo tiempo estimularte.

Personalmente le debo muchísimo, porque desde un principio y con motivo de mi primera exposición en 1955, dedicó gran atención a mis fotografías, incluso inventó un nombre para ellas: melanografías. El análisis que hizo me animó a seguir el camino que recientemente había emprendido sin saber si realmente era lo que tenía que hacer en la vida. Unos meses después, a Tàpies, Brossa, Subirats y a mí nos dio la oportunidad rompedora de exhibir nuestra obra en pleno paseo de Gracia, en los escaparates de la tienda de trajes Gales, a las que en aquellos tiempos su estudio le llevaba la publicidad, dándole así una personalidad que la distinguía de entre todas las tiendas de moda de aquel tiempo. Sin aparentemente quererlo, Cirici condujo y orientó al grupo juvenil de artistas en el que yo me movía en los años cincuenta y sesenta.

En aquella época éramos un poco iconoclastas. Rechazábamos el pasado artístico que nos precedía, queríamos romper con todo, queríamos innovar, y Cirici nos escuchaba visiblemente interesado en nuestras opiniones e intenciones, pero, con elegante serenidad, nos hacía reflexionar sobre la evolución del arte y analizar en profundidad lo que habían creado algunos artistas anteriores a nosotros, que no tan malos como nos parecía. Sus conocimientos eran vastísimos y sólidos. Y no solo porque fuera un erudito, también tenía la sensibilidad natural del artista.

La palabra «erudito» parece evocar la imagen de una persona de edad. No

era su caso, y aunque nos llevara algunos años, no quedaba separado de nosotros por pertenecer a una generación anterior. A pesar de su seriedad, su aspecto era juvenil y avanzado. Ya en aquellos años grises vestía diferente de los hombres de su edad, un rasgo que, unido a su notable apariencia física, lo distinguía sin estridencias del estilo convencional.

En su despacho presencié una larga conversación entre él y Francesc Vicens (escritor y político de izquierdas), ambos en la mesa de Cirici. Uno frente al otro. ¡Qué espectáculo tan memorable! Hablaban de insectos. Con detalles, nombres, morfologías, vida y costumbres. Yo estaba completamente obnubilado. Al marcharse Vicens, Cirici me dijo: «Es la persona que más sabe de insectos, una autoridad».

Unos años más tarde, Cirici me encargó una fotografía para hacer la decoración de un gran restaurante que él había diseñado en la plaza Real y que se llamaba Tobogán. Presenté un proyecto de una gran imagen mural alargada de diez metros por uno de altura. Él me dio ideas para que fuera como un rompecabezas. Hice fotografías de primeros planos de una persona, cabezas, brazos, cuellos, manos (lo hice con una chica muy bonita y esbelta, Teresa Barba, mujer de Tàpies). El resultado final fue espléndido. Y al ver el mural colocado en la pared del restaurante, se constató una vez más que la idea de Cirici fue determinante. Me felicitaron todos, los propietarios, los clientes, el personal...

Pero aún no había pasado un mes, cuando llegó al restaurante una orden gubernativa exigiendo la retirada del mural fotográfico. Sin explicaciones. Completamente incrédulos, pensamos que era un error, ya que la fotografía no tenía absolutamente nada de censurable. Ni siquiera la mente más perversa podía encontrar o imaginar nada fuera de lugar. Los propietarios del restaurante no hicieron caso y al cabo de medio mes se presentó la policía con un notario y arrancaron la fotografía y se abrió acta de que la imagen era destruida y metida en un saco que se llevaron. Pasado el gran disgusto y los años, ahora pienso que tal vez la orden provenía de un castigo por el currículum político de Cirici.

Nunca perdimos el contacto. Aunque no sé si fue cosa del azar, el caso es que nos volvimos a unir fuertemente, ya fuera por nuestros respectivos

trabajos publicitarios o por mi amistad con la entrañable Paquita Granados, fundadora junto con Cirici de la agencia Zen. Y con la que estrené mis dotes de Celestina, propiciando que se casaran ella y mi gran y querido amigo el doctor Emili Sagimón.

## El *living* de Balmes

Hasta ahora me he ocupado de personas irrepetibles, gente que se diga lo que se diga no se podría sustituir nunca. Ahora quiero hablar de otro irrepetible, que no es alguien sino un lugar, un espacio que tengo que sumar a esta lista de irrepetibles porque llegó a ser muy especial para mí y para mis amigos. Me refiero a la sala de estar de una vivienda unifamiliar de la calle Balmes, esquina con la calle Laforja.

Mi padre, que no era nada amante de ostentaciones innecesarias pero sí de hacer la vida agradable con un sentido del confort, era un melómano muy exigente y de una gran sensibilidad. Esto propiciaba que en el *living* de Balmes tuviéramos una instalación excepcional para escuchar música. Recuerdo un detalle que me fascinaba. En los años cuarenta, aparecieron unas agujas de caña para los tocadiscos. El sonido que producían era más dulce que el de las agujas de acero. Después de usarlas una o dos veces, mi padre las afilaba cuidadosamente con una tira de papel de lija bastante delgado para asegurar un sonido perfecto. En cuanto a los discos, en casa prácticamente no entraba ningún concierto que no fuera una grabación impecable que debía ser de la Deutsche Grammophon.

Recuerdo también, con orgullo filial, que Tàpies le pidió que le aconsejase unos altavoces, la potencia de amplificadores necesaria y la situación ideal de las piezas para conseguir la mejor sonoridad. Se pusieron de acuerdo enseguida, y yo tuve el privilegio de asistir, en directo, a un curso acelerado del sonido adecuado para sentir y escuchar la música con toda su belleza y calidad. Recuerdo de qué manera lo orientaba: «Hay que procurar siempre que ningún instrumento pierda su naturaleza, no hay que jugar con los efectismos, sino conseguir que violines y metal no se perjudiquen los unos a los otros».

Ya tenemos, pues, un espacio, si no irrepetible sí muy adecuado, con unos valores muy apreciables por personas irrepetibles que fueron durante mucho tiempo consumidores de este espacio tan bien «educado», y con una situación

geográfica de una casualidad que sí se puede considerar completamente irrepetible: Tàpies y Cuixart también vivían en la calle Balmes. Una travesía más abajo, bajando por la misma calle, vivía Tàpies. Y unos números más allá, Cuixart. Pere Portabella y Joan Ponç vivían cerca de la misma calle, justo después de plaza Molina, en una casa detrás de la tienda Decortap. Brossa bajaba cada día por la calle Alfonso XII, donde un barbero contratado por sus tías lo afeitaba, y luego pasaba por mi casa antes de ir a su estudio de Balmes con Travessera.

Pasaba o entraba. No estaba establecido, pero el ritual duró un par de años, prácticamente cada mañana, para mortificación de mi tía. Entonces escuchábamos música, es decir, disfrutábamos escuchando música con el sonido espléndido y la discografía de mi padre, a Brossa generalmente le daba por las repeticiones. Ahora, unos días de la cuarta de Brahms, ahora preludios de Wagner y nunca nada de Vivaldi ni Bach. Cuando yo los proponía, Brossa siempre me decía al mismo: «No, no me gustan los románticos, esos que dices tú, parece que estén con el rapé en la nariz todo el rato».

Y así siempre, salvo alguna vez que cambiaba y le daba por escuchar a Ravel o los conciertos para violonchelo de Haydn y Boccherini durante unos días.

Algún día, coincidiendo con que más tarde le iba a leer sus últimos poemas a su admirado amigo Joan Prats, me honraba haciéndome en rigurosa primicia, otra música, la lectura de nuevos poemas. Digo música no metafóricamente. Por primera vez disfruté con los matices tan naturales y a la vez tan ilustradores y el tono general que nunca te abandona y siempre mantenía, sin efectismo de voz, viviendo desde dentro sus palabras, que de la manera más elegante y natural las sabía compartir.

Nunca había oído a un poeta leyendo como a Brossa. Es más, me suelen horrorizar los lectores exagerados, recuerdo lo decepcionado que me quedé el día que oí recitar a Neruda. No me lo podía creer. ¿Cómo un hombre con aquellas poesías tan sensibles podía destrozarlas como si fuera lo más opuesto a lo que había escrito? Parecía un rapsoda malo de fiesta mayor. Solo una persona, extraordinaria actriz, la querida e inolvidable Rosa Novell, lo

había entendido como nadie, lo sentía y lo hacía sentir, recitaba con una naturalidad innata. Rosa, siempre pensaremos en ti.

# Más amigos

## Una isla en la sociedad barcelonesa

A finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta unos cuantos amigos con aficiones similares nos reuníamos a menudo y almorzábamos para mantener conversaciones interesantes, vibrantes y divertidas sobre cine, libros, artículos y todo lo que nos tragábamos. Éramos bastantes: Santiago Farré, Arnau Olivar, Mercedes Joaniquet, Francesc Vicens, la Miti (una chica moderna), José María y Úrsula Domingo, Lluís Maria Riera, Brossa y Madelon Belle, el matrimonio Jaén y alguna vez Emili Sagimón y Paquita Granados. Alguna vez también había venido el conocido crítico de cine Alfonso García Seguí, que era considerado el mejor del momento. También contábamos con Antoni Gutiérrez, «el Guti», que venía con su mujer Elena, muy amiga de Carmina Jaén. Karin y yo recordamos, cuando ella estaba embarazada, que los Jaén nos recomendaron al Guti como pediatra, pero coincidió que lo encarcelaron justo cuando tenía que nacer nuestra Juliet.

Entonces la sociedad barcelonesa estaba muy empobrecida y apagada, culturalmente casi muerta y sometida a un desesperante sopor intelectual. Es fácil entender que para nosotros este círculo de amigos fuera una especie de isla feraz en medio de un desierto.

La relación con todos estos amigos era muy enriquecedora porque todos

tenían un interés muy auténtico por la cultura, por lo que pasaba en nuestro mundo, es decir, que hablábamos de política, de arte y de todos los temas posibles que surgieran. A pesar de la seriedad y el rigor de aquellas conversaciones, a menudo resultaban bastante divertidas. Éramos jóvenes y nos queríamos. Recuerdo que en algunas reuniones con motivo de alguna festividad o evento interesante nos hacíamos regalitos de poco valor material pero ingeniosos o poéticos y muy divertidos. Si alguien viajaba, siempre llevaba libros u objetos nunca vistos que nos dejaban boquiabiertos. Úrsula, por ejemplo, cuando volvía de Suiza, aparecía con cosas que no conocíamos, casi como del estilo del maravilloso Vinçon de Fernando Amat, como unos cubiertos de ensalada que eran de bambú y sopas de sobre suizas, buenísimas, también libros y revistas culturales. Karin aún conserva un regalo que le hizo Brossa: un recortable de papel de cebolla japonés.

Fue muy importante también para todos nosotros la aparición en este grupo de García Seguí y Arnau Olivar. Ellos fueron el alma de los cineclubs. Arnau Olivar precisamente fue un pionero de la organización de los cineclubs de Cataluña y Francia. Las idas a Perpiñán eran para nosotros una aventura inolvidable y para mí también casi estéril. Nos teníamos que levantar temprano para estar a las nueve en punto en la puerta del cine Branly de Perpiñán con la mayor expectación imaginable. Pero, desgraciado de mí, después de haber conducido tantas horas, en el cine me dormía. Todavía recuerdo con rabia que ni la gran trascendencia, ni la expectativa cultural tan soñada, ni los codazos de Karin conseguían despertarme.

Arnau Olivar nos hizo conocer a Eisenstein, Buñuel y todos los grandes del cine imprescindibles sobre los que la mayoría de nosotros estábamos un poco peces. Los aficionados al cine en general, y en particular yo, le debemos mucho a Arnau. Gracias, amigo, por todo lo que me contagiaste, cada día creo más que encontrar a personas como tú es el mejor regalo que nos puede hacer la vida.

También nos abrió las puertas a su sabiduría y vastísima cultura Francesc Vicens. Ya he dicho que era una autoridad en materia de insectos. Ahora diré que se había licenciado en Derecho y fue un miembro destacado del PSUC. Más adelante se convirtió en el director de la Fundación Miró, y además

dirigió como autor y coautor una Historia del Arte Universal en diez volúmenes.

¡Qué gran suerte tuvimos! Aunque quizás, y perdonadme, no todo es suerte; tanto Karin como yo teníamos los poros de la curiosidad siempre abiertos a recibir buenos alimentos... Cómo me gusta ver que mis nietos también siguen este camino... La curiosidad es una suerte buscada, y ya noto que la buscan.

## Cincuenta años después

Como Karin y yo éramos los más jóvenes del grupo, estos amigos indefectiblemente nos han ido dejando y de ellos nos quedan recuerdos indelebles fuertemente grabados en nuestra memoria.

Luego, con el relevo de amigos ha sido al revés: ahora soy yo el mayor de los amigos que me rodean. Nuevamente gente del mundo de las artes: arquitectura, fotografía, música, cine. Siempre he buscado rodearme de personas inquietas e intelectualmente muy activas. Solo con amigos así es posible un intercambio de ideas y de conocimientos y, en definitiva, un aprovechamiento de la vida. Si encima son personas que cultivan el afecto, el premio ya es total. «Propina», como diría Josep Pla.

Me emociona el afecto incondicional y fiel de Silvia Farriol y de Francis Closas, la amistad y la música del Mauricio Villavecchia, el afecto de la cinéfila Rosa Vergés. Me encuentro maravillosamente bien hablando de fotografía con Joan Pla y me sumerjo en una tristeza insoportable cuando recuerdo a Oriol Gaspar, el erudito más apasionado que he conocido, que, aunque era médico, animaba como un estruendo intelectual e irónico nuestras gloriosas reuniones. Creo que no he conocido a nadie más loco por la vida que él. Le gustaba pensar, comer, estudiar, beber, ayudar, investigar y amar. Desgraciadamente, no vivió lo suficiente para agotar todas sus facultades y sus ganas de vivir.

Además de tan buenos amigos, la vida me ha hecho el regalo de poderme rodear de nuestros hijos Juliet, Poldo, Iván y Ciro, y de sus amigos. Para una persona tan mayor como yo, recibir huellas de gente tan joven es un privilegio y una manera de seguir sumergido en la vida real y sus galopantes novedades.

Café, copa y *petits fours*...

# Momentos surrealistas

## Bar A Lo Loco

Estamos en los años cincuenta, en un bar pequeño de la calle Balmes de Barcelona, entre Laforja y Mariano Cubí. Los protagonistas de esta historia son: la propietaria del bar (de unos cincuenta años, alta, delgada, rubia, medio pija, muy simpática, de buena familia, y soltera), Estoico (de unos cincuenta años que estuvo al servicio del negocio por poco tiempo), el doctor Esquerdo (médico sin funciones, hijo de un prestigioso neurólogo y protagonista de la historia) y yo, hijo único, pésimo estudiante, sin trabajo, alto, curioso y en aquel tiempo simpático.

Entonces me consideraba un creador circunstancial de ideas y un fotógrafo principiante. En aquella época vivía en el 244 de Balmes, que enlazaba, bajando, la parte más alta de la ciudad con el centro. Era larga, no había árboles y según decía un amigo mío, hijo del cónsul de Bolivia, era la calle más bonita de Barcelona. Yo no lo compartía mucho... Tal vez mi amigo y su padre, hartos de la naturaleza exuberante de su país, se desintoxicaban en la calle Balmes. A lo largo de toda la calle no había ni un árbol, pero delante de casa teníamos un inmenso jardín lleno de árboles de un colegio de monjas. Por este motivo, mis padres habían elegido nuestro piso, tenía buena vista y luz todo el día.

Al salir de casa había una pequeña tienda de modas a la derecha y, a la izquierda, un «rápido» (un zapatero remendón). Después encontrabas el Bar K y más allá un estanco. Todos estos establecimientos eran muy pequeños. El bar, con puertas de vidrio, una barra a la izquierda con cuatro taburetes y, enfrente, un sofá con un par de mesitas diminutas se convirtió en mi espacio social. Iba casi a diario a pasar un rato, los poquísimos clientes nos conocíamos y todo era fácil y tranquilo, incluso demasiado tranquilo. En ese trozo de calle solo había nuestra casa, un gran solar al lado y el colegio de monjas. La clientela potencial era poca y el negocio no iba bien, la caja era escasa y en consecuencia la oferta de licores, cervezas y refrescos era triste. Mis gastos no servían ni siquiera para pagar alguna tapa de aceitunas que, por cierto, también se habían acabado.

En esta precaria situación apareció un nuevo cliente, Esquerdo, el hombre que consiguió en un par de meses que aquel bar ruinoso se llenara hasta los topes, y que se convirtiera en el evento público más espectacular de la ciudad. Incluso llegó la prensa extranjera.

El personaje entró en el bar por primera vez un día cualquiera. «Un coñac de garrafa, ¡por favor!», dijo. Y se sentó en el sofá detrás de una de las dos mesitas, prácticamente a mi lado. Iba vestido muy sencillo, pantalones y camisa sin americana ni corbata. Era de una estatura regular, moreno, cabello corto y un bigote discreto. Enseguida iniciamos una conversación divertida, con la facilidad de los que ya se conocen de antes. Al día siguiente me lo encontré sentado como si estuviera en su casa. Mostró una gran alegría al verme y tuvimos otra conversación con intercambio de chistes y todo. Muchos de los suyos eran rápidos, surrealistas y magníficos, con onomatopeyas divertidísimas (recuerdo uno de un japonés agresivo y furioso que todavía me hace reír). Y así empezó una amistad que básicamente consistía en reír mucho. En aquel tiempo me había aficionado a hacer imitaciones de emisiones de radio, discursos de Franco, curas, campesinos, locutores famosos..., y él se enganchó y destapó una vis cómica abrumadora.

Pronto se notó que era una persona inteligente y culta, pero también un poco extraña. A veces se quedaba muy serio y otras tenía reacciones imprevisibles. Andaba mal de dinero y más de una vez se dejaba invitar sin

demasiados inconvenientes. De su vida privada no hablaba nunca, ni siquiera mencionaba a qué se dedicaba, parecía que no hacía nada; más o menos como yo, que en ese tiempo no estaba muy definido. Un día, me llevó unas caricaturas. En algunas salía él vestido con bata blanca y utensilios médicos revisando *pin-ups* opíparas. Comentando el asunto con el camarero, me dijo al oído que se había enterado de que el aún desconocido era médico, pero que no ejercía porque estaba muy loco. Me quedé sorprendido pero a la vez le admiré más. «¡Qué locura más cojonuda!», pensé.

Una noche de agosto fuimos los dos al bar Mirasol. Un establecimiento cerca de la Vía Augusta esquina Mariano Cubí, con una gran terraza que siempre estaba llena de gente. Conseguimos una mesa y tomamos unas cervezas. Estábamos bien al aire libre, y nuestra sesión de chistes arrancó como era habitual. De repente, no sé muy bien por qué, le provoqué:

—¿Por qué no haces un show, cuentas unos chistes, haces un par de imitaciones y después pasas el platillo?

Dicho y hecho. Antes de llegar a los detalles de mi reto ya le veo en el centro de la terraza improvisando una actuación. Fue un éxito absoluto, toda la clientela aplaudía y reía feliz. Al final, pasamos el platillo y todo el público puso dinero sin excepción.

Pero volvamos a nuestro pequeño Bar K, cuando el camarero se marchó y lo sustituyó un matrimonio muy aplicado y diligente. Parecía que aquello tenía que funcionar y pronto los estantes estaban llenos de botellas de marcas de calidad. El problema es que a los pocos días me llevé una sorpresa muy desagradable: el bar estaba desierto, los estantes vacíos y la dueña apoyada en la barra con un fajo de facturas sobre el mostrador. Estaba muy alterada y casi llorando me dijo: «¡Se lo han llevado todo, no han dejado nada!». Más tarde se supo que un vecino de la escalera, que madrugaba mucho, vio cómo el nuevo camarero cargaba cajas en una camioneta, pero no le dio ninguna importancia. Y sí que la tenía, porque se trataba de un robo ingenioso, y desgraciadamente muy efectivo, perpetrado por la pareja que nos había dado tan buena impresión. El bar, que el día anterior brillaba lleno de botellas, ahora estaba completamente vacío y ridículo. Más tarde, cuando llegó Esquerdo, la señora continuaba con sus lamentos:

—¡Qué sinvergüenzas, cómo me han timado!

Nosotros no sabíamos qué hacer, le dábamos la razón y la compadecíamos, teníamos ganas de ayudarla. Ella seguía:

—¡Ladrones!, ¡Dios mío! ¿Y ahora qué voy a hacer? Es que no han dejado nada, ¡solo facturas y esta garrafa de coñac a granel!

De repente se me encendió la bombilla:

—¡Ya lo tengo, solucionado! —Ella me miró incrédula y me dijo que en el bar no ponía ni un duro más—. ¡No hace falta dinero, la solución la tengo a mi lado, Esquerdo! —anuncié triunfante y convencido. Esquerdo se quedó parado y la señora aún más:

—¿Estáis locos?, ¿cómo se va a mantener un bar sin nada?

Y entonces expuse, con pocas palabras pero apasionadamente, la idea que iba redondeando a medida que hablaba:

—Esquerdo es genial, rápido y chispeante. Detrás de esta barra vacía, si un cliente entra y pide un whisky de marca le puede salir con una respuesta fulminante y divertida mientras le pone un coñac de garrafa. «¿Un whisky escocés? Sí hombre, y Marilyn envuelta en celofán.» Esto será una bomba, nadie lo ha hecho, pero Esquerdo lo puede hacer. Además, ¿qué puedes perder? Con mi plan tienes la posibilidad de dar la vuelta al asunto, estoy convencido.

La abatida mujer ya no protestaba, nos miraba a los dos con una expresión indefinida y repetía aquello de: «¡Pero yo no pongo un duro más!». Esquerdo había captado la idea, y completamente motivado, sin dejarla terminar y sin decir palabra, dio un salto, se colocó detrás de la barra y creó el barman más imprevisible y divertido que he visto nunca. Y así empezó la historia del bar A Lo Loco. Los primeros días no me movía de allí. Cada vez que entraba un cliente y pedía algo se producía una chispa de alta tensión que ni los genios del dadaísmo hubieran podido imaginar. «¡Póngame un vermut con aceitunas!». No teníamos ni vermut ni aceitunas, pero Esquerdo no dudaba ni medio segundo en utilizar un coñac con un espectacular chorro de sifón mientras explicaba que «de las aceitunas solo tengo los huesos, pero la próxima semana las tendremos rellenas de aires de Montserrat, hechas especialmente para nosotros», y enseguida se dirigía hacia otro cliente

canturreando cómicamente.

Eso funcionaba y ¡de qué manera! El bar comenzó a llenarse, y la gente se apelonaba como en la cabina de *Una noche en la ópera*. El efecto boca a oreja había esparcido la noticia. Esquerdo fue determinante. La coyuntura inicial de un bar sin nada para servir le inspiró un comportamiento surrealista que a la gente le hizo mucha gracia. Sin él hubiera sido un fracaso porque Esquerdo tenía una imaginación desbordante, una visión cómica innata y un gran atrevimiento. Para el turno de noche inventó una especie de *happening* que, con la perspectiva de la época y el entorno social de Barcelona, calificaría de genial. A las doce en punto, con el bar abarrotado, cogía el mango de la cafetera como si fuera un micrófono, pedía silencio y, con una trascendental voz de locutor, anunciaba:

—Y ahora, señoras y señores, vamos a transmitir en riguroso directo *La tragedia de la Bounty*.

Narraba el ambiente de una gran cena en el comedor del barco y a medida que iba incorporando detalles, despertaba una gran expectación entre la clientela, que sospechaba que pasaría algo gordo. Al final de la barra había un gran bloque de hielo controlado cuidadosamente por un individuo bajito, serio y completamente inexpresivo (yo le llamaba el Estoico). Lo había llevado Esquerdo, y aquel individuo tenía una intervención de una responsabilidad trascendental en todo ello.

La «retransmisión radiofónica» ofrecía inspiradas descripciones de novios brindando, parejas felices bailando...

—Ella es Georgette de Massachusetts, con el conde Alyocha Padereski, de la familia de los zares, están enamorados ¡es su viaje de bodas!, y aquí vemos el rey de las puertas basculantes M. Ronaldo da Sousa y su amante esposa Silvinya Dos Santos, *muito obrigado!*, en sus bodas de platino; y estas jovencitas ilusionadas con sus señores padres y señoras madres viviendo su primera gran noche sociaaaaal. —Y bajando el tono de voz explicaba que en la pista de baile las luces se atenuaban creando una atmósfera romántica.

De repente, hacía un gesto imperativo al Estoico, y éste, impassible, empujaba con fuerza el bloque de hielo para hacerlo chocar estrepitosamente contra todo el bosque de copas, vasos, y botellas que había encima de la

barra. Todo saltaba por los aires con un gran estruendo, y Esquerdo trastornado, con el micrófono improvisado en la mano, gritaba:

—¡Señoras y señores, la *Bounty*, el transatlántico más grande del mundo, acaba de chocar, ¡acaba de chocar con el iceberg más grande del mundo!

Culminaba el relato tirando a los asistentes lo primero que encontraba, puñados de azúcar, sal, cacahuetes, el poso del café... La histeria se apoderaba de los clientes, y todos gritaban excitados, todo el mundo se sumaba al *happening* excepto el Estoico, que muy serio esperaba nuevas órdenes.

La dueña del bar estaba radiante, desconozco qué cobraban por las consumiciones, pero seguro que hacían una buena caja. Esquerdo apareció con ropa nueva, las estanterías lucían esplendorosas y crearon el cóctel A Lo Loco. Los noctámbulos más sofisticados de Barcelona no faltaban: Alberto (el tío Alberto de Serrat) y toda su troupe de flamencos, la Marquesa de Lacambra, Pierre Lottier y muchísimos más que no recuerdo representaban una buena muestra de lo que se llamaba «gente guapa». Y así cada noche, y en menos de un par de semanas, la gente que no cabía dentro se apiñaba en la acera frente a la puerta, y los coches aparcaban en doble fila.

Luego vino la aventura de Guadalcanal, también una retransmisión radiofónica en riguroso y arriesgado directo de las de Esquerdo. Lo explicaré a grandes rasgos. Una noche, nuestro héroe, micrófono en mano, sorteando la clientela compacta de público, abandona el bar y se planta en medio de la multitud de la calle:

—Señoras y señores, vamos a transmitir, en directo, la memorable epopeya de las tropas norteamericanas en... Guadalcanal.

Cruzó corriendo la calle hacia detrás de los coches aparcados en la acera de enfrente, se tiró al suelo y desapareció. Al cabo de unos segundos de silencio llegaron una serie de órdenes cortas y autoritarias de soldados japoneses. Todo el público estalla en risas y aplausos. Nuevamente cruza corriendo y ahora se tira al suelo, observando la acera contraria y comienza una sinfonía de varios disparos, de metralletas, de bombas de mano que él mismo tiraba parabólicamente al bando contrario, todo aderezado con sonidos onomatopéyicos. Vuelve a cruzar la calle y ahora hay muchos

heridos japoneses y gritos, en japonés naturalmente, ordenando el contraataque. Los obuses americanos silban en la trinchera y él cruza la calle siempre con el micro en la mano y por fin vuelve entre lamentos y órdenes y más abusos de los americanos. Y así cada media hora. Cada vez había más público. La gente paraba los coches y se sumaba a los demás. Todo el mundo aparcaba donde podía. Todo el mundo se moría de risa.

Una noche, con tertulianos habituales, subimos en diferentes coches y se organizó una comitiva que bajaba por la calle Balmes e iba por la Diagonal hasta Calvo Sotelo (hoy, Francesc Macià) para dar varias vueltas alrededor del jardín de la plaza.

A medio trayecto, Esquerdo sentado solo detrás de un descapotable, esta vez sin micrófono, se pone de pie, y con la mano en la frente en actitud de saludo militar, con la voz inconfundible de Franco arenga a la gente de la terraza del Sandor. Y todos los coches del cortejo gritando: «¡Franco, Franco, Franco!».

Aquello fue el final. Al día siguiente el bar no abrió. En la puerta había pegado un papel con un sello de Gobierno Civil que decía «Cerrado por orden gubernativa». Tal como lo digo.

Lamentablemente nunca más he sabido nada de este genial personaje. Al cabo de bastantes años alguien me dijo que le parecía que hacía de médico en un pueblo. No supo decirme dónde pero que le habían dicho que ahora era un hombre muy serio.

## Picasso. Conocer a un famoso

El primer intento de conocer a Picasso fue un fracaso. Dos meses antes de ir, enviamos una carta explicando nuestra intención de visitarlo, quiénes éramos y de dónde veníamos. Llegamos a La Californie, la finca que Picasso tenía en la parte alta de Cannes, cuando empezaba a oscurecer. Íbamos Pere Portabella, que era empresario, el escultor Eduardo Chillida, el pintor Modest Cuixart y yo. Una mujer borrosa, como salida de la bruja vampiro de Dreyer, contestó nuestras llamadas, desde una taquilla casi disimulada en la puerta de madera de la casa y, sin demasiado sentido de la hospitalidad, nos preguntó más con los ojos que con palabras qué queríamos. Le dijimos quiénes éramos, y que nos hacía una ilusión muy grande conocer «al maestro», que veníamos de Barcelona... y no nos dejó terminar la frase, cerró la portezuela con violencia y nos quedamos materialmente con un palmo de narices y sin saber qué hacer, dentro del coche, acurrucados y decepcionados. Tan cerca del genio y completamente derrotados por aquella bruja. ¿No nos habremos equivocado de dirección? ¿No estarían durmiendo? Qué hacemos, ¿esperamos un rato? Cuixart, con su ingeniosa y culta mala leche, se vengó de la afrenta poniendo negro a Picasso. Con gran rapidez comenzó a mezclar historias de pintores en las que Picasso quedaba poco menos que como un asesino, con cotilleos de alcoba donde el marqués de Sade era un ingenuo comparado con «el maestro». Chillida, que por aquellos tiempos tenía un aspecto de chicarrón hispano-vasco, no entendía nada. Tumbado y serio en el asiento trasero, mientras Pere y yo nos tirábamos por el suelo muertos de risa. Al cabo de media hora el mismo Cuixart hizo sonar nuevamente la campanilla de la puerta. Pasaron unos minutos y finalmente, se abre la portezuela apenas un segundo para volver a cerrarse violentamente, no fuimos capaces de distinguir ni la persona ni las palabras, pero no nos quedó ninguna duda, a Picasso no lo veríamos.

Había que organizar mejor el proyecto.

—No basta con enviar una carta con firmas desconocidas, aunque de

Chillida se hable, no se puede llegar con toda la ilusión y sin credenciales — dijo Pere, que era nuestro hombre cuerdo.

Esto de las credenciales me impresionó mucho, en aquel entonces me sonaba a algo muy oficial. Lo había visto en el NO-DO del cine y en la primera página «en hueco» de *La Vanguardia*. Así que había que trabajar mucho. Buscar recomendaciones, llevar regalos pero, ¡ojo!, regalos muy especiales, se trataba de Picasso...

Finalmente, ya entrada la primavera teníamos el trabajo hecho y un serio y esperanzador manojito de credenciales, entre ellas una carta del doctor Cinto Raventós, el famoso neumólogo, que era muy amigo de Picasso, un salchichón y fuets de Vic que le enviaba un banderillero también amigo, la maqueta de mi libro sobre toros, etcétera. El viaje fue diferente del primero, hacía un día espléndido, la Costa Azul llena de promesas que se podían palpar con los sentidos y un gusanillo que casi nos estallaba por dentro pensando que por fin lo veríamos. Lo tocaríamos. El presentimiento era casi una excitante certeza. Esta vez íbamos Portabella, Cuixart y yo. Chillida no venía.

Cuando faltaban unos cuantos kilómetros, media hora o tres cuartos para llegar a La Californie, en medio de un silencio casi místico, ante el momento histórico que viviríamos, Portabella, nuestro hombre cuerdo, nos planteó una estrategia formal de comportamiento que a mí me alarmó y casi desesperó.

—Creo, Leopoldo, que tú no tienes que entrar en la casa con la cámara fotográfica, debes dejar todos los aparatos en el coche y, cuando llevemos un rato con él, según cómo vayan las cosas le pides permiso y seguro que te lo dará.

Yo, aterrado, me negué.

¡Perdería la foto de Picasso! Tenerlo al alcance y no poder pulsar el botón por no disponer de la cámara fotográfica era para mí un riesgo estúpido. No estaba dispuesto. Y, si luego, por lo que fuera, no podía ir a buscar la cámara, me quedaría sin la foto más importante de mi vida. Pere, sereno, serio y terco siguió con sus argumentos:

—Si entras con la cámara él se puede sentir agredido y se puede crear un mal clima.

La discusión duró casi todo el resto del viaje hasta que Cuixart se manifestó como árbitro conciliador:

—Poldo, yo te comprendo, pero ya sabes que Pere, con estas cosas suele tener razón, es más, creo que la tiene toda y, en el fondo, lo hace por ti, para que luego puedas disfrutar de una libertad que te permitirá retratarlo como quieras. Haz caso a Pere, estos hombres están muy quemados y si ya te ve con la cámara fotográfica se puede sentir agredido, como ha dicho Pere.

Le hubiera matado, haciéndole la pelota a Portabella, justamente él, Cuixart, que era el que más podía entender mi angustia de artista, ante la obra que se le puede escapar. Acepté con una resignación histérica, ¿qué remedio me quedaba? Eran dos contra uno, mayores que yo, con mucho más mundo a la espalda, y quién sabe, tal vez tenían razón, así que cerré la bolsa de la máquina y decidí entrar sin cámara.

La puerta de La Californie se abrió esta vez inmediatamente, y todo fue muy deprisa. Mi corazón hacía más ruido que la grava del jardín, que recorrimos aceleradamente. Se abrió una gran vidriera y allí estaba, de pie en medio de su estudio, Picasso, como un inmenso gigante, con un jersey amarillo brillante y pantalón corto, bronceado, con la mano estirada hacia nosotros. Junto a él todo quedaba pequeño y confundido y sin embargo, nunca he sentido de una forma tan palpable una atmósfera como la que él irradiaba. Era la potencia de los sentidos del Mediterráneo en una sola persona, como una bofetada luminosa, allí entendí la potencia sensual del Mediterráneo.

Nos recibió con la mano extendida. A medida que nos acercábamos sus ojos se convirtieron en los ojos más perforadores que había visto nunca. Yo me sentía completamente transportado y acojonado. Lo que estábamos viviendo era demasiado. Picasso, el genio del siglo XX, su estudio, sus cuadros, y esculturas, todo para nosotros solos. El sueño de miles de artistas jóvenes de todo el mundo que no podrían hacer realidad: ahí estaba él, y nos daba la mano. Entonces pasó lo más inesperado que nunca nos podríamos imaginar. No sé si fue Pere o yo quien primero fuimos a estrechar su mano, pero el hecho es que, en medio de aquella situación de veneración mítica en que yo me había olvidado completamente del disgusto por no poder entrar

con la cámara fotográfica, Cuixart, coge y, en el momento en que le tocaba su turno para darle la mano, no lo hace, y de debajo de la gabardina que llevaba colgada en el brazo, se saca un aparato fotográfico, y comienza a ametrallar fotográficamente a Picasso, mientras este tenía aún la mano extendida. Pere y yo nos quedamos helados, como si nos hubieran dado un mazazo justo en medio del cerebro, no nos lo podíamos creer.

Me costó reaccionar pero, supongo que empujado por un mínimo sentido de supervivencia, fui a buscar volando mi aparato fotográfico. Cuando volví Cuixart aún agobiaba al genio. Tenía tantas ganas de impresionarlo, y Pere y yo estábamos absolutamente asombrados. Le hablaba en catalán, todo el tiempo y, Picasso, siempre le respondía en castellano. Ahora le hablaba con gran consideración de los amigos que Picasso había dejado en Barcelona, riñéndolo un poco porque los tenía abandonados. De repente, lo cogió por el hombro y le hizo una confidencia al oído «trascendental», casi como un secreto de guerra que nadie más que ellos dos, Picasso y Cuixart podían compartir:

—En casa, las cosas van de mal en peor. —Picasso de todos modos no le hacía mucho caso...

Nos presentó a la señora Picasso, Jacqueline, morena, como siciliana, vestida de negro y muy simpática y natural, nada sofisticada. Salimos al jardín, que estaba lleno de estatuas y grandes recortables dibujados por el maestro. Jacqueline fue a buscar una vieja Kodak con fuelle y en un momento en que Picasso nos enseñaba algo, nos enfocó con la cámara a los tres, a Pere y a mí y a «el maestro» para hacernos una fotografía de recuerdo. Cuixart estaba en la otra punta del jardín y la verdad es que no le conocíamos sus dotes para esprintar, pero antes de que Jacqueline pulsara el botón de la cámara irrumpió donde estábamos, me apartó, con un empujón efectivo, separándome del maestro, que estaba hombro con hombro conmigo, y se situó en el centro de la escena cogiéndolo protectoramente por la espalda inmortal.

Estuvimos un par de horas más, y cuando nos despedíamos va y le dice:

—Cinto Raventós estará muy contento de que hayamos estado con usted, aunque, el pobrecito está muy mal, se está acabando, ya se sabe, todos se

están apagando.

Esto no le hizo ninguna gracia a «don Pablo», porque nos dijo un «¡Adiós!» muy precipitado.

No sé, bien pensado, si ir con Cuixart a ver a Picasso fue un acierto. Pablo Picasso, ¡un cartel vivo de nuestro tiempo! Y tampoco tengo la certeza de que para él mismo fuera desagradable, con las interferencias a las que le sometió Cuixart. En aquel entonces, tanto Pere como yo lo lamentamos mucho y, durante mucho tiempo, fue tema de debate dramático y cómico al mismo tiempo. «¡Qué cara! ¡Qué falta de compañerismo!, ¡Qué ocasión perdida!», nos repetíamos.

Con el paso de los años, a veces nos hemos encontrado con Pere Portabella y aún reímos. Tanto por parte de Pere como en mi caso, los ánimos se calmaron y aquella visita a Picasso se ha convertido en una obra en sí misma, de una dimensión más exótica, si bien mucho menos profunda de lo que esperábamos. Pero ¿qué esperábamos? ¿Que nos explicara los secretos de su visión del arte?, ¿que nos diera la luz y la fuerza para contribuir a salvar nuestro país? No sabíamos realmente qué queríamos, ni me pareció, en ningún momento, que él mismo tuviera interés en profundizar en nada. Él era Picasso, majestuosamente consciente de su papel, de su imagen potente, de sus ojos potentes y de su potente egoísmo. Y nosotros éramos Pere y yo, dos tocados por la ilusión. Y con esta ilusión le enseñamos la maqueta de mi libro de toros, se sentó en una mecedora y la miró con mucha atención, pasando una por una las páginas de la maqueta con las fotografías que yo había pegado. Ante una fotografía oportunista se detuvo prolongadamente e hizo unos comentarios mucho más elogiosos que del resto. Pere, que era un gran admirador de mi libro, y yo, que lógicamente era parte demasiado interesada, nos quedamos bastante decepcionados. En cuanto a imágenes, siempre me han interesado más los detalles que las anécdotas.

Su actitud fue siempre de gran amabilidad, más que de curiosidad, pero todo nos impregnó: La Californie, su palacio-estudio, que ya conocíamos por fotografías, la luz del Mediterráneo que lo ataba todo, y él con sus ojos inolvidables posiblemente de una fuerza y una fijación impactantes, como los de la queridísima María Bofill, pero algo menos curiosos y más

profesionales.

Visitándolo viví una gran atmósfera, poco importaban las anécdotas. Picasso desprendía algo muy vital, casi agresivo, rabiosamente palpable, unas ganas animales de vivir. Nunca más he visto esto tan patente, tan ostentoso, en alguien tan desesperadamente inconformista.

## Entrecots de kilo

Una buena amiga, actriz ya madura pero muy atractiva, que vivía en México DF acababa de llegar a Barcelona. Habíamos quedado para comer, pero me pidió que antes la acompañara a casa de unos amigos, un matrimonio al que hacía años que no veía y que eran gente que me gustaría mucho conocer. Vivían en la Rambla de Cataluña, en un gran principal que se comunicaba con el piso de arriba y donde, entonces, un equipo profesional rodaba una película. Viniendo de ella la recomendación podía tener mucho interés. Era una mujer de mucho mundo, de una frívola vitalidad, de esas que hablan muy deprisa y todo parece que es maravilloso, pero que generalmente saben muy bien lo que quieren. O sea, que quedamos directamente en el piso de los amigos.

La entrada de la casa era grande, circundada por unos grandes ventanales. Me recibió el matrimonio. Me pareció un matrimonio coherente: más bien bajitos ambos, ella de mejor ver aunque un poco gordita, pulida y muy educada, como si fuera la dueña vivaracha de una administración de lotería. Él, ni gordo ni delgado, cuadrado, muy blanco de piel y con peluquín frondoso, negro y brillante. Muy amables los dos, con naturalidad. Parecían en paz con ellos mismos.

—Mucho gusto, mire, Mary nos acaba de llamar que ha tenido que ir a la radio para una entrevista. Nos ha hablado muy bien de usted y nos ha dicho que también es del oficio.

Y a partir de ahí empezó un periplo surrealista que lo hubieran podido diseñar Buñuel, Dalí o el propio Azcona.

—Pase, pase. Está en su casa, perdone este desorden, ya ve. Cuidado no se tropiece.

Efectivamente, había mucho desorden. Larguísimos cables en tubos negros y gruesos se perdían a lo largo de pasillos y también los había enrollados por tierra, además de trípodes y cajas de madera y de hojalata por todas partes. Dos o tres trabajadores nos pasaron por delante cargados con sus

utensilios.

La iluminación del gran recibidor tenía alguna cosa tétrica. La luz venía de unos altísimos ventanales que daban a un gran patio cuadrado del que gozaba todo el hall. Pero su visión era perturbadora.

Al acercarme me pareció que, en el patio, pasaba una sombra extraña. Enseguida me di cuenta de que aquel patio estaba materialmente cercado por una poderosa red negra, a modo de inmensa jaula.

—Es que a mi marido le gustan mucho los pájaros. Mire, mire, joven.

La sombra no era intuida, lo había visto bien. El espectáculo era caótico y absolutamente agresivo. Del señorial gran patio neoclásico no quedaba nada. La negra red lo tapiaba con colgantes y jirones por todas partes. Cerca de la vidriera, unos pájaros negros iniciaron vuelos frenéticos, cruzándose entre ellos como enloquecidos. Algunos topaban contra los cristales, otros se cogían afanosos contra los colgantes. Unos chillidos escalofriantes se mezclaron con el batir de las alas. El anfitrión no hizo ningún comentario, parecía que el tema le fuese tan familiar que ya no la interesara.

—Venga, venga, le enseñaré las habitaciones.

Seguimos por uno de los pasillos que circundaban la jaula. En una especie de camita distinguí a una chica rubia, muy maquillada, descalza y como escondiéndose dentro de un gran albornoz de un color impreciso. Antes del fin del pasillo nos topamos con otro personaje, más bien bajo, bronceado y con cara de payés. También descalzo y con albornoz, de rayas moradas y nicotina, seguramente blancas muchos años antes.

Giramos hacia otro pasillo más estrecho. Íbamos pasando por pequeñas habitaciones sin puerta. Otra sorpresa. Nada que ver con el clima mental que se había apoderado de mí; en cada una de estas pequeñas habitaciones una chica muy ordenada, ante un mostrador, manipulaba con velocidad frenética collares que iba montando. En la mesa había montañas de pequeñísimas bolitas de varios colores.

Seguíamos caminando, sorteando cables eléctricos y enchufes gigantes. Unos eléctricos iban cargando más cosas. Pensé que el rodaje estaría aún mucho más lejos porque los tubos negros desaparecían girando al final de un larguísimo corredor. Uno de los eléctricos, al verme, me saludó sorprendido y

muy efusivo. Era un jefe de eléctricos muy eficiente con quien habíamos trabajado.

—Le diré al director que está usted aquí. Seguro que tendrá mucho interés en saludarle.

El propietario de la casa siguió.

—Pase, pase, ahora verá el dormitorio. A lo mejor un día le puede servir para estas cosas tan artísticas que usted hace. Ya nos lo dijo Mary, que usted es un gran artista.

Era una gran habitación de techo alto con molduras modernistas y con una gran cama presidiéndola y con dos balcones muy altos, que daban a la Rambla de Cataluña. Con visillos negros de nailon. Este tétrico maquillaje es de los choques más fuertes que he tenido nunca visitando un espacio. La luz del sol entraba como si no quisiera saber nada de adónde iba y dónde podía alegrar. Aquí no iba a ninguna parte y no alegraba nada. Solo hacía más negro el peluquín del señor de la casa y dejaba sobre la inmensa cama, cubierta con una colcha también de nailon, un toque agrio de una melancolía ajada.

—Mire, joven, ve, por esta cama han pasado todas. Aquí hemos tenido a Bárbara, Ángela, Alicia. Han rodado Isasi, los Balcázar.

Me dijo muchos nombres y apellidos Yo lo pasaba mal contemplando aquella luz y pensando en las tristes escenas de amor del cine nacional. Él seguía y seguía mencionando artistas, operadores y directores. El matrimonio se sentía orgulloso. Ella, prudente y siempre sonriente, y él como un gran productor enseñando a un grupo de turistas las instalaciones más secretas de la Metro.

Después pasamos al salón. Allí me esperaba el director de la película. Una película porno, entendí. Mi primera reacción fue de sorpresa. Le reconocí enseguida. Todo iba encajando. Un director amigo me lo había presentado hacía un par de años por si le podía dar trabajo. Era un actor singular, muy serio, con cara de asco y una gran vis cómica y una determinada polivalencia para hacer papeles diferentes, pero siempre con un carácter extravagante: un recepcionista de un hotel de falso lujo, un seminarista obsesivo, un crupier desconcertado, etcétera. Ahora era el

director de aquella película, pero su posado era también una cuidada interpretación, distante y mundana.

Nos sentamos en un gran sofá de escay blanco en el centro de la estancia, toda ella forrada de formica blanca.

—Aquí Isasi rodó *Estambul* —presumió el anfitrión.

Justo en ese momento aparecieron dos personajes nuevos. Dos niñas de diez o doce años con unos impecables uniformes de colegio de monjas. Desentonaban con toda la sórdida visión precedente.

—Son las reinas de la casa —dijo aquella pareja al unísono—. Saludad a este señor y luego id a buscar toallas.

Se inclinaron haciendo un saltito atrás y una reverencia a la vez y se fueron rápidas por donde habían entrado. El surrealismo iba cogiendo nuevos matices.

El actor cómico, director de la película, con un gesto reposado y magnífico se quitó las gafas. Con este gesto consiguió un posado trascendente y paternalista. Por otra puerta aparecieron entonces dos hombres y una mujer rubia muy bronceados o muy maquillados, descalzos con albornoces de rayas rojas y gris nicotina. Se plantaron ante nosotros.

—Dentro de una hora en punto os quiero aquí. Dijo el actor-director.

—Ok, Monsieur —respondió uno de ellos, levantando con determinación el pulgar dos veces seguidas en señal de conformidad.

Y se retiraron con un ostentoso aire digno y atlético.

—Son como niños, se les ha de marcar —me dijo serio pero condescendiente el director, «de colega a colega»—. Tú ya me entiendes.

Yo debía de tener cara de no entender nada porque continuó su discurso:

—Éstos son buenos chicos. Ahora bajan al restaurante de la esquina y de aquí a una hora estarán aquí como un clavo, pero hay que marcar el terreno siempre, por principio, ya me entiendes.

Por decir algo le pregunté si hacían alguna dieta especial para que pudieran exhibir sus cuerpos delante de la cámara.

—Comen carne, mucha carne. Se meten un entrecot de kilo cada uno para estar en forma. Les ha de manar el grifo. Ya me entiendes, ¿verdad? Son muy profesionales.

Se volvió a abrir la otra puerta y pasaron por delante de nosotros, corriendo y sin rechistar, las niñas con sus uniformes llevando cada una montaña de pequeñas toallas de baño.

—Dejadlas en el cuarto de baño rosa —les dijo la madre—. No os entretengáis, que Rosario ya os tiene la comida a punto.

El director, como si no oyera nada, iba a la suya.

—Siempre que puedo trabajo con gente de fuera, son mucho más profesionales.

Yo, entre las pilas de toallas y los entrecots de kilo, estaba hecho un lío.

—¿Qué quieres decir?, ¿que los de aquí no respetan a las chicas? —le dije, también para decir alguna cosa.

El director, cada vez más metido en su papel, se inclinó hacia mí para hablarme en tono confidencial.

—En este oficio, un buen profesional no te hace perder nunca el tiempo. Es de una precisión absoluta y, en el momento exacto, tú le marcas la zona de la actriz en donde se debe correr y cuándo y, mano de santo, nunca falla. Ya me entiendes... ¡Motor! ¡Acción! Los de aquí, en cambio, se corren antes de tiempo y a dos palmos del lugar que les habías dicho, no aciertan nunca, ¡son un desastre! ¿Verdad que ahora me has entendido?

Las niñas volvieron, sin toallas. El padre las besó.

—Va, id a jugar y luego a hacer los deberes.

El director se despidió de mí muy satisfecho. El matrimonio me acompañó a la puerta.

—Ya lo sabe, joven, aquí nos tiene para lo que haga falta.

Al fondo de la casa oí un fuerte «¡Acción!».

Al salir, enfilando la Rambla de Cataluña, los tilos me parecieron más negros que nunca. Me resonaban las palabras del director de aquella película sobre la precisión del momento y del lugar. Me volví con cierto sentimiento masoquista para mirar las cortinas negras de nailon de los ventanales del principal. Las persianas estaban bajadas. Las dos niñas saltaban a la pata coja de punta a punta del balcón.

## Cólicos hepáticos y Aston Martin

Sufrí durante varios años una enfermedad que me producía unos dolores que según los médicos eran cólicos hepáticos. Era algo que yo había vivido de cerca con mi madre, que había tenido que seguir un régimen alimenticio muy riguroso. Cuando me tocó a mí, me tuve que someter al mismo régimen, pero seguro que, con lo que me gustaba comer, no cumplía con el rigor necesario, e irremediabilmente no tardaba en presentarse la factura en forma del dolor ingente del cólico.

Un café con leche por la mañana era un reto que solía traer malas consecuencias. Comer una tortilla de patatas o patatas fritas era otro placer que me estaba prohibido. Llegó incluso una temporada en que tenía el cólico sin siquiera extralimitarme. Tanto es así que mi médico, gran sabio y amigo, me obligó a optar por la solución definitiva, me tenía que operar. Mi gran amigo Ramón Dimas también tenía unos dolores muy fuertes parecidos a los míos. Dos meses antes de que mi médico me dijera que me tenía que operar, consultamos, Ramón y yo juntos, a uno de los doctores más prestigiosos de Barcelona. Recuerdo que después de visitarse Ramón parecía aliviado, ya que sus síntomas no tenían importancia. Pero a mí el doctor me dijo, que con todo lo que yo le contaba, ya me podía olvidar de mi amor por la gastronomía. Salí muy marchito, y lo más horrible de la historia es que mi gran amigo Ramón no tardó en morir. Y yo, portándome muy bien, no tenía otra alternativa que pasar por el quirófano.

El día previo a mi operación fui al salón del automóvil de Barcelona. No sé cómo tuve humor, quizás es que el subconsciente me conocía más que todos los médicos juntos. La cuestión es que me encuentro en un stand el automóvil más precioso que había visto nunca, y este «puñetero» subconsciente actuó como un relámpago y me hizo el siguiente razonamiento: ¿verdad que tienes un miedo que te mueres?, pues dile al dueño que mañana te operas, pero que si te viene a ver con los papeles correspondientes le comprarás el coche. Así, me decía, verás que estás vivo y

te haces el regalo doble de vivir y de tener un Aston Martin.

No me lo pensé ni un momento más. Hablé con el señor Palomo, el dueño del negocio, y al día siguiente, cuando me desperté, ya lo tenía delante de la cama, sentado, con su cartera y los documentos. Creo que es la locura más viva que he hecho en toda mi vida. Ah, y de cólicos hepáticos, nunca más. Salí de la clínica conduciendo.

## Hedonismo

(*m.* doctrina que asegura que el placer es el único o el principal bien de la vida.)

Sí, soy un hedonista, y ahora, habiendo leído la definición del diccionario, me siento un hombrecito: «Doctrina ética que identifica el bien con el placer sensorial e inmediato».

Porque lo primero que me ha venido a la memoria es una sensación sólida y casi absoluta, puesto que esta definición empieza con la más trascendente y prestigiosa de las calificaciones de lo que yo ya practicaba de muy chico. Sobre todo en la comida, ir al cine y mirar, o sea, mirar y comer. Ahora me doy cuenta de que eso es excusable y de que, más definitivo todavía, «es una doctrina» lo que yo ya ejercía, aunque a veces con cierto sentimiento de culpa.

Mirar piernas con zapatos altos, escotes y fabulosos maquillajes, mirar embelesado el París-Hollywood, decir en casa que me comía el yogur de cada tarde cuando lo que en realidad hacía era comprar churros. Ahora, hace ya unos cuantos años, he llegado a cocinar o a conseguir de la buena gente que me rodea que cada día me preparen el mejor pan con tomate, bien aliñado, siempre bien lubricado. Como colmo del placer, y si tengo que conformarme con compartirlo, que sea con una mujer. La doctrina del placer, según lo que acabo de saber, es una doctrina, mi doctrina.

Resulta que soy un pecador aconsejado por la doctrina del hedonismo, por la ética del placer.

# Currículum profesional de Leopoldo Pomés

Nace en Barcelona en 1931.

En 1955 aparece en el panorama nacional de la fotografía exponiendo su primera obra en las Galerías Layetanas de Barcelona. Colabora y publica fotografías en la revista *Afal*.

En 1955 escribe poesía y obtiene el segundo premio Óssa Menor.

En 1961 funda, junto con Karin Leiz, Studio Pomés, y posteriormente se da a conocer como fotógrafo de publicidad.

En 1963 se asocia con L. Rodés y T. Yriarte y dirige la parte creativa de la agencia de publicidad Tiempo.

En 1966 empieza a realizar las campañas publicitarias para Freixenet y crea la emblemática burbuja.

Trabaja en publicidad desde 1961 hasta 2006.

## CAMPAÑAS

1982: realiza, junto con Víctor Sagi, la Ceremonia Inaugural a Barcelona del campeonato Mundial de Fútbol.

1985-1986: dirige y realiza la campaña de imagen y la película de la candidatura de Barcelona para obtener los Juegos Olímpicos de 1992.

1992: realiza el documental final de los Juegos Olímpicos Barcelona 92.

## PREMIOS Y CONDECORACIONES

1965 - Primer premio Festival de Cine Publicitario de Canes.

1966, 1967, 1968, 1969 - Premios Rizzoli de Fotografía.

1972 - León de Oro en el Festival de Cine Publicitario de Venecia.

1979 - Premio a la mejor Fotografía del Cine Español por el largometraje de 1978 *Ensalada Baudelaire*.

1998 - Premio Nacional de Artes Plásticas de la Generalitat de Catalunya por su trayectoria artística.

1999 - Medalla de Oro al Mérito Artístico que otorga el Ayuntamiento de Barcelona.

1999 - Cruz de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya.

## EXPOSICIONES

1955 - Galerías Layetanas, Barcelona.

1955 - Museo Municipal, Mataró.

1975 - Fundación Miró, Barcelona. Muestra conceptual «Primera comunión».

1976 - Escuela de Artes Aplicadas, Zaragoza.

1982 - Galería Trece, Barcelona: «Retratos de directores de cine».

1985 - Galería René Metras, Barcelona: «Colectiva Català Roca, Miserachs y Pomés».

1994 - ARCO, Madrid. Mural de toros para el periódico *El País*.

1995 - Convento de Santa Inés, Sevilla. Primera muestra de la exposición itinerante «Toros», que continuará en Canal Santa Isabel de Madrid, Museo de Córdoba y Museo de Málaga.

1997 - Palacio de la Virreina, Barcelona: «Antológica».

2000 - Galería Maria Teresa Castellví, Barcelona: «Enajenaciones».

2001 - Círculo de Bellas Artes, Madrid: «Pomés en 96 fotos y 6 zapatos».

2002 - Centro Nacional de Fotografía, Torrelavega (Cantabria).

2003 - Galería de Arte Pablo Hojas, Santander: «33+3 fotos».

2003 - Palacio Robert, Barcelona: «Solituds».

2006 - Galeria dels Àngels, Barcelona: «Solituds».

2008 - Galería Hartmann, Barcelona: «Blancas, grises y negras».

2010 - Paris Photo y Photo España.

2010 - Michael Hoppen Gallery, Londres: «Vintage Prints».

2010 - AIPAD, Nueva York.

2011 - AIPAD, Nueva York (colectiva).

2011 - Exposición colectiva itinerante «Nova avantguarda catalana dels 50 i 60».

2011 - Galería Artesonado, La Granja de San Ildefonso (Segovia): «34 instantes».

2011 - Palacio Quitanar, Segovia: «Exposición Leopoldo Pomés».

2012 - Galería Fernández-Braso, Madrid: «Más allá de la mirada».

2012 - Photoespaña, Madrid.

2012-2013 - Fundación Foto Colectania, Barcelona: «Barcelona 1957».

2013 - Paris Photo.

2014 - Instituto Cervantes, París: «Pomés-Saura».

2014 - Instituto Cervantes, Dublín: «Pomés-Saura».

2015 - Fotografie Forum Frankfurt, Frankfurt: «100 years Leica photography» (colectiva).

2015 - Galería Fernández-Braso, Madrid: «La realidad y el deseo».

2015 - Fundación Catalunya La Pedrera, Barcelona: «Flashback».

2015 - Canal de Isabel II, Madrid: «Flashback».

## PRESENCIA DE OBRA GRÁFICA EN DISTINTAS COLECCIONES PERMANENTES

Museo IVAM, Valencia - MNAC, Barcelona - Fundación Ordóñez Falcón, San Sebastián - Colectania, Barcelona - Michael Hoppen Gallery, Londres - Gabino Diego, Madrid - MACBA, Barcelona - Alcobendas, Madrid - Centro Andaluz de la Fotografía, Almería - Museo del Diseño y la Moda de Barcelona (MHUB), Barcelona - Museo Reina Sofía, Madrid.

## LIBROS PUBLICADOS

*Les fenêtres*. Texto: Rainer Maria Rilke. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: RM, 1956 Barcelona.

*Gaudí «Una arquitectura de anticipación»*. Texto: Joan Perucho. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Polígrafa, 1970 Barcelona.

*El Modernismo*. Texto: Oriol Bohigas. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Lumen, 1968 Barcelona.

*«Imatges 1955-1997» Leopoldo Pomés*. Textos: Eduardo Mendoza, Kerin Leiz, Oriol Bohigas, Félix de Azua, Pere Gimferrer, Lluís Permanyer, Joaquín Lorente. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Palau de la Virreina - Ayuntamiento de Barcelona, 1997 Barcelona.

*«95 fotografías y 6 zapatos» Leopoldo Pomés*. Libro catálogo de la exposición con fotografías y textos del autor, Círculo de Bellas Artes, Madrid. Editor: Lumberg, 2001 Madrid.

*Arquitectura y lágrimas*. Estudio Per y Leopoldo Pomés. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Tusquets, 1975 Barcelona.

*Teoria i pràctica del pa amb tomàquet*. Texto: Leopoldo Pomés. Editor: Tusquets, 1985 Barcelona (2 ediciones).

*Comer es una fiesta*. Texto: Leopoldo Pomés. Editor: RBA, 2006 Barcelona.

*Blancas, grises y negras*. Libro catálogo de la exposición en la Galería Hartmann con fotografías y textos del autor. Editor: Galería Hartmann, 2008 Barcelona.

*Toros*. Texto: Ángel Harguindey. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Centro Andaluz de la Fotografía, 1995.

*Leopoldo Pomés* (colección Photobolsillo). Editor: La Fábrica, 2008 Madrid.

*Barcelona 1957*. Libro catálogo de la exposición. Fotografías: Leopoldo Pomés. Editor: Fundación Foto Colectania - La Fábrica, 2012 Barcelona.

*Leopoldo Pomés - Flashback*. Libro catálogo de la exposición. Fotografías: Leopoldo Pomés. Texto: Julià Guillamon. Editor: RM, 2015 (1.ª edición); RM - La Pedrera - Barcelona (2.ª edición); RM - La Pedrera - Comunidad de Madrid, Barcelona.

*Vidre de nit seguit de Polvo de sombras (poemas)*. Texto: Leopoldo Pomés. Editor: Quaderns Crema, 2015, Barcelona.

## COLABORACIONES EN LIBROS

*Fotografies catalanes dels anys cinquanta*. David Balcells. Ed. Generalitat de Catalunya - Museu Puig (CDACC), 1985.

*Photographie et société dans l'Espagne de Franco: Les Sources de la Mémoire III*. Publio López Mondéjar. Ed. Lunweg, 1996.

*El món de Joan Perucho: L'art de tancar els ulls*. Julià Guillamon. Ed. Lunweg, 1998.

*Un siglo en la vida de España*, Lorenzo Díaz-Publio López Mondéjar. Ed. Lunwerg, 2001.  
*La paraula figurada: La presència del llibre a les col·leccions del MNAC*. Narcís Comadira. Ed. MNAC, 2005.

## ARTÍCULOS PUBLICADOS EN PRENSA

Colaboraciones con *El País*, *Avui*, *Ara*, *El Periódico de Catalunya*, *Revista de Occidente* y las revistas *Matador*, *S Moda* y *Tendencias*.

# Láminas



La primera foto, el padre y la madre en el viñedo del Ordal, hacia 1942.



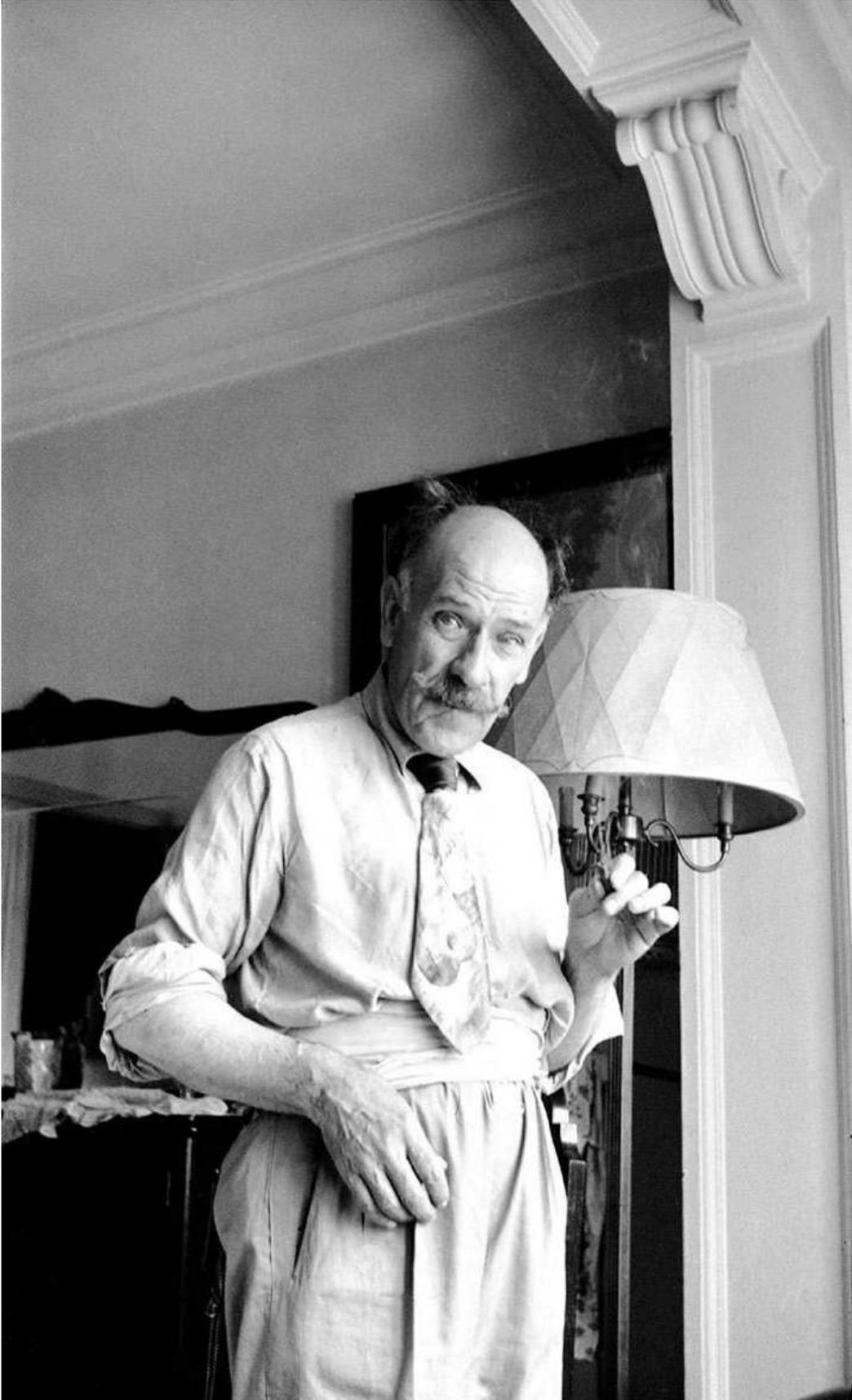
La tía Rosita Campello.



El padre de Leopoldo Pomés en la casa del Ordal, 1964.



Los Baños Ventura en Lloret de Mar, 1950.



Marquet, el barbero, en casa de Pomés, 1950.



Antoni Tàpies, Modest Cuixart y Lluís M. Riera, casa de Pomés en la calle Balmes, Barcelona, 1954.



Retrato de Joan Ponç, Barcelona, 1953.



Leopoldo Pomés y Modest Cuixart en París, 1955.



Eduardo Cirlot, 1957.



El doctor Josep M. Jaén y su esposa Carmina en la casa del Ordal, 1955.



Primera exposición de Leopoldo Pomés en Barcelona en las Galerías Layetanas de Barcelona, 1955.



Núria Closas, retrato de la exposición de las Galerías Layetanas, Barcelona, 1955.



Portada de la revista *Grua*, 1957.



Visita de Leopoldo Pomés en la casa-taller de Picasso «La Californie», Canes, Francia, 1959.



Leopoldo Pomés, retrato en Antibes, Francia, invierno de 1958.



Fotografía hecha por Leopoldo Pomés durante el viaje a Francia con Pere Portabella, Joan Brossa, Eduardo Chillida y Antonio Saura para visitar el Museo Picasso, Antibes, invierno de 1958.



Leopoldo Pomés y Leopoldo Rodés, 1961 (imagen de Foto Aumente, Madrid).



Leopoldo Pomés rodando un espot para Coca-Cola, años sesenta.



*Ella Él.* Fotografía para publicidad de Camisas Expo, 1963.



FOTO STUDIO ROMES

corra, agáchese, salte, baile,  
 adopte las posturas más forzadas.  
 Viva feliz con una libertad  
 total de sus piernas,  
 porque las medias RODIFLEX,  
 de la banda tensor,  
 en cualquier flexión ceden  
 y luego se recuperan,  
 y por sus doble elasticidad  
 siempre se mantendrán tensas  
 y perfectamente  
 adaptadas a su piel.

**CORRA, AGACHESE, BAILE**



Para obtener un perfecto ajuste, fijense en la medida C. M. L., es más importante que la talla.

**Rodiflex®**  
*Blatino*

Las medias de la banda tensor



un modelo  
**mallaslop TUREX**

TIEMPO

Encargo de la Agencia Tiempo a Studio Pomés para las medias Rodiflex Platino, 1963.



Fotografía para publicidad de Brandy Terry, 1965.



Nico, 1969.

FLASH  
FLASH

*Jostilleria*



Fotografía realizada por Leopoldo Pomés donde figura Karin Leiz, para la carta del restaurante Flash, 1971.



Suriñach, mano derecha de Leopoldo Pomés, y Juliet Pomés, 1969.



Leopoldo Pomés y su ayudante Joan Suriñach.



Leopoldo Pomés durante el rodaje del spot para Freixenet, 2000. Fotografía de Pablo Hojas.



Leopoldo Pomés y Karin Leiz trabajando en el despacho del Studio Pomés de la calle Craywinckel, Barcelona, 1990. Fotografía de Agustí Carbonell.

# Notas

[\*] *Llucar*, en catalán, «saber mirar», «captar la esencia». (N. del A.)

[\*] Escrito para la presentación del libro *Diari d'un funàmbul. Les llibretes d'Alexandre Cirici Pellicer*, edición de Glòria Soler. Barcelona, 24 de noviembre de 2014. (N. del A.)

*No era pecado*  
*Experiencias de una mirada*  
Leopoldo Pomés

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *No era peccat. Vivències d'una mirada*

Fotografía de la portada: © Vanessa Montero  
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Leopoldo Pomés Campello, 2019  
De las fotografías: © Leopoldo Pomés Campello  
Autor representado por Silvia Bastos SL, Agencia Literaria

El autor agradece la ayuda inestimable de Lúdia Penelo

De la traducción: © Lúdia Penelo, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-9066-715-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)